

# CLIVE CUSSLER

con GRANT BLACKWOOD

## EL REINO



Lectulandia

Sam y Remi Fargo son los mejores en su trabajo: descubrir tesoros ocultos y extraordinarios alrededor del mundo. Pero, en su siguiente aventura, tropezarán con algo que está más allá de lo que nunca hubieran imaginado.

En esta ocasión la misión a la que se enfrentan es muy diferente. Esta vez tienen que encontrar a dos personas desaparecidas. Así se lo ha explicado su nuevo cliente, un poderoso magnate de Texas que desconoce el paradero de la persona a la que contrató para que diera con su padre. Los dos han desaparecido de la faz de la tierra sin dejar rastro.

Incapaces de rechazar el reto, el audaz matrimonio se embarcará en una trepidante investigación que les llevará hasta el antiguo reino tibetano de Mustang pasando por Nepal, Bulgaria, la India y China. En el peligroso recorrido habrán de lidiar con traficantes de fósiles, un vetusto y misterioso cofre, un dirigible centenario y un esqueleto que podría cambiar para siempre las teorías sobre la evolución de la humanidad.

**Lectulandia**

Clive Cussler & Grant Blackwood

# **El Reino**

**Las aventuras de Fargo - 3**

ePub r1.1

brusina 08.09.14

Título original: *The Kingdom*  
Clive Cussler & Grant Blackwood, 2011  
Traducción: Ignacio Gómez Calvo

Editor digital: brusina

Corrección de erratas: Mozartillo  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Prólogo

## *Una tierra olvidada*

De los ciento cuarenta centinelas originales, ¿era posible que él fuese el último? La desalentadora idea daba vueltas en la cabeza de Dhakal.

Ocho semanas antes, la fuerza principal de los conquistadores había invadido su país desde el este con una velocidad y una crueldad brutales. Soldados de caballería e infantería bajaron de las colinas y entraron en tropel en los valles, arrasaron los pueblos y mataron a todo aquél que se interpuso entre ellos.

Junto con los ejércitos llegaron grupos de soldados de élite encargados de una única misión: localizar el Theurang sagrado y llevárselo a su rey. En previsión de ello, los centinelas, cuya responsabilidad era proteger la reliquia sacra, la extrajeron de su lugar de veneración y la hicieron desaparecer.

Dhakal redujo la marcha de su caballo hasta hacerlo avanzar trotando, se desvió del sendero por una abertura entre los árboles y se detuvo en un pequeño claro sombreado. Se apeó de la silla de montar y dejó que el animal vagara hasta un arroyo cercano y agachara la cabeza para beber. Se situó detrás de su montura para comprobar la serie de correas de cuero que sujetaban el cofre con forma de cubo a la grupa del caballo. Como siempre, su carga se mantenía firme.

El cofre era una maravilla, fabricado con tal solidez que podía soportar una brusca caída sobre una roca o golpes repetidos sin mostrar la más mínima grieta. Tenía muchas cerraduras ocultas e ingeniosamente diseñadas para que resultara prácticamente imposible abrirlas.

De los diez centinelas del grupo de Dhakal, ninguno tenía los recursos ni la capacidad para abrir ese cofre, ni ninguno sabía si su contenido era auténtico o falso. Ese honor, o tal vez esa maldición, correspondía exclusivamente a Dhakal. La forma en que lo habían elegido no le había sido revelada, pero solo él sabía que ese cofre sagrado transportaba el venerado Theurang. Con suerte, dentro de poco encontraría un lugar seguro para ocultarlo.

Durante prácticamente las últimas nueve semanas había estado huyendo; había escapado de la capital con su grupo pocas horas antes de la llegada de los invasores. Durante dos días, mientras el humo de sus hogares y de sus campos en llamas cubría el cielo detrás de ellos, corrieron a caballo hacia el sur. Al tercer día se separaron, siguiendo cada uno una dirección determinada de antemano; la mayoría de los centinelas se alejaron de la línea de avance de los invasores, pero algunos se

dirigieron hacia ella. Esos valerosos hombres bien habían muerto o bien estaban sufriendo a manos de un enemigo que, habiendo capturado la engañosa carga de cada centinela, exigía que le dijeran cómo acceder al cofre que transportaba Dhakal. Según lo planeado, ninguno de ellos tenía respuesta a esa demanda.

En cuanto a Dhakal, sus órdenes lo habían llevado derecho hacia el este, al sol naciente, una dirección que había mantenido durante los últimos sesenta y un días. La tierra en la que en ese momento se encontraba era distinta del terreno árido y montañoso en el que se había criado. Allí también había montañas, pero estaban cubiertas de un espeso bosque y separadas por valles repletos de lagos. Eso hacía que le resultara mucho más fácil mantenerse oculto, pero también había ralentizado su avance. El terrero era un arma de doble filo: un asaltante diestro podía caerle encima antes de que tuviera ocasión de escapar.

Hasta el momento había vivido muchas situaciones peligrosas, pero su adiestramiento le había permitido salir indemne de todas ellas. En cinco ocasiones había observado, debidamente oculto, cómo sus perseguidores pasaban a caballo a escasa distancia de él, y en dos ocasiones había entablado batalla campal con brigadas de caballería enemiga. Pese a encontrarse en inferioridad numérica y agotado, había matado a esos hombres, había enterrado sus cadáveres y sus pertrechos, y había dispersado sus caballos.

Durante los últimos tres días no había visto ni oído el menor rastro de sus perseguidores. Tampoco se había tropezado con ningún lugareño; las personas con las que se cruzaba le prestaban escasa atención. Su rostro y su estatura se parecían a los de ellos. Su instinto le decía que siguiera adelante, que todavía no se había alejado lo suficiente de...

Al otro lado del arroyo, a unos cuarenta metros, se oyó el crujido de una rama entre los árboles. Cualquiera otra persona no le habría dado importancia, pero Dhakal conocía bien el sonido de un caballo al abrirse paso entre la espesa maleza. Su caballo había dejado de beber, tenía la cabeza levantada y movía nerviosamente las orejas.

A continuación, otro sonido procedente del sendero; el ruido de los cascos de un caballo arrastrándose sobre los guijarros. Dhakal sacó el arco de la funda que llevaba a la espalda y extrajo una flecha del carcaj, y se agachó entre las hierbas acuáticas. Parcialmente oculto por las patas del caballo, se asomó bajo el vientre del animal en busca de señales de movimiento. No se distinguía nada. Volvió la cabeza a la derecha. Entre los árboles divisó el estrecho sendero. Observó y esperó.

Entonces hubo otro ruido de cascos.

Dhakal colocó una flecha en el arco, tiró ligeramente de la cuerda y mantuvo la tensión.

Momentos más tarde, un caballo apareció en el sendero a medio galope. El animal

se detuvo. Dhakal solo podía ver las piernas del jinete y sus manos enfundadas en unos guantes negros en el arzón delantero de la silla, sujetando holgadamente las riendas con los dedos. Una mano se movió y sacudió un poco las riendas. Debajo de él, el animal relinchó y pateó el suelo.

Se trataba de un movimiento intencionado, advirtió enseguida Dhakal. Una distracción.

Dhakal tensó totalmente el arco, apuntó y disparó la flecha. La punta atravesó la pierna del hombre en el pliegue situado entre la parte superior del muslo y la cadera. El jinete gritó, se llevó la mano a la pierna y cayó del caballo. Instintivamente, Dhakal supo que había dado en el blanco. La flecha había perforado una arteria de la pierna; el hombre estaba fuera de combate y moriría al cabo de unos minutos.

Manteniéndose agachado, Dhakal se dio la vuelta apoyándose en el talón al tiempo que sacaba tres flechas más del carcaj; dejó dos en el suelo delante de él y colocó la otra en el arco. Allí, a unos cien metros de distancia, había tres agresores, con las espadas desenvainadas, abriéndose paso sigilosamente entre la maleza en dirección a él. Apuntó a la figura situada más atrás y disparó. Disparó dos más una detrás de otra y alcanzó a un hombre de lleno en el pecho y al otro en el cuello. Un cuarto guerrero lanzó un grito de guerra y arremetió contra él desde un grupo de árboles. Casi había llegado a la orilla del arroyo cuando la flecha de Dhakal lo abatió.

El bosque se quedó en silencio.

¿Cuatro?, pensó Dhakal. Nunca antes habían enviado a menos de una docena.

Como en respuesta a su desconcierto, detrás de él, en el sendero, se oyeron más cascadas de caballos. Dhakal se dio la vuelta y vio una fila de monturas que galopaban por el sendero y dejaban atrás a su compañero abatido. Tres caballos... cuatro... siete... Diez, y seguían aproximándose más. Lo tenía todo en contra. Dhakal montó en su caballo, colocó una flecha en el arco y se volvió en la silla a tiempo para ver que el primer animal atravesaba galopando el hueco entre los árboles y penetraba en el claro. Disparó. La flecha se clavó en el ojo derecho del jinete. El impulso lo empujó hacia atrás, por encima de la silla de montar, y cayó de las ancas de su caballo contra el siguiente hombre, cuyo caballo se encabritó, retrocedió e impidió el avance de los demás. Los caballos empezaron a topar unos con otros. La carga se interrumpió.

Dhakal golpeó con los talones los flancos de su montura. El animal saltó de la orilla al agua. Dhakal volvió la cabeza, espoleó al caballo y se marchó a la carga río abajo.

Se dio cuenta de que no era una emboscada fortuita. Sus perseguidores habían estado siguiéndolo encubiertamente durante un tiempo y habían conseguido rodearlo.

Podía oírlos por encima del chapoteo de su caballo en el agua poco profunda:

jinetes que atravesaban el bosque con gran estrépito a su derecha y cascos sobre el sendero de guijarros a su izquierda.

Delante de él, el arroyo giraba a la derecha. Los árboles y la maleza eran más densos allí; cubrían la orilla, prácticamente tapaban el sol y dejaban a Dhakal en la penumbra. Oyó un grito y echó un vistazo por encima del hombro. Cuatro jinetes lo perseguían. Miró a la derecha y vio oscuras siluetas de caballos entrando y saliendo rápidamente de entre los árboles, en paralelo a su camino. Lo estaban sacando de su escondrijo, advirtió. Pero ¿adónde?

La respuesta llegó segundos más tarde cuando de repente los árboles ralearon y se encontró en un prado. La anchura del arroyo se cuadruplicó; el color del agua le indicó que la profundidad también era mayor allí. Impulsivamente, desvió su caballo a la izquierda, hacia la arenosa orilla. Justo delante, una hilera formada por cinco jinetes surgió de la línea de vegetación; dos de ellos estaban encorvados, empuñando horizontalmente unas picas por delante, mientras que los otros tres iban montados erguidos, con sendos arcos tensados. Pegó el cuerpo al pescuezo de su caballo y tiró de las riendas hacia la derecha, de nuevo en dirección al agua. En la otra orilla, otra hilera de jinetes había salido de entre los árboles, armados también con picas y arcos. Y justo detrás, galopando por el arroyo hacia él, otra hilera de caballería completaba la emboscada.

En ese momento, los tres grupos redujeron la marcha hasta avanzar al trote y acto seguido se detuvieron. Con las picas aún en ristre y las flechas colocadas en los arcos, lo observaron.

¿Por qué no siguen?, se preguntó Dhakal.

Y entonces lo oyó: una ensordecedora caída de agua.

Una cascada.

Estoy atrapado, se dijo.

Refrenó al caballo y dejó que anduviera hasta que llegaron a un recodo del río. Se detuvo. Allí el agua era más profunda y corría más deprisa. Unos cuarenta metros más adelante, Dhakal vio una columna de bruma que se elevaba sobre la superficie y el agua que se desbordaba por encima de las rocas en el borde de la catarata.

Se volvió en la silla de montar.

Ninguno de sus perseguidores se había movido a excepción de un jinete. Su armadura indicó a Dhakal que era el líder del grupo. El hombre se detuvo a unos seis metros y se llevó las manos a los hombros para hacerle saber que estaba desarmado.

Gritó algo. Dhakal no entendía el idioma en el que hablaba, pero el tono era inconfundible: tranquilizador. «Se acabó —seguro que estaba indicándole el hombre—. Has luchado bien y has cumplido con tu deber. Ríndete y recibirás un trato justo».

Era mentira. Lo torturarían y al final lo matarían. Moriría luchando antes de permitir que el Theurang cayera en manos de su odioso enemigo.



Dhakal se volvió sobre su montura hasta situarse ambos de cara a sus perseguidores. Con una exagerada lentitud, cogió el arco de su espalda y lo lanzó al río. Hizo lo mismo con el carcaj, seguido de su espada y su espada corta. Finalmente, arrojó la daga de su cinturón.

El líder enemigo asintió con la cabeza en señal de respeto, y a continuación se volvió en la silla y gritó algo a sus hombres. Lentamente, de uno en uno, los jinetes alzaron sus picas y enfundaron sus arcos. El líder se volvió de nuevo hacia Dhakal y levantó la mano, indicándole que avanzara.

Dhakal le sonrió y negó con la cabeza.

Sacudió con fuerza las riendas a la derecha, dio la vuelta súbitamente a su caballo y, acto seguido, golpeó fuertemente los flancos del animal con los talones. El caballo se encabritó, corbeteó y empezó a revolverse hacia el agua que salpicaba por encima de la profunda cascada.

### ***Yermos fronterizos de la provincia de Xizang, imperio Qing, China, 1677***

Giuseppe vio la nube de polvo en el horizonte hacia el este antes que su hermano. Con una anchura de un kilómetro y medio y rodeado por las paredes de un angosto valle, el muro marrón de polvo y arena iba derecho hacia ellos como un torbellino.

Sin apartar la vista del espectáculo, Giuseppe dio un golpecito a su hermano en el hombro. Francesco Lana de Terzi, de Brescia, Lombardía, que había estado arrodillado estudiando un fajo de planos, se volvió y miró en la dirección en la que señalaba Giuseppe.

El Lana de Terzi más joven susurró con nerviosismo:

—¿Es una tormenta?

—Más o menos —contestó Francesco—. Pero no la clase de tormenta en la que estás pensando.

Aquella nube de polvo no era producto de una tormenta de arena azotada por el viento, como a las que se habían acostumbrado durante los últimos seis meses, sino que la causaban cientos de cascos de caballos que pisaban con gran estruendo. Y a lomos de los caballos, había cientos de letales soldados de élite.

Francesco dio una palmada tranquilizadora a Giuseppe en el hombro.

—No te preocupes, hermano, los estaba esperando... aunque reconozco que no tan pronto.

—¿Es él? —preguntó Giuseppe con voz ronca—. ¿Viene él? No me lo habías dicho.

—No quería asustarte. No te preocupes. Todavía tenemos tiempo.

Francesco levantó la mano para protegerse los ojos del sol y observó la nube que se acercaba. Había aprendido que allí las distancias eran engañosas. La inmensidad del imperio Qing se extendía más allá del horizonte. En los dos años que habían pasado en aquel país, Francesco y su hermano habían visto una enorme variedad de terrenos —de selvas a bosques pasando por desiertos—, pero de entre todos ellos, aquel lugar, aquel territorio que parecía tener una docena de pronunciaciones y grafías distintas, era el más olvidado de Dios.

Compuesto en su mayoría de colinas, algunas onduladas y otras irregulares, el territorio era un inmenso lienzo pintado en dos únicos colores: marrón y gris. Incluso el agua de los ríos que corría a través de los valles era de un gris apagado. Era como si Dios hubiera maldecido aquel lugar con un golpe de su poderosa mano. Los días que las nubes se despejaban, el cielo sorprendentemente azul no hacía otra cosa que acentuar el paisaje ceniciento.

Y también estaba el viento, pensaba Francesco estremeciéndose. El viento, aparentemente constante, silbaba entre las rocas y empujaba torbellinos de polvo por el terreno; parecía dotado de vida propia. Tal era así que muchos de los lugareños creían que se trataba de fantasmas que acudían para arrebatarse las almas. Hacía seis meses, Francesco, un científico por naturaleza y formación, se había burlado de esas supersticiones. Pero ya no estaba tan seguro. Había oído demasiados sonidos extraños por la noche.

Unos cuantos días más, se consolaba a sí mismo, y tendremos los recursos que necesitamos. Sin embargo sabía que no era solo cuestión de tiempo. Estaba haciendo un trato con el diablo. Esperaba que Dios recordara que lo estaba haciendo por el bien común cuando llegara el día del Juicio Final.

Observó el muro de polvo que se acercaba unos segundos más antes de bajar la mano y volverse hacia Giuseppe.

—Todavía están a treinta kilómetros —calculó—. Tenemos una hora más, como mínimo. Vamos, acabemos.

Francesco se dio la vuelta y gritó a uno de sus hombres, una silueta fornida y achaparrada vestida con una túnica negra y unos pantalones toscamente tejidos. Hao, el principal enlace y traductor de Francesco, se acercó con pasos rápidos.

—¡Sí, señor! —dijo en un italiano con marcado acento pero pasable.

Francesco suspiró. Aunque hacía tiempo que había dejado de intentar que Hao lo llamara por su nombre, albergaba la esperanza de que a esas alturas abandonara tales formalidades.

—Di a los hombres que terminen rápido. Nuestro invitado llegará dentro de poco.

Hao oteó el horizonte y vio lo que Giuseppe había divisado minutos antes. Abrió los ojos de par en par y asintió con la cabeza bruscamente.

—¡Así se hará, señor! —Hao se dio la vuelta y empezó a gritar órdenes a las

docenas de lugareños que se apiñaban en el claro de la cima de la colina. A continuación se escabulló para unirse a ellos.

El claro, que medía cien pasos de largo por cien de ancho, era en realidad el tejado del patio interior de una gompa. En todos los lados del claro, sus muros con torreones y sus atalayas seguían el perfil sinuoso de la colina hasta el valle como las crestas del lomo de un lagarto.

A Francesco le habían dicho que una gompa era ante todo un centro educativo fortificado, pero los habitantes de esa plaza en concreto parecían ejercer una única profesión: la de soldado. Y él daba gracias por ello. Como demostraban las frecuentes incursiones y escaramuzas que tenían lugar en las llanuras de abajo, era evidente que él y sus hombres estaban viviendo en la frontera de aquel reino. No era casual que los hubieran trasladado allí para ultimar aquel ingenio que su benefactor había llamado el *Gran Dragón*.

En el claro resonaban los golpes simultáneos de los mazos sobre la madera mientras los trabajadores de Hao se apresuraban a clavar las últimas estacas en el suelo rocoso. Por todo el claro se elevaban columnas de polvo marrón que eran azotadas por el viento y reducidas a la nada. Al cabo de otros diez minutos, el sonido de los mazos cesó. Hao regresó con dificultad a donde estaban Francesco y Giuseppe.

—Ya hemos terminado, señor.

Francesco retrocedió unos pasos y admiró la estructura. Estaba satisfecho. Diseñarla sobre papel era una cosa, pero verla cobrar vida era algo totalmente distinto.

La tienda, que tenía una altura de doce metros, ocupaba tres cuartos del claro y estaba hecha con seda blanca como la nieve, con riostras de bambú curvadas pintadas de rojo sangre en el exterior; parecía un castillo construido con nubes.

—Bien hecho —le dijo Francesco a Hao—. ¿Giuseppe?

—Espléndido —murmuró el Lana de Terzi más joven.

Francesco asintió con la cabeza y dijo en voz queda:

—Ahora esperemos que lo que hay dentro sea aún más impresionante.

Aunque los avispados centinelas de la gompa sin duda habían visto a los visitantes que se acercaban antes que Giuseppe, los cuernos de aviso no sonaron hasta que el séquito estuvo a escasos minutos. Francesco suponía que ese hecho, junto con la dirección por la que se acercaban los jinetes y su pronta llegada, constituía una decisión táctica. La mayoría de los puestos avanzados del enemigo se encontraban al oeste. Al llegar del este, la nube de polvo del grupo quedaría oculta por la colina sobre la que la gompa estaba situada. De esa forma, las bandas emboscadas no tendrían tiempo para interceptar a los recién llegados. Conociendo a su benefactor como lo conocía, Francesco sospechaba que habían estado observando a escondidas

la gropa de lejos, esperando a que la dirección del viento variara y las patrullas enemigas pasaran.

Su patrón era un hombre astuto, se recordó Francesco. Astuto y peligroso.

Menos de treinta minutos más tarde Francesco oyó el crujido de las botas de piel y las botas reforzadas en el sinuoso sendero de guijarros que había debajo del claro. El polvo se arremolinaba y se elevaba por encima del margen bordeado de rocas del mismo. Entonces, de repente, se hizo el silencio. Aunque Francesco lo estaba esperando, lo que apareció a continuación le sorprendió igualmente.

Con una orden gritada por una boca desconocida, un séquito de dos docenas de soldados de la Guardia Nacional entraron a paso ligero en el claro; cada paso sincopado estaba marcado por un gruñido rítmico. Con expresión adusta, la vista fija en la lejanía y las picas sujetas horizontalmente por delante de ellos, los guardias se dispersaron por el claro y empezaron a llevarse a los atemorizados trabajadores al lado opuesto y detrás de la tienda. A continuación, ocuparon posiciones a lo largo del perímetro del claro, separados a intervalos regulares, mirando hacia fuera y blandiendo las picas en diagonal a través del cuerpo.

Otra orden gutural sonó desde el sendero, seguida de unas sandalias reforzadas crujiendo sobre los guijarros. Una formación en rombo compuesta por guardias reales con armaduras de bambú rojas y negras entró desfilando en el claro y fue directamente a donde estaban Francesco y Giuseppe. La falange se detuvo de pronto, y los soldados situados en la parte delantera dieron un paso a la izquierda y a la derecha, abriendo una puerta humana por la que pasó con resolución un solo hombre.

El emperador Kangxi, gobernante de la dinastía Qing y regente del Mandato del Cielo, tenía una estatura tres palmos más elevada que la de sus soldados más altos. Lucía una expresión que hacía que la seriedad de los rostros de sus soldados pareciera realmente eufórica.

El emperador Kangxi dio tres largas zancadas hacia Francesco y se detuvo. Observó la cara del italiano entornando los ojos varios segundos antes de hablar. Francesco se disponía a pedir a Hao que le tradujera, pero su capataz ya estaba junto a él, susurrándole al oído:

—El emperador dice: «¿Le sorprende verme?».

—Sí, me sorprende, pero aun así me alegra, majestad.

Francesco sabía que no era una pregunta hecha a la ligera. El emperador Kangxi era paranoico en extremo; si Francesco no se hubiera mostrado sorprendido por la pronta llegada del emperador, habría resultado inmediatamente sospechoso de espionaje.

—¿Qué es la construcción que veo ante mí? —preguntó el emperador Kangxi.

—Es una tienda que he diseñado yo mismo, majestad. No solo sirve para proteger

el *Gran Dragón*, sino también para ocultarlo de los ojos de los curiosos.

El emperador Kangxi asintió con la cabeza bruscamente.

—Facilitará los planos a mi secretario personal.

Levantando la punta de un dedo, ordenó a su secretario que diera un paso adelante.

—Por supuesto, majestad —dijo Francesco.

—¿Los esclavos que le proporcioné han trabajado adecuadamente?

Francesco se estremeció al oír la pregunta del emperador, pero no dijo nada. Durante los últimos seis meses, él y Giuseppe habían trabajado y habían vivido con aquellos hombres en condiciones muy duras. Los consideraban ya amigos suyos. Sin embargo, no lo confesó en voz alta. Esa implicación emocional sería un arma que el emperador no dudaría en usar.

—Han trabajado admirablemente, majestad. Pero, por desgracia, cuatro de esos hombres murieron la semana pasada cuando...

—Así funciona el mundo. Si murieron sirviendo a su emperador, sus antepasados los recibirán orgullosos.

—Mi capataz y traductor, Hao, ha sido de una ayuda especialmente inestimable.

El emperador Kangxi dirigió una rápida mirada a Hao y acto seguido la centró de nuevo en Francesco.

—La familia de ese hombre será puesta en libertad.

El emperador volvió a levantar el dedo por encima del hombro, y su secretario personal hizo una anotación en el pergamino que sostenía en los brazos.

Francesco respiró profundamente y sonrió.

—Gracias, majestad, por vuestra benevolencia.

—Dígame, ¿cuándo estará listo el *Gran Dragón*?

—Con dos días más...

—Tiene hasta mañana al amanecer.

A continuación, el emperador Kangxi se volvió y se introdujo otra vez en la falange, que se cerró detrás de él, dio media vuelta de forma sincronizada y se alejó del claro, seguida instantes más tarde por los soldados de la Guardia Nacional apostados alrededor del perímetro. Una vez que el ruido de los pasos y los gruñidos rítmicos se fueron apagando, Giuseppe dijo:

—¿Estás loco? Mañana al amanecer. ¿Cómo vamos a...?

—Lo conseguiremos —respondió Francesco—. Nos sobrará tiempo.

—¿Cómo?

—Solo nos quedan unas cuantas horas de trabajo. Le he dicho al emperador que nos faltaban dos días sabiendo que nos exigiría algo aparentemente imposible. Así podremos darle lo que pide.

Giuseppe sonrió.

—Eres muy astuto, hermano. Bien hecho.

—Venga, vamos a dar los últimos toques al *Gran Dragón*.

Bajo el fulgor de las antorchas fijadas en postes y la mirada vigilante del secretario personal del emperador, situado en la entrada de la tienda con los brazos cruzados dentro de su túnica, trabajaron durante la noche mientras Hao, su capataz siempre responsable, desempeñaba su función a la perfección, arengando a los hombres para que se dieran prisa, prisa, prisa. Francesco y Giuseppe también pusieron de su parte, recorriendo la tienda, haciendo preguntas, agachándose aquí y allá para inspeccionar esto o aquello...

Las cuerdas hechas con tendones de buey fueron soltadas, anudadas de nuevo y examinadas para comprobar la tensión; los puntales y las riostras de bambú fueron probados con mazos en busca de fisuras; la seda fue escudriñada por si había la más mínima imperfección; la carrocería de rota trenzada fue sometida a un ataque simulado con palos puntiagudos para evaluar su resistencia en la batalla, y al hallarla deficiente, Francesco ordenó que se aplicara otra capa de laca negra a las paredes y los baluartes. Por último, el artista que Giuseppe había contratado terminó el mural de proa: el hocico de un dragón, con unos ojos decorados con cuentas, unos colmillos descubiertos y una lengua bífida asomando.

Cuando el borde superior del sol se elevó por encima de las colinas hacia el este, Francesco mandó que terminaran rápidamente todo el trabajo. Una vez que estuvo acabado, rodeó con detenimiento la máquina de proa a popa. Con los brazos en jarras y ladeando la cabeza a un lado y al otro, Francesco examinó toda la superficie de la nave, cada uno de sus componentes, buscando el más mínimo defecto. No encontró ninguno. Regresó a la proa e hizo una señal firme con la cabeza al secretario personal del emperador.

El hombre se metió por la solapa de la tienda y desapareció.

Una hora más tarde, las ya familiares pisadas y los gruñidos del séquito del emperador regresaron. El sonido pareció inundar el claro antes de que se quedara súbitamente en silencio. Vestido con una sencilla túnica de seda gris, el emperador Kangxi cruzó la entrada de la tienda, seguido de su secretario personal y su jefe de escolta.

Entonces el emperador se detuvo en seco, con los ojos muy abiertos.

En los dos años que hacía que conocía al emperador, era la primera vez que Francesco había visto sorprendido al potentado.

La luz rosicler del sol entraba a raudales a través de las paredes de seda blanca y el techo bañaba el interior con un fulgor sobrenatural. El suelo de tierra había sido

cubierto de alfombras de color negro azabache que producían a los asistentes la sensación de estar al borde de un abismo.

Pese a ser un científico, Francesco Lana de Terzi gustaba de aquellos efectos de teatralidad.

El emperador Kangxi dio un paso adelante. Vaciló inconscientemente cuando su pie tocó el borde de la alfombra negra, pero enseguida se dirigió resueltamente a la proa, donde contempló la cara del dragón. Entonces sonrió.

Para Francesco, era otra primera vez. Nunca había visto al emperador sin su característica expresión avinagrada.

Kangxi se dio la vuelta para mirar a Francesco.

—¡Es magnífico! —tradujo Hao—. ¡Soltadlo!

—A vuestras órdenes, majestad.

Una vez fuera, los hombres de Francesco se colocaron alrededor de la tienda. Cuando él dio la orden, las cuerdas de la misma fueron cortadas. Reforzadas a lo largo de los ribetes superiores, tal como Francesco las había diseñado, las paredes de seda se desplomaron. Al mismo tiempo, en la parte trasera de la tienda, una docena de hombres echaron hacia atrás el techo, que se levantó y ondeó como una gran vela antes de ser arriada y desaparecer.

Todo estaba en silencio menos el viento que soplaba a través de las paredes con torreones y las ventanas de la gompa.

Sola en el centro del claro se encontraba la máquina voladora del emperador Kangxi: el *Gran Dragón*. A Francesco le daba igual el nombre; aunque naturalmente complació a su benefactor, para el científico que había dentro de Francesco, la máquina no era más que un prototipo de su sueño: una auténtica aeronave de vacío más ligera que el aire.

Con quince metros de longitud, tres metros y medio de anchura y casi diez metros de altura, la estructura superior de la nave estaba compuesta por cuatro esferas de seda gruesa contenidas en el interior de unas jaulas con refuerzos de bambú finos como dedos y tendones de animales. Repartidas de proa a popa, cada esfera medía tres metros y medio de diámetro y estaba equipada con un orificio de una válvula en el vientre; cada uno de esos orificios estaba conectado a un tubo de estufa de cobre vertical rodeado de su propio entramado de bambú y tendones. El tubo descendía un metro y veinte centímetros desde el orificio de la válvula hasta una fina tabla de bambú en cuyo fondo había sujeto un brasero de carbón protegido del viento. Y por último, fijado con tendones a las esferas de arriba, estaba la barquilla de rota pintada con laca negra, lo bastante larga para albergar a diez soldados en fila, junto con sus provisiones, su equipo y sus armas, así como a un piloto y un oficial de navegación.

El emperador Kangxi avanzó resueltamente a solas hasta situarse debajo de la

cuarta esfera, frente a la boca del dragón. Levantó las manos por encima de la cabeza, como si estuviera contemplando su propia creación, pensó Francesco.

Fue en ese momento cuando cayó en la cuenta de la gravedad de lo que había hecho. Una oleada de tristeza y vergüenza lo invadió. En realidad, había hecho un pacto con el diablo. Aquel hombre, aquel cruel soberano, iba a utilizar su *Gran Dragón* para asesinar a más seres humanos, soldados y también civiles.

Armado con *huo yào*, o pólvora, una sustancia que en Europa se estaba usando con moderado éxito y que China dominaba desde hacía mucho tiempo, el emperador Kangxi podría descargar fuego sobre sus enemigos usando mosquetes de cerrojo, bombas y artefactos que escupían fuego. Podría hacer todo eso mientras se hallaba fuera del alcance, en el cielo, y se movía más rápido que el caballo más veloz.

Francesco advirtió que se había percatado demasiado tarde de la verdad. El mortífero ingenio estaba ya en las manos del emperador Kangxi. No había forma de cambiarlo. Tal vez si pudiera desarrollar con éxito su auténtica aeronave de vacío, Francesco podría compensar el mal que se avecinaba. Claro que no lo sabría hasta el día del Juicio Final.

Francesco se vio arrancado de su ensoñación cuando se dio cuenta de que el emperador Kangxi estaba de pie delante de él.

—Estoy satisfecho —le informó el emperador—. Cuando haya enseñado a mis generales a construir más modelos como éste, tendrá todo lo que necesite para dedicarse a su propio proyecto.

—Majestad.

—¿Está listo para volar?

—Dé la orden, y se llevará a cabo.

—Ya se ha dado. Pero, primero, un cambio. Según lo planeado, maestro Lana de Terzi, usted pilotará el *Gran Dragón* en el vuelo de prueba. Sin embargo, su hermano se quedará aquí con nosotros.

—Disculpad, majestad, ¿por qué?

—Para asegurarme de que vuelve, por supuesto. Y para evitar que sienta la tentación de entregar el *Gran Dragón* a mis enemigos.

—Majestad, yo no...

—Así estaremos seguros de que no lo hace.

—Majestad, Giuseppe es mi copiloto y mi oficial de navegación. Lo necesito...

—Tengo ojos y oídos en todas partes, maestro Lana de Terzi. Su alabado capataz, Hao, está tan bien formado como su hermano. Hao le acompañará... junto con seis de mis soldados de la Guardia Nacional, por si necesita... ayuda.

—Protesto, majestad...

—No proteste, maestro Lana de Terzi —replicó fríamente el emperador Kangxi.

La advertencia era clara.



Francesco cogió aire para tranquilizarse.

—¿Adónde quiere que vaya en el vuelo de prueba?

—¿Ve las montañas al sur, las grandes que tocan el cielo?

—Sí.

—Viajará allí.

—¡Majestad, es territorio enemigo!

—¿Qué mejor prueba para un arma de guerra?

Francesco abrió la boca para hablar, pero el emperador Kangxi se lo impidió.

—En las estribaciones, a lo largo de los arroyos, encontrará una flor dorada. Hao sabe a cuál me refiero. Tráigame esa flor antes de que se marchite y será recompensado.

—Pero majestad, esas montañas están... —A setenta kilómetros, si no a ochenta, pensó Francesco, si bien dijo—: Están demasiado lejos para un viaje inaugural. Quizá...

—Me traerá la flor antes de que se marchite o clavaré la cabeza de su hermano en una estaca. ¿Entendido?

—Entendido.

Francesco se volvió hacia Giuseppe. Después de oír toda la conversación, su hermano menor había palidecido. Le temblaba la barbilla.

—Hermano, tengo miedo.

—No tienes por qué. Volveré antes de que te des cuenta.

Giuseppe inspiró, apretó la mandíbula y se puso erguido.

—Sí. Tienes razón. La máquina es una maravilla, y no hay nadie que la pilote mejor. Con suerte, esta noche cenaremos juntos.

—Así me gusta —dijo Francesco.

Se abrazaron durante varios segundos. Luego Francesco se apartó y se volvió para situarse de cara a Hao.

—Ordena que aticen los braseros —le dijo—. ¡Despegamos dentro de diez minutos!

# Capítulo 1

## *Estrecho de la Sonda, Sumatra, en la actualidad*

Sam Fargo aminoró la velocidad y dejó el motor funcionando en vacío. La lancha redujo la marcha y se deslizó sobre el agua hasta detenerse. Sam apagó el motor, y la embarcación empezó a mecerse suavemente de un costado al otro.

A cuatrocientos metros de la proa su destino sobresalía del agua: una isla densamente boscosa cuyo interior estaba dominado por puntiagudos picos, valles que descendían abruptamente y una espesa selva tropical; debajo, una línea de costa salpicada de cientos de pequeñas cuevas y estrechas ensenadas.

En el asiento de popa de la lancha, Remi Fargo alzó la vista de su libro —una pequeña «lectura de evasión» titulada *Los códices aztecas: historia oral de la conquista y el genocidio*—, se subió las gafas a la frente y miró a su marido.

—¿Algún problema?

Sam se volvió hacia ella y le dedicó una mirada llena de admiración.

—Estaba disfrutando de la vista.

A continuación, levantó exageradamente las cejas.

Remi sonrió.

—Eres muy galante. —Cerró el libro y lo dejó en el asiento, a su lado—. Pero no eres Magnum.

Sam señaló el libro con la cabeza.

—¿Qué tal está?

—Es de lectura lenta, pero los aztecas eran una gente fascinante.

—Más de lo que nadie haya imaginado. ¿Cuánto tardarás en terminarlo? Es el siguiente en mi lista de lecturas.

—Mañana o pasado mañana.

Últimamente los dos habían tenido que cargar con una tremenda cantidad de trabajo, y la isla a la que se dirigían era en gran parte el motivo. En otras circunstancias, aquel pedazo de tierra entre Sumatra y Java podría haber sido un refugio tropical, pero durante los últimos meses se había convertido en una zona de excavación plagada de arqueólogos, historiadores, antropólogos y, por supuesto, una plétora de funcionarios del Estado indonesio. Como todos ellos, cada vez que Sam y Remi visitaban la isla, tenían que franquear la pasarela con cuerdas que los ingenieros habían colocado sobre el lugar para que el terreno no se hundiera bajo los pies de las personas que intentaban preservar el hallazgo.

Lo que Sam y Remi habían descubierto en Pulau Legundi estaba ayudando a reescribir la historia de los aztecas y de la guerra de Secesión, y como directores no solo de ese proyecto sino también de otros dos más, tenían que mantenerse al día de la montaña de datos que llegaban.

Para ellos era algo que hacían de manera desinteresada. Aunque su pasión era la búsqueda de tesoros —una ocupación decididamente práctica centrada en el trabajo de campo y basada tanto en el instinto como en la investigación—, ambos habían llegado a esa parcela con una formación científica: Sam, un ingeniero que había estudiado en el Instituto Caltech; Remi, una especialista en antropología e historia titulada por la Universidad de Boston.

Sam había salido a su familia: su padre, ya fallecido, había sido uno de los principales ingenieros de los programas espaciales de la NASA, mientras que su madre, que tenía setenta y un años, vivía en Key West y era la propietaria única, capitana y factótum de un barco de pesca de gran altura. La madre y el padre de Remi, una profesional de la construcción y un pediatra/escritor, estaban jubilados y vivían tranquilamente en Maine criando llamas.

Sam y Remi se habían conocido en Hermosa Beach, en un bar de jazz llamado The Lighthouse. A Sam se le había ocurrido detenerse allí para tomar una cerveza fría, y había encontrado a Remi y a unos colegas suyos desahogándose después de haber pasado las últimas semanas buscando un galeón hundido a la altura de Abalone Cove.

Ninguno de los dos era lo bastante sentimental para recordar su primer encuentro como un flechazo, pero la chispa que brotó entre ellos era innegable; hablando y riendo mientras tomaban copas, cerraron The Lighthouse sin darse cuenta de que las horas pasaban volando. Seis meses más tarde, se casaron allí mismo en una pequeña ceremonia.

A instancias de Remi, Sam se concentró en una idea a la que había estado dando vueltas: un escáner de láser de argón diseñado para detectar e identificar aleaciones a distancia, tanto a través del suelo como del agua. Buscadores de tesoros, universidades, empresas, organizaciones mineras y el Departamento de Defensa se pelearon por la patente a golpe de talonario, y al cabo de dos años el Grupo Fargo obtenía unos beneficios de siete cifras. Cuatro años más tarde, aceptaron una oferta de compra que los hizo indiscutiblemente ricos y les resolvió la vida. Sin embargo, en lugar de quedarse de brazos cruzados, se tomaron unas vacaciones de un mes, crearon la Fundación Fargo y partieron en su primera aventura conjunta en busca de tesoros. Los tesoros recuperados iban a parar a una larga lista de organizaciones benéficas.

En ese momento los Fargo contemplaban en silencio la isla situada delante de ellos.

—Todavía cuesta un poco entenderlo, ¿verdad? —murmuró Remi.

—Y que lo digas —convino Sam.

Ni su formación ni su experiencia podrían haberlos preparado para lo que habían hallado en Pulau Legundi. El descubrimiento fortuito de la campana de un barco a la altura de Zanzíbar había desembocado en unos descubrimientos que ocuparían la atención de generaciones de arqueólogos, historiadores y antropólogos.

Sam se vio arrancado de su ensueño por el doble estruendo de una bocina marítima. Se volvió hacia babor; a unos ochocientos metros, una lancha de la Patrulla Costera de Sumatra iba directa hacia ellos.

—Sam, ¿te has olvidado de pagar el combustible en la agencia de alquiler? —preguntó irónicamente Remi.

—No. He usado las rupias falsas que tenía.

—Puede ser eso.

Observaron que la lancha acortaba la distancia hasta situarse a cuatrocientos metros, donde primero viró a estribor y luego a babor en un giro en forma de medialuna que dejó la embarcación a treinta metros de ellos. Una voz con acento indonesio dijo en inglés por un altavoz:

—Hola. ¿Son ustedes Sam y Remi Fargo?

Sam levantó el brazo en señal afirmativa.

—No se muevan, por favor. Tenemos un pasajero para ustedes.

Sam y Remi se miraron con perplejidad; no estaban esperando a nadie.

La lancha de la patrulla costera los rodeó una vez, acortando la distancia, hasta que estuvieron a un metro de babor. El motor se mantuvo funcionando en vacío y luego se quedó en silencio.

—Por lo menos parecen amistosos —murmuró Sam a su esposa.

La última vez que los había abordado una embarcación militar había sido en Zanzíbar. En esa ocasión había sido una lancha patrullera equipada con cañones de 12,7 milímetros y tripulada por marineros con cara de pocos amigos armados con fusiles AK-47.

—De momento —contestó Remi.

En la cubierta de popa, de pie entre dos agentes de policía uniformados, se encontraba una mujer asiática menuda de cuarenta y tantos años con un rostro anguloso y enjuto y el cabello cortado casi al rape.

—Permiso para subir a bordo —solicitó la mujer.

Su inglés era casi perfecto, con un ligerísimo acento.

Sam se encogió de hombros.

—Permiso concedido.

Los dos policías dieron un paso adelante como si se prepararan para ayudarla a salvar la distancia entre las dos embarcaciones, pero ella hizo caso omiso y saltó de la borda de la patrullera a la cubierta de popa de la lancha de los Fargo con una ágil

zancada. Cayó suavemente, como un gato. Se volvió para situarse de cara a Sam y a Remi, quien había acudido al lado de su marido. La mujer se los quedó mirando un instante con unos impasibles ojos negros y acto seguido les entregó una tarjeta de visita en la que tan solo se leía «Zhilan Hsu».

—¿Qué podemos hacer por usted, señora Hsu? —preguntó Remi.

—Mi jefe, Charles King, solicita el placer de su compañía.

—Disculpe, pero no conocemos al señor King.

—Les está esperando a bordo de su avión en la terminal privada situada a las afueras de Palembang. Desea hablar con ustedes.

Aunque el inglés de Zhilan Hsu era técnicamente perfecto, hablaba con una desconcertante rigidez, como si fuera un autómatas.

—Eso sí que lo entendemos —dijo Sam. Le devolvió la tarjeta—. ¿Quién es Charles King y por qué quiere vernos?

—El señor King me ha autorizado a decirles que está relacionado con un conocido suyo, el señor Frank Alton.

Ese dato captó la atención de Sam y Remi. Alton no solo era conocido suyo, sino amigo íntimo desde hacía muchos años, un ex agente de policía de San Diego que se había hecho detective privado y al que Sam había conocido en sus clases de judo. Sam, Remi, Frank y su esposa, Judy, se reunían una vez al mes para cenar.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Sam.

—El señor King desea hablar directamente con ustedes en relación con el señor Alton.

—Se anda con muchas reservas, señora Hsu —dijo Remi—. ¿Le importa decirnos por qué?

—El señor King desea...

—Hablar directamente con nosotros —concluyó Remi.

—Sí, así es.

Sam consultó su reloj.

—Por favor, diga al señor King que lo veremos a las siete.

—Eso es dentro de cuatro horas —observó Zhilan—. El señor King...

—Va a tener que esperar —terminó Sam—. Tenemos que ocuparnos de unos asuntos.

La expresión estoica de Zhilan Hsu se tiñó rápidamente de ira, pero se desvaneció de su semblante casi tan pronto como había aparecido. Se limitó a asentir con la cabeza y dijo:

—A las siete. Por favor, sean puntuales.

Sin decir una palabra más, se volvió y saltó como una gacela de la cubierta de la embarcación de los Fargo a la borda de la lancha de la patrulla costera. Pasó por el lado de los policías y desapareció en la cabina. Uno de los agentes los saludó con la

gorra. Diez segundos más tarde, los motores arrancaron rugiendo y la lancha zarpó.

—Qué interesante —dijo Sam unos segundos más tarde.

—Es un verdadero encanto —comentó Remi—. ¿Te has fijado en las palabras que ha usado?

Sam asintió con la cabeza.

—«El señor King ha autorizado». Si es consciente de las connotaciones que tienen, podemos contar con que el señor King será igual de simpático.

—¿La crees? ¿Y lo de Frank? Judy nos habría llamado si hubiera pasado algo.

Aunque sus aventuras a menudo los ponían en situaciones peligrosas, la vida cotidiana de los Fargo era bastante tranquila. Con todo, la inesperada visita de Zhilan Hsu y su misteriosa invitación habían activado sus alarmas internas. Si bien parecía poco probable, la posibilidad de que les hubieran tendido una trampa era algo que no podían descartar.

—Averigüémoslo —dijo Sam.

Se arrodilló junto al asiento del conductor, sacó su mochila de debajo del salpicadero y extrajo el teléfono por satélite de un bolsillo lateral. Marcó un número, y al cabo de unos segundos una voz de mujer dijo:

—¿Sí, señor Fargo?

—Pensaba que esta vez iba a tener suerte —dijo Sam.

Se había apostado con Remi que algún día pillaría desprevenida a Selma Wondrash, y los llamaría a cualquiera de los dos por su nombre de pila.

—Hoy no, señor Fargo.

Selma, su investigadora jefe, especialista en logística y guardiana del sanctasanctórum, era una ex ciudadana húngara que, pese a haber vivido décadas en Estados Unidos, todavía conservaba un leve acento... suficiente para conferir a su voz un ligero tono a lo Zsa Zsa Gabor.

Selma había gestionado la División de Colecciones Especiales de la Biblioteca del Congreso hasta que Sam y Remi la habían captado prometiéndole carta blanca y recursos de la más avanzada tecnología. Aparte del acuario que cuidaba como pasatiempo y de una amplia selección de infusiones que ocupaba todo un armario de la sala de trabajo, la única pasión de Selma era la investigación. Era de lo más feliz cuando los Fargo le ofrecían un antiguo enigma que desentrañar.

—Algún día me llamarás Sam.

—Hoy no.

—¿Qué hora es ahí?

—Las once, más o menos.

Selma casi nunca se acostaba antes de medianoche y casi nunca dormía hasta más allá de las cuatro o las cinco de la madrugada. A pesar de eso, siempre parecía estar

totalmente despierta.

—¿Qué tiene para mí?

—Un callejón sin salida —contestó Sam, y acto seguido le relató la visita de Zhilan Hsu—. Charles King parece el mesías.

—He oído hablar de él. Está podrido de dinero.

—A ver si puedes sacar algún trapo sucio de su vida personal.

—¿Algo más?

—¿Has tenido alguna noticia de los Alton?

—No, ninguna —respondió Selma.

—Llama a Judy y entérate de si Frank está en el extranjero —solicitó Sam—. Averígualo discretamente. Si hay algún problema, no queremos alarmar a Judy.

—¿Cuándo se van a reunir con King? —preguntó Selma.

—Dentro de cuatro horas.

—Entendido —dijo Selma con voz risueña—. Para entonces sabré su talla de camisa y su sabor de helado favorito.

## Capítulo 2

### *Palembang, Sumatra*

Sam y Remi llegaron con veinte minutos de antelación a su cita y pararon sus motos junto a la valla de tela metálica que bordeaba la zona de la terminal privada del aeropuerto de Palembang. Tal como Selma había pronosticado, encontraron la pista de despegue frente a los hangares repletos de aviones privados, todos modelos de hélice monomotores o bimotores. Menos uno: un avión a reacción Gulfstream G650. Valorado en sesenta y cinco millones de dólares, el G6 no solo era el reactor ejecutivo más caro del mundo sino también uno de los más rápidos, capaz de alcanzar una velocidad máxima de un mach, con un radio de acción de más de doce mil kilómetros y un techo de quince mil metros: tres mil metros más que los aviones a reacción comerciales.

Considerando lo que Selma había descubierto sobre el misterioso señor King, la presencia del G6 no sorprendió a Sam y a Remi. «El rey Charlie», como era conocido por sus amigos y enemigos íntimos, ocupaba en ese momento la undécima posición en la lista de las personas más ricas de la revista *Forbes*, con un patrimonio neto de 23 200 millones de dólares.

King había empezado en 1964, a los dieciséis años, como perforador en los campos petrolíferos de Texas, y a los veintiuno había fundado su propia compañía de perforación, King Oil. A los veinticuatro años era millonario; a los treinta, multimillonario. Durante los ochenta y los noventa, King amplió su negocio a la minería y la banca. Según *Forbes*, aunque King se pasara el resto de su vida jugando al ajedrez en su despacho en un ático de Houston, seguiría ganando cien mil dólares a la hora en intereses.

Sin embargo, a pesar de todo, en su vida cotidiana King era muy modesto y a veces se paseaba por Houston en su camioneta Chevrolet de 1968 y comía en su tasca favorita. Y si bien no alcanzaba las cotas de Howard Hughes, se rumoreaba que era un tanto solitario y celoso de su intimidad. Casi nunca se dejaba fotografiar en público, y cuando asistía a eventos, tanto de negocios como sociales, normalmente lo hacía de forma virtual mediante una cámara web.

Remi miró a Sam.

—El nombre de la cola coincide con los datos de la investigación de Selma. A menos que alguien haya robado el avión de King, parece que está aquí en persona.

—La pregunta es por qué.



Además de proporcionarles una breve biografía de King, Selma había hecho todo lo posible por localizar a Frank Alton, quien según su secretaria estaba fuera del país realizando un trabajo. Aunque hacía tres días que no tenía noticias de él, no estaba preocupada; Alton a menudo interrumpía las comunicaciones durante una semana o dos si el trabajo era especialmente complejo.

Oyeron una rama que se partía detrás de ellos y al volverse encontraron a Zhilan Hsu al otro lado de la valla, a solo un metro y medio de distancia. Sus piernas y la parte inferior de su torso estaban ocultos por el follaje. Escudriñó a los Fargo con sus ojos negros unos segundos y a continuación dijo:

—Se han pasado ustedes de puntuales.

Su tono era ligeramente menos severo que el de un fiscal.

—Y usted de sigilosa —contestó Remi.

—He estado observándolos.

—¿Su madre nunca le dijo que es de mala educación acercarse a la gente sin hacer ruido? —dijo Sam con una media sonrisa.

El rostro de Zhilan permaneció impasible.

—No conocí a mi madre.

—Lo siento...

—El señor King está listo para verlos; debe partir puntualmente a las siete y cincuenta. Me reuniré con ustedes en la puerta del lado este. Por favor, preparen sus pasaportes.

A continuación, Zhilan se volvió, se metió entre los arbustos y desapareció.

Remi se quedó mirando en aquella dirección con los ojos entornados.

—Confirmado: esa tía da repelús.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Sam—. Vamos. El rey Charlie nos espera.

Aparcaron sus motos en un lugar situado cerca de la puerta barrada y se aproximaron a un pequeño edificio exterior donde Zhilan los esperaba junto a un guardia uniformado. Dio un paso adelante, recogió sus pasaportes y se los entregó al agente, quien echó un vistazo a cada uno antes de devolvérselos a los Fargo.

—Por aquí, por favor —dijo Zhilan, y los condujo por el edificio y a través de una puerta peatonal hasta la escalerilla del Gulfstream.

Zhilan se hizo a un lado y les indicó con la mano que siguieran adelante. Una vez a bordo, se vieron en una cocina pequeña pero bien equipada. A la derecha, a través de un arco, estaba la cabina principal. Los mamparos estaban cubiertos de lustroso nogal taraceado con emblemas de la Estrella Solitaria de Texas, y el suelo estaba revestido de una gruesa moqueta color borgoña. Había dos zonas de asientos: una que consistía en una agrupación de cuatro butacas reclinables de cuero alrededor de una

mesita para el café, y otra, en popa, compuesta de un trío de sillones muy mullidos. El ambiente climatizado resultaba vivificante. Débilmente, a través de unos altavoces ocultos, sonaba «Mammas Don't Let Your Babies Grow Up to Be Cowboys», de Willie Nelson.

—Vaya —murmuró Remi.

En algún lugar hacia popa, una voz con un deje de Texas dijo:

—Creo que la palabra elegante para definir todo esto es «tópico», señorita Fargo, pero qué demonios, me gusta.

Un hombre se levantó de una de las butacas reclinables de cuero que miraban hacia atrás y se volvió para situarse de cara a ellos. Medía un metro noventa y cinco, pesaba noventa kilos —prácticamente la mitad era músculo— y tenía la cara bronceada y una tupida melena rubia entrecana cuidadosamente peinada. Sam y Remi sabían que Charles King tenía sesenta y dos años, pero aparentaba cincuenta. Les sonrió de oreja a oreja; tenía los dientes regulares y sorprendentemente blancos.

—Una vez que Texas se te mete en la sangre —dijo King—, es casi imposible sacártela. Créanme, he tenido cuatro mujeres que han hecho lo imposible, pero no lo han conseguido.

King se dirigió a ellos dando zancadas con la mano extendida. Llevaba unos tejanos azules, una camisa vaquera azul pálido desteñida y, para gran sorpresa de Sam y Remi, unas zapatillas de deporte Nike en lugar de unas botas de *cowboy*.

King reparó en sus expresiones.

—Nunca me han gustado las botas. Son muy incómodas y poco prácticas. Además, todos los caballos que poseo son de carreras, y yo no tengo precisamente la estatura de un jockey. —Estrechó primero la mano de Remi y luego la de Sam—. Muchas gracias por venir. Espero que Zee no les haya desanimado. No le gusta mucho charlar.

—Sería una buena jugadora de póquer —convino Sam.

—Es una buena jugadora de póquer. Me sacó seis mil pavos en diez minutos la primera (y la última) vez que jugamos. Pasen, siéntense. Beban algo. ¿Qué les apetece?

—Una botella de agua, por favor —dijo Remi, y Sam pidió lo mismo asintiendo con la cabeza.

—Zee, si eres tan amable. Yo tomaré lo de siempre.

Justo detrás de Sam y Remi, Zhilan dijo:

—Sí, señor King.

Lo siguieron a popa hasta la zona de los sillones y se sentaron. Zhilan solo tardó unos segundos en aparecer con una bandeja. Dejó las aguas de Sam y Remi delante de ellos y ofreció un *whisky* con hielo a King. Él no aceptó el vaso y simplemente se lo quedó mirando. Frunció el ceño, lanzó una mirada a Zhilan y negó con la cabeza.

—¿Cuántos cubitos tiene, cielo?

—Tres, señor King —dijo apresuradamente Zhilan—. Lo siento, me he...

—No le des más vueltas, Zee. Con uno más me basta. —Zhilan se marchó a toda prisa, y King dijo—: Por mucho que se lo digo, a veces se le olvida. El Jack Daniel's es un *whisky* caprichoso; hay que echarle el hielo justo o no vale un pimiento.

—Le creo —dijo Sam.

—Es usted un hombre sabio, señor Fargo.

—Sam.

—Como quiera. Llámeme Charlie.

King se los quedó mirando, con una sonrisa de satisfacción grabada en el rostro, hasta que Zhilan regresó con la bebida y la cantidad correcta de hielo. Se quedó al lado de él, esperando mientras la saboreaba.

—Bravo —dijo—. Hala, vete. —A continuación, se dirigió a los Fargo—: ¿Cómo va su excavación en esa pequeña isla? ¿Cómo se llama?

—Pulau Legundi —contestó Sam.

—Sí, eso. Una especie de...

—Señor King...

—Charlie.

—Zhilan Hsu mencionó a un amigo nuestro, Frank Alton. Ahorrémonos la cháchara por el momento; háblenos de Frank.

—Es usted un hombre directo, Sam. Me imagino que usted, Remi, también comparte ese rasgo.

Ninguno de los dos contestó, pero Remi le dedicó una dulce sonrisa.

King se encogió de hombros.

—Muy bien. Contraté a Alton hace unas semanas para que investigara un asunto, y al parecer se ha esfumado. ¡Puf! Como parece que a ambos se les da bien encontrar lo que no se encuentra fácilmente y son amigos suyos, pensé ponerme en contacto con ustedes.

—¿Cuándo tuvo noticias de él por última vez? —preguntó Remi.

—Hace diez días.

—Frank suele ser bastante independiente cuando trabaja —dijo Sam—. ¿Por qué...?

—Porque tenía que llamarme cada día. Era parte de nuestro trato, y lo cumplió hasta hace diez días.

—¿Hay algún motivo para que piense que ocurre algo?

—¿Aparte de que ha roto la promesa que me hizo? —contestó King con un dejo de irritación—. ¿Aparte de llevarse mi dinero y desaparecer?

—Por decir algo.

—Bueno, la zona del mundo en la que está a veces puede ser un poco peligrosa.

—¿Qué zona es ésa? —preguntó Remi.

—Nepal.

—¿Cómo? Ha dicho...

—Sí. Lo último que supe es que estaba en Katmandú. Es una ciudad apartada, pero puede ser un sitio duro si te descuidas.

—¿Quién más sabe esto? —preguntó Sam.

—Un puñado de gente.

—¿La mujer de Frank?

King negó con la cabeza y bebió un sorbo de *whisky*. Arrugó la cara.

—¡Zee!

Cinco segundos más tarde, Zhilan estaba a su lado.

—¿Sí, señor King?

Él le dio el vaso.

—El hielo se está derritiendo muy rápido. Deshazte de él.

—Sí, señor King.

Zhilan volvió a marcharse.

King observó con el ceño fruncido cómo se alejaba y se volvió de nuevo hacia los Fargo.

—Perdón, ¿qué estaba diciendo?

—¿Se lo ha contado a la mujer de Frank?

—No sabía que estuviera casado. No me dio ninguna información de contacto por si había una emergencia. Además, ¿para qué preocuparla? Que yo sepa, Alton se ha liado con una mujer oriental y está yéndose de picos pardos con mi dinero.

—Frank Alton no haría eso —dijo Remi.

—Puede que sí, puede que no.

—¿Se ha puesto en contacto con el gobierno nepalés? —preguntó Sam—. ¿O con la embajada estadounidense en Katmandú?

King hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Todos son muy lentos. Y corruptos; la gente de la zona, quiero decir. En cuanto a la embajada, me planteé llamarles, pero no dispongo de los meses que tardarían en poner sus culos en movimiento. Allí tengo a mi propia gente trabajando en otro proyecto, pero no tienen tiempo para dedicárselo a esto. Y, como he dicho, ustedes dos son famosos por encontrar lo que otros no pueden hallar.

—En primer lugar, Charlie, las personas no son cosas —dijo Sam—. En segundo, buscar personas desaparecidas no es nuestra especialidad. —King abrió la boca para hablar, pero Sam levantó la mano y continuó—: Dicho esto, Frank es un buen amigo nuestro, así que desde luego que iremos.

—¡Fantástico! —King se dio una palmada en la rodilla—. Hablemos de los detalles prácticos: ¿cuánto me va a costar?

Sam sonrió.

—Supondremos que está bromeando.

—¿Sobre dinero? Jamás.

—Como es un buen amigo, nosotros correremos con los gastos —dijo Remi con un ligero tono de crispación en la voz—. Necesitaremos toda la información que pueda proporcionarnos.

—Zee ya ha preparado una carpeta. Se la dará cuando se vayan.

—Háganos un resumen —dijo Sam.

—Es más complicado de lo que parece —dijo King—. Contraté a Alton para buscar a alguien que había desaparecido en la misma región.

—¿Quién?

—Mi padre. Cuando desapareció, mandé a una serie de personas a buscarlo, pero no tuvieron éxito. Es como si se hubiera esfumado de la faz de la tierra. La última vez que fue visto busqué por todas partes al mejor detective privado que pude encontrar. Alton estaba muy bien recomendado.

—Ha dicho «La última vez que fue visto» —observó Remi—. ¿Qué significa?

—Desde que mi padre desapareció, se ha rumoreado que aparece de vez en cuando: aproximadamente una docena de veces en los setenta, cuatro en los ochenta...

Sam lo interrumpió.

—Charlie, ¿exactamente cuánto lleva su padre desaparecido?

—Treinta y ocho años. Desapareció en mil novecientos setenta y tres.

Lewis King, a quien apodaban “Bully”, explicó Charles, era una especie de Indiana Jones, pero mucho antes de que apareciera el héroe cinematográfico: un arqueólogo que se pasaba once meses al año haciendo trabajo de campo; un académico trotamundos que había visitado más países de los que la mayoría de la gente sabía que existían. Charlie ignoraba lo que su padre estaba haciendo cuando desapareció.

—¿A qué estaba afiliado? —preguntó Remi.

—No sé a lo que se refiere.

—¿Trabajaba para una universidad o un museo? ¿Para una fundación, tal vez?

—No. Mi padre se habría sentido fuera de lugar. No le gustaban esas cosas.

—¿Cómo financiaba sus expediciones?

King les dedicó una sonrisa de modestia.

—Tenía un donante generoso y crédulo. Aunque, a decir verdad, nunca pidió mucho: cinco mil dólares de vez en cuando. Trabajaba solo, no tenía muchos gastos y sabía vivir frugalmente. En la mayoría de los sitios a los que viajaba podía mantenerse con un par de pavos al día.

—¿Tenía casa?

—Una casita en Monterrey. No la he vendido. En realidad, no he hecho nada con ella. Está prácticamente como estaba cuando él desapareció. Y sí, ya sé lo que van a preguntarme. En el setenta y tres mandé que registraran la casa en busca de pruebas, pero no encontraron nada. Si quieren, ustedes también pueden buscar. Zee les dará la información.

—¿Fue Frank allí?

—No, le pareció que no merecía la pena.

—Háblenos de la última vez que fue visto —dijo Sam.

—Hará unas seis semanas, un equipo de *National Geographic* estaba haciendo un reportaje sobre una ciudad antigua en esa zona: Lo Manta o algo por el estilo...

—Lo Monthang —propuso Remi.

—Sí, eso. Era la capital de Mustang.

Como la mayoría de la gente, King pronunciaba el nombre como el modelo de Ford homónimo.

—Se pronuncia «Mus-tong» —aclaró Remi—. También era conocido como Reino de Lo antes de que fuera anexionado por Nepal en el siglo dieciocho.

—Lo que usted diga. Nunca me han gustado esas cosas. Supongo que no he salido a mi padre. El caso es que en una de las fotos que hicieron aparecía un tipo al fondo. Un doble de mi padre... o al menos de la apariencia que debe de tener, según yo creo, después de casi cuarenta años.

—No es una información muy fiable en la que basarse —dijo Sam.

—Es lo único que tengo. ¿Siguen queriendo intentarlo?

—Por supuesto.

Sam y Remi se levantaron para marcharse. Se estrecharon las manos con King.

—Zee ha incluido en la carpeta mi información de contacto. Quiero que la pongan al corriente de sus progresos. Avísenme de lo que averigüen. Agradecería que me informaran con regularidad. Buena caza, matrimonio Fargo.

Charles King permaneció en la entrada de su Gulfstream observando cómo los Fargo regresaban a través de la puerta de acceso de la terminal, se montaban en sus motos y desaparecían por la carretera. Zhilan Hsu atravesó de nuevo la puerta, subió trotando la escalerilla del avión y se detuvo delante de King.

—No me gustan —dijo.

—¿Por qué?

—No le muestran suficiente respeto.

—Puedo pasar sin eso, querida, mientras estén a la altura de su fama. Por lo que he leído, esos dos tienen mucha habilidad para esta clase de cosas.

—¿Y si van más allá de lo que les pedimos?

—Bueno, para eso te tengo a ti, ¿no?

—Sí, señor King. ¿Quiere que vaya ya?

—No, dejemos que las cosas sigan su curso natural. Llama a Russ, ¿quieres?

King se dirigió a popa y se dejó caer en una de las butacas reclinables lanzando un gruñido. Un minuto más tarde, la voz de Zhilan sonó por el interfono.

—Se lo paso, señor King. Por favor, espere.

King aguardó a que sonara el gorjeante silenciador que le indicó que la línea por satélite estaba abierta.

—¿Estás ahí, Russ?

—Sí.

—¿Cómo va la excavación?

—Por buen camino. Hemos tenido problemas con una persona de la zona que ha armado lío, pero nos hemos ocupado de él. Marjorie está ahora mismo en el foso, apretándole las tuercas.

—¡Seguro que sí! Es como una bomba de relojería. No pierdas de vista a los inspectores. No pueden aparecer de repente. Estoy pagando un dineral. Si hay más gastos, os los descontaré de vuestro salario.

—Lo tengo bajo control.

—Bien. Y ahora dame una buena noticia. ¿Habéis encontrado algo interesante?

—Todavía no, pero hemos encontrado unas huellas fósiles que prometen mucho según nuestro experto.

—Sí, bueno, ya he oído eso antes. ¿Te has olvidado de aquel estafador de Perth?

—No, señor.

—¿El que te dijo que tenía un fósil de hipopótamo enano malgache? Se suponía que también era un experto.

—Y me ocupé de él, ¿no?

King hizo una pausa. Su ceño fruncido desapareció, y rió entre dientes.

—Es cierto. Pero escucha, hijo, quiero uno de esos Calico-como-se-llamen. Uno auténtico.

—Chalicotherium —lo corrigió Russ.

—¡Me importa un bledo cómo se pronuncie! ¡Latín! Que Dios me perdone. ¡Consígueme uno! ¡Ya le dije al inútil de Don Mayfield que estoy esperando uno y que tengo un espacio preparado! ¿Entendido?

—Sí, señor, entendido.

—Muy bien, pues. Otra cosa: acabo de conocer a nuestras más recientes adquisiciones. Los dos son muy astutos. Me imagino que no van a perder mucho tiempo. Con suerte, husmearán en el sitio de Monterrey y luego irán en dirección a ti. Te avisaré cuando estén en el aire.

—Sí, señor.

—Asegúrate de que lo atas corto, ¿entendido? Si se te escapan, te despellejaré

vivo.



## Capítulo 3

### *Goldfish Point, La Jolla, cerca de San Diego, California*

Después de separarse de King, Sam y Remi habían vuelto a Pulau Legundi, donde, como era de esperar, se habían encontrado al profesor Stan Dydell inspeccionando el lugar. El antiguo profesor de Remi en la Universidad de Boston se había tomado un año sabático para participar en múltiples excavaciones. Después de oír las noticias sobre Alton, Dydell había accedido a supervisar la excavación hasta que regresaran o encontraran un sustituto permanente.

Treinta y seis horas y tres transbordos más tarde, habían aterrizado en San Diego al mediodía de la hora local. Sam y Remi habían ido en coche directos a casa de Alton para dar la noticia a la mujer de Frank. En ese momento, tras depositar el equipaje en el vestíbulo de su propia casa, habían bajado a los dominios de Selma, la sala de trabajo.

Con una extensión de ciento ochenta y cinco metros cuadrados, el espacio poseía un techo alto, estaba dominado por una mesa de madera de arce de seis metros de largo iluminada desde arriba con lámparas halógenas colgantes y rodeada de taburetes con altos respaldos. En una pared había un trío de cubículos —cada uno equipado con un flamante ordenador Mac Pro con doce núcleos de potencia de procesamiento y una pantalla de alta definición de treinta pulgadas—, un despacho acristalado para Sam y otro para Remi, una cámara con control de temperatura y humedad dedicada al archivo, una pequeña sala de proyecciones y una biblioteca de investigación. La pared de enfrente la ocupaba el único pasatiempo de Selma: un acuario de agua salada de más de cuatro metros de largo con capacidad para casi dos mil trescientos litros lleno de diversos peces multicolores. Su tenue borboteo confería a la sala de trabajo un ambiente de relajación.

Encima del espacio de trabajo del primer piso se encontraba la casa de los Fargo: una residencia de estilo colonial español de mil cien metros cuadrados con tres plantas, espacios diáfanos, techos abovedados y tantas ventanas y tragaluces que casi nunca tenían necesidad de iluminación artificial más de un par de horas al día. La electricidad que consumían la suministraba principalmente un sólido conjunto de paneles solares recién instalados en el tejado.

El piso superior albergaba la suite principal de Sam y Remi. Justo debajo había cuatro cuartos de huéspedes, una sala de estar, un comedor y una cocina/salón que sobresalía por encima del acantilado y tenía vistas al mar. En el segundo piso había

un gimnasio con aparatos de aeróbic y de entrenamiento en circuito, una sauna, una interminable piscina de competición, un muro de escalada y un espacio con el suelo de madera noble de cien metros cuadrados para que Remi practicara esgrima y Sam judo.

Sam y Remi se sentaron en un par de taburetes en un rincón de la mesa de trabajo. Selma se juntó con ellos. Llevaba su tradicional atuendo de trabajo: pantalones caqui, zapatillas de deporte, una camiseta de manga corta desteñida y unas gafas con montura de carey con su correspondiente cadena para el cuello. Pette Jeffcoat y Wendy Corden se acercaron a escuchar. Bronceados, saludables, rubios y de trato afable, los ayudantes de Selma eran californianos prototípicos pero no tenían nada que ver con los holgazanes que poblaban las playas. Jeff estaba licenciado en arqueología y Wendy en ciencias sociales.

—Está preocupada —dijo Remi—. Pero lo ha ocultado muy bien por los niños. Le dijimos que la mantendríamos al tanto. Selma, si pudieras ponerte en contacto con ella todos los días mientras estamos fuera...

—Claro. ¿Qué tal su audiencia con Su Alteza?

Sam les relató su reunión con Charlie King.

—Remi y yo hemos hablado del tema en el avión. Ese hombre dice lo que tiene que decir y domina a la perfección el papel de *cowboy*, pero hay algo raro en él.

—Su chica Viernes, para empezar —dijo Remi, y pasó a describir a Zhilan Hsu.

Aunque en ausencia de King la mujer tenía un comportamiento totalmente enervante, su conducta a bordo del Gulfstream hacía pensar otra cosa. El disgusto de King por el número de cubitos de hielo en su vaso de *whisky* y la reacción avergonzada de ella les revelaron no solo que Zhilan temía a su jefe, sino que él era una persona dominante y un maniático del control.

—Remi también tiene una interesante corazonada sobre la señora Hsu —dijo Sam.

—Es su amante —explicó Remi—. Sam no está tan seguro, pero yo estoy convencida. Y King la controla con mano de hierro.

—Todavía estoy preparando la biografía de la familia King —dijo Selma—, pero de momento no he tenido suerte con Zhilan. Seguiré trabajando. Con su permiso, debo llamar a Rube.

Rube Haywood, otro amigo de Sam, trabajaba en el cuartel general de la CIA en Langley, Virginia. Se habían conocido en el infame centro de instrucción para operaciones secretas en Camp Peary cuando Sam estaba en la AIPAD (Agencia de Investigación de Proyectos Avanzados de Defensa) y Rube era un prometedor agente de inteligencia. Aunque la estancia en «la Granja» era un requisito para alguien como Rube, Sam estaba allí como parte de un experimento cooperativo: la AIPAD y la CIA proponían que cuanto mejor entendieran los ingenieros cómo trabajaban los agentes

de inteligencia sobre el terreno, mejor podrían dotar a los agentes de Estados Unidos.

—Si tienes que hacerlo, adelante. Una cosa más —añadió Sam—. King dice que no tiene ni idea de cuál era el campo de interés de su padre. Afirma que ha estado buscándolo durante casi cuarenta años y que sin embargo no sabe nada de lo que empujó a ese hombre a hacer lo que hizo. No me lo trago.

—También afirma que no se ha molestado en ponerse en contacto ni con el gobierno nepalés ni con la embajada de Estados Unidos —añadió Remi—. Alguien tan poderoso como King conseguiría respuestas con unas cuantas llamadas telefónicas.

—King también dijo que no le interesaba la casa de su padre en Monterrey. Pero Frank es demasiado meticuloso para haber pasado eso por alto. Si King hubiera hablado a Frank de la casa, él habría ido a verla.

—¿Por qué mentiría King sobre algo así? —dijo Pete.

—Ni idea —contestó Remi.

—¿Qué significa todo eso? —preguntó Wendy.

—Alguien tiene algo que ocultar —respondió Selma.

—Eso mismo hemos pensado nosotros —dijo Sam—. La cuestión es qué. King también es un tanto paranoico. Y, en honor a la verdad, con lo rico que es, probablemente los estafadores se le echen encima a montones.

—Al final, nada de eso importa —dijo Remi—. Frank Alton ha desaparecido. Eso es en lo que tenemos que concentrarnos.

—¿Y por dónde empezamos? —preguntó Selma.

—Por Monterrey.

## ***Monterrey, California***

Sam tomaba despacio las curvas mientras los faros del coche sondeaban la niebla que se arremolinaba sobre el suelo y entre el follaje que bordeaba el sinuoso camino de guijarros. Por debajo de ellos, las luces de las casas en la ladera del acantilado centelleaban en la penumbra, mientras que más hacia fuera los faros de navegación de los barcos de pesca flotaban en la oscuridad. La ventanilla del lado de Remi estaba abierta, y a través de ella podían oír de vez en cuando el triste gong de una boya a lo lejos.

Pese a caerse de cansancio, Sam y Remi estaban deseando empezar a investigar la desaparición de Frank, de modo que habían tomado el vuelo regular vespertino de San Diego a la doble pista de aterrizaje del aeropuerto Península, en Monterrey, donde habían alquilado un coche.

Incluso sin ver la propia construcción, era evidente que la casa de Lewis «Bully»

King valía millones. Más exactamente, la finca en que se encontraba los valía. Las vistas de la bahía de Monterrey había que pagarlas. Según Charlie King, su padre había comprado la casa a principios de la década de 1950. Desde entonces, la revalorización del terreno habría obrado su magia y habría convertido hasta una chabola en una auténtica mina de oro.

La pantalla de navegación del salpicadero emitió un sonido para indicar que se acercaba otro recodo. Mientras tomaban la curva, los faros iluminaron un solitario buzón situado sobre un poste.

—Ahí está —dijo Remi, leyendo los números.

Sam entró en un camino de acceso bordeado de pinos de Virginia y una desvencijada valla que había dejado de ser blanca hacía mucho y que parecía mantenerse recta únicamente gracias a las enredaderas que se enmarañaban en ella. Sam dejó que el coche avanzara en punto muerto hasta pararse. Delante de ellos, los faros iluminaban una casa de estilo inglés de noventa metros cuadrados. Dos pequeñas ventanas entabladas flanqueaban la puerta principal, debajo de la cual había un tramo de escalones de hormigón quebradizos. La fachada estaba pintada de un color que, si bien en otra época debía de haber sido verde intenso, en ese momento, y donde no se había desconchado, se había vuelto de un verde pálido.

Al final del camino de acceso, parcialmente oculto detrás de la casa, había un garaje con capacidad para un coche que tenía los canalones del alero colgando.

—Es una casa de los cincuenta, eso seguro —dijo Remi—. Qué sobriedad.

—El solar debe de tener como mínimo una hectárea. Es un milagro que no haya caído en manos de promotores inmobiliarios.

—No lo es, considerando quién es el dueño.

—Tienes razón —dijo Sam—. Lo reconozco, da un poco de miedo.

—Yo iba a decir que da mucho miedo. ¿Vamos?

Sam apagó los faros, paró el motor y dejó la casa iluminada únicamente por la escasa y pálida luz de la luna que se filtraba a través de la niebla. Cogió una maleta de piel del asiento trasero y a continuación bajaron del vehículo y cerraron las puertas. En medio del silencio, el doble ruido pareció anormalmente sonoro. Sam sacó su diminuta linterna de LED de un bolsillo del pantalón y la encendió.

Siguieron el pasadizo hasta la puerta principal. Sam comprobó la estabilidad de la escalera tanteándola con el pie. Hizo una señal con la cabeza a Remi y acto seguido subió los escalones, introdujo en la cerradura la llave que Zhilan les había proporcionado y la hizo girar. El mecanismo se abrió con un leve ruido. Sam empujó suavemente la puerta; las bisagras emitieron un predecible chirrido. Sam cruzó el umbral seguido de Remi.

—Dame un poco de luz —dijo Remi.

Sam se volvió y enfocó con la linterna la pared situada junto a la jamba de la

puerta, donde Remi estaba buscando un interruptor. Encontró uno y lo accionó. Zhilan les había asegurado que la electricidad de la casa funcionaría, y había cumplido su palabra. En tres rincones de la sala, se encendieron unas lámparas de pie que arrojaron unos apagados haces cónicos amarillos sobre las paredes.

—No está tan abandonada como King nos dio a entender —observó Sam.

No solo las lámparas funcionaban, sino que no se veía ni rastro de polvo.

—Debe de hacer que limpien este sitio con regularidad.

—¿No te parece raro? —preguntó Remi—. No solo conserva la casa durante casi cuarenta años después de la desaparición de su padre, sino que no cambia nada y manda que la limpien mientras el jardín se echa a perder...

—El propio Charlie King me parece raro, así que esto no me sorprende. Si le añades la fobia a los gérmenes y le escondes las tijeras para cortarse las uñas, ese tipo no está muy lejos de ser una copia de Howard Hughes.

Remi se echó a reír.

—La buena noticia es que no hay mucho terreno que recorrer.

Tenía razón. Desde donde se encontraban podían ver la mayor parte de la casa de Bully: un salón de unos veinte metros cuadrados que parecía un gabinete/estudio, con las paredes del este y el oeste dominadas por estanterías del suelo al techo llenas de libros, adornos, fotos enmarcadas y vitrinas que contenían lo que parecían fósiles y artefactos arqueológicos.

En el centro de la estancia había una mesa de cocina como una tabla de carnicero que Lewis había estado usando a modo de escritorio; sobre ella, una vieja máquina de escribir portátil, bolígrafos, lápices, blocs y pilas de libros. En la pared sur había tres puertas: una daba a una pequeña cocina, otra a un cuarto de baño y la tercera a un dormitorio. Por debajo del olor acre a limpiador y bolas de alcanfor, la casa olía a moho y a vieja cola de papel de pared.

—Creo que es tu turno, Remi. Tú y Bully erais, o sois, almas gemelas. Yo registraré las otras habitaciones. Grita si ves un murciélago.

—No tiene gracia, Sam Fargo.

Remi era una mujer realmente intrépida; nunca le daba miedo mancharse las manos o lanzarse al peligro, pero detestaba los murciélagos. Sus alas apergaminadas, sus diminutas manos en forma de garras y sus demacradas caras de cerdo le producían una fobia primaria. Halloween era una época tensa para la familia Fargo, y las películas de vampiros clásicas estaban prohibidas en su casa.

Sam regresó junto a ella, le levantó la barbilla con el dedo índice y le dio un beso.

—Perdona.

—No importa.

Mientras Sam entraba en la pequeña cocina, Remi echó un vistazo a las estanterías. Como era de esperar, todos los libros parecían haber sido escritos antes de

la década de 1970. Advirtió que Lewis King era un lector ecléctico. Aunque la mayoría de los volúmenes estaban directamente relacionados con la arqueología y sus disciplinas asociadas —antropología, paleontología, geología, etcétera—, también había tomos de filosofía, cosmología, sociología, literatura clásica e historia.

Sam regresó al gabinete.

—En las otras habitaciones no hay nada interesante. ¿Qué tal aquí?

—Sospecho que era... —Remi hizo una pausa y se dio la vuelta—. Supongo que tenemos que decidir el tiempo verbal que vamos a usar para hablar de él. ¿Lo consideramos muerto o vivo?

—Supongamos lo segundo. Es lo que hizo Frank.

Remi asintió con la cabeza.

—Sospecho que Lewis es un hombre fascinante. Apuesto a que ha leído la mayoría de estos libros, si no todos.

—Si trabajaba tanto sobre el terreno como King dijo, ¿de dónde sacaba el tiempo?

—¿Leía rápido? —propuso Remi.

—Es posible. ¿Qué hay en las vitrinas?

Sam enfocó con la linterna la que Remi tenía más cerca. Ella la escudriñó.

—Puntas clovis —dijo, haciendo referencia al nombre universal de las puntas de lanza y de flecha fabricadas con piedra, marfil o hueso—. Es una bonita colección.

Empezaron a examinar el resto de las vitrinas, una tras otra. La colección de Lewis era tan ecléctica como su biblioteca. Aunque había muchos artefactos arqueológicos —fragmentos de cazuelas, cuernos tallados, herramientas de piedra, astillas de madera petrificadas—, había piezas que correspondían a las ciencias históricas: fósiles, rocas, ilustraciones de plantas e insectos extinguidos y fragmentos de manuscritos antiguos.

Remi dio un golpecito al cristal de una vitrina que contenía un pergamino que parecía escrito en devanagari, el alfabeto original del nepalés.

—Esto es interesante. Creo que es una reproducción. Hay algo que parece una nota de traductor: «A. Kaalrami, Universidad de Princeton». Pero no hay ninguna traducción.

—Voy a comprobarlo —dijo Sam, al tiempo que sacaba su iPhone del bolsillo.

Abrió el navegador web Safari y esperó a que el icono de la red 4G apareciera en la barra de menú del teléfono. En lugar del icono, vio un cuadro de mensaje en la pantalla:

*Seleccione una red Wi-Fi 1651FPR*

Sam observó el mensaje un instante con el ceño fruncido, cerró el navegador y abrió una aplicación para tomar notas.

—No puedo conectarme —le dijo a Remi—. Mira.

Remi se volvió hacia él.

—¿Qué?

Él le guiñó el ojo.

—Mira.

Remi se acercó y miró la pantalla de su iPhone. Sam había escrito un mensaje en ella:

*Sígueme la corriente.*

Remi no se inmutó.

—No me extraña que no tengas cobertura —dijo—. Estamos en el quinto pino.

—¿Qué opinas? ¿Lo hemos visto ya todo?

—Creo que sí. Vamos a buscar un hotel.

Apagaron las luces, y a continuación salieron por la puerta principal y la cerraron con llave.

—¿Qué pasa, Sam? —preguntó Remi.

—He detectado una red inalámbrica. Tiene el nombre de esta dirección: Uno-seis-cinco-uno False Pass Road.

Sam volvió a abrir la pantalla del mensaje y se la enseñó a Remi.

—¿Puede ser un vecino? —preguntó.

—No, la señal de una casa de dimensiones medias no pasa de cincuenta metros más o menos.

—Esto se pone cada vez más interesante —dijo Remi—. No veo ningún módem ni ningún router moderno. ¿Por qué iba a necesitar una red inalámbrica una casa supuestamente abandonada?

—Solo se me ocurre un motivo, y teniendo en cuenta con quién estamos tratando, no es tan disparatado como parece: para vigilar.

—¿Con cámaras?

—O con aparatos de escucha.

—¿King nos está espionando? ¿Por qué?

—¡Quién sabe! Pero ahora me pica la curiosidad. Tenemos que volver a entrar. Vamos, echemos un vistazo.

—¿Y si tiene cámaras exteriores?

—Son difíciles de ocultar. Estaremos atentos.

Enfocando con la linterna la fachada y los bajos de la cornisa, Sam recorrió el camino de acceso hacia el garaje. Cuando llegó a la esquina de la casa, se detuvo para echar un vistazo. Se apartó.

—Nada —dijo.

Se dirigió a la puerta lateral del garaje y trató de mover el pomo. Estaba cerrado.

Se quitó su cazadora, se envolvió la mano derecha con ella y presionó con el puño el cristal que había encima del pomo, apoyándose con fuerza hasta que el vidrio se hizo añicos con un estallido amortiguado. Retiró los fragmentos que quedaban, metió la mano y abrió la puerta.

Una vez dentro, solo tardó un minuto en encontrar el cuadro eléctrico. Sam abrió la tapa y examinó la configuración. Los fusibles eran de un modelo viejo, pero algunos parecían relativamente nuevos.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Remi.

—No pienso tocar los fusibles.

Sam desplazó el haz de la linterna del cuadro eléctrico a la plancha de madera, y luego a la izquierda hasta el siguiente clavo, donde encontró el contador eléctrico. Empleando su navaja, arrancó el cable conductor, abrió la tapa y apagó el interruptor de alimentación principal.

—Con esto debería bastar, siempre y cuando King no tenga generador ni baterías de reserva escondidos en alguna parte —dijo Sam.

Regresó al escalón de la entrada. Remi sacó su iPhone y buscó la red inalámbrica. Había desaparecido.

—Vía libre —dijo.

—Vamos a ver lo que esconde Charlie King.

De nuevo en el interior, Remi fue directa a la vitrina que contenía el pergamino escrito en devanagari.

—¿Puedes darme la cámara, Sam?

Sam abrió la maleta, que había colocado sobre un sillón cercano, sacó la Cannon G10 de Remi y se la dio. Ella empezó a tomar fotos de la vitrina. Una vez hechas, pasó a la siguiente.

—Voy a documentarlo todo.

Sam asintió con la cabeza. Examinó las estanterías de los libros con los brazos en jarras. Hizo un rápido cálculo mental: había de quinientos a seiscientos volúmenes.

—Yo empezaré a hojear los libros.

Rápidamente se hizo evidente que la persona que King había contratado para que limpiara la casa había prestado escasa atención a las estanterías; aunque los lomos de los libros estaban limpios, la parte superior estaba cubierta de una gruesa capa de polvo. Antes de extraer cada ejemplar, Sam lo examinó con la linterna en busca de huellas dactilares. Ninguno parecía haber sido tocado desde hacía al menos una década.

Dos horas y cien estornudos más tarde devolvieron el último libro a su lugar. Remi,



que había terminado de fotografiar las vitrinas una hora antes, había ayudado a su marido con los últimos cien volúmenes.

—Nada —dijo Sam, apartándose de la estantería y limpiándose las manos en los pantalones—. ¿Y tú?

—Tampoco. Pero he encontrado algo interesante en una de las vitrinas.

Encendió la cámara, se desplazó hasta la fotografía pertinente y le enseñó la imagen a Sam. Él la observó un instante.

—¿Qué son esas cosas?

—No me hagas mucho caso, pero creo que son fragmentos de huevo de avestruz.

—¿Y el grabado? ¿Escritura en algún idioma? ¿Arte quizá?

—No lo sé. Los he sacado de la vitrina y también los he fotografiado por separado.

—¿Qué significan?

—Para nosotros, probablemente nada. En un contexto más amplio... —Remi se encogió de hombros—. Quizá mucho.

En 1999, explicó Remi, un equipo de arqueólogos franceses descubrió una colección de doscientos setenta trozos de cáscara de huevo de avestruz con grabados en el refugio rocoso de Diepkloof, en Sudáfrica. Los fragmentos tenían grabados dibujos geométricos que databan de hacía entre cincuenta y cinco mil y sesenta y cinco mil años, y pertenecían a lo que se conoce como el período cultural lítico de Howiesons Poort.

—Los expertos todavía están debatiendo el significado de los grabados —prosiguió Remi—. Algunos sostienen que son una representación artística; otros, un mapa; y otros, una forma de idioma escrito.

—¿Éstos se les parecen?

—No sabría decírtelo ahora, a bote pronto. Pero si son del mismo tipo que los de los fragmentos sudafricanos —concluyó Remi—, como mínimo son treinta y cinco años anteriores al hallazgo de Diepkloof.

—A lo mejor Lewis no sabía lo que había encontrado.

—Lo dudo. Cualquier arqueólogo que se precie reconocería su importancia. Cuando encontremos a Frank y las cosas vuelvan a la normalidad... —Sam abrió la boca para hablar, y Remi rápidamente se corrigió—. Cuando vuelvan a la normalidad para nosotros, lo investigaré.

Sam suspiró.

—Así que de momento lo único que tenemos relacionado con Nepal, aunque sea remotamente, es el pergamino con escritura devanagari.

## Capítulo 4

### *Katmandú, Nepal*

Sam y Remi se despertaron con la voz del piloto que anunciaba la llegada al aeropuerto internacional Tribhuvan de Katmandú. Después de haberse pasado la mayor parte de los tres últimos días en el aire, los dos tardaron treinta segundos largos en despabilarse. Los vuelos en aviones de las compañías United, Cathay Pacific y Royal Nepal habían durado casi treinta y dos horas.

Sam se incorporó, estiró los brazos por encima de la cabeza y ajustó su reloj a la hora del reloj digital que aparecía en la pantalla del respaldo del asiento de delante. A su lado, Remi entreabrió los ojos pestañeando.

—Daría mi reino por una buena taza de café —murmuró.

—Estaremos en tierra dentro de veinte minutos.

Remi abrió los ojos del todo.

—Ah, casi me había olvidado.

En los últimos años, Nepal se había introducido en el negocio del café. Por lo que a los Fargo respectaba, los granos cultivados en la región de Arghakhanchi producían el mejor oro negro del mundo.

Sam le sonrió.

—Te invitaré a todo el café que seas capaz de beber.

—Eres mi héroe.

El avión se ladeó bruscamente, y los dos miraron por la ventanilla. Para la mayoría de los viajeros, el nombre de Katmandú evoca exóticas imágenes de templos budistas y de monjes con túnicas, senderistas y alpinistas, incienso, especias, chozas destartaladas y valles en penumbra ocultos por los picos del Himalaya. Lo que no esperan ver en Katmandú quienes acuden allí por primera vez es una bulliciosa metrópolis con setecientos cincuenta mil habitantes y una tasa de alfabetización del noventa y ocho por ciento.

Visto desde el aire, Katmandú parece haberse caído en un valle con forma de cráter rodeado de cuatro elevadas cadenas montañosas: Shivapuri, Phulchowki, Nagarjun y Chandragiri.

Sam y Remi habían estado allí de vacaciones dos veces con anterioridad. Sabían que a pesar de su población, sobre el terreno Katmandú era como un conglomerado de pueblos de tamaño medio con algunos toques de modernidad. En una manzana podías encontrar un templo con mil años de antigüedad consagrado al dios hindú

Shiva y en la siguiente una tienda de teléfonos móviles; en las vías públicas importantes, los estilizados taxis híbridos y los carritos decorados con vivos colores competían por los pasajeros; en una plaza, situados uno justo enfrente del otro, un restaurante decorado con motivos del Oktoberfest y un vendedor callejero vendían platos de chaat a los transeúntes. Y, por supuesto, en las laderas de las montañas y sobre los escarpados picos que rodeaban la ciudad, había cientos de templos y de monasterios, algunos más antiguos que el mismísimo Katmandú.

Como viajeros con experiencia que eran, Sam y Remi estaban preparados para la aduana y el control de inmigración, y les dejaron pasar con un mínimo de molestias. Pronto se encontraron fuera de la terminal, en la acera de transporte terrestre bajo una moderna marquesina curvada. La fachada de la terminal estaba hecha de terracota inmaculada, con un tejado muy inclinado adornado con cientos de insertos rectangulares.

—¿Dónde nos ha hecho la reserva Selma?

—En el Hyatt Regency.

Remi asintió con la cabeza. En su última visita a Katmandú, con la esperanza de sumergirse en la cultura nepalesa, se habían alojado en un hostel que resultó estar situado al lado de un corral dedicado a la cría de yaks, y descubrieron que a los yaks no les preocupaba en exceso el pudor, la intimidad o el sueño.

Sam se acercó al bordillo de la acera para parar un taxi. Detrás de ellos sonó una voz de hombre:

—¿Son ustedes el señor y la señora Fargo?

Sam y Remi se volvieron y se encontraron ante una pareja de jóvenes, ambos de veintipocos años y no solo casi idénticos el uno al otro sino también a Charles King, exceptuando una llamativa diferencia. Aunque los hijos de King habían sido agraciados con el cabello rubio platino, los ojos azules y la sonrisa abierta de su padre, sus rostros también tenían unos sutiles pero marcados rasgos asiáticos.

Remi lanzó a Sam una mirada de reojo que enseguida él interpretó correctamente: la corazonada de ella con respecto a Zhilan Hsu había sido como mínimo parcialmente acertada. Sin embargo, a menos que los Fargo se estuvieran excediendo en sus conjeturas, la relación de ella con King iba mucho más allá que la de una amante cualquiera.

—Los mismos que visten y calzan —contestó Sam.

El hombre, que tenía la estatura de su padre pero no su corpulencia, les tendió la mano y les dio a cada uno un vigoroso apretón.

—Soy Russell. Ésta es mi hermana Marjorie.

—Sam... Remi. No esperábamos que alguien viniera a recibirnos.

—Hemos decidido tomar la iniciativa —dijo Marjorie—. Estamos aquí por un

negocio de papá, así que no es ninguna molestia.

—Si no han visitado antes Katmandú, puede ser un poco desconcertante —señaló Russell—. Tenemos un coche. Les llevaremos con mucho gusto a su hotel.

El Hyatt Regency estaba a tres kilómetros al noroeste del aeropuerto. El viaje transcurrió sin contratiempos, aunque con lentitud, en el sedán Mercedes-Benz de los hijos de King. En su interior insonorizado y tras sus ventanillas con cristales tintados, a Sam y a Remi el trayecto les resultó un tanto surrealista. Situado al volante, Russell conducía con desenvoltura por las confusas y estrechas calles mientras Marjorie, en el asiento del pasajero, les ofrecía una ininterrumpida charla sobre la ciudad con el encanto de la manida explicación de un guía turístico.

Finalmente se detuvieron delante de la entrada cubierta del Hyatt. Russell y Marjorie salieron del coche y les abrieron las puertas traseras antes de que Sam y Remi hubieran tocado los tiradores.

Como en la terminal del aeropuerto, la arquitectura del Hyatt Regency era una mezcla de elementos antiguos y modernos: una amplia fachada de seis plantas de color terracota y crema coronada por un tejado de estilo pagoda. Los exuberantes y cuidados jardines ocupaban ocho hectáreas.

Un botones se acercó al coche, y Russell gritó algo en nepalés. El hombre asintió enérgicamente con la cabeza y forzó una sonrisa, y a continuación sacó el equipaje del maletero y desapareció en el vestíbulo.

—Les dejaremos instalarse —dijo Russell, y les dio su tarjeta de visita—. Llámenme más tarde y hablaremos de cómo desean proceder.

—¿Proceder? —repitió Sam.

Marjorie sonrió.

—Disculpen. Probablemente papá se olvidó de decírselo. Nos ha pedido que les hagamos de guías mientras buscan al señor Alton. ¡Hasta mañana!

Y con unas sonrisas y unos gestos de la mano casi sincronizados, los hijos de King volvieron a subirse al Mercedes y se marcharon.

Sam y Remi observaron cómo el coche se alejaba durante unos segundos.

Entonces Remi murmuró:

—¿Hay alguien normal en la familia King?

Cuarenta y cinco minutos más tarde estaban instalados en su suite disfrutando de un café.

Después de pasar la tarde tumbados en la piscina relajándose, regresaron a su suite para tomar unos cócteles. Sam pidió un Gibson con ginebra Sapphire Bombay y Remi un Cosmopolitan con vodka Ketel One. Terminaron de leer el dossier que les

había dado Zhilan en el aeropuerto de Palembang. Aunque a primera vista parecía exhaustivo, hallaron en él pocos datos relevantes en los que basarse para iniciar la búsqueda.

—Lo reconozco —dijo Remi—; la combinación de los genes de Zhilan Hsu y de Charlie King ha producido... resultados interesantes.

—Es muy diplomático por tu parte, Remi, pero seamos sinceros: Russell y Marjorie dan miedo. Si sumas su aspecto a su exagerada cordialidad, tienes un par de asesinos natos de película de Hollywood. ¿Has visto en ellos algún rasgo concreto de Zhilan?

—No, y casi espero que no tengan ninguno. Si ella es su madre, probablemente tenía dieciocho o diecinueve años cuando los tuvo.

—Mientras que King tendría cuarenta y tantos en esa época.

—¿Te has fijado en que no tienen acento de Texas? Me ha parecido distinguir un acento de universidad pija en su forma de pronunciar algunas vocales.

—Así que su papá los mandó fuera de Texas a la universidad. Me gustaría saber cómo se enteraron de cuál era nuestro vuelo.

—¿Una exhibición de poder de Charlie King? ¿Para demostrarnos que está bien relacionado?

—Probablemente. Eso también explicaría por qué no nos avisó de que nos estarían esperando los Gemelos Maravilla. Con lo poderoso que es, a buen seguro se cree un experto en pillar a la gente desprevenida.

—No me hace mucha gracia la idea de que nos acompañen a todas partes.

—A mí tampoco, pero mañana sigámosles el juego para descubrir qué saben de las actividades de Frank. Tengo la ligera sospecha de que la familia King sabe mucho más de lo que deja entrever.

—Estoy de acuerdo —contestó Remi—. Todo se reduce a una cosa, Sam: King está intentando mover los hilos. La pregunta es por qué. ¿Porque es un maniático del control o porque está ocultando algo?

El timbre de la puerta sonó. Sam se acercó a ésta para coger un sobre que acababan de deslizar por debajo y dijo:

—Ah, la confirmación de la reserva de la cena.

—¿En serio?

—Bueno, solo si puedes prepararte en treinta minutos —respondió Sam.

—Me encantaría. ¿Adónde vamos?

—A Bhanchka y Ghan —contestó Sam.

—¿Cómo te has acordado?

—¡Cómo olvidar una comida tan memorable, el ambiente y la cocina nepalesa!

Veinticinco minutos más tarde Remi se había puesto unos pantalones Akris y un top, con una chaqueta a juego echada por encima del brazo. Sam, recién afeitado,

vestido con una camisa Robert Graham azul y unos pantalones de color gris oscuro, la acompañó a la puerta.

A Remi apenas le sorprendió despertarse a las cuatro de la madrugada y descubrir que su marido no estaba en la cama sino en un sillón del tresillo de la suite. Cuando algo atormentaba el subconsciente de Sam Fargo, casi nunca podía dormir. Lo encontró bajo la tenue luz de una lámpara leyendo el dossier que Zhilan les había dado. Remi apartó con delicadeza la carpeta de manila usando la cadera. A continuación, se sentó en su regazo y lo envolvió bien con su larga bata de seda de La Perla.

—Creo que he encontrado al culpable —dijo.

—Enseñámelo.

Él hojeó una serie de páginas sujetas con un clip.

—Los informes diarios que Frank enviaba por correo electrónico a King. Empiezan el día que llegó aquí y acaban la mañana que desapareció. ¿Ves algo distinto en los tres últimos correos?

Remi los examinó.

—No.

—Firmó cada uno con el nombre de «Frank». Fíjate en los anteriores.

Remi hizo lo que le indicó. Frunció los labios.

—Están firmados simplemente con «FA».

—Así firmaba también los correos electrónicos que me mandaba a mí.

—¿Qué significa?

—Solo es una conjetura. Yo diría que o Frank no mandó los últimos tres correos o que los mandó intentando incluir una señal de socorro.

—Me parece poco probable. Frank habría encontrado un código más ingenioso.

—Eso nos deja la otra opción. Desapareció antes de lo que King cree.

—Y alguien estaba haciéndose pasar por él —concluyó Remi.

### ***Cincuenta kilómetros al norte de Katmandú, Nepal***

En la penumbra que precede al amanecer, el Range Rover salió de la carretera principal. Sus faros recorrían los verdes campos dispuestos en terrazas mientras seguía la carretera serpenteante hasta el fondo del valle, donde se cruzaba con otra carretera, más estrecha y llena de barro. El Rover avanzó dando sacudidas por la carretera a lo largo de varios cientos de metros antes de cruzar el puente. Debajo se agitaba un río cuyas oscuras aguas lamían las vigas inferiores del puente. En la otra orilla, los faros del Rover iluminaron brevemente un letrero: TRISULI, se leía en

nepalés. Cuatrocientos metros más adelante, el Rover llegó a un ancho edificio de ladrillo gris con un tejado hecho con retazos de chapa. Al lado de la puerta principal de madera, una ventana cuadrada emitía un brillo amarillo. El Rover avanzó en punto muerto hasta detenerse delante del edificio, y el motor se apagó.

Russell y Marjorie King se bajaron del vehículo y se dirigieron a la puerta. Un par de figuras indefinidas salieron de detrás de cada esquina del edificio y los interceptaron. Cada hombre llevaba cruzada en diagonal sobre el cuerpo un arma automática. Unas linternas se encendieron, enfocaron las caras de los hijos de King y se apagaron. Uno de los centinelas sacudió la cabeza para indicar a la pareja que entrara.

Al otro lado de la puerta, un hombre se hallaba sentado tras una mesa de caballete. Aparte de la mesa y de una parpadeante linterna de queroseno, la habitación estaba vacía.

—Coronel Zhou —gruñó Russell King.

—Bienvenidos, mis anónimos amigos estadounidenses. Por favor, sentaos.

Los hermanos hicieron lo que el hombre les indicó y tomaron asiento en el banco situado enfrente de Zhou.

—No viste de uniforme —dijo Marjorie—. Por favor, no nos diga que tiene miedo de las patrullas del ejército nepalés.

Zhou rió entre dientes.

—Qué va. Estoy seguro de que mis hombres disfrutarían haciendo prácticas de tiro, pero dudo que mis superiores vieran con buenos ojos que cruzara la frontera sin pasar por los canales adecuados.

—Usted ha solicitado esta reunión —dijo Russell—. ¿Para qué nos ha llamado?

—Tenemos que hablar de los permisos que habéis solicitado.

—¿Se refiere a los permisos que ya hemos pagado? —replicó Marjorie.

—Es un matiz semántico. La zona en la que deseáis entrar está llena de patrullas...

—Toda China está llena de patrullas —observó Russell.

—Solo una parte de la zona a la que deseáis viajar está bajo mi mando.

—Eso nunca ha sido un problema en el pasado.

—Las cosas cambian.

—Nos está exprimiendo —dijo Marjorie.

Su rostro se mantuvo inexpresivo, pero tenía una mirada dura y perversa.

—No conozco esa expresión.

—Soborno.

El coronel Zhou frunció el ceño.

—La situación es dura. La verdad es que tenéis razón: ya me habéis pagado. Lamentablemente, una reestructuración en mi distrito me ha obligado a alimentar más

bocas, ya sabéis a lo que me refiero. Si no alimento esas bocas, empezarán a hablar con las personas inadecuadas.

—Tal vez deberíamos hablar con ellos en lugar de con usted —dijo Russell.

—Adelante. Pero ¿tenéis tiempo? Si mal no recuerdo, tardasteis ocho meses en encontrarme. ¿Estáis dispuestos a empezar otra vez desde el principio? Tuvisteis suerte conmigo. La próxima vez podríais acabar en la cárcel por espías. De hecho, todavía podría ocurrirnos.

—Está jugando a un juego muy peligroso, coronel —dijo Marjorie.

—No más peligroso que entrar en territorio chino de forma ilegal.

—Y supongo que no más peligroso que no haber mandado a sus hombres que nos cachearan.

Los ojos de Zhou se entornaron, se desplazaron rápidamente a la puerta y volvieron a los gemelos King.

—No os atreveríais —dijo.

—Ella sí —contestó Russell—. Y yo también. Puede estar seguro. Pero no ahora. Ni esta noche. Coronel, si supiera quiénes somos, se lo pensaría dos veces antes de seguir extorsionándonos.

—Puede que no sepa vuestros nombres, pero conozco a los de vuestra calaña y sospecho lo que andáis buscando.

—¿Cuánto quiere para alimentar esas bocas de más? —preguntó Russell.

—Veinte mil... en euros, no en dólares.

Russell y Marjorie se levantaron.

—Tendrá el dinero en su cuenta antes de que acabe el día. Nos pondremos en contacto con usted cuando estemos listos para cruzar la frontera.

Por el frío nocturno, la total ausencia de sonidos de tráfico y el cercano y frecuente ruido de cencerros de yak, sabía que se encontraba a bastante altura en las estribaciones. Le habían vendado los ojos en cuanto lo habían metido en la furgoneta y no tenía forma de saber a qué distancia de Katmandú lo habían llevado. Quince kilómetros o ciento cincuenta; en realidad daba igual. Una vez fuera del valle en el que se erigía la ciudad, el terreno podía tragarse a una persona entera... y lo había hecho, miles de veces. Barrancos, cuevas, sumideros, grietas... un millón de sitios en los que permanecer oculto o morir.

El suelo y las paredes estaban hechos de toscos tablones, al igual que el catre. Su colchón era una especie de cojín relleno de paja que olía ligeramente a estiércol. La estufa era un viejo modelo panzudo, creía, por el sonido de la trampilla al cerrarse de golpe cada vez que sus captores entraban para atizar el fuego. De vez en cuando, por encima del olor acre del humo de leña, distinguía el sutil olor del combustible de la estufa, como el que usaban los excursionistas y los alpinistas.



Estaba siendo retenido en una cabaña para senderistas abandonada, en algún lugar tan apartado de los caminos transitados que no recibía visitas.

Sus captores le habían dirigido menos de veinte palabras desde su secuestro, todas órdenes bruscas en un inglés chapurreado: siéntate, levántate, come, lavabo... Sin embargo, al segundo día, había oído un retazo de conversación a través de la pared de la cabaña, y aunque sus conocimientos de nepalés eran prácticamente inexistentes, sabía lo suficiente para reconocer el idioma. Lo había capturado gente de la zona. Pero ¿quiénes? ¿Eran terroristas o guerrilleros? Le constaba que ninguno de ambos grupos operaba dentro de Nepal. ¿Secuestradores? Lo dudaba. No lo habían obligado a hacer grabaciones ni a escribir cartas de rescate. Tampoco lo habían maltratado. Le daban de comer regularmente, le ofrecían bebida de sobra, y su saco de dormir estaba diseñado para soportar temperaturas bajo cero. Cuando trataban con él lo hacían con firmeza pero sin violencia. De nuevo, se preguntó quiénes eran. ¿Y por qué?

Hasta el momento solo habían cometido un error grave: aunque le habían atado bien las muñecas con algo que parecía cuerda de escalada, no habían buscado bordes afilados en la cabaña. Enseguida él había encontrado cuatro: las patas de su catre, cada una de las cuales sobresalía varios centímetros por encima del jergón. La madera toscamente tallada no estaba pulida. No eran precisamente hojas de sierra, pero podían servirle.

## Capítulo 5

### *Katmandú, Nepal*

Según lo anunciado, Russell y Marjorie se encontraban delante del Hyatt a las nueve en punto de la mañana siguiente. Rebosantes de entusiasmo y sonrientes, saludaron a Sam y a Remi con otra ronda de apretones de manos antes de conducirlos al Mercedes. El cielo era de un azul brillante y el aire resultaba vigorizante.

—¿Adónde vamos? —inquirió Russell mientras metía una marcha y arrancaba.

—¿Qué tal si vamos a los lugares donde Frank Alton pasaba más tiempo? —preguntó Remi.

—Cómo no —contestó Marjorie—. Según los correos electrónicos que mandaba a mi padre, pasaba parte de su tiempo en la zona del cañón de Chobar, a unos ocho kilómetros de aquí. Es por donde el río Bagmati sale del valle.

Viajaron en silencio varios minutos.

—Si vuestro abuelo es el hombre fotografiado en Lo Monthang... —dijo Sam.

—¿Usted no lo cree? —dijo Russell, mirando por el espejo retrovisor—. Papá cree que sí.

—Solo estaba haciendo de abogado del diablo. Si es vuestro abuelo, ¿tenéis idea de por qué habría estado en esa zona?

—No se me ocurre ningún motivo —contestó Marjorie a la ligera.

—Vuestro padre no parecía conocer el trabajo de Lewis. ¿Alguno de vosotros lo conoce?

Russell contestó.

—Supongo que simplemente se dedicaba a la arqueología. Claro que no llegamos a conocerlo. Solo hemos oído las historias que nos ha contado papá.

—No os lo toméis a mal, pero ¿se os ha pasado por la cabeza descubrir lo que estaba haciendo Lewis? Podría haber sido de ayuda en su búsqueda.

—Papá nos tiene muy ocupados. Además, para eso contrata a expertos como usted y el señor Alton.

Las miradas de Sam y Remi se encontraron. Al igual que su padre, los gemelos King apenas mostraban interés por los detalles de la vida de su abuelo. Su indiferencia parecía casi patológica.

—¿A qué colegio fuisteis? —preguntó Remi, cambiando de tema.

—No fuimos a ningún colegio —respondió Russell—. Papá contrató a unos tutores para que nos formaran en casa.

—¿Y vuestro acento?

Marjorie tardó en contestar.

—Ah, ya entiendo a lo que se refiere. Cuando teníamos cuatro años más o menos, nos mandó con nuestra tía, en Connecticut. Vivimos allí hasta que terminamos la etapa escolar y luego volvimos a Houston para trabajar para papá.

—¿Así que no estuvo cerca de vosotros mientras crecáis? —preguntó Sam.

—Es un hombre muy ocupado.

En la contestación de Marjorie no había ningún asomo de rencor, como si fuera totalmente normal despachar a tus hijos a otro estado durante catorce años y dejar que los educaran tutores y familiares.

—Hacen ustedes muchas preguntas —dijo Russell.

—Somos curiosos por naturaleza —contestó Sam—. Son gajes del oficio.

Sam y Remi no esperaban sacar gran cosa de su visita al cañón de Chobar, y no se llevaron ninguna decepción. Russell y Marjorie señalaron unos cuantos puntos de interés y les ofrecieron más charla turística.

De vuelta en el coche, Sam y Remi pidieron ir al siguiente lugar: el centro histórico de la ciudad, la plaza de Durbar, sede de unos cincuenta templos.

Como era de esperar, esa visita fue tan poco reveladora como la primera. Seguidos de los gemelos King, Sam y Remi pasearon por la plaza y sus inmediaciones durante una hora, haciendo ver que tomaban fotos y notas, y que consultaban el mapa. Finalmente, poco antes del mediodía, pidieron a los gemelos que los llevaran de vuelta al hotel.

—¿Ya han acabado? —preguntó Russell—. ¿Están seguros?

—Sí —contestó Sam.

—Si quieren ir a otro sitio, los acompañaremos con mucho gusto —dijo Marjorie.

—Tenemos que hacer unas averiguaciones antes de seguir —dijo Remi.

—También podemos ayudarles con eso.

Sam tiñó con una nota de dureza su voz.

—Al hotel, por favor.

Russell se encogió de hombros.

—Como quieran.

Observaron desde el interior del vestíbulo cómo el Mercedes se alejaba. Sam sacó su iPhone del bolsillo y consultó la pantalla.

—Un mensaje de Selma. —Lo escuchó y a continuación dijo—: Ha descubierto algo sobre la familia King.

De vuelta en su habitación, Sam conectó el manos libres y pulsó el botón de

marcación rápida. Después de treinta segundos de interferencias, se estableció la conexión.

—Por fin —dijo Selma en cuanto cogió el aparato.

—Estábamos de visita con los gemelos King.

—¿Ha sido productiva?

—Solo ha servido para reforzar la necesidad de escaparnos de ellos —dijo Sam—. ¿Qué nos cuentas?

—Primero, he encontrado a alguien que puede traducir el pergamino con escritura devanagari que encontraron en la casa de Lewis.

—Fantástico —dijo Remi.

—La cosa mejora. Creo que es la traductora original: la tal A. Kaalrami de Princeton. Su nombre es Adala. Tiene casi setenta años y trabaja de profesora en... ¿A que no lo adivinan?

—No —dijo Sam.

—La Universidad de Katmandú.

—Selma, haces milagros —dijo Remi.

—Por lo general estaría de acuerdo, señora Fargo, pero esta vez ha sido pura suerte. Les estoy mandando la información de contacto de la profesora Kaalrami. Muy bien, siguiente punto: después de haber investigado a la familia King sin ningún éxito, acabé llamando a Rube Haywood. Me va mandando información a medida que la consigue, pero lo que tenemos hasta ahora ya es bastante interesante. Antes de nada, King no es el verdadero apellido de la familia. Es la versión anglicada del apellido alemán original: Konig. Y el nombre de pila de Lewis era originalmente Lewes.

—¿Por qué se lo cambió? —preguntó Remi.

—Por ahora no estamos del todo seguros, pero lo que sí sabemos es que Lewis emigró a Estados Unidos en mil novecientos cuarenta y seis y que consiguió un puesto de profesor en la Universidad de Syracuse. Un par de años más tarde, cuando Charles tenía cuatro años, Lewis los dejó a él y a su madre y empezó a recorrer el mundo.

—¿Qué más?

—He descubierto el negocio del que se están ocupando Russell y Marjorie. El año pasado una de las empresas mineras de King (GRE, o Grupo de Recursos Estratégicos) consiguió permisos del gobierno nepalés para llevar a cabo, cito textualmente, «estudios de investigación relacionados con la explotación de metales industriales y preciosos».

—¿Y eso qué significa con exactitud? —preguntó Remi—. Es una declaración de objetivos muy vaga.

—Intencionadamente vaga —dijo Sam.

—La empresa no cotiza en bolsa, así que es difícil conseguir información. He encontrado dos terrenos que están siendo arrendados por GRE. Están al nordeste de la ciudad.

—Menudo embrollo —dijo Remi—. Tenemos a los gemelos King supervisando una operación de minería en el mismo sitio y al mismo tiempo que Frank desaparece buscando al padre de King, quien puede o no haber estado paseándose como un fantasma por el Himalaya durante los últimos cuarenta años. ¿Me olvido algo?

—No te has dejado nada —dijo Sam.

—¿Les interesan los detalles de los terrenos de GRE? —preguntó Selma.

—De momento, sigue investigando —contestó Sam—. A primera vista, no parece que guarden relación, pero con el rey Charlie nunca se sabe.

Después de pedir al conserje del Hyatt que les consiguiera un coche de alquiler, se pusieron en camino; Sam iba al volante y Remi de copiloto, con un plano de la ciudad de Katmandú desplegado contra el salpicadero del todoterreno Nissan X-Trail.

Poco después de salir del hotel recordaron una de las pocas lecciones que habían aprendido (y que habían mantenido en el olvido hasta entonces) en su última visita a Katmandú, seis años antes.

Salvo las vías públicas importantes como Tridevi y Ring Road, las calles de Katmandú casi nunca tenían nombre, ya fuera en planos o en letreros. Las señas verbales se daban respecto a puntos de referencia, normalmente cruces o plazas — conocidos como chowks o toles respectivamente— y de vez en cuando a templos o mercados. Cualquiera que no estuviera familiarizado con esos puntos de referencia no tenía más remedio que valerse de un mapa regional y una brújula.

Sin embargo, Sam y Remi tuvieron suerte. La Universidad de Katmandú se encontraba a veintidós kilómetros de su hotel, en las estribaciones que se hallaban a las afueras de la zona más oriental de la ciudad. Después de pasar veinte frustrantes minutos buscando la carretera de Arniko, avanzaron sin complicaciones y llegaron al campus solo una hora después de haber salido del hotel.

Siguiendo unos letreros escritos en nepalés y en inglés, giraron a la izquierda en la entrada y recorrieron un camino de acceso bordeado de árboles hasta un edificio de ladrillo y vidrio que daba a una parcela ovalada rebosante de flores silvestres. Encontraron una plaza de aparcamiento, cruzaron las puertas de cristal de la entrada y hallaron un mostrador de información.

La joven india sentada detrás les habló en un inglés con acento de Oxford.

—Buenos días, bienvenidos a la Universidad de Katmandú. ¿En qué puedo ayudarles?

—Estamos buscando a la profesora Adala Kaalrami —dijo Remi.

—Sí, claro. Un momento. —La joven pulsó un teclado situado debajo del

mostrador y observó el monitor un instante—. Ahora mismo la profesora Kaalrami está reunida con un estudiante de posgrado en la biblioteca. Está previsto que la reunión acabe a las tres.

Sacó un plano del campus, rodeó con sendos círculos el lugar en el que se encontraban y el emplazamiento de la biblioteca.

—Gracias —dijo Sam.

El campus de Katmandú era pequeño, con solo una docena de edificios principales concentrados en lo alto de una colina. Debajo había kilómetros y kilómetros de verdes campos dispuestos en terrazas y de tupido bosque. A lo lejos se podía ver el aeropuerto internacional Tribhuvan. Y al norte del aeropuerto, apenas visibles, se hallaban los tejados de estilo pagoda del Hyatt Regency.

Anduvieron cien metros hacia el este por una acera bordeada de setos, torcieron a la izquierda y se encontraron en la entrada de la biblioteca. Una vez dentro, un empleado les indicó cómo llegar a la sala de conferencias del segundo piso. Llegaron cuando un estudiante estaba saliendo. Dentro, sentada tras una mesa de conferencias redonda, había una rolliza anciana india vestida con un sari de vivos colores rojo y verde.

—Disculpe, ¿es usted la profesora Adala Kaalrami? —preguntó Remi.

La mujer alzó la vista y los escudriñó a través de unas gafas de montura oscura.

—Sí, soy yo.

Su inglés tenía un marcado acento y un rasgo ligeramente musical que compartían muchos angloparlantes indios.

—¿Le dice algo el nombre de Lewis King? —dijo Sam.

—¿Bully? —contestó ella sin vacilar.

—Sí.

La mujer sonrió ampliamente; tenía un gran hueco entre los incisivos.

—Oh, sí, me acuerdo de Bully. Fuimos... amigos. —El brillo de sus ojos permitió saber a los Fargo que la relación había ido más allá de una simple amistad—. Yo trabajaba en Princeton, pero había venido a prestar servicios temporalmente a la Universidad Tribhuvan. Fue mucho antes de que se fundara la Universidad de Katmandú. Bully y yo nos conocimos en un acto social. ¿Por qué lo preguntan?

—Estamos buscando a Lewis King.

—Ah... ¿Son ustedes cazafantasmas?

—Supongo que eso significa que cree que está muerto —dijo Remi.

—No lo sé. Por supuesto, he oído los rumores que circulan de sus apariciones periódicas, pero nunca lo he visto, ni tampoco ninguna foto auténtica de él. Por lo menos, en los últimos cuarenta años. Me gustaría pensar que si estuviera vivo habría venido a verme.

Sam sacó una carpeta de manila de su maleta, extrajo una copia del pergamino en

devanagari y la deslizó sobre la mesa hacia Kaalrami.

—¿Reconoce esto?

Ella lo examinó un momento.

—Sí. Es mi firma. Se lo traduje a Bully en... —Kaalrami frunció los labios, pensando—. Mil novecientos setenta y dos.

—¿Qué puede contarnos de él? —preguntó Sam—. ¿Le dijo Lewis dónde lo encontró?

—No.

—En mi opinión, la escritura parece devanagari.

—Muy bien, querida. Caliente, pero incorrecto. El pergamino está escrito en lowa. No es exactamente una lengua muerta, pero es muy rara. Según la última estimación, en la actualidad solo quedan cuatrocientos hablantes de lowa nativos. Se encuentran principalmente en el norte del país, cerca de la frontera china, en lo que antes era...

—Mustang —aventuró Sam.

—Exacto. Y lo ha pronunciado correctamente. Enhorabuena. La mayoría de los hablantes de lowa viven en Lo Monthang o en los alrededores. ¿Conocía esa información o ha acertado por casualidad?

—He acertado. La única pista que tenemos sobre el paradero de Lewis King es una fotografía en la que aparece supuestamente. Fue tomada hace un año en Lo Monthang. Encontramos el pergamino en la casa de Lewis.

—¿Tienen esa fotografía con ustedes?

—No —contestó Remi, y acto seguido lanzó una mirada a Sam. Sus expresiones compartidas decían: «¿Por qué no pedimos una copia de la foto?». Era un error de principiante—. Pero seguro que podemos conseguirla.

—Si no es mucha molestia. Quiero pensar que reconocería a Bully si de verdad fuera él.

—¿Ha venido alguien más a preguntarle por King últimamente?

Kaalrami vaciló de nuevo, dándose golpecitos en el labio con el dedo índice.

—Hace un año, tal vez un poco más, vinieron un par de chicos. Una pareja con un extraño aspecto...

—¿Gemelos? ¿Cabello rubio, ojos azules, rasgos asiáticos?

—¡Sí! No me cayeron especialmente bien. Sé que no es un comentario muy benevolente, pero debo ser sincera. Había algo en ellos...

Kaalrami se encogió de hombros.

—¿Recuerda lo que le preguntaron?

—Hicieron preguntas generales sobre Bully: si tenía cartas viejas de él o si recordaba haberle oído hablar de su trabajo en esta región. No pude ayudarles.

—¿No tenían una copia de este pergamino?

—No.

—No encontramos la traducción original. ¿Le importaría...? —preguntó Sam.

—Puedo hacerles una versión resumida, pero una traducción escrita llevará un tiempo. Podría hacerla esta noche, si lo desean.

—Gracias —dijo Remi—. Le estaríamos muy agradecidos.

La profesora Kaalrami se ajustó las gafas y centró el pergamino delante de ella. Poco a poco, empezó a recorrer las líneas de texto con el dedo, moviendo los labios silenciosamente.

Al cabo de cinco minutos, alzó la vista. Se aclaró la garganta.

—Es una especie de edicto real. La frase lowa no tiene fácil traducción al inglés, pero es una orden oficial. De eso estoy segura.

—¿Hay alguna fecha?

—No, pero si se fijan aquí, en la esquina superior izquierda, falta un trozo de texto. ¿Lo vio en el pergamino auténtico?

—No, lo fotografié tal como estaba. ¿Recuerda si la fecha aparecía en el original que usted vio?

—No, me temo que no.

—¿Le importaría hacer una estimación?

—No me hagan mucho caso, pero calcularía que tiene entre seiscientos y setecientos años.

—Siga, por favor —la incitó Sam.

—Les repito que deberán esperar a la versión escrita para...

—Lo entendemos.

—Es una orden dirigida a un grupo de soldados... unos soldados especiales llamados centinelas. Están instruidos para llevar a cabo un plan de algún tipo: sospecho que algo detallado en otro documento. El plan está concebido para sacar algo llamado Theurang de su escondite y transportarlo a un lugar seguro.

—¿Por qué?

—Algo relacionado con una invasión.

—¿Explica lo que es ese Theurang?

—Creo que no. Lo siento, la mayoría de lo que pone solo me resulta vagamente familiar. Hace cuatro décadas de esto. Me acuerdo de la palabra porque era poco frecuente, pero creo que he olvidado el significado. Soy profesora de clásicas. Pero no me cabe duda de que en el profesorado habrá alguien que pueda serles de más ayuda con ese término. Puedo consultarlo.

—Se lo agradeceríamos —contestó Sam—. ¿Se acuerda de la reacción de Lewis cuando usted le dio la traducción?

Kaalrami sonrió.

—Si mal no recuerdo, se puso eufórico. Pero, por otra parte, a Bully nunca le



faltaba entusiasmo. Ese hombre vivía la vida al máximo.

—¿Le dijo dónde encontró el pergamino?

—Si lo hizo, no me acuerdo. Tal vez esta noche, mientras hago la traducción, me vengan a la memoria más cosas.

—Una última pregunta —dijo Remi—. ¿Qué recuerda de cuando Lewis desapareció?

—Oh, sí, tengo recuerdos de entonces. Pasamos la mañana juntos. Almorzamos a la orilla del río, el Bagmati, en la parte sudoeste de la ciudad.

Sam y Remi se inclinaron hacia delante al mismo tiempo.

—¿El cañón de Chobar?

La profesora Kaalrami sonrió y luegoladeó la cabeza hacia Sam.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Lo he adivinado por casualidad. ¿Y después del almuerzo?

—Lewis llevaba su mochila, cosa que en él era más habitual que lo contrario. Siempre estaba de viaje. Hacía un día precioso, caluroso, sin una sola nube en el cielo. Si mal no recuerdo, hice fotos. Tenía una cámara nueva, uno de los primeros modelos de Polaroid instantánea, los que se plegaban. En aquel entonces era una maravilla de la tecnología.

—Por favor, díganos que todavía tiene esas fotos.

—Puede. Dependerá de las habilidades técnicas de mi hijo. Con permiso.

La profesora Kaalrami se levantó, se acercó a la mesilla, cogió un teléfono y marcó un número. Habló en nepalés un par de minutos, y a continuación miró a Sam y a Remi y tapó el micrófono del teléfono.

—¿Tienen móvil con acceso a correo electrónico?

Sam le dio su dirección.

Kaalrami habló por teléfono otros treinta segundos y después regresó a la mesa. Suspiró.

—Mi hijo. Me dice que tengo que entrar en la era digital. El mes pasado empezó a escanear (¿se dice así?) todos mis viejos álbumes de fotos. La semana pasada acabó con las del almuerzo en el río. Se las está enviando.

—Gracias —dijo Sam—. Y gracias también a su hijo.

—Estaba hablando del almuerzo... —dijo Remi.

—Comimos, disfrutamos de nuestra mutua compañía, hablamos y luego (a primera hora de la tarde, creo) nos separamos. Subí a mi coche y me marché. La última vez que lo vi estaba cruzando el puente del cañón de Chobar.

## Capítulo 6

### *Katmandú, Nepal*

El viaje al cañón de Chobar transcurrió con rapidez; primero se dirigieron hacia el oeste y luego de nuevo hacia la ciudad por la carretera de Arniko. En las afueras giraron al sur en Ring Road y siguieron la vía a lo largo del límite meridional de Katmandú hasta la región de Chobar. Desde allí solo tuvieron que seguir dos indicadores. A las cinco de la tarde, una hora después de haber dejado a la profesora Kaalrami, llegaron al parque de Manjushree, que dominaba el precipicio del norte del cañón.

Bajaron del coche y estiraron las piernas. Como había estado haciendo durante la última hora, Sam consultó su iPhone para ver si había recibido algún mensaje. Negó con la cabeza.

—Todavía no.

Remi contempló el paraje con los brazos en jarras.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó.

—Una marquesina con un gigantesco letrero de neón en el que ponga «Bully estuvo aquí» estaría bien, pero no me hago ilusiones.

Lo cierto era que ninguno de los dos sabía si había algo que encontrar. Habían ido allí basándose en un hecho que podía no ser más que una coincidencia: que Frank Alton y Lewis King hubieran pasado allí sus últimas horas antes de desaparecer. Sin embargo, conociendo a Alton como lo conocían, era poco probable que hubiera acudido a aquel lugar sin un buen motivo.

Aparte de un par de hombres cenando temprano en un banco cercano, el parque —poco más que una colina baja cubierta de maleza y bambú y con un sendero en espiral— estaba desierto. Sam y Remi recorrieron el camino de guijarros y siguieron el sinuoso sendero hasta la cabecera del cañón de Chobar. Aunque el puente principal estaba construido con hormigón y tenía cabida para vehículos, al tramo inferior de la garganta solo podía accederse mediante tres puentes colgantes hechos de tablas y cables, colocados a distintas alturas y a los que se llegaba por sendos senderos. A ambos lados del cañón, en las laderas, había pequeños templos parcialmente ocultos por frondosos árboles. Quince metros por debajo, el Bagmati espumaba y chocaba contra los montículos de cantos rodados.

Remi se acercó a un cartel de información pegado a la fachada del puente. Leyó en voz alta la versión en inglés.

—Chovar Guchchi es un estrecho valle formado por el río Bagmati, la única desembocadura de todo el valle de Katmandú. Se cree que en el pasado el valle de Katmandú albergó un gigantesco lago. Cuando Manjusri llegó al valle por primera vez, vio una flor de loto en la superficie. Él abrió esta ladera de un tajo para drenar el lago y hacer sitio a la ciudad de Katmandú.

—¿Quién es Manjusri? —preguntó Sam.

—No lo sé exactamente, pero si tuviera que adivinarlo, diría que era un bodhisattva: una persona iluminada.

Sam asentía con la cabeza mientras revisaba su correo electrónico.

—Ya está. El hijo de la profesora Kaalrami me ha mandado unos archivos.

Él y Remi se acercaron a un árbol próximo para resguardarse del sol poniente. Sam abrió las fotografías, cinco en total, y se desplazó por ellas. Aunque habían sido digitalizadas bastante bien, las fotos tenían el viejo aspecto de las Polaroid: ligeramente desvaídas, con unos colores un poco artificiales. Las primeras cuatro eran de los jóvenes Lewis King y Adala Kaalrami recostados o sentados sobre una manta, y rodeados de platos, vasos y artículos de *picnic*.

—En ninguna salen juntos —comentó Remi.

—No hay ninguna marca con la fecha —contestó Sam.

La quinta foto era de Lewis King, esta vez de pie, mirando a la cámara en un retrato de perfil de tres cuartos. A su espalda había una vieja mochila con armazón.

Examinaron las fotos por segunda vez. Sam espiró profundamente y dijo:

—No deberíamos habernos hecho ilusiones.

—No te anticipes —dijo Remi, inclinándose hacia la pantalla del iPhone—. ¿Ves lo que sostiene con la mano derecha?

—Un piolet.

—No, mírala más detenidamente.

Sam hizo lo que su mujer le pedía.

—Un pico de espeleólogo.

—Y fíjate en lo que lleva sujeto a la espalda, a la izquierda del saco de dormir. Se puede distinguir la curva.

Sam mantuvo los ojos clavados en la pantalla. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—No sé cómo he podido pasarlo por alto. Vaya. Es un casco.

Remi asintió con la cabeza.

—Equipado con una linterna. Lewis King iba a hacer espeleología.

Sin saber con seguridad lo que estaban buscando pero esperando estar en lo cierto, tardaron solo diez minutos en encontrarlo. Cerca de la cabeza del puente, en la otra orilla, había un quiosco techado y con la parte delantera abierta; en él había casillas de madera con folletos informativos. Encontraron un mapa del cañón, donde

escudriñaron los puntos numerados y los rótulos con las descripciones.

Había un punto, un kilómetro río arriba desde el puente, en la orilla norte, con el rótulo:

CUEVAS DE CHOBAR.  
CERRADAS AL PÚBLICO.  
PROHIBIDO EL ACCESO NO  
AUTORIZADO.

—Es una posibilidad muy remota —dijo Remi—. Que nosotros sepamos, Lewis se dirigía a las montañas y Frank simplemente se perdió.

—Las posibilidades remotas son nuestra especialidad —recordó Sam a su mujer—. Además, es eso o... pasarnos otro día con Russell y Marjorie.

Aquello dio resultado.

—¿Qué probabilidades hay de que exista una tienda de montañismo en Katmandú? —dijo Remi.

Como era de esperar, las probabilidades eran nulas, pero encontraron una tienda de excedentes del ejército nepalés a varias manzanas al este de la plaza de Durbar. El equipo que compraron distaba de ser moderno, pero era de una calidad aceptable. Aunque ninguno de ellos estaba mínimamente convencido de que la exploración de las cuevas de Chobar fuera a beneficiar su misión, resultaba agradable ponerse en movimiento. Ése se había convertido en uno de sus lemas: ante la duda, haz algo. Cualquier cosa.

Poco antes de las siete regresaron al aparcamiento del hotel Hyatt. Al bajarse del vehículo, Sam vio a Russell y a Marjorie de pie bajo la marquesina.

—Bandidos a las tres en punto —murmuró Sam.

—Oh, no.

—No abras el maletero. Querrán venir con nosotros.

Russell y Marjorie se acercaron a ellos a paso ligero.

—Hola —dijo Russell—. Estábamos empezando a preocuparnos por ustedes. Hemos pasado a ver qué tal estaban, y el conserje nos ha dicho que habían alquilado un coche y que se habían marchado.

—¿Va todo bien? —preguntó Marjorie.

—Nos han atracado dos veces —contestó Remi, impasible.

—Y creo que a mí me han embaucado para que me case con una cabra —añadió Sam.

Al cabo de unos segundos, los hijos de King esbozaron sendas sonrisas.

—Oh, están bromeando —dijo Russell—. Ya lo captamos. Ahora en serio: no deberían alejarse...

Sam lo interrumpió.

—Russell, Marjorie, quiero que me escuchéis. ¿Me estáis prestando atención?

Obtuvo por respuesta dos inclinaciones de cabeza.

—Entre Remi y yo, hemos viajado por más países de los que seguramente podáis nombrar cualquiera de los dos... juntos. Agradecemos vuestra ayuda y vuestro... entusiasmo, pero de ahora en adelante, os llamaremos si os necesitamos. Si no os avisamos, dejadnos solos y permitidnos hacer lo que hemos venido a hacer.

Boquiabiertos, Russell y Marjorie King se lo quedaron mirando. Lanzaron una mirada a Remi, quien simplemente se encogió de hombros.

—Lo dice en serio.

—¿Ha quedado claro? —les preguntó Sam.

—Sí, señor, pero nuestro padre nos ha pedido...

—Ése es vuestro problema. Si vuestro padre quiere hablar con Remi y conmigo, ya sabe cómo ponerse en contacto con nosotros. ¿Alguna pregunta más?

—Esto no me gusta —dijo Russell.

—Solo estamos intentando ayudar —añadió Marjorie.

—Y os hemos dado las gracias. Pero estáis poniendo a prueba el límite de nuestra educación. ¿Por qué no os largáis? Os llamaremos si nos metemos en un lío del que no podamos salir.

Tras unos instantes de vacilación, los hijos de King se volvieron y regresaron a su Mercedes. Arrancaron y pasaron despacio por delante de Sam y de Remi, mirándolos fijamente a través de la ventanilla bajada de Russell antes de dar un acelerón.

—Si las miradas matasen... —dijo Remi.

Sam asintió con la cabeza.

—Creo que acabamos de ver las auténticas caras de los gemelos King.

## Capítulo 7

### *Cañón de Chobar, Nepal*

Partieron poco antes de las cuatro de la madrugada siguiente con la esperanza de llegar a su destino antes de que saliera el sol. Ignoraban si la prohibición de entrar en el cañón de Chobar se hacía cumplir con rigor —o si la policía patrullaba la zona—, pero no querían correr ningún riesgo.

A las cinco llegaron al parque de Manjushree y encontraron un lugar debajo de un árbol que no resultaba visible desde la carretera principal. Una vez apagados los faros, permanecieron en silencio dos minutos escuchando el tic, tic, tic del motor del Nissan enfriándose, antes de bajar del vehículo, abrir la puerta del maletero y coger su equipo.

—¿Esperabas que nos siguieran? —preguntó Remi al tiempo que se echaba la mochila a los hombros.

—Ya no sé qué pensar. Mi instinto me dice que son más malos que la tiña, y estoy seguro de que King no les ha pedido que nos ayuden. Les ha mandado que nos vigilen.

—Estoy de acuerdo. Con suerte, tu conversación con ellos los mantendrá a raya.

—Lo dudo —dijo Sam, y cerró la puerta del maletero de golpe.

Guiados por la luz del sol naciente, fueron andando hasta el inicio del puente. Tal como anunciaba el mapa, a unos veinte metros al este del mismo, detrás de un bosquecillo de bambú, encontraron el sendero. Se dirigieron río arriba con Sam a la cabeza.

Los primeros cuatrocientos metros fueron una caminata relajada; el sendero tenía noventa centímetros de anchura y estaba cubierto de pulcra grava, pero no tardó en cambiar a medida que la pendiente se hacía más pronunciada. La senda se estrechó y se hizo muy sinuosa. El follaje los rodeó, formando un manto parcial sobre sus cabezas. A la derecha y abajo, oían el suave borboteo del río.

Llegaron a una bifurcación. A la izquierda, el sendero se dirigía al este, lejos del río; a la derecha, descendía hacia él. Se detuvieron unos instantes para echar un vistazo al mapa y a la brújula del iPhone de Sam, y tomaron el camino de la derecha. Después de andar otros cinco minutos, llegaron a una pendiente de cuarenta y cinco grados en la que habían sido labrados unos toscos escalones. Cuando bajaron al pie

de la escalera, no se encontraron ante un sendero sino ante un desvencijado puente colgante cuyo lado izquierdo estaba sujeto al precipicio con pernos de fijación. Las enredaderas habían invadido el puente y se habían retorcido tanto alrededor de los soportes y los cables que la estructura parecía medio artificial, medio orgánica.

—Tengo la clara sensación de que nos estamos asomando a una madriguera —murmuró Remi.

—Venga —dijo Sam—. Es pintoresco.

—Contigo, he acabado identificando esa palabra con «peligroso».

—Me doy por vencido.

—¿Ves hasta dónde llega?

—No. Sigue la ladera del precipicio. Si el puente se rompe, las enredaderas probablemente aguantarán.

—«Probablemente», otra bonita palabra.

Sam dio un paso adelante, desplazando poco a poco su peso a la primera tabla. Aparte de emitir un ligero crujido, la madera se mantuvo firme. Dio otro paso con cautela, luego otro y otro, hasta que hubo recorrido tres metros.

—¡De momento todo va bien! —gritó por encima del hombro.

—¡Voy para allá!

El puente resultó tener solo treinta metros de largo. El sendero continuaba al otro lado; primero bajaba en espiral por la pendiente y luego subía. Más adelante, los árboles empezaron a escasear.

—Segunda ronda —dijo Sam a Remi.

—¿Qué? —contestó ella, y se detuvo a poca distancia detrás de él—. Oh, no.

Otro puente colgante.

—Me da la impresión de que esto se va a repetir —dijo Remi.

Estaba en lo cierto. Al otro lado del segundo puente encontraron otro tramo de sendero, seguido de otro puente más. Durante los siguientes cuarenta minutos, la pauta se mantuvo: sendero, puente, sendero, puente... Finalmente, en el quinto tramo de sendero, Sam detuvo la marcha y consultó el mapa y la brújula.

—Estamos cerca —murmuró—. La entrada de la cueva se encuentra en alguna parte debajo de nosotros.

Se separaron, y recorrieron el sendero a un lado y al otro en busca de una forma de bajar. Remi la encontró. En el lado del sendero que daba al río, una escalera de mano oxidada hecha con cable y fijada al tronco de un árbol colgaba en el vacío. Sam se tumbó boca abajo y, mientras Remi lo sujetaba por el cinturón, avanzó deslizándose entre la maleza. A continuación serpenteó hacia atrás.

—Hay un saliente rocoso —dijo—. La escalera acaba a unos dos metros de ella. Tendremos que saltar.

—Cómo no —contestó Remi con una sonrisa tensa.

—Yo iré primero.

Arrodillada, Remi se inclinó hacia delante y besó a Sam.

—Bully no te llega a la suela del zapato.

Sam sonrió.

—Ni a ti tampoco.

Se quitó la mochila y se la dio a Remi, y a continuación se arrastró entre la maleza. Rodeó el tronco del árbol con los brazos y descendió lentamente, balanceando las piernas y tanteando con los pies, hasta que encontró el peldaño superior.

—Ya estoy en la escalera —dijo a Remi—. Voy a empezar a bajar.

Desapareció. Treinta segundos más tarde gritó:

—¡Estoy abajo. Suelta las mochilas por el borde!

Remi avanzó a cuatro patas y dejó caer la primera.

—¡La tengo!

Soltó la segunda mochila.

—¡La tengo. Baja. Te explicaré cómo hacerlo!

—¡Voy para allá!

Cuando ella hubo llegado al penúltimo peldaño y la parte inferior de su cuerpo quedó colgando en el vacío, Sam alargó la mano y le rodeó los muslos con ambos brazos.

—Ya te tengo.

Ella se soltó, y Sam la bajó al saliente. Remi se ajustó la linterna para la cabeza, que se le había torcido, y acto seguido miró a su alrededor. El saliente en el que estaban medía aproximadamente un metro ochenta de ancho y sobresalía varios metros por encima del río. En la ladera del precipicio descubrieron la entrada de una cueva con una forma más o menos ovalada; estaba vallada con un trozo de tela metálica atornillada a la roca. La esquina inferior izquierda de la valla se había desprendido. Un letrero rojo y blanco escrito en nepalés y en inglés se hallaba fijado a la roca:

PELIGRO PROHIBIDA LA ENTRADA NO PASAR
---

Debajo de aquellas palabras había unas tibias y una calavera toscamente pintadas. Remi sonrió.

—Mira, Sam, es el símbolo universal de «pintoresco».



—Muy graciosa —contestó él—. ¿Lista para explorar la cueva?  
—¿Alguna vez he respondido que no a esa pregunta?  
—Nunca, bendita seas.  
—Adelante.

Sus sospechas de que la cueva había sido cerrada para evitar que los buscadores de rarezas se perdieran o resultaran heridos se confirmaron segundos después de que atravesaran a gatas el hueco de la valla. Al levantarse, a Sam le resbaló una mano y metió el brazo en una grieta del suelo en la que apenas si cabía. Si hubiera estado moviéndose a un ritmo siquiera moderado, se habría partido un hueso; si hubiera estado andando, se habría roto el tobillo.

—¿Mal presagio o aviso oportuno? —preguntó Remi con una media sonrisa mientras lo ayudaba a ponerse en pie.

—Opto por lo segundo.

—Motivo seiscientos cuarenta por el que te quiero —respondió él—. ¡Tú siempre tan optimista!

Enfocaron el túnel con sus linternas. Era lo bastante ancho para que Sam pudiera extender casi totalmente los brazos, pero solo unos centímetros más alto que Remi, lo que obligaba a Sam a permanecer encorvado. El suelo era basto, como estuco pero cien veces más áspero.

Sam volvió la cabeza, olfateando.

—Huele a seco.

Remi pasó la palma de la mano por el techo y también por la pared.

—Se nota seco al tacto.

Con suerte, no habría humedad, o poca. La espeleología en una cueva seca ya era suficientemente peligrosa; el agua la hacía arriesgada, pues existía la posibilidad de que los suelos, el techo y las paredes se desplomaran a la más mínima perturbación. Aun así, sabían que bajo sus pies podían correr afluentes ocultos del río Bagmati, de modo que el estado de la cueva podía cambiar con escasa o nula antelación.

Empezaron a avanzar con Sam a la cabeza. El túnel giró bruscamente a la izquierda, luego a la derecha y de repente se vieron ante su primer obstáculo, también artificial: una serie de barrotes de hierro verticales que iban de pared a pared, clavados en el suelo y el techo.

—No se andan con tonterías. —Sam enfocó el metal oxidado con la linterna.

Se preguntaba cuántos buscadores de rarezas habían pasado por la valla de la entrada para luego verse bloqueados allí.

Remi se arrodilló ante los barrotes. Los sacudió de uno en uno. Al cuarto intento, el hierro emitió un sonido chirriante. Sonrió por encima del hombro a Sam.

—Es lo bueno de la oxidación. Échame una mano.

Empezaron a mover juntos el barrote de un lado al otro hasta que poco a poco comenzó a soltarse de su cavidad. Del techo caían lascas de piedra y polvo. Después de dos minutos de trabajo, el barrote se desprendió y golpeó el suelo con un ruido que resonó por el túnel. Sam agarró el barrote y lo arrastró hacia sí a través del hueco. Examinó ambos extremos.

—Lo han cortado —murmuró, y se lo enseñó a Remi.

—¿Un soplete oxiacetilénico?

—No hay marcas de calor. Yo diría que han usado una sierra para metales.

Enfocó con la linterna la cavidad vacía del barrote y, unos centímetros más abajo, vio un trozo de metal.

Sam miró a Remi.

—La cosa se complica. Alguien ha estado aquí.

—Y no quería que nadie lo supiera —añadió ella.

Después de hacer una pausa para que Sam pudiera orientarse con la brújula y dibujar un mapa aproximado en su libreta, pasaron por el hueco con dificultad, volvieron a colocar el barrote y siguieron adelante. El túnel empezó a serpentear y a estrecharse, y pronto el techo estaba a un metro veinte de altura; los codos les chocaban contra las paredes. El suelo comenzó a descender en pendiente. Guardaron las linternas de mano y encendieron las de la cabeza. El suelo se volvió más empinado hasta que se vieron bajando de lado en una pendiente de treinta grados, sirviéndose de los salientes rocosos como apoyos para manos y pies.

—Quieto —dijo súbitamente Remi—. Escucha.

En algún lugar cercano sonaba un borboteo de agua.

—El río —dijo Sam.

Descendieron otros seis metros, y el túnel se niveló y dio a un estrecho pasillo. Sam avanzó como buenamente pudo hasta la zona donde el suelo empezaba a subir otra vez en pendiente.

—¡Es casi vertical! —gritó hacia atrás—. Creo que si tenemos cuidado, podremos trepar...

—Sam, echa un vistazo a esto.

Él se volvió y se dirigió a donde estaba Remi, quien miraba fijamente la pared con el cuello estirado. Iluminado con el haz de la linterna de su cabeza, un objeto del tamaño aproximado de una moneda de medio dólar sobresalía de la roca.

—Parece metálico —dijo Sam—. Ven, ponte encima de mí.

Se arrodilló, y Remi se subió a sus hombros. Sam se levantó poco a poco, dando tiempo a Remi para que se equilibrara apoyándose en la pared.

Al cabo de unos segundos, ella dijo:

—Es un pitón rudimentario, una especie de perno como los de las traviesas de los

trenes.

—¿Cómo has dicho?

Remi lo repitió.

—Está hundido en la roca hasta el tope. Espera... Creo que puedo... ¡Ya está! Está apretado, pero he conseguido sacarlo unos centímetros. Hay otro, Sam, unos sesenta centímetros más arriba. Y otro. Voy a levantarme. ¿Listo?

—Adelante.

Remi se irguió todo lo alta que era.

—Hay una cuerda entre ellos —dijo—. Suben unos seis metros hasta algo parecido a un saliente.

Sam pensó un momento.

—¿Puedes sacar el segundo?

—Espera... Ya está.

—Muy bien, baja —dijo Sam. Una vez que ella estuvo de nuevo en el suelo, dijo—: Bien hecho.

—Gracias —dijo Remi—. Solo se me ocurre un motivo por el que esos anclajes podrían estar tan separados del suelo.

—Para pasar desapercibidos.

Ella asintió con la cabeza.

—Parecen muy viejos.

—¿De alrededor de mil novecientos setenta y tres? —se preguntó Sam en voz alta, haciendo alusión al año que Lewis King había desaparecido.

—Podría ser.

—Si no me equivoco, parece que Bully, u otro espeleólogo fantasma, se fabricó una escalera. Pero ¿adónde?

Mientras las palabras de Sam se iban apagando, recorrieron la pared de abajo arriba con los haces de las linternas de sus cabezas.

—Solo hay una forma de averiguarlo —contestó Remi.

## Capítulo 8

### *Cañón de Chobar, Nepal*

Usada como escalera de mano, la sucesión de pernos dispuestos en vertical dificultaría el ascenso a Sam, si es que realmente podía llegar al primer peldaño. Con ese fin, desenrolló su cuerda, hizo un nudo corredizo en una punta y se pasó dos minutos tratando de coger con el lazo el segundo perno. Una vez que lo consiguió, utilizó un trozo de cuerda de escalada para hacer un nudo prusik, autoblocante y a modo de estribo, y lo afianzó para trepar por la pared.

Con un pie posado en el peldaño inferior y la mano izquierda rodeando el siguiente, deshizo el nudo corredizo y lo sujetó a su arnés. A continuación, alargó la mano, sacó el tercer perno y empezó a subir. Al cabo de cinco minutos llegó a lo alto.

—¡No me importaría intentarlo —gritó Sam hacia abajo—, pero tiene los asideros justos para subir sin los pernos!

—¡Habría hecho falta destreza para colocarlas!

—¡Y fuerza!

—¿Qué ves? —gritó Remi.

Sam estiró el cuello a un lado y al otro hasta que su linterna enfocó el saliente rocoso.

—¡Un espacio estrecho. Apenas más ancho que mis hombros. Espera, te tiraré una cuerda!

Extrajo el penúltimo perno y lo sustituyó por un dispositivo de levas con resorte, un cam, que se encajó en el agujero. A ese dispositivo engancho primero un mosquetón y luego la cuerda. A continuación, soltó la restante enrollada a Remi.

—¡La tengo! —dijo ella.

—¡No te muevas. Voy a reconocer el terreno. No tiene sentido que los dos estemos aquí arriba si este saliente no lleva a ninguna parte!

—¡Si no has vuelto dentro de dos minutos, iré a por ti!

—¡O si oyes un grito y un golpe, no importa lo que suene primero!

—¡No se permiten gritos ni golpes! —le advirtió Remi.

—¡Vuelvo en un instante!

Sam modificó su posición hasta tener los dos pies posados en el perno superior y los brazos apoyados en el saliente de roca. Respiró, flexionó las piernas y tomó impulso al tiempo que se impulsaba con los brazos, levantando el torso sobre el saliente. Avanzó arrastrándose hasta que las piernas dejaron de colgarle en el vacío.

Delante de él, la linterna de su cabeza solo tenía un alcance de entre tres metros y tres metros y medio. Más allá, oscuridad. Se lamió el dedo índice y lo mantuvo en alto. El aire estaba totalmente inmóvil, lo cual no era buena señal. Entrar en una cueva por lo general era la parte más fácil, y salir a menudo la más difícil, motivo por el cual cualquier espeleólogo que se preciara siempre estaba atento por si veía salidas secundarias. Era algo que se cumplía especialmente en sistemas de túneles no cartografiados como aquél.

Sam se acercó el reloj a la cara y activó el cronómetro. Remi le había dado dos minutos, y conociendo a su mujer como la conocía, a los dos minutos y un segundo estaría subiendo por la cuerda.

Empezó a avanzar arrastrándose. Su equipo rozaba sonoramente el suelo de roca, amplificado en aquel angosto espacio. «Toneladas». La palabra acudió inesperadamente a su mente. En ese preciso momento había toneladas de roca suspendidas sobre su cuerpo. Apartó el pensamiento de su cabeza y siguió avanzando, esa vez más despacio, mientras que su cerebro primitivo, el reptiliano, le decía: «Pisa con cuidado, no vaya a ser que el mundo se desplome encima de ti».

Pasó de los seis metros y se detuvo a consultar su reloj. Había transcurrido un minuto. Siguió arrastrándose. El túnel torció a la izquierda, luego a la derecha y a continuación empezó a inclinarse hacia arriba, al principio poco a poco y luego a un ritmo más constante, hasta que tuvo que moverse como si se arrastrara por una chimenea para seguir avanzando. Llegó a los nueve metros. Otro vistazo al reloj. Faltaban treinta segundos. Pasó por encima de un saliente del suelo y se encontró en una zona más ancha y más plana. Delante de él, la linterna de su cabeza iluminó una abertura casi dos veces más grande que el estrecho espacio de antes.

Estiró el cuello y gritó por encima del hombro.

—¿Estás ahí, Remi?

—¡Estoy aquí! —oyó débilmente a modo de respuesta.

—¡Creo que he encontrado algo!

—¡Voy para allá!

La oyó arrastrándose detrás de él mientras la linterna de su cabeza inundaba de luz las paredes y el techo. Ella le agarró la pantorrilla y se la apretó cariñosamente.

—¿Cómo lo llevas?

Aunque Sam no padecía una claustrofobia patológica, cuando estaba en espacios especialmente limitados había momentos en los que tenía que ejercer un estricto control mental. Ésa era una de tales ocasiones. Era el inconveniente de tener una imaginación fecunda, como le había dicho Remi. Las posibilidades se convertían en probabilidades, y una cueva por lo demás segura se convertía en una trampa mortal en las entrañas de la tierra a punto de desplomarse al más mínimo golpe.

—¿Estás ahí, Sam? —preguntó Remi.

—Sí. Estaba ensayando mentalmente «In the Midnight Hour», de Wilson Pickett.

Sam tocaba pasablemente el piano y Remi el violín. De vez en cuando, si el tiempo lo permitía, practicaban duetos. Aunque la música de Pickett no se prestaba a los instrumentos clásicos, como amantes del viejo soul americano, disfrutaban del reto que eso suponía.

—¿Qué has descubierto? —preguntó Remi.

—Que tendré que ensayar mucho más. Y que mi voz necesita también más...

—Me refería a qué has descubierto ahí delante.

—Ah. Una abertura.

—Vamos. Este espacio es demasiado estrecho para mi gusto.

Sam sonrió sin que Remi lo viera. Su esposa estaba siendo amable. No era fácil herir el orgullo masculino de Sam, pero Remi también sabía que una mujer tenía la capacidad de salvar las apariencias.

—Allá vamos —contestó Sam, y empezó a avanzar arrastrándose.

Tardaron treinta segundos en llegar a la abertura. Sam avanzó muy lentamente hasta que su cabeza pasó por el hueco. Miró a su alrededor.

—Hay un pozo circular de unos tres metros de ancho —dijo por encima del hombro—. No veo el fondo, pero oigo el borboteo del agua... Probablemente se trata de un afluyente subterráneo del Bagmati. Justo enfrente de nosotros hay otra abertura, pero a unos tres metros y medio más alto.

—Qué bien. ¿Qué tal las paredes?

—Estalagmitas diagonales: las más grandes son gruesas como bates de béisbol y el resto más o menos de la mitad de tamaño.

—¿No hay anclajes, pernos, estratégicamente colocados?

Sam echó otro vistazo, recorriendo las paredes del pozo con la linterna de su cabeza.

—No. —Se volvió hacia atrás, y su voz resonó al añadir—: Pero justo encima de mí hay una lanza colgando...

—¿Cómo? ¿Has dicho...?

—Sí. Sujeta a la pared con algo parecido a un cordón de cuero. Debajo de la lanza hay un trozo de cordón colgando con un pedazo de madera atado.

—Una trampa disuasoria.

—Yo he pensado lo mismo.

Habían visto trampas parecidas —diseñadas para desbaratar los planes de los intrusos— en tumbas, fortalezas y refugios primitivos. Por muy antigua que fuera la trampa de la lanza, probablemente había sido ideada para clavarse en el cuello de un intruso confiado. La pregunta era qué protegía aquel artefacto.

—Describe la lanza —dijo Remi.

—Haré algo mejor.

Sam se dio la vuelta y se puso boca arriba, apoyó los pies en el techo y avanzó serpenteando hasta que la parte superior de su torso sobresalió a través de la abertura.

—Cuidado... —le advirtió Remi.

—Ése es mi segundo nombre —apostilló Sam—. Vaya, qué interesante. Solo hay una lanza, pero veo otros dos puntos de sujeción. O las otras dos lanzas se cayeron o encontraron sendas víctimas.

Alargó la mano, agarró el astil de la lanza por encima de la punta y tiró. Pese a que estaba en muy mal estado, el cuero era sorprendentemente resistente. El cordón no cedió hasta que Sam lo movió de un lado a otro. Dio la vuelta a la lanza, girándola como un bastón, y a continuación la deslizó hacia atrás en dirección a Remi.

—La tengo —dijo ella. Y segundos más tarde añadió—: No me resulta familiar. No soy una experta en armas, pero es la primera vez que veo un diseño así. Es muy antiguo: calculo que tiene como mínimo seiscientos años. Haré unas fotos por si no podemos volver a por ella.

Remi sacó la cámara de su mochila y tomó una docena de fotografías. Mientras las estaba haciendo, Sam miró más detenidamente el pozo.

—No veo más trampas. Estoy intentando imaginarme el aspecto que debía de tener a la luz de una antorcha.

—«Aterrador» es la palabra —contestó Remi—. Piénsalo. Como mínimo uno de tus amigos se acaba de clavar una lanza en la nuca y se ha caído a un pozo aparentemente sin fondo, y lo único que tienes para alumbrarte es la llama temblorosa de una antorcha.

—Suficiente para alejar a los exploradores más valientes —convino Sam.

—Pero no a nosotros —contestó Remi con una sonrisa que Sam detectó en su voz—. ¿Cuál es el plan?

—Todo depende de las estalagmitas. ¿Has subido la cuerda que dejamos?

—Toma.

Sam alargó el brazo hacia atrás hasta que notó la mano extendida de Remi, cogió el mosquetón y atrajo el rollo hacia sí. Primero hizo un nudo corredizo con el cabo suelto, seguido de un nudo de ocho; a continuación, enganchó el mosquetón a ese nudo para que soportara el peso. Movié el cuerpo hasta que sus brazos salieron de la abertura y arrojó la cuerda a través del pozo, apuntando a una de las estalagmitas más grandes situada a cierta distancia por debajo de la abertura que tenía enfrente. Falló, recogió la cuerda y volvió a intentarlo, y esa vez enganchó el nudo corredizo por encima del saliente. Zarandeó la cuerda hasta que el nudo se deslizó a la base de la estalagmita y acto seguido lo ciñó bien.

—¿Te importa ayudarme a hacer una prueba de resistencia? —preguntó Sam a Remi—. A la de tres, tira con todas tus fuerzas. Uno... dos... ¡tres!

Tiraron juntos de la cuerda, haciendo todo lo posible por arrancar la estalagmita. Se mantuvo firme.

—Creo que no corremos peligro —dijo Sam—. ¿Puedes buscar una grieta en la pared y...?

—Estoy en ello. ¡Ya he encontrado una!

Remi introdujo un dispositivo de levas con resorte, un cam, y pasó la cuerda a través de él, y a continuación la metió a través de un mosquetón de bloqueo.

—Tensa.

Sam tiró de la cuerda mientras Remi deslizaba el mosquetón hasta el dispositivo de levas. Cuando la cuerda estuvo tensa, Sam le dio un tirón de prueba.

—Pinta bien.

—Supongo que no hace falta decir...

—¿Que tenga cuidado?

—Sí.

—No hace falta, pero es bonito oírlo de todas formas.

—Buena suerte.

Sam rodeó la cuerda con las dos manos y avanzó bamboleándose, al tiempo que desplazaba el peso a la cuerda.

—¿Qué tal el cam? —preguntó.

—Estable.

Sam inspiró para serenarse y sacó la parte inferior de las piernas del espacio estrecho. Se quedó colgado en el vacío, sin atreverse a moverse, evaluando la resistencia de la cuerda y escuchando atentamente por si oía un sonido de roca agrietándose, hasta que pasaron diez segundos. Acto seguido, levantó las piernas, enganchó los tobillos por encima de la cuerda y empezó a cruzar el pozo muy lentamente.

—¡Esta parte se mantiene estable! —gritó Remi cuando Sam llegó al punto intermedio.

Sam llegó a la pared opuesta, apoyó primero una mano y luego la otra en la estalagmita, y a continuación levantó las piernas y apoyó el talón derecho en otro saliente. Comprobando su peso a medida que se movía, se retorció hasta que estuvo sobre la estalagmita. Hizo una breve pausa para recobrar el aliento y se estiró poco a poco hasta quedar a la altura de la abertura. Se impulsó rápidamente con las manos, saltó de la estalagmita y entró en el espacio angosto.

—¡Vuelvo enseguida! —gritó a Remi, y se introdujo con dificultad. Volvió treinta segundos más tarde—. ¡Tiene buen aspecto. Se ensancha más adelante!

—¡Voy para allá! —respondió Remi.

A los dos minutos había cruzado el pozo, y Sam estaba subiéndola a la abertura. Permanecieron inmóviles el uno al lado del otro unos instantes, disfrutando de la



sensación de la roca sólida debajo de ellos.

—Esto me recuerda mucho nuestra tercera cita —dijo Remi.

—Cuarta —la corrigió Sam—. La tercera fue un paseo a caballo. En la cuarta escalamos unas rocas.

Remi sonrió y lo besó en la mejilla.

—Y dicen que los hombres no se acuerdan de las cosas.

—¿Quiénes lo dicen?

—Los que no te conocen. —Remi enfocó a su alrededor con la linterna de la cabeza—. ¿Alguna señal de trampas?

—Todavía no. Estaremos atentos, pero si la lanza tiene la antigüedad que has calculado, dudo que el mecanismo de una trampa funcione todavía.

—Espero que no tengas que comerte esas palabras.

—Te doy permiso para que lo pongas en mi tumba. Vamos.

Sam empezó a arrastrarse, seguido de cerca por Remi. Tal como Sam había prometido, pocos segundos más tarde el espacio estrecho dio a un hueco con forma de riñón de aproximadamente seis metros de ancho y un metro y medio de alto. En la pared de enfrente había tres grietas verticales, la anchura de las cuales no superaba los cincuenta centímetros.

Encorvados, se acercaron a la primera grieta. Sam enfocó el interior con la linterna de su cabeza.

—No tiene salida —dijo.

Remi comprobó la siguiente: tampoco tenía salida. La tercera grieta, pese a ser más honda que sus vecinas, también terminaba a unos seis pasos.

—Vaya, qué decepción —dijo Sam.

—Tal vez no —murmuró Remi.

Se encaminó hacia la pared de la derecha al tiempo que enfocaba con la linterna de su cabeza lo que parecía un corte horizontal de roca más oscura en la zona donde la pared se juntaba con el techo.

Conforme se acercaban, el corte se veía más alto y parecía llegar al techo, hasta que se dieron cuenta de que estaban contemplando un túnel con forma de ranura.

Situados uno al lado de la otra, Sam y Remi miraron dentro de la abertura, que se alzaba desde donde ellos estaban en un ángulo de cuarenta y cinco grados a lo largo de seis metros antes de girar sobre un bulto dentado en el suelo.

—Sam, ¿ves lo mismo que...?

—Creo que sí.

Por encima de la elevación del suelo sobresalía lo que parecía la suela de una bota.

## Capítulo 9

### *Cañón de Chobar, Nepal*

La ausencia de marcas en la suela de la bota reveló a Sam y a Remi que no estaban contemplando una pieza de calzado moderna, y el esquelético dedo del pie que asomaba a través de un trozo descompuesto de la bota les hizo deducir que el dueño había abandonado el plano terrenal hacía mucho tiempo.

—¿Es normal que este tipo de cosas ya no me impresionen? —Remi miraba fijamente el pie.

—Nos hemos tropezado con bastantes esqueletos —convino Sam. Esa clase de sorpresas eran parte integrante de su actividad—. ¿Ves alguna trampa disuasoria más?

—No.

—Vamos a echar un vistazo.

Sam apoyó las piernas en una pared y la espalda en la otra, y con un brazo ayudó a Remi a ponerse erguida. Ascendió por la pendiente y pasó por encima del bulto del suelo. Después de recorrer el espacio con la linterna de su cabeza, gritó:

—¡Todo despejado! Esto te va a gustar, Remi.

Ella llegó a su lado enseguida. Examinaron el esqueleto arrodillados el uno al lado de la otra.

Protegidos de los elementos y los depredadores, preservados por la relativa sequedad de la cueva, los restos se habían momificado parcialmente. La ropa, que parecía hecha en su mayor parte de cuero dispuesto en láminas y capas, permanecía en gran medida intacta.

—No veo señales evidentes de traumatismo —dijo Remi.

—¿Qué antigüedad tiene?

—Aproximadamente... como mínimo cuatrocientos años.

—De la misma época que la lanza.

—Exacto.

—Esto parece un uniforme —dijo Sam al tiempo que tocaba una manga.

—Entonces eso tiene más sentido —contestó Remi, señalando con el dedo.

La empuñadura de una daga sobresalía de lo que antaño había sido la vaina de un cinturón. Recorrió el espacio con la linterna y acto seguido murmuró:

—Hogar, dulce hogar.

—Hogar, puede —respondió Sam—, pero ¿dulce? Supongo que todo es relativo.

A pocos pasos de la zona llana donde estaba el esqueleto, el túnel daba a una

cavidad de unos nueve metros cuadrados. En varios nichos labrados a mano en las paredes de roca había cabos de toscas velas. En la base de una pared, abrigados en una oquedad natural, estaban los restos de una lumbre; a su lado, un montón de pequeños huesos de animal. En el otro extremo de la cavidad se hallaban los restos de lo que parecía un petate, y a su lado, una espada envainada, media docena de lanzas burdamente afiladas, un arco compuesto y un carcaj que contenía ocho flechas. El resto del suelo lo ocupaban diversos artículos desperdigados: un balde, un rollo de cuerda medio podrida, un zurrón de piel, un escudo redondo hecho de madera y cuero, un cofre de madera...

Remi se levantó y recorrió la oquedad.

—Desde luego esperaba compañía hostil —observó Sam—. Esto tiene toda la pinta de haber sido un último enfrentamiento. Pero ¿con qué fin?

—Tal vez esté relacionado con esto —dijo Remi, y se arrodilló junto al cofre de madera.

Sam se acercó. Con un tamaño aproximado de una pequeña otomana, el cofre era un cubo perfecto hecho de madera noble oscura abundantemente barnizada con laca, con unas correas de cuero para el transporte en tres lados y dos tirantes en el cuarto. Sam y Remi no encontraron ninguna bisagra ni mecanismo de cierre. Las juntas estaban tan bien hechas que resultaban casi invisibles. Grabados en la tapa había cuatro complejos caracteres asiáticos en una cuadrícula de dos por dos.

—¿Reconoces el idioma? —preguntó Sam.

—No.

—Es extraordinario —declaró Sam—. Incluso con herramientas de carpintería modernas se necesita una destreza increíble para hacer algo así.

Dio un golpe en un lado con los nudillos y sonó un ruido contundente.

—No parece hueco.

Meció suavemente el cofre de un lado al otro. En el interior se produjo un ruido tenue.

—Pero lo está. Y también es muy ligero. No veo más marcas. ¿Y tú?

Remi se inclinó y lo examinó por todos sus lados. Negó con la cabeza.

—¿Y el fondo? —Sam lo inclinó. Remi lo inspeccionó y dijo—: Aquí tampoco hay nada.

—Alguien se tomó muchas molestias para fabricar esto —opinó Sam—, y parece que nuestro amigo estaba dispuesto a dar la vida para protegerlo.

—Puede que haya algo más —añadió Remi—. A menos que nos hayamos tropezado con la madre de todas las casualidades, creo que es posible que hayamos encontrado lo que Lewis King estaba buscando.

—Si es así, ¿cómo se le escapó? Estaba muy cerca.

—Si no consiguió cruzar el pozo —contestó Remi—, ¿pudo haber sobrevivido?

—Solo una persona sabe la respuesta.

Se concentraron en documentar el contenido de la cueva. Como no sabían lo que tardarían en regresar, y ante la incapacidad de llevarse con ellos algo más que una mínima parte de los objetos, tuvieron que recurrir a las fotografías, los dibujos y las notas. Por suerte, la trayectoria y la formación de Remi la capacitaban perfectamente para ello. Después de dos horas de concienzudo trabajo, anunció que había acabado.

—Espera —dijo Remi, y se arrodilló al lado del escudo.

Sam se unió a ella.

—¿Qué es esto?

—Estos arañazos... La luz se refleja en ellos. Creo...

Se inclinó, respiró hondo y sopló en la superficie de cuero del escudo. Un montón de minúsculos fragmentos de cuero deteriorado se esparcieron.

—No son arañazos —observó Sam, quien apartó más polvo de cuero soplando hasta que la superficie del escudo quedó descubierta.

Tal como Remi sospechaba, los arañazos eran en realidad un grabado hecho a fuego en el cuero.

—¿Es un dragón? —preguntó Remi.

—O un dinosaurio. Probablemente era su blasón o el de su unidad —aventuró Sam.

Remi tomó un par de docenas de fotos del grabado, y se levantaron.

—Con esto servirá —dijo—. ¿Y el cofre?

—Tenemos que llevárnoslo. Mi instinto me dice que es el motivo por el que nuestro amigo se parapetó aquí dentro. Sea lo que sea lo que contiene, estaba dispuesto a morir por ello.

—Estoy de acuerdo.

Sam solo tardó unos minutos en improvisar una red de correas que le permitió llevar el cofre a cuestas en su mochila. Echaron un último vistazo a la cueva, se despidieron del esqueleto con un gesto de la cabeza y partieron.

Sam, que iba delante, se acercó arrastrándose al borde del pozo y se asomó.

—Tenemos un problema.

—¿Te importa concretar un poco?

—La cuerda ha cedido en el otro lado. Está colgando en el pozo.

—¿Puedes preparar un...?

—No con seguridad. Estamos encima de la otra abertura. Desde este ángulo, si intento lanzar el nudo corredizo, resbalará. No habría forma de tensar la cuerda.

—Eso nos deja una sola opción.

Sam asintió con la cabeza.

—Abajo.

Sam tardó solo un minuto en sujetarse a la cuerda. Mientras lo hacía, Remi preparó un segundo punto de anclaje clavando un pitón en una grieta justo debajo de la abertura. Una vez que estuvo colocado, Sam empezó a descender lentamente, pasando por encima y entre las estalagmitas, mientras Remi vigilaba desde arriba, diciéndole de vez en cuando que se detuviera y modificara la posición para reducir al mínimo el roce de la cuerda en los salientes.

Después de dos minutos de esmerado trabajo, se detuvo.

—He llegado al otro dispositivo de levas. Buenas noticias: se ha soltado.

Si la cuerda se hubiera roto, habrían tenido que empalmar la que les quedaba con el cabo suelto. Ahora Sam tenía casi veinte metros de cuerda debajo de él. Todavía era un enigma si bastarían para llegar al fondo. Si lo que les aguardaba era el agua helada del río Bagmati, tendrían quince minutos como mucho para encontrar una salida antes de sucumbir a la hipotermia.

—Lo interpretaré como un buen presagio —contestó Remi.

Avanzando poco a poco, y dando un cauteloso paso tras otro, Sam siguió descendiendo, mientras la linterna de su cabeza se alejaba hasta convertirse en un pequeño rectángulo de luz.

—Ya no te veo —exclamó Remi.

—No te preocupes. Si me caigo, me aseguraré de soltar un grito de terror como es debido.

—No te he oído gritar en tu vida, Sam Fargo.

—Cruza los dedos para que ésta no sea la primera vez.

—¿Qué tal las paredes?

—Más de lo... ¡Epa!

—¿Qué?

No hubo respuesta.

—¡Sam!

—Estoy bien. Solo he perdido pie un momento. Las paredes empiezan a estar heladas. Debe de ser la bruma del agua de abajo.

—¿Hay mucho hielo?

—Solo hay una fina capa en las paredes. Pero no me fío de ninguna estalagmita.

—Vuelve aquí arriba. Ya se nos ocurrirá otra forma.

—Voy a continuar. Tengo otros nueve metros de cuerda.

Pasaron dos minutos. La linterna de Sam se había convertido en un simple punto, balanceándose a un lado y a otro en la oscuridad del pozo mientras él maniobraba alrededor de las estalagmitas.

De repente, se oyó el sonido de un fragmento de hielo haciéndose añicos. La

linterna de Sam empezó a dar vueltas, parpadeando en dirección a Remi como una luz estroboscópica. Antes de que ella pudiera abrir la boca para llamarlo, Sam gritó:

—¡Estoy bien. Al revés pero bien!

—¡Sé más concreto, por favor!

—¡He girado con el arnés y estoy boca abajo. Pero tengo buenas noticias: veo el agua. Está a unos tres metros por debajo de mi cabeza!

—¡Ahora viene algún pero!

—¡La corriente es rápida (tres nudos como mínimo) y parece profunda. El agua debe de llegarme a la altura de la cintura!

Aunque tres nudos era una velocidad más lenta que el paso rápido de un peatón, la profundidad y la temperatura del agua multiplicaban el riesgo. No solo bastaría con un pequeño traspie para verse arrastrado por la corriente, sino que el esfuerzo necesario para mantenerse a flote aceleraría el proceso de la hipotermia.

—¡Vuelve aquí arriba! —dijo Remi—. ¡Y no hay discusión que valga!

—¡Estoy de acuerdo. Dame un segundo para... Espera!

En la oscuridad sonaron más ruidos de hielo resquebrajándose, seguidos de chapoteos.

—¡Dime algo, Sam Fargo!

—¡Un momento!

Después de otros treinta segundos de ruido, la voz de Sam volvió a oírse:

—¡Un túnel lateral!

Tras diez minutos de minucioso trabajo, Sam gritó:

—¡Es de tamaño considerable. Casi se puede estar de pie. Dame un momento para colocar el anclaje!

Si Remi caía al río subterráneo, el anclaje al menos permitiría a Sam sacarla del agua, siempre que no hubiera rocas río abajo listas para hacerla papilla.

Una vez que Sam acabó y estuvo preparado para coger la cuerda, Remi inició el descenso. Más ligera y un poco más ágil que su marido, recorrió la distancia en menos tiempo, deteniéndose únicamente de vez en cuando para que Sam pudiera tensar la cuerda a través del anclaje.

Finalmente ella apareció y se situó a la altura de la entrada del túnel lateral. Mientras las linternas de sus cabezas enfocaban mutuamente sus rostros, Sam y Remi intercambiaron una sonrisa de alivio.

—Qué casualidad encontrarte aquí —dijo Sam.

—¡Maldita sea!

—¿Qué pasa?

—Estaba convencida de que ibas a decir: «¿Qué hace una chica bonita como tú en un pozo sin fondo como éste?».

Sam se echó a reír.

—Vale, ahora tendrás que hacer de Superman con el arnés y coger impulso en la otra pared. Yo te atraparé.

Remi hizo una breve pausa para recobrar el aliento y a continuación realizó los ajustes adecuados en su arnés hasta quedar colgando en perpendicular en el pozo. Flexionó el cuerpo y se columpió despacio hasta poder impulsarse con los dedos de los pies en la pared de enfrente. Otros tres movimientos como ese le permitieron doblar las piernas por completo y tomar impulso. Se balanceó hacia delante con los brazos extendidos, tratando de agarrarse con las manos. La pared lateral quedó peligrosamente cerca de su cara. Agachó la cabeza. Sus brazos se introdujeron en el túnel. Las manos de Sam agarraron las de ella, y se detuvo de una sacudida.

—¡Te tengo! —dijo Sam—. Rodéame la muñeca izquierda con las dos manos.

Ella hizo lo que su marido le indicó, y él empleó el brazo derecho para aflojar poco a poco la tensión de la cuerda de forma que Remi pudiera trepar por su brazo. Una vez que su mujer tuvo el torso dentro del túnel, Sam empezó a arrastrarse hacia atrás hasta que Remi se metió hasta las rodillas. Cayó hacia atrás y dejó escapar un suspiro de alivio.

Remi se echó a reír. Sam levantó la cabeza y la miró.

—¿Qué?

—Me llevas a unos sitios de lo más bonitos.

—Después de esto, un buen baño de espuma caliente... para dos.

—Tus palabras son música para mis oídos.

El túnel era el doble de ancho que sus espaldas y lo bastante alto para permitirles andar encorvados, pero su suelo era como un queso emmenthal: estaba tan lleno de agujeros que podían ver la superficie oscura y agitada del río fluyendo bajo sus pies. Columnas de aire frío y cristales de hielo salían disparadas por los orificios y creaban una destellante bruma que se arremolinaba a la luz de sus linternas. Al igual que el pozo que habían dejado atrás, las paredes y el techo del túnel estaban cubiertos de una capa de hielo. A medida que andaban, finísimos carámbanos se desprendían del techo y se rompían en el suelo como intermitentes móviles de campanillas. En el suelo casi no había hielo, pero era tan irregular que se veían obligados a agarrarse al andar, lo que aumentaba el esfuerzo.

—No quiero ser aguafiestas —dijo Remi—, pero estamos dando por sentado que esto lleva a alguna parte.

—Es verdad —contestó Sam por encima del hombro.

—¿Y si nos equivocamos?

—Entonces volveremos atrás, treparemos por el otro lado del pozo y nos iremos por donde vinimos.

El túnel serpenteaba y giraba, subía y bajaba, pero según la brújula de Sam, mantenía un rumbo este aproximado. Se turnaban para contar los pasos, pero sin un dispositivo GPS con el que medir su progreso general y solo con el mapa dibujado de Sam para guiarse, no tenían ni idea de la distancia que estaban recorriendo.

Sam detuvo otra vez la marcha después de lo que le parecieron unos cien metros. Había encontrado una sección de túnel sólida en apariencia y se dejó caer pesadamente al suelo. Tras compartir unos sorbos de agua y un cuarto de la cecina y la fruta deshidratada que les quedaban, permanecieron sentados en silencio, escuchando el torrente de agua bajo sus pies.

—¿Qué hora es? —preguntó Remi.

Sam consultó su reloj.

—Las nueve.

Aunque le habían dicho a Selma adónde se dirigían, le habían pedido que no se dejara llevar por el pánico hasta la mañana siguiente según la hora local. E incluso entonces, ¿cuánto tardarían las autoridades en organizar un equipo de rescate y preparar la búsqueda? Lo único que los salvaba era que el túnel no se había bifurcado; si optaban por desandar el camino, no tendrían problemas para encontrar otra vez el pozo. Pero ¿en qué punto debían tomar esa decisión? ¿Había una salida a la vuelta del siguiente recodo o a kilómetros de distancia, o no existía ninguna?

Ni Sam ni Remi hablaban del tema. No les hacía falta. Los años que habían pasado juntos y las aventuras que habían compartido los habían situado en la misma longitud de onda. Las expresiones faciales normalmente les bastaban para revelar lo que cada uno estaba pensando.

—Todavía me acuerdo de la promesa del baño de espuma caliente —dijo Remi.

—Me olvidaba: he añadido un masaje relajante a la oferta.

—Eres mi héroe. ¿Continuamos?

Sam asintió con la cabeza.

—Sigamos una hora más. Si no aparece una alfombra roja, volveremos atrás, descansaremos y treparemos por el pozo.

—Trato hecho.

Acostumbrados a las penalidades, tanto físicas como psíquicas, Sam y Remi adquirieron una rutina: caminaban durante veinte minutos, hacían una pausa de dos minutos para descansar, orientarse con la brújula y actualizar el mapa, y reemprendían la marcha. El tiempo restante de la travesía transcurría con rapidez. Pie izquierdo, pie derecho, y vuelta a empezar. Para ahorrar luz, Remi había apagado hacía rato la linterna de su cabeza, y Sam había ajustado la suya al modo de



iluminación más tenue, de manera que se vieron moviéndose en la semipenumbra. El aire frío que salía por el suelo resultaba gélido, el equilibrio más difícil de mantener, y el tintineo de los carámbanos que caían irritaba sus cerebros embotados.

De repente Sam se detuvo. Remi, que reaccionaba a la mitad de la velocidad normal, chocó contra él.

—¿Notas eso? —susurró Sam.

—¿Qué?

—Aire frío.

—Sam, es...

—No, en la cara. Más adelante. ¿Puedes sacar el mechero de mi mochila?

Remi lo sacó y se lo tendió. Sam dio varios pasos adelante, buscando una zona de suelo firme entre las columnas de aire. Encontró un lugar adecuado y encendió el mechero. Remi se apretujó contra Sam y se asomó por detrás de su brazo. Una parpadeante luz amarilla se reflejó en las paredes heladas. La llama vaciló y enseguida dejó de moverse.

—Espera —murmuró Sam, sin apartar la vista de la llama.

Pasaron cinco segundos.

La llama tembló, a continuación se movió rápidamente a un lado y volvió hacia la cara de Sam.

—¡Allí!

—¿Estás seguro? —pregunto Remi.

—El aire también se nota más caliente.

—¿No serán imaginaciones tuyas?

—Vamos a averiguarlo.

Recorrieron tres metros y observaron la llama del encendedor. Una vez más, se inclinó hacia atrás, en esa ocasión más enérgicamente. Avanzaron otros seis metros y repitieron la operación, con el mismo resultado.

—Oigo un silbido —dijo Remi—. Viento.

—Yo también.

Después de andar quince metros más, llegaron a una bifurcación en el túnel. Sosteniendo el encendedor por delante, Sam enfiló el túnel de la izquierda sin suerte y a continuación el de la derecha. La llama tembló y una súbita ráfaga estuvo a punto de apagarla.

Sam se quitó la mochila.

—Espera aquí. Vuelvo en un instante.

Subió de intensidad la linterna de su cabeza y desapareció en el túnel. Remi oía sus pies arrastrándose por el suelo; el sonido se volvía más débil por instantes.

Remi miró el reloj, esperó diez segundos y volvió a echarle otro vistazo.

—¿Sam? —gritó.

Silencio.

—Sam, contesta...

Más adelante, en la oscuridad, la linterna de Sam volvió a aparecer.

—Lo siento —dijo.

Remi agachó la cabeza.

—No hay ninguna alfombra roja —continuó Sam—. Pero ¿sirve la luz del día?

Remi levantó la cabeza y vio la sonrisa de oreja a oreja de Sam. Lo miró entrecerrando los ojos y le dio un puñetazo en el hombro.

—No tiene gracia, Sam Fargo.

Tal como Sam había prometido, no había ninguna alfombra roja, pero después de andar unos seis metros la llevó hasta algo aún mejor: una serie de escalones naturales que subían serpenteando por un pozo en cuya parte superior, a unos quince metros, había un retazo de luz natural.

Dos minutos más tarde Sam subió el escalón superior y se encontró mirando por un breve túnel lateral. En el otro extremo, a través de una maraña de hierba, brillaba el sol. Sam avanzó arrastrándose hacia ella, metió los brazos a través de la abertura y salió. Remi apareció instantes más tarde, y se quedaron tumbados en la hierba uno al lado de la otra, sonriendo y contemplando el cielo.

—Es casi mediodía —comentó Sam.

Habían estado bajo tierra toda la mañana.

De repente, Sam se incorporó volviendo la cabeza a un lado y al otro. Se inclinó hacia Remi.

—Interferencias de radio —susurró—. Una radio portátil.

Se dio la vuelta, se arrastró hasta un arcén situado a varios metros de distancia y asomó la cabeza por el lado. Se agachó y regresó arrastrándose.

—Policías.

—¿Un equipo de rescate? —preguntó Remi—. ¿Quién los habrá llamado?

—Solo es una suposición, pero yo diría que nuestros antiguos escoltas, los gemelos Twin.

—¿Cómo...?

—No lo sé. Puede que me equivoque. Mejor que no nos arriesguemos.

Se desprendieron de todo lo que pudiera indicar dónde habían estado y qué habían estado haciendo —cascos, linternas para la cabeza, mochilas, equipo de escalada, el mapa de Sam, la cámara digital de Remi, el cofre que habían extraído de la tumba—, lo metieron otra vez en el túnel y luego ocultaron la entrada con hierba.

Sam se situó el primero, y se dirigieron al este siguiendo un barranco y agachándose entre los árboles hasta que hubieron interpuesto cuatrocientos metros entre ellos y el túnel. Se detuvieron y escucharon las interferencias de radio. Sam se

dio unos golpecitos en la oreja y señaló al norte. A unos cien metros, vieron varias figuras moviéndose entre los árboles.

—Pon tu mejor cara de desesperación —susurró Sam.

—No voy a tener que hacer mucho esfuerzo —contestó Remi.

Sam formó una bocina con las manos alrededor de su boca y gritó:

—¡Eh! ¡Aquí!

## Capítulo 10

### *Cañón de Chobar, Nepal*

La puerta de la celda se abrió chirriando. Un carcelero se asomó, durante un segundo escudriñó a Sam como si éste estuviera a punto de escaparse y se apartó. Vestida con un holgado mono azul claro y con el cabello recogido en una cola de caballo castaño rojizo, Remi entró en la celda. Tenía la cara sonrosada y recién lavada.

—Siéntese, por favor —dijo el carcelero en un inglés pésimo—. Espere.

Y acto seguido cerró la puerta.

Sam, que iba vestido con un mono parecido, se levantó de detrás de la mesa, se acercó a Remi y le dio un fuerte abrazo. Se apartó, la miró de arriba abajo y sonrió.

—Deslumbrante, simplemente deslumbrante.

Ella sonrió.

—Idiota.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Es increíble lo que pueden hacer unos minutos con una manopla y agua caliente. No es precisamente una ducha tibia o un baño caliente, pero no les tiene nada que envidiar.

Se sentaron el uno al lado de la otra detrás de la mesa. El lugar en el que los mantenía retenidos la policía de Katmandú no era tanto una celda como una sala de detención. Las paredes y el suelo de bloques de cemento estaban pintados de gris claro, y la mesa y las sillas (todas sujetas con grandes tornillos al suelo) estaban hechas de pesado aluminio. Delante de ellos, al otro lado de la mesa, había una ventana con malla incrustada de un metro y veinte centímetros de ancho a través de la cual podían ver la sala de la brigada. Media docena de agentes uniformados atendían sus asuntos, cogiendo el teléfono, redactando informes y charlando. Hasta el momento, salvo unas cuantas órdenes educadas pero firmes en tosco inglés, nadie se había dirigido a ellos en las dos horas que habían transcurrido desde que los habían «rescatado».

Subidos a la parte de atrás del furgón policial a la menguante luz del atardecer, Sam y Remi habían contemplado el paisaje que desfilaba ante ellos, buscando la más mínima pista del lugar por el que habían salido del sistema de cuevas. Habían hallado la respuesta prácticamente nada más cruzar el puente del cañón de Chobar y girar al nordeste hacia Katmandú.

Su marcha subterránea hacia la libertad los había llevado a la superficie a apenas

tres kilómetros del lugar por el que habían entrado. Al caer en la cuenta, Sam y Remi reaccionaron sonriendo y luego, para asombro de los dos agentes de policía que ocupaban los asientos delanteros, con un torrente de carcajadas que duró un minuto entero.

—¿Tienes alguna idea de quién dio la alarma? —preguntó Remi a Sam.

—No. Que yo sepa, no estamos detenidos.

—Podemos dar por sentado que nos interrogarán. ¿Qué versión vamos a contar?

Sam pensó un momento.

—La más próxima a la verdad. Digamos que salimos de aquí poco antes de que amaneciera para pasar un día de excursión, y que nos perdimos y estuvimos vagando hasta que nos encontraron. Si nos presionan, repite: «No estoy segura». A menos que encuentren nuestro equipo, no pueden demostrar lo contrario.

—Entendido. ¿Y en el caso de que no nos metan en una cárcel nepalesa por un oscuro delito?

—Tendremos que recuperar el...

Sam se interrumpió entrecerrando los ojos. Remi siguió su mirada a través de la ventana hasta el extremo izquierdo de la sala de la brigada, junto a la puerta. De pie en el umbral estaban Russell y Marjorie King.

—Ojalá pudiera decir que me sorprende —murmuró Remi.

—Tal como sospechábamos.

Al otro lado de la sala de la brigada, el sargento al mando vio a los gemelos King y se acercó a toda prisa a donde estaban. El trío empezó a hablar. Aunque ni Sam ni Remi podían oír la conversación, los gestos y la postura del sargento lo decían todo: era servil, e incluso estaba un poco asustado. Al final, el sargento asintió con la cabeza y entró deprisa en la sala de la brigada. Russell y Marjorie salieron otra vez al pasillo.

Momentos más tarde, la puerta de Sam y Remi se abrió, y el sargento y uno de sus subordinados entraron. Se sentaron en las sillas situadas enfrente de los Fargo. El sargento habló en nepalés unos segundos y acto seguido hizo un gesto con la cabeza a su subordinado, quien dijo en un inglés con marcado acento pero pasable:

—Mi sargento ha solicitado que traduzca nuestra conversación. ¿Les parece aceptable?

Sam y Remi asintieron con la cabeza.

—Por favor, si son tan amables, confirmen sus identidades.

—¿Estamos detenidos? —preguntó Sam.

—No —respondió el agente—. Están retenidos temporalmente.

—¿De qué se nos acusa?

—Según la ley nepalesa, no tenemos por qué responder a esa pregunta en este

momento. Por favor, confirmen sus identidades.

Sam y Remi hicieron lo que el hombre les dijo, y durante los siguientes minutos fueron sometidos a una serie de preguntas rutinarias —«Qué hacen en Nepal» «Dónde se alojan» «Qué motivó su visita»— antes de entrar en materia.

—¿Adónde iban cuando se perdieron?

—A ningún sitio en concreto —contestó Remi—. Nos pareció un bonito día para ir de excursión.

—Aparcaron su coche en el cañón de Chobar. ¿Por qué?

—Oímos que era una zona preciosa —dijo Sam.

—¿A qué hora llegaron?

—Antes del amanecer.

—¿Por qué tan temprano?

—Somos almas inquietas —respondió Sam sonriendo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Nos gusta mantenernos ocupados —dijo Remi.

—Por favor, díganos adónde les llevó su excursión.

—Si lo supiéramos —dijo Sam—, probablemente no nos habríamos perdido.

—Tenían una brújula. ¿Cómo se perdieron?

—Me echaron de los *boy scouts* —dijo Sam.

Remi intervino.

—Yo solo vendía galletas con las *girl scouts*.

—Esto no es cosa de risa, señor y señora Fargo. ¿Les parece gracioso?

Sam puso su mejor cara de arrepentimiento.

—Disculpe. Estamos agotados y un poco incómodos. Les agradecemos que nos hayan encontrado. ¿Quién les avisó de que podíamos estar en peligro?

El agente tradujo la pregunta. Su sargento gruñó algo y acto seguido el agente volvió a hablar.

—Mi sargento solicita que se limiten a responder a sus preguntas. Han dicho que tenían pensado pasar el día de excursión. ¿Dónde están sus mochilas?

—No esperábamos estar fuera tanto tiempo —dijo Remi—. Tampoco se nos da muy bien hacer planes.

Sam asintió con la cabeza tristemente para enfatizar el comentario de su mujer.

—¿Esperan que creamos que se fueron de excursión sin ningún material en absoluto?

—Yo tenía mi navaja suiza —dijo Sam secamente.

Al oír la traducción, el sargento alzó la vista y fulminó con la mirada a Sam y luego a Remi, y acto seguido se levantó y salió de la sala con paso airado.

Como era de esperar, el sargento cruzó directamente la puerta de la sala de la brigada y salió al pasillo. Sam y Remi solo le veían la espalda; Russell y Marjorie

quedaban fuera de su campo visual. Sam se levantó, se dirigió al extremo derecho de la ventana y pegó la cara a ella.

—¿Puedes verlos? —preguntó Remi.

—Sí.

—¿Y...?

—Los gemelos tienen cara de tristes. Ni rastro de sonrisas empalagosas. Russell está haciendo gestos... Qué interesante.

—¿El qué?

—Está imitando la forma de una caja: una caja que casualmente parece del tamaño del cofre.

—Eso es bueno. Me imagino que han registrado la zona en la que nos encontraron. Russell no estaría preguntando por algo que ya han encontrado.

Sam se apartó de la ventana y regresó a toda prisa a su asiento.

El sargento y el agente volvieron a entrar en la sala y se sentaron. El interrogatorio se reanudó, esa vez con un poco más de intensidad, y con circunloquios pensados para hacer que Sam y Remi se equivocaran. Sin embargo, el meollo de las preguntas seguía siendo el mismo: «sabemos que deberían haber tenido efectos personales, ¿dónde están?». Sam y Remi hicieron una pausa y se ciñeron a su historia, observando cómo la impotencia del sargento aumentaba.

Al final, el sargento recurrió a las amenazas:

—Sabemos quiénes son y cómo se ganan la vida. Sospechamos que han venido a Nepal a buscar antigüedades en el mercado negro.

—¿En qué basa sus sospechas? —preguntó Sam.

—En mis fuentes.

—Le han informado mal —dijo Remi.

—Existen varias leyes según las cuales pueden ser acusados, todas con graves penas.

Sam se inclinó hacia delante en su silla y fijó la mirada en los ojos del sargento.

—Déjese de imputaciones. En cuanto nos acusen, solicitaremos hablar con el agregado legal en la embajada de Estados Unidos.

El sargento sostuvo la mirada de Sam diez segundos largos; luego se reclinó y suspiró. Dijo algo a su subordinado, y acto seguido se levantó y salió de la sala. La puerta dio un fuerte golpe contra la pared.

—Pueden ustedes irse —tradujo el subordinado.

Diez minutos más tarde, vestidos de nuevo con su ropa, Sam y Remi salieron por la puerta principal de la comisaría de policía y bajaron la escalera. Estaba anocheciendo. El cielo se veía despejado, y empezaban a brillar unas cuantas estrellas cual pequeños diamantes. Las farolas iluminaban la calle adoquinada.

—¡Sam! ¡Remi!

Estaban esperándolos, de modo que ninguno de los dos se sorprendió cuando se volvieron y vieron a Russell y a Marjorie corriendo por la acera en dirección a ellos.

—Acabamos de enterarnos —dijo Russell, mientras se acercaba a toda prisa—. ¿Se encuentran bien?

—Cansados, un poco incómodos, pero enteros —contestó Sam.

Habían decidido repetir la historia de la excursión a los gemelos King. Era una situación precaria; todos sabían que Sam y Remi estaban mintiendo. ¿Qué harían Russell y Marjorie al respecto? Mejor dicho, en ese momento, cuando ya parecía evidente que Charlie King tenía unas prioridades totalmente distintas de las que había compartido con Sam y Remi, ¿cómo obrarían? ¿Qué buscaba King, y cuál era la verdadera historia que se escondía detrás de la desaparición de Frank Alton?

—Les llevaremos hasta su coche —dijo Marjorie.

—Lo recogeremos por la mañana —contestó Remi—. Vamos a irnos al hotel.

—Es mejor ir a por el coche ahora —dijo Russell—. Si tienen efectos personales dentro...

Sam no pudo evitar sonreír al oír ese comentario.

—No tenemos nada. Buenas noches.

Sam cogió a Remi del brazo, y se volvieron juntos y echaron a andar en la dirección opuesta.

—¡Les llamaremos por la mañana! —gritó Russell.

—No nos llaméis. Ya os llamaremos nosotros —contestó Sam sin volverse.

## ***Houston, Texas***

—¡Sí, joder, yo diría que se están pasando de la raya! —gritó Charlie King, reclinado en su lujoso sillón de oficina.

Detrás de él, el paisaje urbano cubría el ventanal del suelo al techo.

En la otra punta del mundo, Russell y Marjorie King no decían nada por el manos libres. Sabían que no debían interrumpir a su padre. Cuando él quisiera saber algo, lo preguntaría.

—¿Dónde coño han estado todo el día?

—No lo sabemos —contestó Russell—. El hombre que contratamos para que los siguiera los perdió al sudoeste de...

—¿Contratasteis? ¿Cómo que lo contratasteis?

—Es uno de nuestros... encargados de seguridad en el yacimiento —dijo Marjorie—. Es de fiar...

—¡Pero incompetente! ¿Y si hubierais conseguido a alguien con esos dos



atributos? ¿Os lo habéis planteado? ¿Por qué habéis contratado a alguien? ¿Qué estabais haciendo vosotros?

—Estábamos en el yacimiento —dijo Russell—. Estamos preparándonos para enviar el...

—Da igual. No importa. ¿Es posible que los Fargo hayan estado en el sistema de cuevas?

—Es posible —respondió Marjorie—, pero ya lo hemos registrado. No hay nada.

—Sí, sí. La cuestión es cómo se han enterado si han estado allí. Tenéis que asegurarnos de que solo reciben la información que nos interesa que reciban, ¿entendido?

—Sí, papá —contestaron Marjorie y Russell al unísono.

—¿Y sus pertenencias?

—Ya las hemos buscado —dijo Russell—. Y su coche. Nuestro contacto en el departamento de policía los ha interrogado durante una hora, pero sin suerte.

—¿Les ha apretado las tuercas, por el amor de Dios?

—Todo lo que ha podido.

—Ha dicho que los Fargo no se han inmutado.

—¿Qué han explicado que estaban haciendo?

—Han declarado que se perdieron estando de excursión.

—¡Chorradas! Estamos hablando de Sam y de Remi Fargo. Yo os diré lo que ha pasado: vosotros dos la cagasteis, y los Fargo empezaron a desconfiar. Os dan cien vueltas. Poned a un montón de gente detrás de ellos. Quiero saber adónde van y qué hacen. ¿Entendido?

—Puedes contar con nosotros, papá —dijo Marjorie.

—Estaría bien para variar —masculló King—. Mientras tanto, no pienso correr más riesgos. Voy a mandar refuerzos.

King se inclinó hacia delante y apretó el botón de desconexión del manos libres. De pie al otro lado de la mesa, con las manos cruzadas por delante, se hallaba Zhilan Hsu.

—Es usted muy duro con ellos, Charles —dijo en voz queda.

—¡Y tú los consientes demasiado! —replicó King.

—Hasta el último incidente con los Fargo, han trabajado bien para usted.

King frunció el ceño y sacudió la cabeza con irritación.

—Supongo. Aun así, quiero que vayas y te asegures de que las cosas no se salen de madre. Los Fargo están mosqueados por algo. Coge el Gulfstream y lárgate. Encárgate de ellos. Y también de Alton. Ya no sirve de nada.

—¿Puede ser más concreto?

—Que los Fargo hagan su papel, fracasando en la misión... Nepal es un país muy grande. Hay espacio de sobra para que la gente desaparezca.

## Capítulo 11

### *Hotel Hyatt Regency, Katmandú, Nepal*

A primera hora de la mañana, el teléfono de la mesita de noche de Remi ya estaba sonando.

—Sam, ¿lo has hecho a propósito? El servicio de despertador. ¿Sabes qué hora es?

Sam cogió el teléfono y dijo:

—Estaremos allí dentro de cuarenta y cinco minutos.

—¿Estaremos dónde? —preguntó Remi.

—Lo que te prometí. Un masaje con piedras calientes del Himalaya para ti y un masaje profundo para mí.

—Sam Fargo —dijo Remi con una sonrisa de oreja a oreja—, eres un tesoro.

Salió de la cama y corrió al cuarto de baño mientras Sam iba a abrir la puerta. El servicio de habitaciones le entregó el desayuno que había pedido la noche anterior. Para Remi, su favorito: picadillos de carne y huevos escalfados. Y para él, huevos revueltos con salmón.

También había pedido café y dos vasos de zumo de granada.

Mientras desayunaban, centraron su atención en el misterioso cofre que reposaba al otro lado de la mesa. Remi se sirvió una segunda taza de café al tiempo que Sam llamaba por teléfono a Selma.

—¿Cree que King ha secuestrado a Alton? —preguntó Selma.

—Para traernos aquí —propuso Remi, bebiendo un sorbo de café.

—Para llevarlos allí con la excusa de buscar a Frank y luego... ¿qué? —terció Selma.

—Una operación de bandera falsa —murmuró Sam. Y acto seguido explicó—: Es un término de espionaje. Un enemigo que se hace pasar por aliado recluta a un agente. El agente cree que la misión es una cosa, pero en realidad es algo totalmente distinto.

—Genial —comentó Remi.

—Es un castillo de naipes —convino Sam—. Si es lo que King está tramando, su orgullo no le permitirá aceptar la idea de que el plan fracasa.

—Entonces no saben si realmente están buscando a Lewis King o no. O si lo han

visto siquiera.

—Charlie no me parece un sentimental. Solo es una suposición, pero yo diría que Charlie no está buscando tanto a su padre como lo que su padre estaba buscando.

—¿El cofre que encontraron? —propuso Selma.

—Como acabo de decir, solo es una suposición —contestó Sam.

La noche anterior, en lugar de volver al hotel, Sam y Remi habían ido andando al sur de la comisaría de policía hasta perderse de vista, luego habían girado al norte y habían parado un taxi. Sam pidió al taxista que deambulara por la ciudad durante diez minutos mientras él y Remi estaban pendientes de las señales de estar siendo vigilados. No les cabía duda de que los gemelos King pretendían seguirlos, y estaban dándoles tiempo para que se organizaran.

Una vez que estuvieron convencidos de que no los estaban siguiendo, Sam mandó al taxista que los llevara a una agencia de alquiler de coches situada en las afueras al sur de Katmandú, donde alquilaron un Opel verde abollado. Una hora más tarde entraron en el aparcamiento de un motel a ochocientos metros del cañón de Chobar. Allí dejaron el vehículo y recorrieron a pie la distancia que faltaba.

Después de haber memorizado los puntos de referencia del lugar durante el trayecto en el furgón policial, tardaron menos de una hora en encontrar el túnel por el que habían salido. Sus cosas seguían dentro, aparentemente intactas.

—Te lo vamos a mandar por FedEx —dijo Remi a Selma.

—Si es lo que King está buscando, será mejor que nos deshagamos de él. Además, a ti te gustan los enigmas, Selma; éste te va a encantar. Resuélvelo, y te compraremos ese pez que querías para tu pecera... el... em...

—Acuario, señor Fargo. Una pecera es lo que tienen los niños en su cuarto. Y el pez es un tipo de cíclido. Muy raro. Muy caro. Su nombre científico...

—Se escribe en latín, seguro —concluyó Sam riéndose entre dientes—. Abre nuestra misteriosa caja nepalí, y será tuyo.

—No hace falta que me soborne, señor Fargo. Es mi trabajo.

—Entonces considéralo un regalo de cumpleaños adelantado —propuso Remi.

Ella y Sam intercambiaron una sonrisa: a Selma no le gustaba celebrar los cumpleaños, sobre todo el suyo.

—Por cierto, he tenido noticias de Rube —dijo Selma, cambiando rápidamente de tema—. Ha investigado a Zhilan Hsu. Me ha dicho que es, cito textualmente, «prácticamente invisible». No tiene permiso de conducir, ni tarjetas de crédito, ni documentos administrativos de ninguna clase salvo uno: un documento de inmigración. Según ese papel, emigró de Hong Kong a Estados Unidos con un visado

de trabajo en mil novecientos noventa a los dieciséis años.

—A ver si lo adivino —dijo Sam—. Contratada por King Oil.

—Correcto. Lo curioso es que en esa época estaba embarazada de seis meses. He hecho los cálculos. La fecha en que salía de cuentas coincide con la del nacimiento de Russell y Marjorie.

—Confirmado —dijo Remi—. No me gusta un pelo Charlie King. Probablemente la compró.

—Es casi seguro —convino Sam.

—¿Qué van a hacer ahora? —preguntó Selma.

—Vamos a volver a la universidad. La profesora Kaalrami nos ha dejado un mensaje de voz. Ha terminado la traducción del pergamino devanagari...

—Lowa —lo corrigió Remi—. Dijo que estaba escrito en lowa.

—Eso, lowa —repitió Sam—. Con suerte, su colega podrá arrojar algo de luz sobre la tumba que hemos encontrado... o al menos descartar que hay una relación.

—¿Y Frank?

—Suponiendo que King esté detrás de su secuestro, nuestra única posibilidad de conseguir rescatarlo es haciendo presión. Si King cree que tenemos algo que le interesa, estaremos en mejor posición para negociar. Hasta entonces, solo podemos esperar que King sea lo bastante listo para no matar a Frank.

### ***Universidad de Katmandú***

Después de asegurarse de que no los seguían, Sam y Remi encontraron una oficina de FedEx y enviaron el cofre. Tardaría dos días en llegar y costaría seiscientos dólares, les dijo el empleado, pero el paquete estaría a bordo de un avión a media tarde. Una ganga, pensaron Sam y Remi, sabiendo que el cofre estaría fuera del alcance de Marjorie y de Russell... en el supuesto de que realmente le interesara a King. En cualquier caso, no tenían ni el tiempo ni los recursos para abrir el cofre. Estaba mejor en manos de Selma, de Pete y de Wendy.

Sam y Remi llegaron al campus de la universidad poco después de la una y encontraron a la profesora Kaalrami en su despacho. Tras intercambiar los cumplidos de rigor, se sentaron alrededor de su mesa de conferencias.

—Ha sido todo un reto —empezó a decir la profesora Kaalrami—. La traducción me llevó casi seis horas.

—Lamentamos que le haya robado tanto tiempo —contestó Remi.

—Tonterías. Era mejor que pasar la noche viendo la televisión. Me lo pasé bien con ese ejercicio intelectual. Tengo la traducción escrita para ustedes. —Les deslizó una hoja de papel mecanografiado a través de la mesa—. Puedo confirmar la esencia del documento. Es un decreto militar en el que se ordena la evacuación del Theurang de la capital de Lo Monthang, en el Reino de Mustang.

—¿Cuándo? —preguntó Sam.

—En el decreto no lo especifica —dijo la profesora Kaalrami—. El hombre con el que nos vamos a reunir después, mi colega, posiblemente esté mejor preparado para responder a eso. Puede que en el texto haya alguna pista que a mí se me haya pasado por alto.

—Ese Theurang... —la instó Remi.

—Aparte de hacer referencia también a él como el «Hombre Dorado», me temo que no he encontrado ninguna explicación. Pero, como he dicho, puede que mi colega lo sepa. Lo que sí puedo decirles es el motivo por el que se promulgó el decreto: una invasión. Un ejército se acercaba a Lo Monthang. El jefe del ejército de Mustang (tengo entendido que el cargo es parecido al de mariscal o jefe del Estado Mayor) ordenó en nombre de la Casa Real que el Theurang fuera trasladado de la ciudad por un grupo de soldados especial conocido como los centinelas. Aparte de eso, no hay ninguna descripción. Solo el nombre.

—¿Adónde lo evacuaron? —preguntó Sam.

—En el decreto no lo dice. La frase «según lo ordenado» se utiliza varias veces, lo que hace pensar que los centinelas pudieron recibir otro informe más concreto.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Remi.

—Un detalle que me llamó la atención —respondió la profesora Kaalrami—. En el decreto se elogia la disposición de los centinelas a morir para proteger al Hombre Dorado.

—Es una expresión militar bastante corriente —dijo Sam—. Unas palabras de aliento del general antes...

—No, disculpe, señor Fargo. No he usado la palabra correcta. El elogio no respondía a su disposición a dar la vida en el cumplimiento de su deber. Las palabras usadas eran de certeza. Quienquiera que escribió este documento estaba convencido de que los centinelas morirían. No esperaban que ninguno de ellos volviera con vida a Lo Monthang.

Poco antes de las dos, la hora que la profesora Kaalrami había fijado para la reunión con su colega Sushant Dharel, salieron de su despacho y atravesaron el campus hasta otro edificio. Encontraron a Dharel —un hombre muy delgado de treinta y tantos años, vestido con unos pantalones caqui y una camisa blanca de manga corta— terminando de dar una clase en un aula con paneles de madera. Esperaron hasta que todos los alumnos salieron en fila, y la profesora Kaalrami hizo las presentaciones. Al oír la descripción que Kaalrami hacía del objeto del interés de Sam y Remi, los ojos de Dharel se iluminaron.

—¿Tienen ese documento aquí?

—Y la traducción —contestó Kaalrami, y se los dio.

Dharel los escudriñó ambos, moviendo los labios en silencio mientras asimilaba el contenido. Alzó la vista a Sam y a Remi.

—¿Dónde han encontrado esto? ¿En posesión de quién estaba...? —Se detuvo súbitamente—. Disculpen mi excitación y mis malos modales. Por favor, siéntense.

Sam, Remi y la profesora Kaalrami se sentaron en unas sillas de la primera fila. Dharel retiró la silla de detrás de su mesa y se sentó delante de ellos.

—Si son tan amables... ¿Dónde han encontrado esto?

—Estaba entre las pertenencias de un hombre llamado Lewis King.

—Un amigo mío de hace mucho tiempo —añadió la profesora Kaalrami—. Mucho antes de tu época, Sushant. Creo que mi traducción es bastante fiel, pero no he podido darles al señor y a la señora Fargo mucha información sobre el contexto. Como experto de la universidad en historia nepalesa, pensé que podrías ayudarnos.

—Claro, claro —dijo Dharel, escudriñando de nuevo el pergamino. Después de un minuto entero volvió a alzar la vista—. No se ofendan, señor y señora Fargo, pero a efectos de mayor claridad, supondré que no tienen conocimientos sobre nuestra historia.

—Una suposición acertada —contestó Sam.

—También debo reconocer que gran parte de lo que les voy a contar es ampliamente considerado más una leyenda que parte de la historia.

—Entendido —dijo Remi—. Continúe, por favor.

—Lo que ustedes tienen aquí se conoce como el Decreto Himanshu. Fue promulgado en mil cuatrocientos veintiuno por un comandante militar llamado Dolma. Aquí, en la parte inferior, pueden ver su sello oficial. Era una práctica habitual en la época. Los sellos y las estampillas eran utensilios meticulosamente elaborados que se vigilaban con mucho celo. A menudo, el personal de alto rango, tanto militar como gubernamental, era escoltado por soldados cuya única misión consistía en vigilar los sellos oficiales. Si me dan tiempo, puedo confirmar o desmentir la procedencia de este sello, si bien a primera vista creo que es auténtico.

—La traducción de la profesora Kaalrami hace pensar que el decreto ordenaba la evacuación de un objeto de algún tipo —lo apremió Sam—. El Theurang.

—Sí, exacto. También es conocido como el Hombre Dorado. En este punto es donde la historia se confunde con el mito. Se dice que el Theurang es una estatua de tamaño natural de una criatura con apariencia humana o, dependiendo de la versión, el esqueleto de la propia criatura. La historia que se esconde detrás del Theurang es parecida a la del Génesis de la Biblia cristiana en el sentido de que se afirma que el Theurang son los restos de... —La voz de Dharel se fue apagando mientras buscaba la frase correcta—. Un dador de vida. La Madre de la Humanidad, por así decirlo.

—Es todo un cargo —dijo Sam.

Dharel frunció el entrecejo un instante y acto seguido sonrió.

—Ah, sí, entiendo. Sí, una gran responsabilidad con la que cargar, la del Theurang. En cualquier caso, ya fuera real o mitológico, el Hombre Dorado se convirtió en un símbolo de reverencia para la gente de Mustang... y para gran parte de Nepal, de hecho. Pero se dice que el hogar legendario del Theurang era Lo Monthang.

—¿El apelativo de «dador de vida» —dijo Remi— se considera metafórico o literal?

Dharel sonrió y se encogió de hombros.

—Como en el caso de cualquier historia religiosa, la interpretación depende del creyente. Creo que se puede decir sin miedo a equivocarse que en la época en que se promulgó ese decreto había más creyentes que lo interpretaban literalmente.

—¿Qué puede contarnos acerca de los centinelas? —preguntó Sam.

—Eran guerreros de élite, el equivalente a las actuales fuerzas especiales. Según algunos textos, los adiestraban desde jóvenes con un objetivo: proteger el Theurang.

—La profesora Kaalrami ha mencionado una frase del decreto («según lo ordenado») en relación con el plan de evacuación que los centinelas debían llevar a cabo. ¿Qué opina usted?

—No tengo conocimiento del plan concreto —respondió Dharel—, pero según tengo entendido, solo había unas pocas docenas de centinelas. En la evacuación, cada uno debía partir de la ciudad transportando un cofre, un cofre diseñado para confundir a los invasores. En uno de los cofres debían estar los restos desmembrados del Theurang.

Sam y Remi intercambiaron una sonrisa de soslayo.

—Solo unos pocos elegidos en el ejército y el gobierno sabían qué centinela transportaba los auténticos restos.

—¿Y qué había dentro de los otros cofres? —preguntó Sam.

Dharel negó con la cabeza.

—No lo sé. Tal vez nada, tal vez una réplica del Theurang. En cualquier caso, el complot estaba pensado para doblegar a los perseguidores. Equipados con las mejores armas y los caballos más rápidos, los centinelas saldrían a toda velocidad de la ciudad y se separarían con la esperanza de dividir a los perseguidores. Con suerte y destreza, el centinela que llevaba el Theurang escaparía y lo escondería en un lugar determinado de antemano.

—¿Puede describir las armas?

—Solo en general: una espada, varias dagas, un arco y una lanza.

—¿No hay constancia de si el plan tuvo éxito? —preguntó Remi.

—No.

—¿Qué aspecto tenía el cofre? —dijo Remi.

Dharel cogió un cuaderno y un lápiz de la mesa y dibujó un cubo de madera que

tenía un extraordinario parecido con el cofre que habían extraído de la cueva.

—Que yo sepa, no existe más descripción que ésta. Se decía que el cofre tenía un ingenioso diseño, con la esperanza de que cada vez que un enemigo recuperara uno se pasara días o semanas tratando de abrirlo.

—Y así ganar más tiempo para los otros centinelas —dijo Sam.

—Exacto. Del mismo modo, los centinelas no tenían familia ni amigos que el enemigo pudiera utilizar contra ellos. También estaban adiestrados desde jóvenes para soportar las peores torturas.

—Una dedicación increíble —observó Remi.

—Ya lo creo.

—¿Puede describir el Theurang? —preguntó Sam.

Dharel asintió con la cabeza.

—Como ya he comentado, se dice que tenía rasgos humanos pero una apariencia general... bestial. Sus huesos estaban hechos del oro más puro; sus ojos de un tipo de piedra preciosa, rubíes o esmeraldas... u otras piedras parecidas.

—El Hombre Dorado —dijo Remi.

—Sí. Esperen... Tengo una ilustración.

Dharel se levantó, rodeó su mesa y se puso a hurgar en los cajones durante medio minuto antes de volver junto a ellos con un libro encuadernado en piel. Hojeó las páginas antes de detenerse. Dio la vuelta al libro y se lo ofreció a Sam y a Remi.

Tras varios segundos, Remi murmuró:

—Hola, guapo.

Pese a ser muy estilizada, la ilustración del Theurang que aparecía en el libro era prácticamente idéntica al grabado del escudo que habían encontrado en la cueva.

Una hora más tarde, de vuelta en el hotel, Sam y Remi llamaron a Selma. Sam le relató su visita a la universidad.

—Increíble —dijo Selma—. Es un hallazgo único en la vida.

—No podemos llevarnos el mérito —contestó Remi—. Me temo que el honor le corresponde a Lewis, y con razón. Si realmente se había pasado décadas buscándolo, es todo suyo... a título póstumo, claro.

—Entonces ¿está dando por sentado que está muerto?

—Es un presentimiento —respondió Sam—. Si alguien más hubiera encontrado la tumba antes que nosotros, se habría hecho público. Se habría levantado un yacimiento arqueológico y el contenido se habría extraído.

—King debió de explorar el sistema de cuevas —continuó Remi—, colocó los pernos, descubrió la tumba y se precipitó al pozo cuando intentaba volver a cruzarlo. Si eso es lo que ocurrió, los huesos de Lewis King están esparcidos a lo largo de algún afluyente subterráneo del río Bagmati. Es una lástima. Estaba muy cerca.



—Nos estamos adelantando a los acontecimientos —dijo Sam—. Por lo que sabemos, el cofre que encontramos era uno de los señuelos. Aun así sería un hallazgo importante, pero no el gran premio.

—Lo sabremos si... cuando... lo abramos —dijo Selma.

Charlaron con Selma unos minutos más y a continuación colgaron.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Remi.

—No sé tú, pero yo ya estoy harto de los repelentes gemelos King.

—¿Hace falta que me lo preguntes?

—Han estado siguiéndonos desde que aterrizamos. Creo que ha llegado el momento de que volvamos las tornas contra ellos... y contra King padre.

—¿Vigilancia encubierta? —dijo Remi con los ojos brillantes.

Sam se la quedó mirando un instante y acto seguido sonrió fríamente.

—A veces tu entusiasmo me da miedo.

—Me encanta la vigilancia encubierta.

—Lo sé, cariño. Puede que tengamos lo que busca King o puede que no. Veamos si logramos convencerlo de que es así. Sacudiremos un poco el árbol a ver lo que cae.

## Capítulo 12

### *Katmandú, Nepal*

Sabiendo que los gemelos King estaban en Nepal ocupándose de uno de los negocios mineros de su padre, Selma solo tardó unas horas en averiguar los detalles. El campamento de excavación, que operaba en el marco de una de las muchas filiales de King, estaba situado al norte de Katmandú en el valle de Langtang.

Después de otro viaje a la tienda de excedentes militares, Sam y Remi guardaron su equipo en la parte de atrás de su Range Rover recién alquilado y partieron. Eran casi las cinco y faltaban menos de dos horas para que anocheciera, pero querían alejarse de los gemelos King, quienes seguramente no estaban dispuestos a dejarlos en paz.

En línea recta, el campamento minero se encontraba a menos de cincuenta kilómetros al norte de la ciudad. Por carretera, el trayecto era más del triple de esa distancia: un breve paseo en cualquier país occidental pero una odisea de un día entero en Nepal.

—A juzgar por este mapa —dijo Remi en el asiento del pasajero—, lo que llaman carretera es en realidad un camino de tierra un poco más ancho y ligeramente mejor conservado que un sendero de vacas. Una vez que dejemos atrás Trisuli Bazar, estaremos en carreteras secundarias. Sabe Dios lo que eso significa.

—¿Cuánto falta para Trisuli?

—Con suerte, llegaremos antes de que anochezca. Sam... ¡Una cabra!

Sam alzó la vista y vio a una chica adolescente acompañando a una cabra a través de la carretera aparentemente ajena al vehículo que se les echaba encima. El Range Rover patinó y se detuvo en medio de una nube de polvo marrón. La chica levantó la vista y sonrió, impertérrita. Saludó con la mano. Sam y Remi le devolvieron el saludo.

—Lección aprendida de nuevo —dijo Sam—. En Nepal no hay pasos de peatones.

—Y las cabras tienen prioridad —añadió Remi.

Una vez que salieron de los límites de la ciudad y entraron en las estribaciones, descubrieron que la carretera discurría entre campos agrícolas terraplenados,

exuberantes y verdes contra las laderas por lo demás áridas y marrones. Directamente a su izquierda, el río Trisuli, rebosante de escorrentía primaveral, se agitaba sobre los cantos rodados, con el agua de un color gris plomizo a causa del pedregal y el sedimento. Aquí y allá podían ver grupos de chozas abrigadas contra la lejana línea forestal. Muy al norte y al oeste se encontraban los picos más altos del Himalaya: puntiagudas torres negras recortadas contra el cielo.

Dos horas más tarde, justo cuando el sol se estaba escondiendo tras las montañas, entraron en Trisuli Bazar. Pese a la tentación de alojarse en uno de los hostales, Sam y Remi preferían pecar de un poco paranoicos y pasar sin comodidades. Era poco probable que a los King se les ocurriera buscarlos allí, pero los Fargo decidieron ponerse en lo peor.

Siguiendo las indicaciones de Remi y los faros del Range Rover, Sam condujo hasta las afueras del pueblo, luego giró a la izquierda y se metió en una estrecha vía de acceso que el mapa describía como un «punto de ruta para senderistas». Entraron en un claro más o menos ovalado con cabañas como yurtas y pararon. Sam apagó los faros y quitó el contacto.

—¿Ves a alguien? —preguntó, mirando a su alrededor.

—No. Parece que tenemos este sitio a nuestra entera disposición.

—¿Cabaña o tienda?

—Me parece una lástima desaprovechar la fea tienda de retales por la que tanto dinero hemos pagado —dijo Remi.

—Ésa es mi chica.

Quince minutos más tarde, bajo la luz de las linternas de sus cabezas, acamparon varios cientos de metros por detrás de las cabañas en un bosquecillo de pinos. Mientras Remi terminaba de desenrollar sus sacos de dormir, Sam encendió una lumbre.

Sam revisó sus provisiones y preguntó:

—¿Pollo *teriyaki* precocinado o... pollo *teriyaki* precocinado?

—El que pueda comer más rápido —contestó Remi—. Tengo ganas de acostarme. Me duele terriblemente la cabeza.

—Es porque el aire aquí es menos denso. Estamos a unos dos mil setecientos metros de altura. Mañana estarás mejor.

Sam preparó los dos paquetes de comida en unos minutos. Una vez que acabaron de cenar, hizo un par de tazas de té *oolong*. Se quedaron sentados junto a la lumbre observando cómo las llamas danzaban. En algún lugar entre los árboles, una lechuza ululaba.

—Si lo que King está buscando es el Theurang, me pregunto cuál es su motivación —dijo Remi.

—¡Quién sabe! —contestó Sam—. ¿A qué vienen tantos subterfugios? ¿A qué viene el autoritarismo con sus hijos?

—Es un hombre poderoso, con un orgullo del tamaño de Alaska...

—Y un maniático del control de lo más dominante.

—Eso también. Tal vez así es como se comporta. No se fía de nadie y lo controla todo con mano de hierro.

—Puede que tengas razón —contestó Sam—. Pero sea lo que sea lo que lo empuja, no estoy dispuesto a ceder algo tan importante a nivel histórico como el Theurang.

Remi asintió con la cabeza.

—Y a menos que lo hayamos juzgado mal, creo que Lewis King estaría de acuerdo... vivo o muerto. Querría que fuera entregado al Museo Nacional de Nepal o a una universidad.

—Y no menos importante —añadió Sam—, si por algún perverso motivo King tuviera a Frank secuestrado, hagamos todo lo posible por que lo pague.

—No se rendirá sin luchar, Sam.

—Nosotros tampoco.

—Has hablado como el hombre al que quiero —contestó Remi.

Levantó su taza, y Sam le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí.

Al día siguiente se levantaron antes de que amaneciera, desayunaron y a las siete estaban de nuevo en camino. A medida que ganaban altitud y pasaban por una aldea tras otra con nombres como Betrawati, Manigaun, Ramche y Thare, los verdes campos escalonados y las colinas monocromáticas del paisaje dieron paso a espesos bosques y estrechos cañones. Tras una breve comida en un alto con vistas panorámicas, reemprendieron la marcha y una hora más tarde llegaron al desvío que buscaban, una carretera sin letreros al norte de Boka Jhunda. Sam paró en el cruce, y observaron el camino de tierra que se extendía ante ellos. Apenas más ancho que el Rover y rodeado de denso follaje, parecía más un túnel que una carretera.

—Estoy experimentando una ligera sensación de *déjà vu* —dijo Sam—. ¿No estuvimos en esta misma carretera hace unos meses, pero en Madagascar?

—Tiene un parecido inquietante —convino Remi—. Voy a volver a comprobarlo.

Deslizó el dedo índice a lo largo del mapa, consultando de vez en cuando sus notas.

—Es aquí. Según Selma, el campamento minero está a diecinueve kilómetros al este. Hay una carretera más amplia a pocos kilómetros al norte de aquí, pero se usa para los vehículos del campamento.

—Entonces es mejor colarse por la parte de atrás. ¿Tienes señal?

Remi cogió el teléfono por satélite de entre sus pies y consultó los mensajes de

voz. Un instante después asintió con la cabeza, levantó un dedo y escuchó. Colgó.

—El profesor Dharel, de la universidad. Ha hecho unas llamadas. Evidentemente, en Lo Monthang hay un historiador local considerado el experto nacional en el pasado de Mustang. Ha accedido a vernos.

—¿Cuándo?

—Cuando lleguemos allí.

Sam consideró aquello y se encogió de hombros.

—No hay problema. Si no nos pillan invadiendo el campamento minero de King, deberíamos llegar a Lo Monthang dentro de tres o cuatro semanas.

Puso el Rover en marcha y pisó el acelerador.

Prácticamente de inmediato la pendiente se volvió más pronunciada y la carretera empezó a serpentear, y al poco rato, pese a avanzar a una velocidad media de dieciséis kilómetros por hora, se sintieron como si estuvieran en una montaña rusa. De vez en cuando, a través del follaje vislumbraban cañones, ríos crecidos y puntiagudos afloramientos rocosos que no tardaban en desaparecer, absorbidos por el bosque.

Después de conducir durante casi noventa minutos, Sam tomó una curva especialmente cerrada.

—¡Árboles grandes! —gritó Remi.

—Los veo —contestó Sam, frenando en seco.

Delante del parabrisas se alzaba un muro verde.

—Dime que no es lo que parece —dijo Sam—. ¿Selma se ha equivocado?

—Ni hablar.

Los dos bajaron del coche, se agacharon y se abrieron paso entre el follaje que rodeaba el Rover hasta que llegaron al parachoques delantero.

—Y tampoco hay servicio de aparcamiento —murmuró Sam.

A la derecha, Remi dijo:

—He encontrado un sendero.

Sam se acercó. Tal como ella había dicho, un sendero estrecho y lleno de baches desaparecía entre los árboles. Sam sacó la brújula, y Remi se orientó con el mapa.

—A tres kilómetros por ese sendero —dijo.

—Que traducido en distancias nepalesas son... diez días, más o menos.

—Más o menos —convino Remi.

El sendero los llevó a través de una serie de revueltas antes de nivelarse junto a un río. El agua corría de norte a sur y chocaba contra una serie de cantos rodados cubiertos de musgo, lanzando columnas de espuma que empaparon a Sam y a Remi

en unos segundos.

Siguieron el camino a lo largo del río hasta un tramo relativamente tranquilo, donde encontraron un puente colgante de madera apenas más ancho que sus espaldas. El manto de vegetación de las dos orillas se extendía sobre el agua; enredaderas y ramas cubrían el puente y tapaban el otro lado.

Sam se quitó la mochila y, aferrando los pasamanos de cuerda con las dos manos, pisó cautelosamente la cabeza del puente, tanteando con el pie en busca de grietas o tablas sueltas antes de desplazar el peso. Cuando llegó a la mitad del puente, dio un salto a modo de prueba.

—¡Sam!

—Parece bastante resistente.

—No vuelvas a hacer eso. —Remi vio la media sonrisa que se dibujó en la cara de su marido y entornó los ojos—. Si yo tengo que ir detrás de ti...

Sam se echó a reír, y acto seguido se volvió y regresó a donde estaba Remi.

—Vamos, soportará nuestro peso.

Se puso la mochila y encabezó la marcha por el puente. Después de hacer dos breves pausas para dejar que el bamboleo del puente disminuyera, llegaron al otro lado.

Durante la siguiente hora siguieron el sendero que subía y bajaba serpenteando por boscosas cuevas y atravesaba cañones hasta que por fin los árboles empezaron a ralearse más adelante. Llegaron a una cumbre y prácticamente de inmediato oyeron el rugido de unos motores diésel y el pitido de unos camiones dando marcha atrás.

—¡Al suelo! —dijo Sam con voz áspera, tirándose boca abajo y arrastrando a Remi con él.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. No veo nada...

—Justo debajo de nosotros.

Le indicó con la mano que lo siguiera, giró su cuerpo a la izquierda y salió del sendero arrastrándose hasta la maleza. A los seis metros se detuvo, miró hacia atrás e hizo una señal con el dedo a Remi para que acudiera. Ella se acercó a él arrastrándose. Sam separó el follaje empleando las puntas de los dedos.

Justo debajo de ellos había un foso de tierra con forma de balón de fútbol americano, de unos doce metros de ancho y casi cuatrocientos metros de largo. Los lados del foso eran totalmente verticales, una escarpa de tierra negra que descendía del bosque circundante como si un gigante hubiera estampado un molde de galletas en la tierra y hubiera sacado la parte central. En mitad del foso propiamente dicho, excavadoras amarillas, volquetes y carretillas elevadoras se movían de un lado a otro por caminos trillados, mientras en los bordes, equipos de hombres trabajaban con picos y palas alrededor de algo parecido a unas astas horizontales que desaparecían en el terreno. En el otro extremo del foso, una rampa de tierra subía a un claro, y Sam

y Remi supusieron que también subía a la principal vía de acceso. Módulos habitables y cobertizos prefabricados bordeaban los lados del claro.

Sam siguió echando un vistazo al lugar.

—Veo guardias —murmuró—. Apostados en los árboles que hay a lo largo del borde y en el claro.

—¿Armados?

—Sí. Llevan fusiles de asalto, pero no son los AK-47 corrientes. No reconozco el modelo. Sea lo que sea, es moderno. Esto no se parece a ninguno de los yacimientos mineros que hemos visto —dijo Sam—. Fuera de una república bananera, claro está.

Remi se quedó mirando la empinada pendiente del foso.

—Cuento trece... no, catorce túneles laterales. Ninguno es lo bastante grande para dar cabida a algo que no sean hombres y herramientas manuales.

Las excavadoras y los camiones parecían estar rodeando los bordes del foso. Sin embargo, de vez en cuando, una carretilla elevadora se acercaba a un túnel, recogía una paleta cubierta de lona, subía por la rampa y desaparecía.

—Necesito los prismáticos —dijo Remi.

Sam los sacó de su mochila y se los dio. Ella examinó el foso durante medio minuto y se los devolvió.

—¿Ves el tercer túnel empezando por la rampa del lado derecho? Deprisa, antes de que lo tapen.

Él recorrió el foso con los prismáticos.

—Lo veo.

—Enfoca la carretilla con el zoom.

Sam lo hizo. Al cabo de unos segundos, bajó los prismáticos y miró a Remi.

—¿Qué demonios es eso?

—No es mi especialidad —dijo Remi—, pero estoy segura de que es un amonites Goliat. Es un tipo de fósil, como un nautilo gigantesco. Esto no es un campamento de mineros, Sam. Es un yacimiento arqueológico.

## Capítulo 13

### *Valle de Langtang, Nepal*

—¿Un yacimiento? —repitió Sam—. ¿Por qué iba a dirigir King un yacimiento?

—No hay forma de saberlo con seguridad —dijo Remi—, pero lo que se está haciendo aquí infringe una docena de leyes nepalesas. Se toman la excavación arqueológica muy en serio, sobre todo cualquier cosa que tenga que ver con fósiles.

—¿Tráfico en el mercado negro? —conjeturó Sam.

—Es lo primero que me ha venido a la cabeza —contestó Remi.

Durante la última década, la excavación y la venta ilegal de fósiles se habían convertido en un gran negocio, sobre todo en Asia. China en concreto había sido citada como principal infractora por varios organismos de investigación, pero todos carecían de poder para imponer penas fuera de sus fronteras. El año anterior, en un informe de la Iniciativa de Preservación Sostenible, se calculó que de los miles de fósiles vendidos en el mercado negro, menos de un uno por ciento eran interceptados... y de éstos, ninguno desembocaba en una sola condena.

—Hay mucho dinero en juego —dijo Remi—. Los coleccionistas privados están dispuestos a pagar millones por fósiles intactos, sobre todo si se trata de una de las especies más codiciadas: Velociraptor, Tyrannosaurus rex, Triceratops, Stegosaurus...

—Los millones de dólares son calderilla para King.

—Tienes razón, pero no podemos negar lo que tenemos delante. ¿No se podría considerar una forma de presión, Sam?

Él sonrió.

—Desde luego. Pero vamos a necesitar más fotos. ¿Te apetece portarte un poco mal?

—Soy muy aficionada a portarme mal.

Sam consultó su reloj.

—Tenemos unas cuantas horas hasta que anochezca.

Remi se dio la vuelta y sacó la cámara digital de su mochila.

—Aprovecharé al máximo la luz que nos queda.

Bien fuera un efecto óptico o un fenómeno auténtico, el crepúsculo parecía durar horas en el Himalaya. Una hora después de que Sam y Remi se agacharan entre el follaje a esperar, el sol empezó a esconderse hacia los picos del este, y durante las



siguientes dos horas observaron cómo el anochecer se posaba muy lentamente sobre el bosque hasta que al final los faros de las excavadoras y los camiones se encendieron.

—Están terminando —dijo Sam, señalando con el dedo.

A lo largo del perímetro del foso, los equipos de excavación estaban saliendo de los túneles y dirigiéndose a la rampa.

—Trabajan de sol a sol —comentó Remi.

—Y probablemente por una miseria la hora —añadió Sam.

—Si es que les pagan. A lo mejor su salario consiste en que no les peguen un tiro.

Oyeron una rama partirse a su derecha. Se quedaron paralizados. Silencio. Y a continuación, débilmente, el crujido de unas pisadas que se acercaban. Sam hizo una señal a Remi con la palma de la mano extendida, y se pegaron al suelo uno al lado de la otra, con las caras vueltas hacia la derecha en dirección al sonido.

Pasaron diez segundos.

Una silueta se entrevió en la penumbra del sendero. Vestido con un uniforme verde militar y un gorro flexible, el hombre llevaba un fusil de asalto colgado del cuerpo en diagonal. Se dirigió al borde del foso, se detuvo y miró abajo. Se llevó unos prismáticos a los ojos y escudriñó el hoyo. Después de hacerlo durante un minuto entero, bajó los prismáticos, se volvió, salió del sendero y desapareció.

Sam y Remi aguardaron cinco minutos y se levantaron apoyándose en los codos.

—¿Le has visto la cara? —preguntó ella.

—Estaba demasiado ocupado esperando a ver si nos pisaba.

—Era chino.

—¿Estás segura?

—Sí.

Sam consideró aquello.

—Parece que Charlie King se ha buscado socios. Pero hay una buena noticia.

—¿Cuál?

—No llevaba prismáticos de visión nocturna. Ahora lo único por lo que tenemos que preocuparnos es por si nos tropezamos con uno de ellos en la oscuridad.

—Siempre tan optimista —exclamó Remi.

Siguieron observando y esperando, no solo a que los últimos hombres y vehículos subieran la rampa y se perdieran de vista sino a ver alguna señal de que había más patrullas.

Una hora después de que hubiera anochecido del todo, decidieron que podían moverse sin peligro. Como habían optado por no llevar su propia cuerda, probaron el método natural y se pasaron diez minutos revolviendo el suelo del bosque sin hacer ruido hasta que encontraron una enredadera lo bastante larga y fuerte para sus

necesidades. Después de atar un extremo al tronco de un árbol cercano, Sam arrojó el resto que estaba enrollado por un lado del foso.

—Tendremos que saltar unos dos metros y medio.

—Sabía que algún día la instrucción de paracaidismo me vendría bien —contestó Remi—. Échame una mano.

Antes de que Sam pudiera protestar, Remi estaba meneándose de lado y deslizándose la parte inferior de su cuerpo por encima del borde. Él le agarró la mano derecha mientras ella sujetaba la enredadera con la izquierda.

—Nos vemos en el fondo —dijo sonriendo, y desapareció.

Sam observó cómo descendía hasta el final de la enredadera, donde se soltó, cayó al suelo y dio una voltereta antes de quedar de rodillas.

—Presumida —murmuró Sam, y acto seguido bajó por el lado.

Momentos más tarde estaba al lado de ella, después de haber hecho su propia voltereta, aunque no tan grácilmente como su mujer.

—Has estado practicando —le dijo.

—Pilates —contestó ella—. Y ballet.

—Nunca has hecho ballet.

—Lo hice de niña.

Sam gruñó, y ella le dio un beso conciliador en la mejilla.

—¿Adónde vamos? —preguntó Remi.

Sam señaló la boca de túnel más cercana, situada a unos cincuenta metros a su izquierda. Avanzaron corriendo por el lateral de tierra del foso hasta la entrada. Una vez allí se agacharon.

—Echaré un vistazo —dijo Remi, y entró.

Minutos más tarde volvió a aparecer al lado de él.

—Están trabajando en varios especímenes, pero nada del otro mundo.

—Sigamos adelante.

Corrieron al siguiente túnel y repitieron la operación con resultados parecidos, y acto seguido se dirigieron al tercer túnel. Estaban a unos tres metros de la entrada cuando, en el otro extremo del foso, un trío de lámparas de carbono fijadas en un poste se encendieron y bañaron la mitad del foso de una dura luz blanca.

—¡Rápido! —dijo Sam—. ¡Adentro!

Patinaron y se pararon al otro lado de la entrada, donde se tiraron boca abajo.

—¿Nos han visto? —susurró Remi.

—Si nos hubieran visto, nos estarían disparando ahora mismo —respondió Sam—. Creo. De una forma o de otra, lo sabremos dentro de poco.

Aguardaron conteniendo la respiración, medio esperando oír un ruido de pisadas acercándose o detonaciones de disparos, pero no se produjo ninguna de las dos cosas. En lugar de ello, oyeron una voz de mujer procedente de la zona de la rampa gritando

algo, una orden que parecía escupida.

—¿Has oído eso? —preguntó Sam—. ¿Es chino?

Remi asintió con la cabeza.

—No he entendido la mayor parte. Decía algo así como «Traedlo», creo.

Avanzaron arrastrándose unos centímetros hasta que pudieron asomarse a la esquina de la entrada. Un grupo de unas dos docenas de trabajadores caminaban por la rampa flanqueados por cuatro guardias. A la cabeza de la columna había una pequeña figura femenina vestida con un mono negro. Cuando el grupo llegó al fondo del pozo, los guardias reunieron a los trabajadores en una fila mirando en la dirección del escondite de Sam y Remi. La mujer siguió andando.

Sam cogió sus prismáticos y la enfocó con el zoom. Bajó los prismáticos y miró de reojo a Remi.

—No te lo vas a creer. Es lady Tigre y Dragón en persona —dijo—. Zhilan Hsu.

Remi cogió la cámara y empezó a hacer fotos.

—No sé si la he cogido —dijo.

Hsu se detuvo súbitamente, se dio la vuelta hacia los trabajadores reunidos y empezó a gritar y a gesticular como loca. Remi cerró los ojos, tratando de captar las palabras.

—Algo sobre ladrones —dijo—. Roban del yacimiento. Objetos desaparecidos.

Hsu hizo una pausa y a continuación señaló con dedo acusador a uno de los trabajadores. Los guardias se echaron inmediatamente encima de él; uno le golpeó en la región lumbar con la culata de su fusil y lo derribó por el suelo, y otro volvió a levantarlo y se lo llevó hacia delante medio arrastrándolo medio acompañándolo. La pareja se detuvo a escasos centímetros de Hsu. El guardia soltó al hombre, quien cayó de rodillas y empezó a parlotear.

—Está suplicando —dijo Remi—. Tiene mujer e hijos. Solo robó una pequeña pieza...

Sin previo aviso, Zhilan Hsu sacó una pistola de su cintura, dio un paso adelante y disparó al hombre en la frente. El hombre se desplomó de lado y permaneció inmóvil.

Hsu comenzó a hablar otra vez. Remi ya no traducía, pero no hacía falta mucha imaginación para captar el mensaje: el que roba muere.

Los guardias empezaron a empujar y a dar codazos a los trabajadores para que subieran de nuevo la rampa. Hsu los siguió, y pronto en el foso solo quedó el cadáver del hombre. Las luces de carbono se apagaron parpadeando.

Sam y Remi permanecieron en silencio unos instantes. Finalmente, él dijo:

—Toda la lástima que había podido llegar a sentir por ella acaba de esfumarse.

Remi asintió con la cabeza.

—Tenemos que ayudar a esa gente, Sam.

—Desde luego. Por desgracia, no hay nada que podamos hacer esta noche.

—Podemos secuestrar a Hsu y dársela de comer a...

—Con mucho gusto —la interrumpió Sam—, pero dudo que consiguiéramos hacerlo sin dar la alarma. Lo mejor que podemos hacer es denunciar la operación de King.

Remi consideró aquello y asintió con la cabeza.

—Las fotos no serán suficiente —le recordó.

—Estoy de acuerdo. Uno de los módulos de ahí arriba tiene que ser una oficina. Si hay alguna documentación comprometedor, la encontraremos allí.

Después de esperar hasta estar seguros de que el alboroto se había calmado, visitaron los túneles uno por uno; Sam montaba guardia y Remi hacía fotos.

—Ahí dentro hay un espécimen de Chalicotherium. Está casi intacto.

—¿Un qué?

—Un Chalicotherium. Es un ungulado tridáctilo del Plioceno Inferior: un híbrido patilargo de caballo y rinoceronte. Se extinguieron hará siete millones de años. La verdad es que son muy interesantes...

—Remi.

—¿Qué?

—Tal vez más tarde.

Ella sonrió.

—Claro. Más tarde.

—¿Cuánto vale?

—Solo es un cálculo aproximado, pero tal vez medio millón de dólares por un buen espécimen.

Sam escudriñó la rampa y el claro en busca de señales de movimiento, pero solo vio a un guardia patrullando la zona.

—Algo me dice que no les preocupa tanto que la gente entre como que salga.

—Después de lo que acabamos de ver, no puedo estar más de acuerdo. ¿Cuál es nuestro plan?

—Si nos mantenemos escondidos, tenemos un punto ciego que llega casi hasta la parte superior de la rampa. Permanecemos allí, esperamos a que el vigilante pase, corremos al primer módulo de la izquierda y nos metemos debajo. A partir de allí, solo es cuestión de encontrar la oficina.

—Así de fácil, ¿eh?

Sam le sonrió.

—Como robar un fósil a un multimillonario. —Hizo una pausa—. Casi me olvido. ¿Me prestas tu cámara?

Ella se la dio. Sam corrió al centro del foso y se arrodilló junto al cadáver. Registró la ropa del hombre, le dio la vuelta, tomó una foto de su cara y volvió

corriendo junto a Remi.

—Por la mañana, Hsu hará enterrar el cadáver en el foso —dijo—. Dudo que resulte, pero tal vez como mínimo podamos avisar a su familia de lo que le ha pasado.

Remi sonrió.

—Eres un hombre bueno, Sam Fargo.

Esperaron a que el errabundo vigilante desapareciera de nuevo y a continuación salieron del túnel y corrieron a lo largo de la pared del foso hasta la parte donde se unía con la rampa. Se volvieron otra vez y siguieron ese camino hasta la base. Treinta segundos más tarde estaban tumbados boca abajo cerca de la parte superior de la rampa.

Ahora tenían una vista casi perfecta del claro. A cada lado había ocho módulos habitables, tres en una hilera a la izquierda y cinco en una amplia medialuna a la derecha. Las ventanas con cortinas de los módulos de la izquierda estaban iluminadas, y Sam y Remi oían un murmullo de voces procedente del interior. De los cinco módulos de la derecha, los tres más cercanos mostraban luces y los dos últimos estaban a oscuras. Justo delante de donde estaban ellos había cuatro cobertizos prefabricados a modo de almacenes; entre ellos, la carretera principal salía del campamento. Fijada sobre la puerta de cada cobertizo había una lámpara de vapor de sodio que bañaba la carretera de una débil luz amarilla.

—Garajes para el material —aventuró Remi.

Sam asintió con la cabeza.

—Si tuviera que apostar en qué modulo está la oficina, elegiría uno de los oscuros.

—Estoy de acuerdo. Llegar allí va a ser complicado.

Remi tenía razón. No se atrevían a ir directamente a los módulos en cuestión. Solo haría falta que apareciera súbitamente un vigilante o que echaran un vistazo por una ventana para que los pillaran.

—Iremos despacio y usaremos los tres primeros módulos para escondernos.

—¿Y si la oficina está cerrada con llave?

—Ya nos ocuparemos de ese problema si no nos queda más remedio. —Sam consultó su reloj—. El vigilante debería aparecer en cualquier momento.

Tal como él había previsto, veinte segundos más tarde el guardia dobló la esquina del cobertizo más cercano y se dirigió al trío de módulos de la izquierda. Después de inspeccionar cada uno de ellos con una linterna, atravesó el claro, repitió la operación con los otros cinco y desapareció.

Sam esperó veinte segundos más y acto seguido hizo una señal con la cabeza a Remi. Se levantaron al mismo tiempo, subieron trotando el tramo restante de la

rampa y giraron a la derecha hacia el primer módulo. Se detuvieron ante la pared trasera y se agacharon, aprovechando uno de los postes de refuerzo para cobijarse.

—¿Ves algo? —preguntó Sam.

—No hay moros en la costa.

Se levantaron y recorrieron sigilosamente la pared trasera hasta el siguiente módulo, donde se detuvieron otra vez, miraron y escucharon, antes de seguir adelante. Cuando se encontraban detrás del tercer módulo, Sam señaló su reloj y esbozó con los labios la palabra «guardia». A través de la pared que se elevaba por encima de sus cabezas oían voces hablando en chino y unos débiles compases de música de radio.

Sam y Remi se tumbaron en el suelo y permanecieron inmóviles. La espera fue breve. Prácticamente en el momento exacto, el guardia entró en el claro a su izquierda y comenzó su inspección con la linterna. Cuando se situó a la altura del módulo donde ellos estaban, el haz de luz del vigilante recorrió el suelo debajo de todos ellos. Los Fargo lo observaron con la respiración contenida.

El haz se detuvo súbitamente. Se deslizó hacia atrás hasta el poste de refuerzo que tapaba a Sam y a Remi y se detuvo de nuevo. Estaban tumbados uno al lado del otro, tocándose con los brazos, cuando Sam apretó la mano de Remi en actitud tranquilizadora. «Espera. No muevas un músculo».

Después de lo que les parecieron minutos pero seguramente fueron menos de diez segundos, el haz siguió adelante. El crujido de las botas del vigilante sobre la grava se fue apagando. Sam y Remi se levantaron con cautela y rodearon el módulo habitable. Mirando a un lado y al otro en busca de señales de movimiento, se dirigieron sigilosamente a la parte de delante del módulo y se abrieron camino con cuidado hasta los escalones de lo que esperaban fuera la oficina.

Sam intentó girar el pomo. No estaba cerrado con llave. Intercambiaron una sonrisa de alivio. Sam abrió con cuidado la puerta y miró dentro. Se apartó, negó con la cabeza y esbozó con los labios la palabra «material». Se dirigieron al módulo siguiente. Afortunadamente, la puerta tampoco estaba cerrada con llave. Sam inspeccionó el interior, sacó el brazo a través de la puerta e indicó a Remi que entrara. Ella lo hizo y cerró la puerta con cuidado tras de sí.

La pared del fondo del módulo estaba dominada por archivadores y estanterías. Un par de mesas metálicas abolladas pintadas de gris con sillas a juego flanqueaban la puerta.

—¿Hora? —susurró Remi.

Sam consultó su reloj y asintió con la cabeza.

Momentos más tarde, el haz de la linterna atravesó parpadeando las ventanas del módulo y desapareció de nuevo.

—Buscamos alguna cosa que contenga datos —dijo Sam—. Nombres de

empresas, números de cuenta, manifiestos, facturas. Cualquier cosa a la que los investigadores podrían hincarle el diente.

Remi asintió con la cabeza.

—Deberíamos dejarlo todo como está —dijo—. Si desaparece alguna cosa, ya sabemos quién cargará con la culpa.

—Y con una bala. Tienes razón. —Miró el reloj—. Contamos con tres minutos.

Empezaron por los archivadores, registrando cada cajón, cada carpeta y cada archivo. La cámara de Remi podía almacenar miles de fotografías digitales, de modo que fotografió cualquier cosa que pareciera mínimamente importante empleando la luz natural del exterior del módulo.

Cuando la señal de los tres minutos estaba muy próxima, se detuvieron y se quedaron quietos. El guardia pasó, realizó su inspección y volvió a marcharse. Retomaron la búsqueda. Repitieron el ciclo cuatro veces más hasta que estuvieron convencidos de que habían recopilado cuanto les era posible.

—Es hora de marcharnos —dijo Sam—. Volveremos sobre nuestros pasos hasta el Range Rover y...

Fuera, una alarma empezó a sonar.

Sam y Remi se quedaron paralizados un instante, y acto seguido él dijo:

—¡Detrás de la puerta!

Se pegaron a la pared. Del exterior les llegó el sonido de puertas abriéndose, pasos firmes sobre la grava y voces gritando.

—¿Distingues algo? —preguntó Sam a Remi.

Ella cerró los ojos para escuchar atentamente. Los abrió de golpe.

—Sam, creo que han encontrado el Range Rover.

## Capítulo 14

### *Valle de Langtang, Nepal*

Antes de que Sam pudiera contestar, la puerta del módulo se abrió. Empleando las puntas de los dedos, Sam detuvo la puerta a escasos centímetros de sus caras. Uno de los vigilantes cruzó el umbral y recorrió el lugar con la linterna. Se detuvo. Sam vio que sus hombros empezaban a rotar, lo que indicaba que iba a volverse en dirección a ellos.

Sam cerró la puerta golpeándola con la cadera, dio una zancada hacia delante y asestó al vigilante una patada detrás de la rodilla. Cuando el hombre cayó, lo agarró por el cuello y lo empujó hacia delante hasta estamparle la frente contra el borde de la mesa. El vigilante gimió y se quedó sin fuerzas. Sam tiró de él hacia atrás y lo arrastró detrás de la puerta. Se arrodilló y le comprobó el pulso.

—Está vivo. Pero no se despertará hasta dentro de un buen rato.

Dio la vuelta al vigilante, le quitó el fusil que llevaba colgado del hombro y se levantó.

Remi se quedó mirando con los ojos como platos a su marido varios segundos.

—Te ha quedado muy a lo James Bond.

—Pura suerte y una mesa metálica —contestó él encogiéndose de hombros y sonriendo—. Una combinación imbatible.

—Creo que te mereces una recompensa —respondió Remi sonriendo a su vez.

—Después. Si es que hay un después.

—Me gustaría que hubiera un después. ¿Tienes un plan?

—Robar un coche —contestó Sam.

Se dio la vuelta, se dirigió a la ventana trasera más cercana y descorrió la cortina.

—Es una situación difícil, pero creo que podemos conseguirlo.

—Tú vigila la parte de delante —dijo Remi—. Yo miraré por la de atrás.

Sam se dirigió a la ventana delantera, retiró la cortina y miró afuera.

—Los vigilantes se están reuniendo en el claro. Hay unos diez. No veo a lady Dragón.

—Probablemente solo ha pasado para hacer el trabajo sucio de King.

—Parece que están decidiendo lo que van a hacer. Dentro de un momento sabremos si se han dado cuenta de que falta un hombre.

—La ventana está abierta —dijo Remi—. Hay unos dos metros y medio hasta el suelo. Veo árboles grandes a unos tres metros.



Sam dejó la cortina como estaba.

—Más vale que nos vayamos ahora antes de que tengan ocasión de organizarse.

—Descolgó el fusil y lo examinó—. Es de última tecnología.

—¿Sabes manejarlo?

—Seguro, gatillo, recámara... el agujero por el que sale la bala. Creo que me las apañaré.

De repente, la alarma dejó de sonar.

Sam se dirigió a la puerta principal y la cerró con pestillo.

—Puede que esto los retrase —explicó.

Cogió la silla más cercana y la acercó a la ventana trasera. Remi se subió y, con cierta dificultad, salió por la ventana. Una vez que estuvo abajo, Sam la siguió.

Se ocultaron en la línea de vegetación y empezaron a abrirse paso cuidadosamente hacia el cobertizo prefabricado. Cuando la pared trasera fue visible entre los árboles, se detuvieron e hicieron una breve pausa para inspeccionar los alrededores. A lo lejos, podían oír a los vigilantes gritándose todavía entre ellos.

Avanzaron; Sam iba el primero, empuñando el fusil y rastreando las inmediaciones de un lado a otro. Llegaron al cobertizo.

—La puerta —susurró Remi, y señaló con el dedo.

Sam asintió con la cabeza. Remi, que iba delante, se deslizó a lo largo de la pared hasta que su hombro chocó contra la jamba. Intentó abrir el pomo. La puerta no estaba cerrada, de manera que la abrió sin hacer ruido y metió la cabeza. A continuación se apartó.

—Hay dos camiones aparcados uno al lado del otro. Parecen militares: verdes, neumáticos dobles, laterales de lona, una puerta trasera.

—¿Te apetece conducir? —preguntó Sam.

—Claro.

—Tú ponte al volante del de la izquierda. Yo inutilizaré el otro y luego me reuniré contigo. Estate preparada para arrancar y salir pitando.

—Entendido.

Remi entreabrió la puerta lo justo para que ambos entraran. Estaban a medio camino de los camiones cuando oyeron pasos en el sendero. Sam y Remi resbalaron y se detuvieron contra la puerta trasera del camión de la derecha. Sam asomó la cabeza por la esquina.

—Cuatro hombres —dijo—. Están subiendo a sus camiones, dos en cada cabina.

—¿Es su plan de emergencia? —propuso Remi.

—Probablemente —contestó Sam—. Está bien, plan B. Viajaremos de polizones.

Los motores de los camiones arrancaron casi al mismo tiempo.

Pisando con cuidado por miedo a alertar a los guardias, Sam y Remi se subieron al parachoques del camión y saltaron por encima de la puerta trasera. El conductor

embragó haciendo ruido, y el camión avanzó rápidamente. Cogidos del brazo, Sam y Remi trastabillaron y cayeron de bruces a la caja del vehículo.

Su camión iba primero. Tumbados en la relativa oscuridad de la caja, mientras los faros del segundo camión emitían un fulgor verde a través de la solapa de lona de la puerta trasera, Sam y Remi respiraron hondo por primera vez en diez minutos. Estaban rodeados de cajas de madera de varios tamaños sujetas con correas a unas armellas en la caja del camión.

—Lo hemos conseguido —susurró Remi.

—Cruza los dedos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Estoy seguro de que es un camión del ejército chino.

—No estarás insinuando lo que creo que estás insinuando, ¿verdad?

—Sí. Parece evidente que King está aliado con alguien del ejército chino. Los guardias son chinos, y probablemente también las armas. Y sabemos lo que hay en estas cajas.

—¿Cuánto falta para la frontera?

—Treinta kilómetros, puede que cuarenta. Cuatro horas, más o menos.

—Tiempo de sobra para marcharnos.

—La pregunta es: ¿a qué distancia estamos de la civilización?

—Estás empezando a agotar mi optimismo —dijo Remi, y se recostó en el hombro de Sam.

Pese a la dureza de la caja del camión y al zarandeo continuo, los Fargo hallaron relajante el rugido apagado del motor. Se quedaron medio dormidos al anochecer, aunque de vez en cuando Sam se despertaba para mirar el reloj.

Después de una hora de viaje, se despertaron sobresaltados por el chirrido de los frenos del camión. El haz de luz de los faros del otro vehículo se agrandaron y se volvieron más brillantes a través de la solapa trasera. Sam se incorporó y apuntó hacia esa puerta con el fusil. Remi también se incorporó con una mirada inquisitiva, pero no dijo nada.

El camión redujo la marcha y a continuación paró en seco. Los faros del siguiente camión se apagaron. Las puertas de la cabina se abrieron y se cerraron de un portazo. A cada lado de la caja sonó un crujido de pasos que se detuvieron ante la puerta trasera. Unas voces empezaron a murmurar en chino. Sam y Remi podían oler humo de cigarrillos.

Sam volvió la cabeza y susurró a su mujer al oído:

—Quédate totalmente quieta.

Ella asintió en silencio.

Moviéndose lenta y cautelosamente, Sam flexionó las piernas por debajo del cuerpo y se puso en cuclillas. Dio dos pasos hacia la puerta trasera y volvió la cabeza para escuchar. Un instante después, miró a Remi y levantó cuatro dedos. Al otro lado de la puerta trasera había cuatro soldados. Señaló con el dedo su rifle y luego a los hombres.

Ella le dio el arma. Sam la posó sobre sus piernas y juntó las muñecas. Remi asintió con la cabeza, y cuando su marido le indicó con gestos que se tumbara, lo hizo.

Sam se aseguró de que el fusil no tuviera el seguro puesto, se preparó y respiró hondo, y acto seguido alargó la mano izquierda, cogió la lona y la apartó de un tirón.

—¡Manos arriba! —gritó.

Los dos soldados situados más cerca del parachoques se dieron la vuelta al tiempo que retrocedían. Toparon contra sus compañeros, quienes estaban apresurándose a coger sus fusiles.

—¡No! —dijo Sam, y se llevó el arma al hombro.

Los soldados captaron el mensaje a pesar de la barrera idiomática y dejaron de moverse. Sam hizo varios gestos con el cañón del fusil hasta que los hombres lo entendieron. Poco a poco, cada uno de ellos descolgó su arma y la tiró al suelo. Sam les hizo retroceder unos metros, trepó por encima de la puerta trasera y saltó.

—Todo despejado —informó a Remi.

Ella saltó al suelo al lado de él.

—Parecen aterrorizados —dijo.

—Perfecto. Cuanto más aterrorizados estén, mejor para nosotros —dijo Sam—.

¿Quieres hacer los honores?

Remi recogió los fusiles y los tiró todos a la caja del camión menos uno.

—¿Está quitado el seguro? —preguntó Sam.

—Creo...

—Levanta el interruptor que hay en el lado derecho encima del gatillo.

—Ya veo. Vale.

Sam y Remi y los cuatro soldados chinos se miraron entre sí. Durante diez segundos, nadie dijo nada. Al final, Sam preguntó:

—¿Habláis mi idioma?

—Hablar un pequeño —dijo el soldado de la derecha del todo.

—Está bien. De acuerdo. Sois mis prisioneros.

Remi suspiró profundamente.

—Sam...

—Lo siento. Siempre he querido decirlo.

—Ahora que lo has soltado, ¿qué hacemos con ellos?

—Los atamos y... Oh, no. Esto no me gusta nada.

—¿Qué?

Remi lanzó una mirada a su marido. Los ojos entornados de Sam estaban mirando por encima de las cabezas de los soldados a la cabina del segundo camión. Ella siguió su mirada y vio la silueta de otro hombre sentado en la cabina que se agachó de repente.

—Hemos contado mal —murmuró Sam.

—Ya veo.

—Sube al asiento del conductor, Remi. Arranca el motor. Comprueba...

—Dalo por hecho —contestó ella, y acto seguido dio media vuelta y corrió hacia la parte delantera del camión.

Un momento más tarde el motor arrancó. Los cuatro soldados se movieron nerviosamente y se miraron entre ellos.

—¡Todos arriba! —gritó Remi por la ventanilla de la cabina.

—¡Ya vamos, cariño! —contestó Sam sin volverse.

»¡Moveos, moveos! —gritó Sam a los soldados, al tiempo que hacía gestos con el fusil.

Los hombres se hicieron a un lado y dejaron el radiador del camión a tiro. Sam levantó el arma y apuntó.

El quinto hombre, que hasta entonces había permanecido oculto en la cabina del camión, asomó de repente el torso por la ventanilla del conductor. Sam vio la silueta de su fusil girando hacia él.

—¡Alto!

El hombre siguió torciendo el cuerpo y el fusil girando.

Sam apuntó y disparó dos veces a través del parabrisas. Los soldados se dispersaron y se metieron entre la maleza que bordeaba la carretera. Sam oyó un estallido. Algo impactó en la puerta trasera a su lado. Se agachó, se tambaleó hacia un lado y rodeó el parachoques opuesto, se volvió otra vez y disparó tres veces con la esperanza de dar al radiador o al bloque del motor del camión. Se volvió, corrió hacia la puerta del lado del pasajero, la abrió de un tirón y subió.

—Hemos abusado de su hospitalidad —dijo.

Remi metió una marcha y pisó a fondo el acelerador.

No habían recorrido cien metros cuando se dieron cuenta de que los disparos de Sam no habían dado en el blanco o habían sido insuficientes. Él y Remi vieron por los espejos retrovisores que los faros del camión se encendían. Los cuatro soldados salieron de sus escondites y subieron al vehículo, dos a la cabina y los otros dos a la caja. El camión arrancó a toda velocidad.

—¡Puente estrecho! —gritó Remi.

Sam miró. Aunque todavía estaban a unos doscientos metros de distancia, el

puede en cuestión no solo parecía estrecho sino apenas más ancho que su camión.

—La velocidad, Remi —advirtió él.

—Voy lo más deprisa que puedo.

—Me refiero a que reduzcas la velocidad.

—Era broma. ¡Agárrate!

El camión pasó por encima de un bache y se ladeó, dio una sacudida hacia arriba y luego cayó de golpe. Cada vez veían más cerca el puente a través del parabrisas. Faltaban cincuenta metros para llegar a él.

—Cómo no —dijo Remi, irritada—. Tenía que ser un puente de esos.

Pese a ser más ancho y tener más refuerzos, el puente era una versión más grande del que habían cruzado a pie aquel mismo día.

El camión volvió a dar una sacudida. Sam y Remi saltaron de sus asientos y se golpearon la cabeza contra el techo de la cabina. Remi soltó un gruñido, forcejeando con el volante.

La cabeza del puente estaba prácticamente delante de ellos. En el último segundo, Remi frenó en seco. Los frenos chirriaron, y el camión patinó y se detuvo. Una nube de humo los envolvió.

Sam oyó el ruido metálico del cambio de marchas y al mirar vio que su mujer estaba reculando.

—¿En qué estás pensando, Remi? —preguntó.

—Voy a asustarlos un poco —contestó ella con una sonrisa forzada.

—Es arriesgado.

—¿A diferencia del resto de las cosas que hemos hecho esta noche?

—*Touché* —concedió Sam.

Remi pisó el acelerador. El camión empezó a retroceder mientras el motor rechinaba de forma lastimera; al principio se movía poco a poco, pero rápidamente ganó velocidad. Sam echó un vistazo por el retrovisor lateral. A través de la nube de polvo levantada por el brusco frenazo de Remi, lo único que podía ver del otro camión eran los faros. Se asomó a la ventanilla e hizo una ráfaga de tres disparos, seguida de otra. El camión torció a un lado y desapareció.

Remi tenía los ojos clavados en el retrovisor.

—Están parando —dijo—. Nos ven. Están dando marcha atrás.

Por encima del rugido del motor oyeron el pam, pam, pam de unos disparos. Se agacharon. Remi, con la cabeza debajo del salpicadero, se inclinó a un lado para ver mejor por el retrovisor. El camión que los perseguía estaba retrocediendo a toda velocidad, pero la combinación de la amenaza de choque de Remi y los disparos de Sam habían desconcertado claramente al conductor. El vehículo daba bandazos de un lado a otro, y las ruedas salían al arcén de la carretera.

—¡Prepárate para el impacto! —gritó Remi.

Sam se recostó en su asiento y apoyó los pies firmemente en el salpicadero. Un instante más tarde, el camión se detuvo traqueteando. Remi miró por el espejo.

—Se han salido de la carretera.

—No nos quedemos aquí —la apremió Sam.

—De acuerdo.

Remi puso de nuevo el camión en marcha y pisó el acelerador. Volvieron a ver la cabeza del puente.

—No ha dado resultado —anunció Remi—. Están otra vez en la carretera.

—Son insistentes, ¿verdad? Mantén el camión estable un rato —dijo, y abrió la puerta.

—Sam, ¿qué estás...?

—Volveré si me necesitas.

Se colgó el fusil en el hombro y a continuación, usando el marco de la puerta de la cabina para apoyarse, bajó al estribo. Cogió la cubierta de lona con la mano libre, tiró de ella y la arrancó de sus sujeciones. Agarró el refuerzo vertical, enganchó la pierna izquierda por encima del lateral y se metió en la caja. Se arrastró hasta la pared trasera de la cabina y bajó la ventanilla.

—Hola —dijo.

—Hola otra vez. Agárrate fuerte, voy a cerrar tu puerta.

Remi dio un volantazo a la derecha y luego otro a la izquierda. La puerta abierta de Sam se cerró de golpe.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó.

—Sabotaje. ¿A qué distancia están?

—A cincuenta metros. Llegaremos al puente dentro de diez segundos.

—Entendido.

Sam se arrastró hasta la puerta trasera. A la tenue luz, avanzó a tientas por la caja del camión hasta que rozó con la mano uno de los otros fusiles. Lo cogió y dejó el suyo, y recogió apresuradamente los cargadores.

—¡Puente! —gritó Remi—. ¡Voy a reducir la velocidad!

Sam esperó hasta que oyó el ruido sordo y solapado de las ruedas del camión al pasar por encima de las tablas y sacó la parte superior del torso por la solapa trasera, apuntó con el fusil a la plataforma del puente y abrió fuego. Las balas impactaron con un ruido sordo en la madera, penetraron a través de los huecos y levantaron un sinfín de astillas. Metió la cabeza de nuevo a través de la lona, cambió de cargador y volvió a abrir fuego, esa vez alternando los disparos entre la plataforma del puente y el camión de detrás, que acababa de entrar en el puente. El camión de Sam y de Remi viró a la izquierda y rozó la baranda, pero acto seguido se enderezó. Sam vio un fogonazo naranja en la ventanilla. Un trío de balas impactaron en la puerta lateral por debajo de él. Se arrojó hacia atrás en la caja. Otra ráfaga hizo trizas la lona trasera y

acribilló la pared de la cabina.

—¿Sam? —gritó Remi.

—¡No ha funcionado!

—¡Lo he deducido!

—¿Qué opinas de la destrucción gratuita de fósiles?

—¡Generalmente estoy en contra, pero ésta es una ocasión especial!

—¡Haz un poco de tiempo!

Remi empezó a frenar y luego a acelerar, con la esperanza de frustrar la puntería del tirador. Sam se dio la vuelta y se tumbó boca abajo, tanteó hasta que encontró la primera correa que sujetaba las cajas y apretó el botón de apertura. Enseguida tuvo el resto de las correas sueltas. Se arrastró hasta la puerta trasera y la abrió; ésta cayó con gran estrépito.

—¡Bomba va! —gritó Sam, y sacó la primera caja de un empujón.

La caja rebotó en la plataforma del puente, chocó de lleno contra el parachoques del camión y se abrió de golpe. Pedazos de madera y heno para embalar salieron volando.

—¡No ha dado resultado! —gritó Remi.

Sam reptó hacia atrás, acercó el hombro al montón de cajas de madera y a continuación apoyó los pies contra la pared de la cabina y empezó a empujar. El montón comenzó a deslizarse por la caja del camión emitiendo un crujido. Sam se detuvo, flexionó las piernas y empujó con fuerza, como un defensa de fútbol americano entrenando con un simulador de placaje.

La hilera de cajas resbaló por la puerta trasera y empezó a rodar hacia el camión que los perseguía. Sam no se quedó a comprobar si había dado resultado, sino que se acercó al siguiente montón de cajas y repitió la operación.

Sonó un chirrido de frenos procedente de detrás. Cristales haciéndose añicos. El crujido del metal chocando contra la madera.

—¡Ha funcionado! —gritó Remi—. ¡Se han parado en seco!

Sam se arrodilló y miró a Remi a través de la ventanilla que daba a la cabina.

—Pero ¿por cuánto tiempo?

Ella le lanzó una mirada y esbozó una rápida sonrisa.

—Lo que tarden en sacar media docena de cajas de debajo del chasis.

## Capítulo 15

### *Hotel Hyatt Regency, Katmandú, Nepal*

Sam salió del cuarto de baño con una toalla alrededor de la cintura y secándose el pelo con otra.

—¿Te apetece un buen desayuno?

—Estoy muerta de hambre —contestó Remi.

Estaba sentada a una mesa delante de un espejo y se recogía el cabello en una cola de caballo. Llevaba la tradicional toalla blanca del hotel.

—¿Llamamos al servicio de habitaciones o bajamos al comedor?

—Hace un tiempo perfecto. Comamos en el balcón.

—Me parece bien. —Sam se acercó a una mesa auxiliar, cogió el teléfono y llamó al servicio de habitaciones—. Quiero salmón y un *bagel*, huevos Benedict, un cuenco de fruta, tostadas y café.

Esperó hasta que la voz de la cocina repitió correctamente la comanda y colgó y llamó al bar.

Cuando el camarero contestó, Sam dijo:

—Quiero dos Ramos Fizz. Sí, Ramos Fizz.

—Sabes cómo tratar a una dama —dijo Remi.

—No te hagas ilusiones. No sabe prepararlas.

Sam volvió a intentarlo.

—¿Y un Harvey Wallbanger? Wallbanger. Se hace con vodka, Galliano y zumo de naranja. Entiendo, no hay Galliano. —Sam negó con la cabeza y lo intentó una vez más—. Está bien, mándenos una botella de Veuve Clicquot.

Remi se echó a reír.

—Realmente sabes cómo tratar a una dama.

—¿Es lo único que tienen? —dijo Sam por el teléfono—. De acuerdo, mándenlo bien frío.

Colgó el auricular.

—No hay champán. Lo único que les queda, después de haber celebrado una convención política, es vino blanco espumoso de China.

—No sabía que los chinos hicieran algo espumoso. —Remi lo miró sonriendo sarcásticamente—. ¿Es lo mejor que puedes ofrecerme?

Sam se encogió de hombros.

—A falta de pan, buenas son tortas.



El teléfono sonó. Sam lo cogió.

—Un momento.

Conectó el altavoz.

—Buenos días, Rube —dijo Sam por el manos libres.

—Lo serán para ti —contestó Rube—. Aquí es la hora de la cena. Me he enterado de que tú y tu preciosa mujer estáis disfrutando de otras relajantes vacaciones.

—Todo es relativo, Rube —respondió Remi—. ¿Qué tal están Kathy y las niñas?

—Estupendamente. Ahora mismo están en un restaurante infantil. Vuestra llamada me ha ahorrado ir con ellas.

—No queremos retenerte —dijo Sam con una media sonrisa—. Podemos hablar más tarde.

—Oh, no, amigo mío. No hay nada más importante que esto. Créeme. Bueno, contadme. ¿Estáis en la cárcel? ¿Cuántas leyes locales habéis infringido?

—No. Y que nosotros sepamos, no hemos infringido ninguna —contestó Remi—. Que Sam te lo explique.

Aun sabiendo que Rube ya había recibido información de Selma, Sam empezó por el principio, cuando Zhilan Hsu había subido a bordo de su lancha cerca de Pulau Legundi, y le relató todas sus peripecias hasta la huida del yacimiento arqueológico oculto de King.

La noche anterior, después de haber dejado a sus perseguidores detenidos en el puente, Sam había conducido en la oscuridad, buscando señales o puntos de referencia que Remi pudiera cotejar en su mapa. Tras varias horas de giros infructuosos y de caminos que no llevaban a ninguna parte, por fin cruzaron un puerto montañoso reconocible —la Laurebina— y poco después entraron en las afueras de Pheda, a unos treinta kilómetros al este del campamento. Como era de esperar, encontraron el pueblo a oscuras y sin vida, a excepción de un edificio de bloques de cemento con el tejado de hojalata que resultó ser el *pub* local. Después de superar las considerables barreras idiomáticas, consiguieron hacer un trato con el dueño: el camión de los Fargo a cambio del coche de él —un Peugeot naranja con parches de imprimación gris de hacía treinta años— y las indicaciones para volver a Katmandú. Poco antes del amanecer, entraron en el aparcamiento del Hyatt Regency.

Rube escuchó la historia de Sam sin decir nada. Al final preguntó:

—A ver si lo he entendido: os colasteis en el campamento de King, presenciasteis un asesinato, sembrasteis el caos en lo que probablemente era un contingente de soldados chinos y luego robasteis uno de sus camiones que resultó estar cargado de fósiles destinados a ser vendidos en el mercado negro, que usasteis como proyectiles para detener a vuestros perseguidores. ¿Lo he resumido bien?

—Más o menos —dijo Sam.

—Faltan los treinta *gigabytes* de datos que recogimos —añadió Remi.

Rube suspiró.

—¿Sabéis lo que hice yo anoche? Pinté el cuarto de baño. Vosotros dos... Está bien, enviadme los datos.

—Selma ya está en ello. Ponte en contacto con ella, y te dará el enlace de un sitio de almacenamiento *online* seguro.

—Entendido. A mis jefes en Langley les interesará el asunto de los chinos, y estoy seguro de que encontraremos a alguien en el FBI interesado en la operación de tráfico de fósiles de King. No puedo asegurar que vaya a salir algo, pero me ocuparé de ello.

—Es lo único que pedimos —dijo Sam.

—Es muy posible que King ya haya ordenado el cierre del yacimiento. A estas alturas podría ser simplemente un foso abandonado en mitad del bosque.

—Lo sabemos.

—¿Y vuestro amigo Alton?

—Creemos haber encontrado lo que King quiere —contestó Remi—. O al menos lo bastante para captar su atención. Vamos a llamarlo después de hablar contigo.

—El rey Charlie es un canalla —advirtió Rube—. Muchas personas han intentado meterlo en la cárcel durante toda su vida. Ahora están todas muertas o acabadas, mientras él sigue en pie.

—Algo me dice que lo que tenemos le toca muy de cerca —respondió Remi.

—El Theuron...

—Theurang —lo corrigió Remi—. El Hombre Dorado.

—Eso. Es un riesgo —contestó Rube—. Si os equivocáis y a King le importa un bledo esa cosa, lo único que tendréis serán las acusaciones de tráfico de fósiles en el mercado negro... y, como ya he dicho, no hay ninguna garantía de que se le pueda culpar de algo.

—Lo sabemos —respondió Sam.

—Pero de todas formas os la vais a jugar.

—Sí —asintió Remi.

—Qué sorpresa. Por cierto, antes de que me olvide, he averiguado un poco más sobre Lewis King. Me imagino que los dos habéis oído hablar de Heinrich Himmler.

—¿El mejor amigo de Hitler, el psicópata nazi? —preguntó Sam—. Sí, hemos oído ese nombre.

—Himmler y la mayoría de los altos mandos del Partido Nazi estaban obsesionados con el ocultismo, sobre todo si estaba relacionado con la pureza aria y el Reich de los mil años. Se puede decir que Himmler era el que más intrigado se sentía. En los años treinta y durante toda la Segunda Guerra Mundial, financió una serie de expediciones científicas a los rincones más recónditos del mundo con la esperanza de encontrar pruebas que apoyaran las afirmaciones de los nazis. Una de

ellas, organizada en mil novecientos treinta y ocho, un año antes de que la guerra diera comienzo, fue enviada al Himalaya en busca de pruebas de la ascendencia aria. ¿A que no sabéis cómo se llamaba uno de los principales científicos?

—Lewis King —contestó Remi.

—O, como era conocido entonces, profesor Lewes Konig.

—¿El padre de Charlie King era nazi? —preguntó Sam.

—Sí y no. Según mis fuentes, probablemente se afilió al partido por necesidad, no por fanatismo. En aquel entonces, si buscabas fondos estatales, tenías que ser miembro del partido. Hay muchos casos de científicos que se afiliaron e hicieron investigaciones insustanciales sobre las teorías nazis para poder llevar a cabo investigaciones científicas puras extraoficialmente. Lewis King fue un ejemplo perfecto. Según todos los indicios, fue un arqueólogo entregado. Le importaban un bledo el linaje o la ascendencia arios.

—Entonces ¿por qué participó en la expedición?

—No lo sé, pero lo que habéis encontrado en la cueva, el Hombre Dorado ese, tiene muchos números. A menos que King estuviera mintiendo, parece que poco después de que Lewis King emigrara a Estados Unidos, empezó a recorrer mundo.

—A lo mejor encontró algo en la expedición de Himmler que despertó su interés —conjeturó Sam.

—Algo que no quería que acabara en manos de los nazis —añadió Remi—. No se lo dijo a nadie, esperó el momento oportuno durante la guerra y luego continuó su trabajo años más tarde.

—La pregunta es —dijo Rube—: ¿Por qué Charlie King está retomando lo que su padre dejó? Por lo que sabemos de él, nunca ha mostrado el más mínimo interés por el trabajo de su padre.

—Tal vez sea el Theurang —propuso Sam—. Tal vez para él solo sea un fósil más que vender.

—Puede que tengas razón. Si la descripción de esa cosa es mínimamente fiel, podría valer una fortuna.

—Rube, ¿sabemos si las acusaciones de nazi contra Lewis han afectado a Charlie?

—No que yo haya podido averiguar. Creo que su éxito habla por sí mismo. Y considerando lo despiadado que es, dudo que alguien haya tenido las agallas de sacar a colación el tema.

—Eso está a punto de cambiar —dijo Sam—. Ha llegado el momento de que el rey Charlie salga del terreno que conoce.

Colgaron, hablaron de la estrategia a seguir durante unos minutos y luego Sam llamó a la línea directa de King. Contestó este en persona al primer timbre.

—King.

—Señor King, soy Sam Fargo.

—Me estaba preguntando cuándo se dignarían llamarme. ¿Está su bonita esposa con usted?

—Sana y salva —contestó Remi dulcemente.

—Parece que nuestra relación atraviesa un momento crítico —dijo King—. Mis hijos me han dicho que no están cooperando.

—Estamos cooperando —replicó Sam—. Pero de forma distinta a ustedes. Charlie, ¿ha secuestrado a Frank Alton?

—¿Secuestrado? ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Eso no es una respuesta —señaló Remi.

—Envié a Frank Alton a que me hiciera un trabajo. Se metió en un lío y cabreó a la gente equivocada. No tengo ni idea de dónde está.

—Otra respuesta que no lo es —dijo Sam—. Está bien, pasemos a otra cosa. Lo único que ha de hacer es escuchar. Tenemos lo que está buscando...

—¿Y qué es eso?

—No está escuchando. Tenemos lo que está buscando... lo que su padre se pasó la vida persiguiendo. Y, como se habrá imaginado, hemos hecho una visita a su campo de concentración en el valle de Langtang.

—No tengo ni idea de lo que está hablando.

—Hemos hecho miles de fotos, la mayoría de ellas de documentos que hemos encontrado en un módulo habitable usado como oficina, pero también hay unas cuantas sobre su esposa, o su concubina, o como la llame en la intimidad de su avión privado. Quiso la suerte que cuando estábamos haciendo las fotos ella asesinara a uno de sus empleados. También tenemos una foto de su cara.

Charlie King no contestó durante diez largos segundos. Al final suspiró.

—Creo que no dice más que chorradas, Sam, pero es evidente que algo le ha caldeado el ánimo. Le escucho.

—Lo primero es lo primero. Suelte a Frank...

—Ya le he dicho que yo no...

—Cállese. Suelte a Frank Alton. Cuando recibamos una llamada de él diciendo que está sano y salvo en su casa, nos reuniremos con Russell y Marjorie y llegaremos a un acuerdo.

—¿Quién es ahora el que habla mucho pero no dice nada? —contestó King.

—Es el único trato que va a conseguir —respondió Sam.

—Lo siento, amigo, pero declino. Creo que se está tirando un farol.

—Como quiera —dijo Sam, y colgó.

Dejó el teléfono sobre la mesita para el café. Él y Remi se miraron.

—¿Probabilidades? —preguntó ella.

—Sesenta a cuarenta a que llama en menos de un minuto.

Ella sonrió.

—No hay apuesta.

A los cuarenta y cinco segundos, el teléfono de Sam sonó. Lo dejó sonar tres veces más y contestó.

—Es usted un buen jugador de póquer, Sam Fargo. Me alegro de que hayamos llegado a un acuerdo. Haré unas llamadas y veré lo que puedo averiguar sobre Frank Alton. No le prometo nada, claro, pero...

—Si no tenemos noticias de él en veinticuatro horas, no hay trato.

Charlie King se quedó callado varios segundos. A continuación dijo:

—No se separe del teléfono.

Sam colgó.

—¿Y si King cree que tenemos las pruebas con nosotros? —preguntó Remi.

—Sabe que no es así.

—¿Crees que cumplirá?

Sam asintió con la cabeza.

—Charlie King es lo bastante listo para haberse protegido. Quienquiera que cogió a Frank probablemente se aseguró de ocultar su cara. No habrá ninguna pista que lleve hasta King, así que no tiene nada que perder y todo que ganar siguiéndonos la corriente.

—Entonces ¿por qué pareces tan preocupado? —preguntó Remi a su marido.

—¿Lo parezco?

—Tienes esa mirada de desconfianza que pones cuando entrecierras los ojos.

Sam vaciló.

—Cuéntame, Sam.

—Acabamos de dar sopas con honda a uno de los hombres más ricos del mundo, un sociópata obsesionado con el control que llegó a donde está aplastando a sus enemigos. Soltará a Frank, pero algo me dice que ahora mismo King está sentado en su despacho planeando el contraataque.

## ***Houston, Texas***

A doce mil kilómetros de allí, Charlie King estaba haciendo precisamente eso.

Después de colgar, se paseó por su despacho mirando al frente sin ver nada más allá de su ira. Mientras murmuraba para sí, se acercó a la ventana con paso airado y contempló la ciudad. El sol se estaba poniendo al oeste.

—Muy bien, matrimonio Fargo —dijo con voz áspera—. Habéis ganado la primera ronda. No volverá a ocurrir. —Se dirigió a su escritorio y pulsó el botón del intercomunicador—. Marsha, ponme con Russell y Marjorie.

—Sí, señor King, un momento.

Pasaron treinta segundos y entonces:

—Papá...

—Calla y escucha. ¿Está Marjorie ahí?

—Aquí estoy, papá.

—¿Zhilan?

—Sí, señor King.

—¿Qué demonios creéis que estáis haciendo, idiotas? Los Fargo me acaban de llamar y me han dado un buen repaso. Dicen que tienen fotos de ti, Zee, matando a un hombre en el yacimiento de Langtang. ¿Qué pasó?

—Esta mañana he recibido una llamada del jefe de seguridad del yacimiento —contestó Russell—. Me ha dicho que descubrieron un vehículo sospechoso y dieron la alarma. Encontraron a un hombre inconsciente, pero no parecía que faltara nada.

—¿Cómo quedó inconsciente?

—No están seguros. Puede que se cayera.

—¡Chorradas! ¿Teníamos algún envío pendiente?

—Dos camiones —respondió Marjorie—. En cuanto dieron la alarma, los hombres del coronel Zhou los evacuaron. Es el procedimiento habitual, papá.

—No me sermonees, muchacha. ¿Llegaron los camiones al punto de traslado?

—Todavía no hemos recibido la confirmación, pero teniendo en cuenta los retrasos... —contestó Russell.

—Estás suponiendo. No supongas. Coge el teléfono y encuentra esos camiones.

—Sí, papá.

—Zee, ¿qué es eso del asesinato? ¿Es verdad?

—Sí. Uno de los trabajadores fue sorprendido robando. Tenía que dar ejemplo. Ya se han deshecho de su cuerpo.

King hizo una pausa y acto seguido gruñó.

—Está bien, entonces. Buen trabajo. En cuanto a vosotros dos, imbéciles... Los Fargo me han dicho que tienen el Hombre Dorado.

—¿Cómo? —preguntó Marjorie—. ¿Dónde?

—Tiene que ser mentira —añadió Russell.

—Puede, pero ese tipo de cosas son su especialidad. Por eso los metimos en esto. Supongo que los hemos subestimado. Me imagino que Alton bastará para mantenerlos a raya.

—No te castigues, papá —dijo Marjorie.

—Cállate. Tenemos que suponer que dicen la verdad. Quieren que libere a Alton. ¿Hay alguna posibilidad de que haya visto algo o pueda identificar a alguien?

—Lo investigué cuando llegué aquí, señor King —respondió Zhilan—. Alton no sabe nada.

—Está bien. Id a rescatarlo. Dadle de comer, aseadlo y metedlo en el Gulfstream. Los Fargo han dicho que en cuanto Alton esté en casa, se reunirán con Russell y con Marjorie para hablar de la entrega de esa cosa, como se llame.

—No podemos fiarnos de ellos, papá —dijo Russell.

—Ya lo sé, tonto. Vosotros meted a Alton en el avión y dejadme a mí el resto. ¿Conque los Fargo quieren jugar duro? Pues están a punto de saber lo que es jugar duro.

## Capítulo 16

### *Aldea de Jomsom, zona de Dhawalagiri, Nepal*

El Piper Club monomotor se ladeó bruscamente a novecientos metros de altitud y descendió. Sentados a ambos lados del pasillo central, Sam y Remi observaban cómo los grises riscos calcáreos se elevaban, engullendo aparentemente el avión a medida que se alineaba para aproximarse a la pista de aterrizaje. Encima y más allá de los riscos, se veían los oscuros picos veteados de nieve de las cordilleras de Dhawalagiri y Nilgiri, con sus cimas medio ocultas entre las nubes.

Pese a haber partido de Katmandú solo una hora antes, su llegada no era más que el principio del viaje; el resto del trayecto les llevaría doce horas por carretera. Como todo lo demás en Nepal, las distancias medidas en un mapa eran prácticamente inútiles. Su destino final, la antigua capital del Reino de Mustang, Lo Monthang, se encontraba a solo sesenta y cuatro kilómetros al noroeste de Katmandú, pero era inaccesible por aire. Su avión fletado los dejaría allí, en Jomsom, a casi doscientos kilómetros al este de Katmandú. Luego seguirían el valle del río Kali hacia el norte a lo largo de ochenta kilómetros hasta Lo Monthang, donde se reuniría con ellos el contacto local de Sushant Dharel.

Para Sam y Remi era agradable estar lejos del relativo bullicio de Katmandú y, con suerte, fuera del alcance del clan King.

El avión siguió descendiendo, reduciendo rápidamente la velocidad aérea hasta volar, según los cálculos de Sam, a pocos nudos por encima de la velocidad de pérdida. Remi miró a su marido inquisitivamente. Él le sonrió.

—La pista de aterrizaje es corta —dijo—. O reduces la velocidad aérea aquí arriba o frenas en seco abajo.

—Qué bien.

El tren de aterrizaje besó la pista con un golpeteo y una sacudida, y pronto se deslizaron en punto muerto hacia un grupo de edificios situados en el extremo sur de la pista de aterrizaje. El avión frenó hasta detenerse, y los motores se pararon. Sam y Remi cogieron sus mochilas y se dirigieron a la puerta, que ya estaba abierta. Un miembro del personal de tierra vestido con un mono azul marino sonrió y señaló la escalera de mano situada debajo de la puerta. Remi bajó, seguida de Sam.

Echaron a andar hacia el edificio de la terminal. A su derecha, un rebaño de cabras mordisqueaba la hierba marrón que crecía junto al hangar. Detrás de ellas, en un camino de tierra, vieron una fila de bueyes almizcleros guiados por un anciano con



una gorra roja y unos pantalones verdes. De vez en cuando, daba un golpecito a un buey rebelde con una vara al tiempo que chasqueaba la lengua.

Remi se cubrió bien el cuello con su anorak.

—Se puede decir que hace fresco —dijo.

—Yo iba a decir que es un aire vigorizante —contestó Sam—. Estamos a unos tres mil metros de altura, pero hay mucho menos abrigo.

—Y mucho más viento.

Como para subrayar aquella observación, una ráfaga sopló a través de la pista de aterrizaje. Nubes de polvo ocre les taparon la vista unos segundos antes de despejarse y descubrir con mayor detalle el paisaje que se extendía detrás de los edificios del aeropuerto. Con sus cientos de metros de altura, los riscos de color gris pardo tenían profundos surcos de arriba abajo, como si hubieran sido labrados por unos dedos gigantescos. Alisados por el tiempo y la erosión, los dibujos casi parecían hechos por el hombre, como los muros de una antigua fortaleza.

Detrás de ellos, una voz dijo:

—La mayoría de los Mustang tienen ese aspecto. Por lo menos las elevaciones más bajas.

Sam y Remi se detuvieron y al volverse vieron a un veinteañero con el cabello rubio greñado que les estaba sonriendo.

—¿Es vuestra primera vez? —preguntó.

—Sí —contestó Sam—. Pero apuesto a que para ti no es la primera.

—La quinta. Se puede decir que soy un adicto al senderismo. Jomsom es como el campamento base del senderismo en esta región. Soy Wally.

Sam se presentó y presentó a Remi, y el trío siguió andando hacia los edificios de la terminal. Wally señaló a varios grupos de personas repartidas a lo largo del borde de la pista. La mayoría de ellas estaban vestidas con anoraks de vivos colores y tenían al lado resistentes mochilas.

—¿Compañeros de senderismo? —preguntó Remi.

—Sí. Veo muchas caras conocidas. Se puede decir que formamos parte de la economía local. La temporada de senderismo mantiene este sitio con vida. Aquí no se puede ir a ninguna parte sin que te unan al grupo de un guía.

—¿Y si prefieres ir a tu aire? —preguntó Sam.

—Hay una compañía del ejército nepalés estacionada aquí —respondió Wally—. La verdad es que es una estafa, pero no puedes culparlos. Casi toda esta gente gana menos en un año que nosotros en una semana. No es tan grave. Si demuestras que sabes manejarte, la mayoría de los guías se limitan a seguirte y no te molestan.

En un grupo cercano de senderistas, una mujer gritó:

—¡Eh, Wally, estamos aquí!

Él se volvió, la saludó con la mano y preguntó a Sam y a Remi:

—¿Adónde vais?

—A Lo Monthang.

—Un sitio guay. Es como volver a la Edad Media, tío. Una auténtica máquina del tiempo. ¿Tenéis guía?

Sam asintió con la cabeza.

—Nuestro contacto en Katmandú nos ha buscado uno.

—¿Cuánto se tarda en llegar allí? Según el mapa, está...

—¡Mapas! —contestó Wally riéndose entre dientes—. Están bien, son bastante fieles en horizontal, pero aquí el terreno es como un trozo de periódico arrugado que solo se hubiera alisado a medias. Todo cambia. Un día puedes pasar por un sitio agradable y llano, y al día siguiente está medio atascado por un desprendimiento de tierras. Probablemente vuestro guía seguirá el cañón del río Kali Gandaki la mayor parte del camino (ahora mismo debería estar casi seco), así que debéis calcular unos cien kilómetros en total. Como mínimo, un trayecto en coche de doce horas.

—Lo que significa que tendremos que pasar la noche —respondió Sam.

—Sí. Preguntadle a vuestro guía. Tal vez tenga una bonita tienda montada o tal vez os haya reservado una cabaña para senderistas. Os vais a llevar una buena sorpresa. El sendero que sigue el cañón del Kali Gandaki es el más hondo del mundo. A un lado está el macizo del Annapurna; al otro, Dhawalagiri. ¡Y en medio, ocho de las veinte montañas más altas del mundo! ¡El sendero del cañón es como un cruce entre Utah y Marte, tío! Solo las stupas y las cuevas ya son...

—¡Wally! —volvió a gritar la mujer.

—Tengo que irme. Encantado de conoceros. Viajad con cuidado. Y no os metáis en los cuellos de botella después de que anochezca.

Se estrecharon las manos, y Wally se fue trotando hacia su grupo.

—¿Cuellos de botella? —gritó Sam.

—¡Vuestro guía os lo explicará! —gritó Wally por encima del hombro.

Sam se volvió hacia Remi y dijo:

—¿Stupas?

—Más conocidas como chortens aquí. Son básicamente relicarios: construcciones como túmulos que contienen objetos budistas sagrados.

—¿Qué tamaño tienen?

—Oscilan entre el de un enano de jardín y una catedral. De hecho, una de las más grandes está en Katmandú. Boudhanath.

—¿La cúpula cubierta de banderas de oración?

—Ésa. Mustang tiene una gran concentración de chortens, la mayoría del tamaño de enanos de jardín. Algunos calculan que hay unos cuantos miles, eso solo a lo largo del río Kali Gandaki. Hasta hace unos años, Mustang estaba prácticamente cerrada al turismo por miedo a la profanación.

—¡Señores Fargo! —gritó una voz de hombre—. ¡Señores Fargo!

Un nepalés calvo de cuarenta y tantos años se abrió camino cuidadosamente a través de la multitud de senderistas apiñados en dirección a ellos, jadeando.

—Los señores Fargo, ¿verdad?

—Sí —contestó Sam.

—Soy Basanta Thule —respondió el hombre en un inglés aceptable—. Soy su guía.

—¿Es usted amigo de Pradhan? —preguntó Remi.

Los ojos del hombre se entornaron.

—No sé quién es ése. El señor Sushant Dharel me pidió que me reuniera con ustedes. ¿Esperaban a otra persona? Tomen, tengo la documentación...

Thule metió la mano en el bolsillo lateral de su chaqueta.

—No, no hace falta —contestó Sam sonriendo—. Encantado de conocerlo.

—Lo mismo digo. Traigan, les llevaré eso.

Thule les cogió las mochilas y señaló con la cabeza el edificio de la terminal.

—Mi vehículo está por aquí. Síganme, por favor.

Se marchó a paso ligero.

—Muy astuta, señorita Bond —dijo Sam a Remi.

—¿Me estaré volviendo paranoica a medida que envejezco?

—No —respondió Sam sonriendo—. Solo más guapa. Vamos, espabilémonos o perderemos a nuestro guía.

Después de una parada apresurada en el mostrador de la aduana para satisfacer lo que Sam y Remi suponían era la creencia firme pero tácita de Mustang en su estatus semiautónomo, los Fargo salieron y encontraron a Thule en la acera junto a un Toyota Land Cruiser blanco. A juzgar por las docenas de vehículos casi idénticos que bordeaban la calle, cada uno de los cuales parecía tener un logotipo de una empresa de senderismo particular, el Toyota era el todoterreno predilecto en la zona. Thule les sonrió, acabó de poner la mochila de Sam en el maletero del Toyota y cerró el portón de golpe.

—He reservado alojamiento para la noche —anunció Thule.

—¿No vamos a partir hacia Lo Monthang ahora? —preguntó Remi.

—No, no. Da muy mala suerte empezar un viaje a estas horas. Mejor empezar mañana por la mañana. Cenarán, descansarán y disfrutarán de Jomsom, y saldremos a primera hora de la mañana. Vamos, vamos...

—Preferiríamos salir ahora —dijo Sam, sin moverse.

Thule se detuvo. Frunció los labios, pensando por un momento, y a continuación dijo:

—Ustedes deciden, por supuesto, pero el desprendimiento de tierra no se

despejará hasta mañana.

—¿Qué desprendimiento? —contestó Remi.

—El que hay entre aquí y Kagbeni. No recorreríamos más de unos cuantos kilómetros valle arriba. Y luego nos encontraríamos con el atasco, claro. Ahora hay muchos senderistas en Mustang. Es mejor esperar hasta mañana.

Thule abrió una de las puertas traseras del Toyota y señaló con un ademán ostentoso el asiento trasero.

Sam y Remi se miraron, se encogieron de hombros y subieron al todoterreno.

Después de recorrer las sinuosas y estrechas calles durante diez minutos, Thule detuvo el Toyota delante de un edificio situado a pocos kilómetros al sudeste de la pista de aterrizaje. El letrero con letras marrones sobre fondo amarillo rezaba:

**PENSIÓN MOONLIGHT.  
BAÑERAS,  
CUARTOS DE BAÑO  
CONTIGUOS,  
CUARTOS DE BAÑO  
COMUNES.**

—Parece que los cuartos de baño son el gran reclamo de Jomsom —dijo Remi sonriendo y arqueando una ceja.

—Y la arquitectura monocromática —añadió Sam.

—Desde luego —dijo Thule desde el asiento delantero—. Jomsom ofrece el mejor alojamiento de la zona.

Descendió del vehículo, corrió a la puerta de Remi y la abrió. Le ofreció la mano. Ella la tomó elegantemente y bajó, seguida de Sam.

—Recogeré su equipaje —dijo Thule—. Ustedes entren. *Madame* Roja les atenderá.

Cinco minutos más tarde estaban en la suite ejecutiva real de la pensión Moonlight, equipada con una cama de matrimonio y una sala de estar llena de muebles de jardín de mimbre. Como *madame* Roja había prometido, el cuarto de baño estaba pegado a su suite.

—Volveré a por ustedes mañana a las once de la mañana, ¿de acuerdo? —dijo Thule desde la puerta.

—¿Por qué tan tarde? —preguntó Sam.

—El desprendimiento se habrá...

—El atasco —concluyó Sam—. Gracias, señor Thule. Hasta entonces.

Sam cerró la puerta. Entonces oyó a Remi decir en el cuarto de baño:

—Sam, mira esto.

Encontró a Remi con los ojos como platos delante de una gigantesca bañera de cobre con patas.

—Es una Beasley.

—Creo que la palabra habitual para referirse a ella es «bañera», Remi.

—Muy gracioso. Las Beasley son muy raras, Sam. La última se fabricó en el siglo diecinueve. ¿Tienes idea de lo que vale?

—No, pero algo me dice que tú sí.

—Doce mil dólares más o menos. Es un tesoro, Sam.

—Y es del tamaño de un coche. No se te ocurra intentar meterla en el bolso de viaje.

Remi apartó la vista de la bañera y lo miró con picardía.

—Es grande, ¿verdad?

Sam le sonrió a su vez.

—Ya lo creo.

—¿Te apetece ser mi socorrista?

—A su servicio, señora.

Una hora más tarde, limpios, contentos y con la piel arrugada como un garbanzo, se acomodaron en la sala de estar. A través de las ventanas del balcón se veían los picos del Annapurna a lo lejos.

Sam revisó su teléfono.

—Un mensaje de voz —anunció.

Lo escuchó, le guiñó el ojo a Remi y marcó un número. La voz de Selma sonó por el altavoz treinta segundos más tarde:

—¿Dónde están?

—En la tierra del mimbre y el cobre —contestó Sam.

—¿Cómo?

—Nada. ¿Tienes buenas noticias?

—Sí, no cuelguen.

Un momento después una voz de hombre sonó por la línea. Era Frank Alton.

—Sam, Remi... No sé cómo lo habéis hecho, pero os debo la vida.

—Tonterías —contestó Remi—. Tú nos la salvaste a nosotros en Bolivia varias veces.

—¿Estás bien? —preguntó Sam.

—Tengo unos cuantos chichones y cardenales, pero nada permanente.

—¿Has visto a Judy y a los niños?

—Sí, en cuanto llegué a casa.

—¿Cómo van las cosas, Selma? —dijo Sam.

—Fatal —contestó ella.

—Me alegro de saberlo.

Mostrando un sano respeto por el radio de influencia de Charles King, y tal vez cierta paranoia, Sam y Remi habían establecido la «norma de intimidación»: si Selma o cualquiera de ellos hubieran estado amenazados a punta de pistola o en peligro, una respuesta que no hubiera sido «fatal» habría dado la alarma.

—¿Qué puedes contarnos, Frank?

—Me temo que poco más de lo que ya sabéis. Selma me ha puesto al día. Estoy de acuerdo en que King es un traidor y no dice toda la verdad, pero no tengo ninguna prueba de que esté detrás de mi secuestro. Me dejaron sin sentido y me raptaron en la calle. No los vi venir. No sé dónde me retuvieron. Cuando me desperté, tenía los ojos vendados, hasta que me sacaron de la furgoneta. Cuando me quitaron la venda, estaba delante de la escalera de un avión a reacción Gulfstream.

—Hablando de cosas inquietantes, ¿conociste a los gemelos King?

—Ah, esos dos. Estaban esperándome en el aeropuerto. Parecían salidos de una versión de La familia Addams dirigida por Tim Burton. Supongo que son fruto de la unión de King y esa lady Dragón.

—Sí —contestó Sam—. ¿Qué opinas de Lewis King?

—Me apuesto cien a uno a que hace décadas que está muerto. Creo que solo fue un señuelo para atraeros.

—Es exactamente lo mismo que pensamos nosotros —convino Remi—. Todavía estamos averiguando los detalles, pero creemos que tiene algo que ver con una antigua leyenda del Himalaya.

—El Hombre Dorado —respondió Frank.

—Exacto. El Theurang.

—Por lo poco que pude averiguar hasta que me secuestraran, es lo que estaba buscando Lewis King antes de desaparecer. Estaba obsesionado con él. Lo que no sé es si es real o no.

—Creemos que sí —contestó Sam—. Mañana vamos a ver a un hombre en Lo Monthang. Con suerte, podrá arrojar más luz sobre el misterio.

## Capítulo 17

### *Cañón del Kali Gandaki, zona de Dhawalagiri, Nepal*

Por cuarta vez en una hora, Basanta Thule detuvo el Toyota Land Cruiser, y los rugosos neumáticos crujieron sobre los guijarros que cubrían el suelo del valle. Arriba, el cielo era azul intenso y sin nubes. El aire vivificante estaba totalmente inmóvil.

—Más stupas —anunció Thule, señalando por la ventanilla lateral—. Allí... y allí. ¿Las ven?

—Sí —contestó Sam, mientras él y Remi miraban por la ventanilla bajada del lado de Sam.

Poco después de partir de Jomsom por la mañana, habían cometido el error de mostrar interés por los chortens; desde entonces, Thule había asumido la misión de señalar todos y cada uno de los que encontraban. De momento habían recorrido menos de tres kilómetros.

Por educación, Sam y Remi bajaron del coche, se pasearon e hicieron unas cuantas fotos. Aunque ninguno de los chortens era muy alto, resultaban imponentes: templos en miniatura pintados de color blanco como la nieve y situados en lo alto de las líneas de riscos que dominaban el cañón como silenciosos centinelas.

Volvieron a subir al Toyota y partieron de nuevo, y viajaron en silencio durante un rato hasta que Remi dijo:

—¿Dónde está el desprendimiento de tierra?

Hubo una larga pausa.

—Lo hemos dejado atrás hace rato —contestó Thule.

—¿Dónde?

—Hace veinte minutos... Era la pendiente de grava que había al lado del canto rodado que hemos visto. No hace falta mucho para cerrar el paso, ¿sabe?

Después de otra pausa para comer —y una parada para contemplar más chortens que Sam y Remi declararon que sería la última, haciendo gala de mucho tacto—, continuaron hacia el norte, siguiendo el curso serpenteante del Kali Gandaki y pasando por una serie de aldeas apenas distinguibles de Jomsom. De vez en cuando veían a senderistas en las estribaciones, como hormigas recortadas contra las montañas a lo lejos.

Poco después de las cinco, entraron en un tramo más angosto del cañón. Los precipicios que se elevaban quince metros por encima de ellos se cerraron, y el sol se fue atenuando. El aire que entraba por la ventanilla abierta de Sam se enfrió. Finalmente, después de aminorar la marcha a paso normal, cruzaron un arco de roca apenas más ancho que el Toyota y luego penetraron en un sinuoso túnel. Los neumáticos chapoteaban a través del arroyo y resonaban en las paredes.

Cincuenta metros más adelante entraron en un claro alargado que medía doce metros de ancho y cuatrocientos de largo. En el extremo norte del cañón había una segunda abertura en la roca. A su derecha, el río borboteaba a través de una sección socavada del precipicio.

Thule giró a la izquierda, describió un ancho círculo de forma que el morro del Toyota apuntara en la dirección por la que habían llegado y frenó hasta detener el vehículo.

—Acamparemos aquí —anunció—. Estaremos protegidos del viento.

—¿Por qué tan pronto?

Thule se volvió en su asiento y les dedicó una amplia sonrisa.

—Aquí anochece rápido, y las temperaturas bajan con la misma velocidad. Es mejor tener los refugios preparados y fuego encendido antes de que anochezca.

Gracias a la participación de los tres, rápidamente tuvieron los refugios —un par de antiguas tiendas Vargo— montados y listos para ser ocupados, con colchonetas y sacos de dormir térmicos incluidos. Mientras Thule preparaba una pequeña lumbre, Sam encendió tres lámparas de queroseno que colgó de unos postes en el borde de su campamento. Remi estaba haciendo una excursión por el cañón con una linterna en la mano. Thule había comentado que los senderistas habían hallado huellas de Kang Admi en esa parte del cañón. Traducido libremente como «hombre de las nieves», el término era uno de los diversos que se usaban para describir al yeti, la versión Himalaya de Bigfoot. Pese a no creer a pies juntillas en la leyenda, los Fargo habían descubierto suficientes rarezas en sus viajes para saber que no podían descartarla sin más; Remi había decidido saciar su curiosidad.

Después de veinte minutos, regresó a la luz amarilla de las lámparas de queroseno que rodeaban el campamento. Sam le dio un gorro de lana y preguntó:

—¿Ha habido suerte?

—Ni una huella —contestó Remi, metiéndose unos mechones de cabello castaño rojizo sueltos debajo del gorro.

—No abandone la esperanza —comentó Thule desde detrás de la lumbre—. Puede que oigamos el grito de las bestias por la noche.

—¿Y cómo es ese grito? —preguntó Sam.

—Depende de la persona. De niño, oí ese grito una vez. Su sonido era... en parte



humano, en parte animal. De hecho, una de las formas tibetanas de referirse al yeti es Meh-teh: «hombre oso».

—Señor Thule, parece un cuento chino pensado para atraer a los turistas —dijo Remi.

—En absoluto, señorita. Yo lo oí. Conozco a gente que lo ha visto. Conozco a gente que ha encontrado sus huellas. Yo mismo he visto un buey almizclero cuya cabeza había sido...

—Ya lo captamos —lo interrumpió Remi—. Bueno, ¿qué hay de cena?

La cena consistió en unos alimentos deshidratados envasados que al mezclarse con agua hirviendo se convertían en un revoltijo. Sam y Remi habían probado cosas peores, pero no mucho. Después de comer, Thule se redimió ofreciéndoles unas tazas humeantes de tongba, una infusión de mijo nepalesa con una pizca de alcohol, que bebieron a sorbos mientras la noche envolvía el cañón. Charlaron y permanecieron en silencio otros treinta minutos, antes de apagar las lámparas de queroseno del campamento y retirarse a sus respectivas tiendas.

Una vez acurrucados en sus sacos de dormir, Remi se quedó leyendo una guía de senderismo que se había descargado en su iPad mientras Sam estudiaba un mapa de la zona bajo el haz de una linterna.

—Sam, ¿te acuerdas de lo que Wally nos dijo en el aeropuerto sobre «los cuellos de botella»?

—No le hemos preguntado a Thule.

—Por la mañana.

—Creo que ahora sería mejor —contestó ella, y le dio a Sam su iPad.

Señaló una parte del texto. Él leyó:

Conocidos coloquialmente como «los cuellos de botella», estos estrechos desfiladeros repartidos a lo largo del cañón del Kali Gandaki pueden ser peligrosos en primavera. De noche, el agua del deshielo procedente de las montañas circundantes a menudo inunda los desfiladeros sin previo aviso, elevándose a una altura de...

Sam dejó de leer, devolvió el iPad a Remi y susurró:

—Recoge tus cosas. Solo lo imprescindible. Sin hacer ruido. —Y a continuación, gritó en voz alta—: ¿Señor Thule?

No hubo respuesta.

—¿Señor Thule?

Tras una breve espera, oyó el sonido de unas botas arrastrándose por los guijarros, seguido de:

—¿Sí, señor Fargo?

—Háblenos de los cuellos de botella.

Una larga pausa.

—Esto... me temo que no sé a lo que se refiere.

Más ruido de pies arrastrándose por los guijarros y el sonido característico de una puerta del Toyota al abrirse.

Sam bajó apresuradamente la cremallera del saco de dormir y salió. Estaba casi vestido, de modo que cogió su chaqueta, se la puso y bajó sin hacer ruido la cremallera de la tienda. Salió sigilosamente, miró a un lado y al otro, y a continuación se levantó. A unos diez metros distinguió la silueta de Thule inclinada a través de la puerta del lado del conductor del Toyota. Estaba rebuscando en el interior. Sam echó a andar sin hacer ruido hacia el vehículo. Se encontraba a seis metros de distancia cuando de repente se detuvo y ladeó la cabeza.

Débilmente al principio y luego con más claridad, oyó un torrente de agua. Al otro lado del desfiladero vio que el arroyo se estaba agitando y el agua blanca lamía los lados del precipicio.

Oyó un susurró detrás de él y al volverse vio que Remi asomaba la cabeza por la abertura de la tienda. Ella le hizo un gesto de aprobación levantando el pulgar, y él contestó extendiendo la palma de la mano: «Espera».

Sam se dirigió sigilosamente al Toyota. Cuando hubo reducido la distancia a tres metros, se agachó y siguió avanzando, se acercó encorvado y rodeó el parachoques trasero hasta el lado del conductor. Se detuvo y echó un vistazo a la vuelta de la esquina.

Thule seguía inclinado en el Toyota, y solo sus piernas resultaban visibles. Sam observó la distancia que se interponía entre ellos: un metro y medio. Estiró la pierna, posó con cuidado el pie y empezó a desplazar el peso hacia delante.

Thule se volvió de repente. En la mano empuñaba un revólver de acero inoxidable.

—Alto, señor Fargo.

Sam se detuvo.

—Levántese.

La forma de hablar encantadoramente torpe de Thule había desaparecido y solo revelaba un ligero acento.

Sam se levantó.

—Algo me dice que deberíamos haber comprobado su documentación cuando nos la ofreció.

—Habría sido prudente.

—¿Cuánto le han pagado?

—Para la gente rica como usted y su mujer, una miseria. Para mí, el sueldo de cinco años. ¿Quiere ofrecermé más?

—¿Serviría de algo?

—No. Esas personas dejaron claro lo que me pasaría si las traicionaba.

Sam vio con el rabillo del ojo que el río había empezado a expandirse y, muy por detrás, el torrente de agua estaba aumentando de caudal. Sabía que debía ganar tiempo. Con suerte, el hombre que tenía delante bajaría la guardia, aunque solo fuera un momento.

—¿Dónde está el verdadero Thule? —preguntó Sam.

—A sesenta centímetros a su derecha.

—Lo ha matado.

—Era parte de la misión. Cuando las aguas se retiren, lo encontrarán con usted y su mujer, con la cabeza aplastada por las rocas.

—Y con usted.

—¿Cómo?

—A menos que tenga un cable de encendido eléctrico de sobra —contestó Sam, tocándose el bolsillo de la chaqueta.

Impulsivamente, Thule desplazó la vista a toda prisa al interior del Toyota. Sam contaba con ello y había empezado a moverse antes incluso de tocarse el bolsillo. Estaba en pleno salto, con las manos a treinta centímetros de Thule, cuando el hombre se dio la vuelta y lo atacó con el cañón del revólver. El arma impactó a Sam en lo alto de la frente, un golpe oblicuo que le hizo un corte en el cuero cabelludo. Se tambaleó hacia atrás y cayó de rodillas, jadeando.

Thule avanzó y levantó la pierna. Sam vio venir la patada y se preparó mientras trataba de apartarse rodando. La parte superior del pie de Thule impactó contra su costado, le dio la vuelta y lo dejó boca arriba.

—¡Sam! —gritó Remi.

Él volvió la cabeza a la derecha y vio a Remi corriendo hacia él.

—¡Coge nuestras cosas! —dijo Sam con voz ronca—. ¡Sígueme!

—¿Que te siga? ¿Que te siga adónde?

El motor del Toyota arrancó rugiendo.

Moviéndose instintivamente, Sam se dio la vuelta hasta quedar boca abajo, se levantó apoyándose en las rodillas y se puso en pie. Se dirigió dando traspiés a la lámpara más cercana, a un metro ochenta a su izquierda. Pese al dolor que le empañaba la vista, vio por el desfiladero una ola de agua blanca de seis metros agitándose a través de la abertura. Sam cogió la lámpara del poste con la mano derecha, se volvió de nuevo hacia el Toyota y echó a correr moviendo las piernas a toda velocidad.

La transmisión del Toyota se acopló, las ruedas rociaron guijarros y salpicaron la parte inferior de las piernas de Sam. Él hizo caso omiso y siguió moviéndose. Cuando el Toyota empezó a avanzar dando tumbos, Sam saltó hacia el vehículo. Su pierna izquierda aterrizó cerca del parachoques trasero, y agarró la barra del portaequipajes con la mano derecha.

El Toyota se precipitó hacia delante, derrapó en los guijarros y sacudió a Sam de un lado a otro. Él se aferró y se pegó más al portón del maletero. Thule enderezó el vehículo y aceleró hacia la entrada del desfiladero, a cincuenta metros de distancia. Sam sostuvo el mango de la lámpara entre los dientes y empleó la mano izquierda para girar el botón de la mecha. La llama vaciló y a continuación se iluminó. Agarró de nuevo la lámpara con la mano izquierda.

—Una oportunidad —murmuró Sam para sí.

Inspiró, balanceó la lámpara con el brazo extendido un instante y acto seguido la levantó como una granada. La lámpara salió dando vueltas por encima del techo del Toyota, cayó en el capó y se hizo añicos. El queroseno en llamas salpicó el parabrisas.

El efecto fue inmediato y espectacular. Sorprendido por la ola de fuego que atravesaba el parabrisas, Thule se dejó llevar por el pánico, dando un volantazo a la izquierda y otro luego a la derecha, y el doble giro levantó el Toyota sobre dos ruedas. A Sam se le escapó la barra de la mano. Notó que salía volando. Le pareció que el suelo se abalanzaba hacia él. Se encorvó en el último instante, cayó en el suelo sobre la cadera y rodó. Oyó de fondo un estruendo apagado; cristal haciéndose añicos y crujido de metal. Se dio la vuelta y se aclaró la vista parpadeando.

El Toyota se había estrellado y tenía el capó encajado en el estrecho arco de roca.

Sam oyó unos pasos y luego la voz de Remi al arrodillarse junto a él.

—¡Sam... Sam! ¿Estás herido?

—No lo sé. Creo que no.

—Estás sangrando.

Sam se llevó los dedos a la frente y miró la sangre.

—Una herida en el cuero cabelludo —murmuró.

Cogió un puñado de tierra del suelo y dio unos golpecitos sobre la herida.

—Sam, no... —dijo Remi.

—¿Lo ves? Mucho mejor.

—¿Te has roto algo?

—No que yo sepa. Ayúdame a levantarme.

Ella se agachó por debajo de su hombro, y se pusieron en pie juntos.

—¿Dónde está el...? —preguntó Sam.

El agua les mojó los pies en respuesta a su pregunta. Al cabo de unos segundos, les llegaba a los tobillos.

—Hablando del rey de Roma —dijo Sam.

Se dieron la vuelta al mismo tiempo. El agua corría a través del extremo norte del desfiladero.

Se agitaba alrededor de sus pantorrillas.

—Qué fría —dijo Remi.

—La palabra «fría» no describe su temperatura ni de lejos —respondió Sam—. ¿Y nuestras cosas?

—Todo lo que merece la pena está en mi mochila —contestó Remi, girando el hombro para que él pudiera verla—. ¿Está muerto?

—O eso o inconsciente. De lo contrario, creo que ahora nos estaría disparando. Tenemos que arrancar ese trasto. Es nuestra única posibilidad de escapar de la riada.

Se dirigieron al Toyota; ella iba delante y Sam cojeaba detrás. Remi redujo la marcha a medida que se acercaba al parachoques trasero, rodeó sigilosamente el vehículo hasta la puerta del conductor y miró adentro.

—¡Está inconsciente! —gritó.

Sam se aproximó arrastrando los pies, y abrieron juntos la puerta y sacaron a Thule a rastras. El hombre se hundió en el agua.

—No podemos preocuparnos por él —dijo Sam, en respuesta a la pregunta no formulada de Remi—. Dentro de un minuto más o menos, todo esto estará sumergido.

Remi subió al Toyota y se desplazó al asiento del pasajero. Sam la siguió y cerró la puerta de golpe. Giró la llave. El arranque silbó e hizo clic, pero el motor se negaba a funcionar.

—Vamos... —murmuró Sam.

Giró la llave otra vez. El motor arrancó, renqueó y se apagó.

—Una vez más —dijo Remi, quien le sonrió y cruzó los dedos.

Sam cerró los ojos, inspiró y giró de nuevo la llave.

El arranque volvió a hacer clic, el motor tosió una vez, luego otra, y acto seguido se encendió rugiendo.

Sam se disponía a cambiar de marcha cuando notó que el Toyota avanzaba dando tumbos. Remi se volvió en su asiento y vio que el agua lamía el borde inferior de la puerta.

—Sam... —le avisó.

—Ya lo veo —contestó Sam, con la vista fija en el espejo retrovisor.

Dio marcha atrás y pisó el acelerador. La tracción en las cuatro ruedas del Toyota se activó. El vehículo empezó a retroceder muy lentamente, y el guardabarros chirrió al arrastrarse a lo largo de las paredes de roca.

Se vieron empujados hacia delante otra vez.

—Estoy perdiendo tracción —dijo Sam, temiendo que el agua creciente ahogara

el motor.

Volvió a pisar el acelerador, y notaron que los neumáticos se adherían al suelo, pero cedían de nuevo.

Sam golpeó el volante.

—¡Maldita sea!

—Estamos a flote —dijo Remi.

Al mismo tiempo que las palabras brotaban de su boca, el capó del Toyota se estaba encajando más en la ranura. Debido al peso del motor en el morro, el vehículo empezó a inclinarse hacia abajo a medida que la crecida empujaba la parte trasera hacia arriba.

Sam y Remi permanecieron en silencio un instante, escuchando cómo el agua corría alrededor del coche y apoyándose contra el salpicadero mientras el vehículo seguía inclinándose hacia abajo.

—¿Cuánto duraríamos en el agua? —preguntó Remi.

—¿Siempre que no quedemos hechos papilla inmediatamente? Cinco minutos hasta que el frío nos domine; pasado ese tiempo, perderemos el control del motor y nos hundiremos.

El agua empezó a entrar a raudales por las juntas de las puertas.

—En tal caso no hagamos eso —dijo Remi.

—De acuerdo. —Sam cerró los ojos, pensando. Entonces dijo—: Los cabrestantes. Tenemos uno en cada parachoques.

Buscó los mandos en el salpicadero. Encontró un conmutador de palanca con la etiqueta «Parte trasera» y lo desplazó de «Apagado» a «Punto muerto».

—Cuando te avise, ponlo en «Encendido».

—¿Crees que es lo bastante potente para arrastrarnos?

—No —respondió Sam—. Necesito una linterna para la cabeza.

Remi hurgó en su mochila y sacó la linterna. Sam se la colocó en la cabeza, dio un beso en la mejilla a su mujer y a continuación pasó por encima del asiento usando el reposacabezas como asidero. Repitió la maniobra hasta que estuvo encajado en la zona de carga del Toyota. Levantó el pestillo del portón de cristal, lo abrió y acto seguido, empujando con la espalda contra el asiento, dio patadas al portón hasta que el cristal se desprendió de las bisagras y se hundió en el agua. Se levantó.

Debajo, el agua se revolvía sobre el chasis del coche. Una niebla glacial se arremolinó en torno a él.

—¡El motor se ha parado! —gritó Remi.

Sam se inclinó hacia delante doblándose por la cintura, alargó la mano hacia abajo y cogió el gancho del cabrestante con las dos manos. Tirando con una mano detrás de otra, empezó a tensar el cable.

El cabrestante se quedó quieto.

—¡Sube aquí!

Remi pasó con dificultad por encima del asiento delantero, estiró la mano hacia atrás, cogió la mochila y se la dio a Sam, y luego empleó el brazo extendido de él para subir a la zona de carga.

—¡No! —gritó.

—¿Qué pasa?

Sam miró abajo. El haz de su linterna iluminó un fantasmal rostro blanco envuelto en plástico adhesivo.

—Lo siento —se disculpó Sam—. Me había olvidado de decírtelo. Te presento al verdadero señor Thule.

—Pobre hombre.

El Toyota se sacudió, se deslizó de lado varios centímetros y se detuvo, encajado en el arco de roca y totalmente recto.

Remi apartó la vista de la cara del muerto.

—Supongo que estamos volviendo a subir —dijo.

—Con un poco de suerte.

Sam se asomó al portón trasero. El agua rebasaba los neumáticos traseros.

—¿Cuánto falta? —preguntó ella.

—Dos minutos. Ayúdame.

Sam se volvió de lado, y Remi lo ayudó a ponerse la mochila. A continuación, pasó por encima del portón trasero la pierna derecha y luego la izquierda, y se levantó poco a poco con los brazos extendidos para equilibrarse. Una vez que se mantuvo estable, enfocó con la linterna de su cabeza la ladera de roca que había al lado del Toyota.

Tuvo que dar tres pasadas antes de encontrar lo que necesitaba: una fisura vertical de cinco centímetros situada a unos cuatro metros y medio por encima de ellos y casi un metro a la derecha. Más arriba había una serie de asideros que subían hasta lo alto del precipicio.

—Vale, dámelo —le dijo Sam a Remi.

Ella le alargó el gancho del cabrestante. Sam se inclinó hacia abajo y lo cogió. Un pie le resbaló, y Sam cayó sobre una rodilla. Recobró el equilibrio y se puso de nuevo erguido, esa vez con el brazo izquierdo apoyado en el portaequipajes del Toyota.

—A por ellos, vaquero —dijo Remi, sonriendo animosamente.

Con el gancho del cabrestante colgando de la mano derecha, Sam hizo girar el cable como si fuera una hélice hasta que hubo adquirido suficiente impulso y lo soltó. El gancho chocó contra la ladera de roca, se deslizó de lado por encima de la fisura y cayó al agua.

Sam recuperó el gancho y volvió a intentarlo. Otro fallo.

Notó que el agua fría le envolvía el pie izquierdo. Miró abajo. El agua había

rebasado el parachoques y lamía ahora el portón trasero.

—Tenemos más filtraciones —informó Remi.

Sam volvió a lanzar el gancho. Esa vez se introdujo limpiamente en la fisura y se mantuvo en su lugar por un momento antes de desprenderse.

—A la cuarta va la vencida, ¿no?

—Creo que la frase es...

—Colabora un poco, Sam Fargo.

Sam soltó una risita.

—De acuerdo.

Sam hizo una pausa para abstraerse de las revueltas aguas que lo rodeaban y de los latidos de su corazón. Cerró los ojos y volvió a concentrarse. Acto seguido los abrió y empezó a balancear de nuevo el cable.

Lo soltó.

El gancho salió proyectado hacia arriba, chocó con estruendo contra la roca y se deslizó hacia la fisura. Sam se dio cuenta de que iba a demasiada velocidad. Cuando el gancho pasó por encima de la grieta, tiró del cable de lado. El gancho saltó hacia atrás como una serpiente atacando y se encajó en la fisura.

Sam dio un suave tirón al cable. Aguantó. Otro tirón. El gancho resbaló y volvió a afianzarse. A continuación, colocando una mano detrás de otra, empezó a tensar el cable hasta que el gancho estuvo hundido hasta encajar en el orificio.

—¡Yiha! —gritó Remi.

Sam estiró el brazo y ayudó a Remi a pasar por encima del portón trasero. El agua les mojaba los pies y entraba a raudales en el Toyota. Remi señaló con la cabeza el cadáver del señor Thule.

—Me imagino que no podemos llevárnoslo.

—No tentemos a la suerte —contestó Sam—. Pero lo añadiremos a la lista de delitos de los que Charlie King y sus malvados hijos tendrán que responder.

Remi suspiró y asintió con la cabeza.

Sam señaló con solemnidad el cable.

—Las damas primero.



## Capítulo 18

### *Lo Monthang, Mustang, Nepal*

Veinte horas después de que Sam y Remi treparan a lo alto del precipicio y dejen la Toyota a merced de las aguas del Kali Gandaki, la camioneta en cuya caja se habían montado se detuvo en una bifurcación del camino de tierra.

El conductor, Mukti, un nepalés con los dientes separados y el pelo cortado al rape, gritó a través de la ventanilla trasera: «Lo Monthang», y señaló el camino que se dirigía al norte.

Sam sacudió suavemente a Remi, que dormía acurrucada contra un saco de pienso para cabras.

—Hogar, dulce hogar.

Ella gimió, apartó el áspero algodón y se incorporó bostezando.

—Estaba teniendo un sueño rarísimo —dijo—. Era como La aventura del Poseidón, pero estábamos atrapados en un Toyota Land Cruiser.

—La realidad supera a la ficción.

—¿Hemos llegado ya?

—Más o menos.

Sam y Remi dieron las gracias al conductor, se apearon del vehículo y observaron cómo la camioneta enfilaba el camino del sur y desaparecía a la vuelta de la curva.

—Lástima de barrera idiomática —dijo Remi.

Con las pocas nociones de nepalés que entre los dos acumulaban, ni Sam ni Remi habían sido capaces de decir al conductor que les había salvado la vida. A los ojos de aquel hombre, simplemente había recogido a una pareja de extranjeros que se habían separado de su grupo de excursión y se habían extraviado. Su sonrisa indulgente hacía pensar que no era algo infrecuente en aquellos pagos.

Agotados, pero afortunadamente calientes y secos, se encontraban en ese momento en las afueras de su destino.

Rodeada de un alto muro de fragmentos de roca, ladrillo y una argamasa que además de barro incluía paja, la antigua capital del antaño magnífico Reino de Mustang era pequeña; ocupaba dos kilómetros cuadrados y medio en un valle llano rodeado de bajas colinas onduladas. Dentro de los muros de Lo Monthang, la mayoría de las estructuras también estaban construidas con una mezcla de adobe y ladrillo, y

todas estaban pintadas en tonos que iban del grisáceo al pardusco y bordeadas con tejados de capas de paja superpuestas. Cuatro construcciones destacaban por encima del resto: el Palacio Real y los templos de Chyodi, Champa y Tugchen, los tres con tejado rojo.

—La civilización —dijo Remi.

—Todo es relativo —convino Sam.

Después de haber vagado por el agreste Mustang durante lo que parecían días, una ciudad por lo demás medieval como Lo Monthang les parecía verdaderamente cosmopolita.

Echaron a andar por el camino de tierra hacia la puerta principal. A mitad de camino, un niño de unos ocho o diez años apareció y corrió hacia ellos gritando:

—¿Señores Fargo? ¿Señores Fargo?

Sam lo saludó levantando la mano y dijo en nepalés:

—Namaste. Hoina. —«Hola. Sí».

El niño, que en ese momento sonreía, derrapó hasta detenerse delante de ellos y dijo:

—Seguir, ¿sí? ¿Seguir?

—Hoina —contestó Remi.

Después de llevarlos por las sinuosas calles de Lo Monthang bajo la mirada curiosa de cientos de vecinos, el muchacho se detuvo ante una gruesa puerta de madera encajada en un muro encalado. Levantó la deslustrada aldaba de latón y dio dos golpes.

—Pheri bhetaunla —dijo a Sam y a Remi, y acto seguido se marchó por un callejón lateral.

Oyeron pasos sobre madera dentro del edificio, y segundos más tarde la puerta se abrió y dejó a la vista a un frágil hombre de algo más de sesenta años con el cabello y la barba largos y canosos. Tenía la cara muy arrugada y bronceada. Para gran sorpresa de Sam y Remi, los saludó con un acento británico de la alta sociedad.

—Buenos días. Sam y Remi Fargo, supongo.

Tras vacilar momentáneamente, Sam dijo:

—Sí. Buenos días. Estamos buscando a un tal señor Karna. Sushant Dharel, de la Universidad de Katmandú, nos concertó un encuentro con él.

—En efecto, lo hizo. Y en efecto, lo han encontrado.

—¿Perdón? —contestó Remi.

—Soy Jack Karna. Vaya, qué maleducado soy. Por favor, pasen.

Se hizo a un lado, y Sam y Remi entraron. Como el exterior del edificio, el interior también estaba encalado. El suelo estaba construido con tablas de madera viejas pero limpias, y varias alfombras de estilo tibetano lo cubrían. Había tapices y

fragmentos de pergamino enmarcados repartidos por las paredes. A lo largo de la pared oeste, debajo de unas gruesas ventanas de bisagras, había una zona para sentarse con cojines y almohadas, así como una mesa baja para servir el café. Contra la pared este había una gruesa estufa. Un pequeño pasillo salía de la estancia y conducía a lo que parecía un dormitorio.

—Estaba a punto de mandar un grupo de búsqueda a por ustedes. Se les ve un poco fatigados. ¿Se encuentran bien? —dijo Karna.

—Hemos sufrido un pequeño contratiempo respecto a nuestros planes de viaje —comentó Sam.

—Ya lo creo. Hace unas horas he recibido la noticia. Unos senderistas encontraron en un cuello de botella al sur de aquí el vehículo de un guía; estaba destrozado. Y han aparecido dos cadáveres arrastrados por la corriente cerca de Kagbeni. Me temía lo peor. —Antes de que pudieran contestar, Karna los condujo hacia los cojines, donde se sentaron—. El té está listo. Un momento.

Unos minutos más tarde colocó un servicio de té de plata en la mesa, junto con un plato lleno a rebosar de bollos y sándwiches de pepino sin corteza. Karna sirvió el té y se sentó enfrente de ellos.

—Bueno, cuéntenme —instó a los Fargo.

Sam le relató el viaje, comenzando por su llegada a Jomsom y terminando por su llegada a Lo Monthang. Omitió toda mención a la participación de King en el intento de asesinato. Durante toda la narración, Karna no hizo preguntas y, aparte de arquear las cejas unas cuantas veces, no reaccionó de ninguna forma.

—Extraordinario —dijo al final—. ¿Y no saben el nombre de ese impostor?

—No —contestó Remi—. Tenía un poco de prisa.

—Me lo imagino. Su huida es digna de una película de Hollywood.

—Por desgracia, en nosotros es de lo más normal —dijo Sam.

Karna rió entre dientes.

—Antes de que sigamos, debería avisar a los brahmanes de la ciudad, el consejo, de lo que ha pasado.

—¿Es necesario? —preguntó Sam.

—Necesario y provechoso para ustedes. Están en Lo Monthang, señor y señora Fargo. Puede que formemos parte de Nepal, pero somos autónomos. No teman, no se les responsabilizará de lo ocurrido, y a menos que el consejo lo considere absolutamente necesario, el gobierno nepalés no intervendrá. Aquí están a salvo.

Sam y Remi consideraron lo que el hombre había dicho y dieron su consentimiento.

Karna cogió una campana de latón que había en el suelo al lado de su cojín y la tocó una vez. Diez segundos más tarde, el niño que los había recibido en la entrada de la ciudad apareció por el pasillo lateral. Se detuvo ante Karna y se inclinó

bruscamente.

Karna se dirigió al niño en un rapidísimo lowa durante treinta segundos. El niño hizo una sola pregunta y acto seguido se inclinó de nuevo, se dirigió a la puerta principal y salió.

—No teman —dijo Karna—. Todo irá bien.

—Discúlpenos —dijo Remi—, pero nos mata la curiosidad: su acento es...

—De Oxford de los pies a la cabeza, sí. De hecho, soy británico, aunque no estoy en mi patria desde hace... quince años, creo. Este verano hará treinta y ocho años que vivo en Mustang. La mayor parte de ese tiempo, en esta misma casa.

—¿Cómo vino a parar aquí? —preguntó Sam.

—En realidad, vine como estudiante. Antropología, sobre todo, con algunos intereses secundarios. En mil novecientos setenta y tres pasé tres meses aquí y luego volví a mi hogar. No llevaba allí ni dos semanas cuando me di cuenta de que Mustang me había calado hondo, como se suele decir, de modo que regresé y no me he marchado. Los sacerdotes locales creen que soy uno de ellos... reencarnado, claro está. —El señor Karna sonrió y se encogió de hombros—. ¡Quién sabe! Pero, sin duda, no me he sentido más a gusto en ningún otro lugar.

—Fascinante —respondió Sam—. ¿A qué se dedica?

—Supongo que soy una especie de archivero. E historiador. Mi principal objetivo es documentar la historia de Mustang. Pero no la historia que se lee en Wikipedia. —Vio la expresión confundida de Remi y sonrió—. Sí, conozco Wikipedia. Tengo internet por satélite. Algo extraordinario, considerando lo apartado de este sitio.

—Desde luego —convino Remi.

—Estoy escribiendo un libro desde hace casi doce años que, con suerte, servirá de historia exhaustiva de Mustang y Lo Monthang. Una historia oculta, por así decirlo.

—Eso explica por qué Sushant pensó que usted era la persona a la que debíamos ver —dijo Sam.

—Por supuesto. Me dijo que están especialmente interesados en la leyenda del Theurang. El Hombre Dorado.

—Sí —contestó Remi.

—Sin embargo, no me dijo por qué. —Karna se puso serio, mirando fijamente a Sam y a Remi. Antes de que ellos pudieran contestar, prosiguió—. Por favor, entiéndanme. No es mi intención ofenderles, pero su reputación les precede. Son ustedes buscadores de tesoros profesionales, ¿verdad?

—No es el término que más nos gusta —respondió Sam—, pero técnicamente se aproxima a la verdad.

—No nos quedamos con ninguno de nuestros hallazgos —añadió Remi—. Toda compensación económica va a parar a nuestra fundación.

—Sí, eso he leído. De hecho, tienen muy buena reputación. El problema es que ya

he tenido visitas anteriormente. Personas que buscaban el Theurang por motivos que me parecieron viles.

—¿Por casualidad esas personas eran dos jóvenes? —preguntó Sam—. ¿Unos gemelos caucásicos con rasgos asiáticos?

La ceja izquierda de Karna se arqueó.

—Exacto. Estuvieron aquí hace unos meses.

Sam y Remi intercambiaron una mirada. Convinieron silenciosamente en que podían y debían confiar en Karna. Estaban en el lugar más apartado que habían estado jamás, y el intento de asesinato del que habían sido víctimas el día anterior les había hecho comprender que Charles King ya no se andaba con contemplaciones. No solo necesitaban los conocimientos de Karna, sino que necesitaban a un aliado de confianza.

—Se llaman Russell y Marjorie King. Su padre es Charles King...

—El rey Charlie —lo interrumpió Karna—. El año pasado leí un artículo sobre él en Wall Street Journal. Tengo entendido que es una especie de vaquero. Un tipo tosco, ¿no?

—Sí, pero muy poderoso —contestó Remi.

—¿Por qué demonios los quiere muertos?

—No lo sabemos exactamente —respondió Remi—, pero estamos convencidos de que busca el Theurang.

Sam pasó a relatar su relación con Charles King. No omitió nada. Le contó a Karna lo que sabían, lo que sospechaban y lo que seguía siendo un misterio para ellos.

—Es un misterio que yo puedo despejar enseguida —dijo Karna—. Está claro que esos gemelos malvados, los hijos de King, me dieron un nombre falso, pero durante su visita mencionaron el nombre de Lewis «Bully» King. Cuando les conté lo que estoy a punto de contarles a ustedes, reaccionaron sin aparente sorpresa. Es extraño, teniendo en cuenta quiénes son.

—¿Qué les contó?

—Que Lewis King está muerto. Murió en mil novecientos ochenta y dos.

## Capítulo 19

### *Lo Monthang, Mustang, Nepal*

Sorprendidos, Sam y Remi permanecieron callados un instante.

—¿Cómo murió? —dijo Remi al final.

—Cayó en una grieta a unos dieciséis kilómetros de aquí. De hecho, yo ayudé a recuperar su cadáver. Está enterrado en el cementerio local.

—¿Y se lo contó a los gemelos King? —preguntó Sam.

—Por supuesto. Su reacción fue de... decepción, supongo. Ahora, sabiendo quiénes son, me parece especialmente cruel, ¿no creen?

—No desentona con el carácter de la familia —contestó Remi—. ¿Le dijeron por qué lo estaban buscando?

—Se mostraron evasivos, y por eso inventé una excusa para acortar la visita. Lo único que saqué en claro es que estaban buscando a King y que les interesaba el Theurang. No me gustó mucho su actitud. Me alegra saber que mi instinto no me engañaba. Así pues, parece evidente que Charles King sabía que su padre estaba muerto cuando se puso en contacto con ustedes.

—Y también lo sabía cuando contrató a Alton —dijo Sam—. El reportaje de la foto en la que Lewis aparecía era otra invención.

—Todo concebido para involucrarlos en la recuperación del Hombre Dorado —añadió Karna—. Ese King no es una lumbrera, ¿verdad? Esperaba que ustedes vinieran aquí a rescatar a su amigo, que retomaran la búsqueda del Theurang sin desconfiar y que llevaran a los gemelos directos a él.

—Eso parece —respondió Remi—. Los planes mejor trazados...

—Por cretinos palurdos y odiosos vástagos —concluyó Karna—. La principal pregunta es: ¿por qué el Theurang es tan importante para King? No creerán que es una especie de nazi encubierto que recoge la bandera de la expedición de su padre, ¿verdad?

—No —dijo Sam—. Hemos empezado a preguntarnos si simplemente es una obsesión o un negocio paralelo como el tráfico de fósiles. De un modo u otro, los King han secuestrado y asesinado por el Theurang.

—Por no hablar de la gente a la que han esclavizado —añadió Remi—. Las personas que estaban en el yacimiento no pueden entrar y salir de él a su antojo.

—Eso, también. Sean cuales sean sus motivos, no podemos permitir que el Hombre Dorado caiga en sus manos.

Karna cogió su taza de té y la alzó en un brindis.

—Está decidido, entonces: estamos en guerra con la familia King. ¿Todos para uno?

Sam y Remi alzaron sus tazas y dijeron al unísono:

—Y uno para todos.

—Cuéntenme más sobre la cámara funeraria que descubrieron —dijo Karna—. No se dejen nada en el tintero.

Remi describió brevemente el hueco que habían encontrado en la cueva del cañón de Chobar. Luego sacó su iPad de la mochila, abrió la galería de fotos con las instantáneas que había tomado durante la exploración y se lo dio a Karna.

Fascinado por el iPad, el hombre se pasó un minuto dándole vueltas en sus manos y jugando con el interfaz antes de mirar, con los ojos muy abiertos, a Sam y a Remi.

—Tengo que comprarme uno de éstos. Está bien... vamos al asunto.

Se pasó los siguientes diez minutos examinando las fotos de Remi, recorriéndolas de cabo a rabo y enfocándolas con el zoom, chasqueando la lengua y murmurando palabras como «maravilloso» o «increíble». Al final, devolvió el iPad a Remi.

—Han hecho ustedes historia —dijo Karna—. Aunque no creo que el mundo exterior comprenda la importancia del hallazgo, la gente de Mustang y de Nepal sin duda la entenderá. De hecho, lo que tienen aquí es el lugar de reposo definitivo de un centinela. Los cuatro caracteres grabados en la tapa de la caja... ¿Tiene fotos más nítidas de esa parte?

—No, lo siento.

—¿Dónde está la caja ahora mismo?

—En San Diego, con Selma, nuestra jefa de investigación —contestó Sam.

—Dios mío. ¿Esa mujer está...?

—Totalmente cualificada —terció Remi—. Está intentando abrirla... con cuidado, sin dañarla.

—Muy bien. Yo puedo ayudarla.

—¿Sabe lo que hay dentro?

—Puede. Volveré a ese punto en breve. ¿Qué les contó Sushant de los centinelas y del Theurang?

—Nos dio una buena visión de conjunto —dijo Remi—, pero dejó claro que usted es el experto.

—Muy cierto. Bueno, los centinelas eran los guardianes del Theurang. Ese honor se transmitía de padre a hijo. Estaban adiestrados desde los seis años con un único objetivo. El decreto de Himanshu de mil cuatrocientos veintiuno se promulgó una de las cuatro veces que el Theurang ha sido evacuado de Lo Monthang. Las tres ocasiones anteriores, todas previas a una invasión, acabaron favorablemente y con posterioridad el Theurang fue devuelto a la capital. Sin embargo, la invasión de mil

cuatrocientos veintiuno fue un caso distinto. El «mariscal del ejército» en aquella época, Dolma, convenció al rey y a sus asesores de que la invasión sería diferente. Estaba seguro de que supondría el principio de la desaparición de Mustang. Por no hablar de la profecía.

—¿La profecía? —preguntó Sam.

—Sí. Les ahorraré los detalles, la mayoría de ellos relacionados con leyendas y numerología budistas, pero la profecía afirmaba que llegaría el día de la caída del Reino de Mustang, y la única forma de que resurgiera era que el Theurang volviera a su lugar de origen.

—¿Aquí? —dijo Remi—. Es lo que Sushant nos dijo.

—Mi querido amigo está equivocado. En realidad, él no tiene la culpa. La historia popular de Mustang y del Theurang es incompleta a lo sumo. Primero, deben entender una cosa: los habitantes de Mustang nunca se han considerado los dueños del Hombre Dorado, sino más bien sus vigilantes. ¿Cómo les describió exactamente Sushant el carácter del Theurang?

—¿Su aspecto?

—No, su... carácter.

—Creo que el término que usó fue «dador de vida».

Karna consideró aquella información un momento y acto seguido se encogió de hombros.

—Como metáfora, quizá. Señora Fargo, usted ha estudiado antropología, ¿verdad?

—Así es.

—Bien, bien. Un momento, por favor.

Karna se levantó y desapareció por el pasillo lateral. Oyeron el sonido de unos libros siendo arrastrados sobre un estante, y a continuación Karna regresó con dos tomos encuadernados en piel y una carpeta de manila de dos centímetros de grosor. Se sentó otra vez, hojeó los libros hasta que encontró las páginas que buscaba y los colocó boca abajo a un lado, en el suelo.

—El Reino de Mustang nunca ha sido un lugar majestuoso —dijo—. La arquitectura es funcional, modesta (como su gente), pero hace mucho tiempo era un pueblo muy culto y aventajaba al mundo occidental en muchos aspectos.

Karna se volvió hacia Remi.

—Usted es antropóloga. ¿Qué sabe de Ardi? —preguntó.

—¿El hallazgo arqueológico?

—Desde luego.

Remi pensó un momento.

—Hace bastante tiempo que leí las crónicas sobre el caso, pero le diré lo que recuerdo: Ardi es el sobrenombre de un fósil de cuatro millones y medio de años



encontrado en Etiopía. Si no me falla la memoria, su nombre científico es *Ardipithecus ramidus*.

»Aunque se ha debatido mucho sobre el hallazgo, la opinión general es que Ardi constituye una especie de eslabón perdido en la evolución humana: un puente entre los primates superiores, como los monos, los simios y los humanos, y sus parientes más lejanos, como los lémures.

—Muy bien. ¿Y sus características?

—El esqueleto es similar al de un lémur, pero con rasgos de primate: manos prensiles, pulgares oponibles, dedos sin garras y con uñas, y extremidades cortas. ¿Me he dejado algo?

—Sobresaliente —respondió Karna. Abrió el sobre de manila, sacó una fotografía de veinte por veinticinco y se la ofreció a Sam y a Remi—. Éste es Ardi.

Tal como Remi había descrito, el animal fosilizado, que yacía de lado en la tierra, parecía un cruce entre un mono y un lémur.

—Esto es una ilustración popular del Theurang.

Extrajo un trozo de papel de la carpeta y se lo pasó. La impresión en color mostraba un dibujo de una criatura parecida a un gorila con unos brazos enormes y una cabeza gruesa dominada por una ancha boca llena de colmillos y una enorme lengua que sobresalía de ella. En lugar de apoyarse en unas piernas, se sustentaba en una musculosa columna que acababa en un solo pie palmeado.

—¿Detectan algún parecido con Ardi? —preguntó Karna.

—No —respondió Sam—. Este parece un dibujo animado.

—Desde luego. Procede de una leyenda protagonizada por el primer rey del Tíbet, Nyatri Tsenpo, quien se decía que había descendido del Theurang. En el Tíbet, el Theurang se convirtió a lo largo de los milenios en una especie de hombre del saco. Sin embargo, la versión de Mustang es totalmente distinta.

Karna cogió uno de los libros y se lo dio a Sam y a Remi.

El ejemplar estaba abierto por una página con un dibujo tosco pero muy estilizado. El tono era decididamente de carácter budista, pero el sujeto de la ilustración era inconfundible.

—¿Ardi? —murmuró Remi.

—Sí —contestó Karna—. Como si de repente hubiera cobrado vida. En mi opinión, éste es el retrato más fiel del Theurang. Lo que están observando, señor y señora Fargo, es el Hombre Dorado.

Sam y Remi permanecieron en silencio un minuto entero mirando fijamente el dibujo y tratando de asimilar las palabras de Karna. Al final, Sam dijo:

—No estará insinuando que esta criatura estaba...

—¿Viva en el Mustang de la época? No, por supuesto que no. Sospecho que el

Theurang es un primo lejano de Ardi, probablemente un eslabón perdido muy posterior, pero desde luego tiene millones de años de antigüedad. Tengo otros dibujos en los que aparece el Theurang con todos los atributos de Ardi: las manos prensiles y los pulgares oponibles. En otras ilustraciones está representado con unos rasgos faciales más propios de un primate.

—¿Por qué se llama el Hombre Dorado? —preguntó Sam.

—Según la leyenda, cuando el Theurang fue expuesto en el Palacio Real de Lo Monthang, fue totalmente reconstruido de tal forma que parecía humano. En mil trescientos quince, poco después de que se fundara Lo Monthang, el primer rey de Mustang, Ame Pal, decidió que el aspecto del Theurang no era lo bastante imponente. Mandó que bañaran en oro los huesos y que decoraran con piedras preciosas las cuencas oculares, así como las puntas de los dedos. Los dientes, que según se decía se habían conservado prácticamente intactos, fueron cubiertos de pan de oro.

—Debía de ser todo un espectáculo —dijo Remi.

—Yo diría que chabacano —contestó Karna—, pero ¿quién soy yo para llevar la contraria a Ame Pal?

—¿Está insinuando que la gente de este lugar desarrolló una teoría de la evolución antes que Darwin? —dijo Remi.

—¿Una teoría? No. ¿Una creencia firme? Desde luego. En los casi cuarenta años que he pasado aquí, he encontrado textos e ilustraciones que ponen de manifiesto que la gente de Mustang creía firmemente que el hombre nació de animales anteriores: primates, en concreto. Puedo enseñarles murales de cuevas que representan una clara línea de progresión desde formas inferiores hasta el hombre moderno. Y lo que es más importante, pese a la creencia popular: el Theurang no era venerado en un sentido religioso, sino más bien en uno histórico.

—¿Dónde se originó la leyenda? —preguntó Sam—. ¿Dónde y cuándo encontraron el Theurang?

—Nadie lo sabe... o, al menos, nadie que yo haya encontrado. Espero que antes de morir pueda responder a esa pregunta. Tal vez su descubrimiento sea la pieza del rompecabezas que falta.

—¿Cree que el Theurang se halla en la caja que encontramos?

—No a menos que se hubiera cometido un terrible error. Una de las técnicas que los centinelas tenían que dominar era la navegación celestial. No, estoy totalmente seguro de que encontraron al centinela donde lo encontraron porque era a donde le habían mandado que fuera.

—Entonces ¿qué cree que hay dentro?

—O no hay nada o hay alguna pista del lugar de origen del Theurang: el sitio al que supuestamente fue llevado en mil cuatrocientos veintiuno.

—¿Qué tipo de pista? —preguntó Remi.

—Un disco de aproximadamente diez centímetros de diámetro labrado en oro y grabado con alguna clase de símbolos. Usado en combinación con otros discos y con un mapa especial, señalaría el lugar de reposo final del Theurang.

—¿No sabe nada más al respecto? —preguntó Sam.

—Sé el nombre del lugar.

—¿Cuál es?

—La traducción antigua es un poco complicada, pero lo conocerán por su famoso sobrenombre: Shangri-La.

## Capítulo 20

### *Lo Monthang, Mustang, Nepal*

—Veo por sus expresiones que creen que les estoy tomando el pelo —dijo Karna.

—No nos parece una clase de persona aficionada a tomar el pelo a la gente —contestó Sam—, pero tiene que reconocer que Shangri-La es un cuento.

—¿Ah, sí? ¿Qué sabe al respecto?

—Es una utopía, un lugar ficticio: un valle ubicado en el Himalaya lleno de gente absurdamente feliz y libre de preocupaciones.

—Y olvidas inmortal —apuntó Remi.

—Cierto. E inmortal.

—Eso es la Shangri-La descrita en la novela que James Hilton escribió en mil novecientos treinta y tres, Horizontes perdidos. Otro ejemplo de cómo la cultura popular hace propia una historia fascinante (y posiblemente verdadera) y la adultera.

—Somos todo oídos —dijo Remi.

—En muchas culturas asiáticas se encuentran menciones de Shangri-La, y sus análogos. Los tibetanos se refieren a ella como Nghe-Beyul Khimpalung. Creen que se encuentra en la región de Makalu-Barun o en los montes Kunlun o, la candidata más reciente, en la antigua ciudad de Tsaparang, en el oeste del Tíbet. También se han propuesto como su auténtica ubicación varios lugares de India, además de docenas de China, entre ellos Yunnan, Sichuan, Zhongdian... Añadan a la lista Bután y el valle de Hunza, en el norte de Pakistán.

»Ahora viene lo interesante: como saben, a los nazis les volvía locos el ocultismo. La expedición en la que participó Lewis “Bully” King en mil novecientos treinta y ocho... Uno de sus objetivos era encontrar Shangri-La. Estaban convencidos de que sería el hogar de una antigua raza superior, los arios que no habían sido mancillados por el tiempo y las impurezas genéticas.

—No lo sabíamos —dijo Remi.

—Tal vez el rey Charles no estaba buscando solamente el Theurang, sino también Shangri-La —apuntó Karna.

—Todo es posible —contestó Sam—. Pero King no me parece alguien que crea en lo fantástico, tanto si es verdadero como si no. Si no puede tocar algo, verlo u olerlo...

—O venderlo —añadió Remi.

—O venderlo, no le interesa —concluyó Sam—. ¿Qué cree usted, Karna?

Supongo que considera que es real. De todas las posibilidades que ha planteado, ¿cuál encaja?

—Ninguna de las anteriores. Mi investigación y mi instinto me dicen que para la gente de Mustang, Shangri-La representaba un manantial: tanto el lugar de origen como el de reposo eterno del Theurang, un animal que consideraban su antepasado universal. Sospecho que lo que hoy llamamos Shangri-La era donde fue originalmente descubierto el Theurang. No sé cuánto tiempo hace de eso, pero es lo que creo.

—¿Y si tuviera que apostar por su ubicación? —preguntó Remi.

—En mi opinión la clave está en la etimología tibetana: shang, que también es tsang, combinado con ri, significa «montaña», y la significa «paso».

—Entonces, paso de montaña de Tsang —dijo Remi.

—No exactamente. En el dialecto real del antiguo Mustang, la también significa «desfiladero» o «cañón».

—El cañón del Tsangpo —contestó Sam—. Es mucho territorio. ¿Cuánto mide el río que lo recorre, el Yarlung Tsangpo? ¿Doscientos kilómetros?

—Doscientos cuarenta —respondió Karna—. Más grande que su Gran Cañón en muchos aspectos. Y las montañas están cubiertas de bosques. Es uno de los terrenos más impresionantes del mundo.

—Si está en lo cierto con respecto a la ubicación y la leyenda —dijo Remi—, no me extraña que Shangri-La haya permanecido oculta todo este tiempo.

Karna sonrió.

—Aquí sentados, puede que estemos más cerca de encontrarla (y también al Hombre Dorado) que nadie en la historia.

—Más cerca, tal vez —contestó Sam—, pero todavía no la hemos encontrado. Ha dicho que necesitamos los tres discos. Supongamos que el cofre que tiene Selma contiene uno de ellos. Seguiremos necesitando los otros dos.

—Y el mapa —dijo Remi.

—El mapa es el menor de nuestros problemas —dijo Karna—. He localizado cuatro candidatos, uno de los cuales estoy seguro de que nos será útil. En cuanto a los otros dos discos... ¿Qué les parecen los Balcanes?

Sam y Remi intercambiaron una mirada.

—Una vez comimos un plato de cordero pésimo en Bulgaria, pero aparte de eso, no tenemos nada en contra del lugar.

—Me alegro de saberlo —dijo Karna con una sonrisa pícaro—. Lo que estoy a punto de contarles no lo he compartido con nadie. Pese a la gran estima en que me tienen aquí, no estoy seguro de cómo recibirían mis compatriotas adoptivos mi teoría.

—Repetimos, somos todo oídos —dijo Sam.

—Hace unos años descubrí unos textos que creo que fueron escritos por el

secretario personal al rey durante las semanas que precedieron a la invasión de mil cuatrocientos veintiuno.

—¿Qué clase de textos?

—Una especie de diario personal. Por supuesto, el rey había sido informado del poder del ejército invasor, y creía en la profecía según la cual se avecinaba la desaparición de Mustang. Además, tenía sus dudas acerca de si los centinelas cumplirían con su deber. Consideraba que lo tenían todo en contra. También estaba convencido de que alguien de su círculo íntimo se había convertido en un traidor y estaba pasando información al enemigo.

»Asignó en secreto al mejor de los centinelas (un hombre conocido como Dhakal) la tarea de transportar el Theurang a Shangri-La. En dos de los tres cofres que aparentemente contenían los discos, colocó falsificaciones. Solo uno era el auténtico.

—¿Y los otros dos discos? —preguntó Remi.

—Fueron entregados a sendos sacerdotes de la Iglesia ortodoxa oriental.

Remi y Sam tardaron en contestar. La incongruencia de Karna había sido tan repentina que no estaban seguros de haberle oído correctamente.

—¿Puede repetirlo? —pidió Sam.

—Un año antes de la invasión, un par de sacerdotes de la Iglesia ortodoxa oriental visitaron Lo Monthang.

—Era el siglo quince —dijo Remi—. En esa época, la sede más cercana de la Iglesia debía de estar...

Su voz se fue apagando, y se encogió de hombros.

—En el actual Uzbekistán —respondió Karna—. A dos mil doscientos kilómetros de aquí. Y respondiendo a su pregunta, no, no he encontrado ninguna referencia en las historias de la Iglesia ortodoxa oriental a unos misioneros que viajaran tan al este. Pero tengo algo mejor. Llegaré a ese punto en breve.

»Según el diario del rey, recibió a los misioneros en su corte, y pronto se hicieron amigos. Meses después de su llegada, hubo un atentado contra la vida del rey. Los sacerdotes acudieron en su ayuda, y uno de ellos resultó herido. El rey se convenció de que esos dos extranjeros formaban parte de la profecía y habían sido enviados para garantizar que algún día el Theurang pudiera ser devuelto a Lo Monthang.

—De modo que les dio un disco a cada uno para que los tuvieran bajo su custodia y los mandó de vuelta a su país de origen respectivo antes de la invasión —aventuró Remi.

—Exacto.

—Por favor, dígame que ha encontrado referencias a esos hombres en alguna parte —solicitó Sam.

Karna sonrió.

—Las he encontrado. Los padres Besim Mala y Arnost Deniv. Los dos nombres

aparecen en documentos de la Iglesia del siglo quince. Ambos fueron enviados a Samarcanda, en Uzbekistán, en mil cuatrocientos catorce. Con la muerte de Genghis Khan, el debilitamiento del Imperio mongol y el ascenso de Tamerlán, la Iglesia ortodoxa oriental tenía interés por divulgar el cristianismo a los paganos.

—¿Qué fue de nuestros intrépidos sacerdotes? —preguntó Remi.

—Mala murió en mil cuatrocientos treinta y seis en la isla albana de Sazani. Deniv murió seis años más tarde en Sofía, Bulgaria.

—La cronología coincide —dijo Sam—. Si se marcharon de Lo Monthang en mil cuatrocientos veintiuno, habrían vuelto a los Balcanes aproximadamente un año más tarde.

Sam y Remi se quedaron callados, absortos en sus pensamientos.

—Una historia fantástica, ¿verdad? —dijo Karna.

—Me alegro de que lo diga —contestó Sam—. No quería ser grosero.

—No me ofendo. Sé lo que parece. Y hace bien en mostrarse escéptico. Yo mismo me pasé el primer año después de encontrar el diario intentando desacreditarlo sin éxito. Les propongo lo siguiente: le entregaré mis apuntes de la investigación a esa Selma de la que han hablado. Si ella puede rebatir mi teoría, que así sea. Si no, entonces...

—Balcanes, allá vamos —dijo Remi.

Karna fue a su habitación y cogió su ordenador portátil, un Apple MacBook Pro con una pantalla de diecisiete pulgadas, que colocó sobre la mesita para el café que tenían frente a ellos. Conectó un extremo del cable de red al puerto del portátil y el otro a una roseta que Sam y Remi supusieron subía hasta una antena parabólica.

Pronto la cara de Selma apareció en la ventana de iChat. Situados detrás de ella, mirando por encima de sus hombros, se hallaban Pete Jeffcoat y Wendy Corden. De fondo, la sala de trabajo en la residencia de los Fargo en San Diego. Como era de esperar, Selma llevaba puesto su uniforme de día: gafas con montura de carey colgadas de una cadena y una camiseta de manga corta desteñida.

Adaptándose al retraso de tres segundos de la transmisión por satélite, Remi hizo las presentaciones y puso al día a Selma y a los demás. Como era costumbre en ella, Selma no hizo preguntas durante la explicación de Remi, y después estuvo callada un minuto entero cotejando mentalmente la información.

—Interesante —fue todo cuanto dijo.

—¿Eso es todo? —preguntó Sam.

—Bueno, supongo que ya le habrán dicho al señor Karna, con la diplomacia que les caracteriza, lo disparatado que parece.

Al oír eso, Jack Karna soltó una risita.

—Ya lo creo, señora Wondrash.

—Selma.

—Lámeme Jack, entonces.

—¿Tiene digitalizado su material de investigación?

—Por supuesto.

Selma proporcionó a Karna un enlace al servidor de la oficina y dijo:

—Súbalo al servidor y empezaré a estudiarlo. Mientras tanto, pasaré el cofre a Pete y a Wendy. Los tres podrán pensar cómo abrirlo.

Karna tardó veinte minutos en subir todos los apuntes de su investigación. Una vez hecho eso, y después de insistir a Sam y a Remi hasta que se echaron una siesta en el cuarto de huéspedes, Karna, Pete y Wendy se pusieron a trabajar en la caja. Antes que nada, Karna pidió que le dejaran ver las fotos aumentadas del cofre, incluidos primeros planos de los caracteres grabados.

Las escudriñó en la pantalla de su ordenador portátil, inclinando la cabeza alternativamente a un lado y al otro, hasta que murmuró algo entre dientes. Se levantó de repente, se marchó por el pasillo y volvió un minuto más tarde con un pequeño libro encuadernado en tela roja. Lo hojeó durante varios minutos antes de gritar:

—¡Ajá! Justo lo que pensaba: los caracteres derivan del lowa y de otro dialecto real. La inscripción está pensada para ser leída en vertical, de derecha a izquierda. La traducción aproximada es:

*Por el cumplimiento, la prosperidad. Por la resistencia, el tormento...*

—Creo que he leído eso en un libro de autoayuda —dijo Wendy.

—No me cabe duda —dijo Karna—, pero en este caso pretende ser una advertencia... una maldición. Sospecho que esos caracteres fueron grabados en cada una de las cajas de los centinelas.

—En pocas palabras: «Si llevas esto a tu destino, encontrarás la felicidad; si interfieres o lo impides, estás jodido».

—Impresionante, jovencito —dijo Karna—. No son las palabras que yo usaría, por supuesto, pero has captado lo esencial del mensaje.

—¿Iba dirigido a los centinelas? —preguntó Wendy.

—No, no lo creo. Estaba pensado para el enemigo o para cualquiera que se hiciera con las cajas por medios ilícitos.

—Pero si el dialecto es tan poco conocido, ¿quién aparte de la realeza de Mustang habría podido entender la advertencia?

—Eso no viene al caso. La maldición se mantiene; a la porra la ignorancia.

—Qué contundente —dijo Pete.



—¿Examinamos más detenidamente el cofre? En una de las fotos de Remi, me he fijado en la junta diminuta que hay en un borde inferior de la caja.

—Yo también me he fijado —contestó Wendy—. Espere, tenemos un primer plano...

Después de hacer clic con el ratón, la imagen en cuestión ocupó la pantalla de Karna. Estudió la foto varios minutos antes de decir:

—¿Veis la junta a la que me refiero? ¿La que parece una serie de ocho rayas?

—Sí —respondió Pete.

—¿Y la junta entera que tiene enfrente?

—Ya la veo.

—Olvidaos de ésa. Es un señuelo. Si no me equivoco, la junta de las rayas es una especie de cerradura de combinación.

—Las rendijas son casi tan finas como el papel —dijo Wendy—. ¿Cómo se puede...?

—Yo diría que son de unos dos milímetros. Hace falta una especie de cuña hecha con un tipo de metal, o con una aleación, fino pero resistente. Dentro de cada una de esas rayas habrá una pestaña de latón o de bronce, cada una con tres posiciones: arriba, en medio y abajo.

—Espere —dijo Wendy—. Estoy calculando... Eso son más de seis mil quinientas posibles combinaciones.

—No hay que desmoralizarse —apuntó Pete—. Con suficiente paciencia y tiempo, podrías acabar abriéndola.

—Cierto, de no ser por un hecho —contestó Karna—: Solo puedes intentarlo una vez. Si no introduces la combinación correcta, el mecanismo interno se bloquea.

—Eso complica mucho las cosas.

—Todavía no hemos empezado a tratar las complicaciones, muchacho. Una vez superada la combinación, empieza el verdadero desafío.

—¿Cómo? —preguntó Wendy—. ¿Qué?

—¿Sabes lo que es una caja rompecabezas china?

—Sí.

—Piensa en lo que tienes delante como la madre de las cajas rompecabezas. Da la casualidad de que creo que tengo la combinación del primer mecanismo de cierre. ¿Empezamos...?

Tres horas más tarde Sam y Remi, debidamente despiertos, refrescados y pertrechados de tazas de té, se reunieron con Karna ante su ordenador portátil a tiempo para oír a Pete exclamar a través de la ventana de iChat:

—¡Lo tengo!

En la pantalla, él y Wendy estaban inclinados sobre la mesa de trabajo, con la caja

de los centinelas en medio. El cofre se hallaba radiantemente iluminado por una lámpara halógena situada en el techo.

Otra ventana de iChat apareció en la pantalla, ésta con la cara de Selma.

—¿Qué es lo que tienes?

—Es una caja rompecabezas china —contestó Wendy—. Cuando hemos resuelto la combinación, se ha abierto de pronto un pequeño tablero. Dentro había tres interruptores de madera. Siguiendo las indicaciones de Jack, hemos activado uno. Se ha abierto otro tablero, han aparecido más interruptores, y así sucesivamente... ¿Cuántos pasos llevamos, Jack?

—Sesenta y cuatro. Falta uno. Si hemos hecho bien nuestro trabajo, se abrirá. Si no, puede que perdamos el contenido para siempre.

—Explíquenos eso —dijo Sam.

—Dios mío, se me olvidó mencionar la trampa, ¿verdad? Lo siento.

—Hágalo ahora —dijo Remi.

—Si la caja contiene un disco, estará suspendido en medio del compartimiento principal. A los lados del mismo habrá frasquitos de cristal llenos de líquido corrosivo. Si el último movimiento no es el correcto, o intentáis abrir el compartimiento a la fuerza... —Karna emitió un sonido susurrante—. Acabaréis con un trozo de oro no identificable.

—Espero equivocarme —terció Selma—, pero no creo que ahí dentro haya un disco.

—¿Por qué? —preguntó Pete.

—Cuestión de probabilidades. Sam y Remi se tropiezan con la única caja de los centinelas que se ha encontrado jamás, ¿y da la casualidad de que contiene el único disco auténtico del lote?

—Pero no se tropezaron con ella, ¿verdad? —dijo Karna—. Estaban siguiendo los pasos de Lewis King: un hombre que se había pasado al menos once años buscando el Theurang. Fueran cuales fuesen sus motivos, dudo que aquel día en el cañón de Chobar estuviera buscando inútilmente. Parece que no encontró la cámara funeraria del centinela, pero sospecho que no había ido allí a por una caja vacía.

Selma consideró aquella información.

—Lógico —fue todo cuanto dijo.

—Solo existe una forma de averiguarlo —dijo Sam—. ¿Quién va a hacer los honores? ¿Pete... Wendy?

—Si algo soy es caballeroso —dijo Pete—. Adelante, Wendy.

Wendy respiró hondo, introdujo las manos en la caja y activó el interruptor adecuado. Una trampilla rectangular de unos dos centímetros y medio de ancho se abrió junto a sus dedos.

—Ahora desliza suavemente el dedo meñique por el interior de la caja hasta que

palpes un botón cuadrado.

Wendy hizo lo que Karna le indicó.

—Vale, ya lo tengo.

—Desliza ese botón... Déjame ver... Deslízalo a la derecha... ¡no, a la izquierda!

Deslízalo a la izquierda.

—A la izquierda —repitió Wendy—. ¿Está seguro?

Karna vaciló un instante y acto seguido asintió firmemente con la cabeza.

—Sí, a la izquierda.

—Allá voy.

Sam y Remi oyeron por el altavoz del portátil un sonido de madera.

—¡La tapa se ha abierto! —gritó Wendy.

—Ahora levanta con cuidado la tapa manteniéndola recta. Si el disco está ahí, estará suspendido de la parte inferior.

Wendy empezó a levantar la tapa centímetro a centímetro, moviéndose con exagerada lentitud.

—Tiene algo que pesa.

—Que no se balancee —susurró Karna—. Un poco más...

—Veo un cordón colgando —dijo Pete con voz ronca—. Parece una cuerda de tripa o algo por el estilo.

Wendy siguió levantando la tapa.

La luz halógena reflejó algo sólido, un borde curvado, un destello dorado.

—Prepárate, Peter —dijo Karna.

Wendy levantó la tapa hasta el final. El resto de cordón salió de la caja. Colgando de su extremo se hallaba el premio, un disco dorado de diez centímetros.

Peter alargó las manos enfundadas en unos guantes de látex. Wendy bajó el disco hasta colocarlo en sus palmas, y él lo trasladó a una bandeja forrada de gomaespuma que había sobre la mesa.

El grupo dejó escapar un suspiro colectivo.

—Ahora viene la parte difícil —dijo Karna.

—¿Qué? —dijo Wendy, irritada—. ¿Ésta no era la parte difícil?

—Me temo que no, querida. Ahora debemos averiguar si tenemos el disco auténtico.

## Capítulo 21

### *Vlorë, Albania*

El reloj del salpicadero del Fiat marcaba justamente las nueve de la mañana cuando Sam y Remi pasaban por delante del letrero de bienvenida de Vlorë. La segunda ciudad más grande de Albania, con cien mil habitantes, se hallaba asentada en una bahía de la costa occidental con vistas al Adriático y de espaldas a las montañas.

Y con suerte, esperaban Sam y Remi, Vlorë seguiría siendo el hogar de uno de los discos de los centinelas.

Una hora después de que Wendy y Pete hubieran extraído el disco del Theurang de la caja y se hubieran puesto a determinar su origen con Karna, la cara de Selma volvió a aparecer en una ventana de iChat en la pantalla del portátil de Karna.

—Jack, sus métodos de investigación son impecables —dijo con su característico estilo seco—. Sam, Remi, creo que su teoría sobre los dos sacerdotes tiene fundamento. Si podremos encontrar a los sacerdotes y los otros dos discos es harina de otro costal.

—¿Qué más has descubierto? —preguntó Sam.

—En el momento de sus muertes, tanto Besim Mala como Arnost Deniv habían sido ascendidos a obispos y eran muy respetados en sus comunidades. Los dos habían contribuido a fundar iglesias, escuelas y hospitales en sus respectivos países de origen.

—Lo que hace pensar que sus sepulturas podían ser más complejas que un rectángulo de un metro ochenta de hondo en la tierra —dijo Karna.

—No he encontrado ninguna referencia a los detalles, pero su razonamiento es intachable —contestó Selma—. En los siglos quince, dieciséis, la IOO...

—¿La qué? —preguntó Remi.

—La Iglesia ortodoxa oriental. La IOO, sobre todo la que tenía sede en los Balcanes y el sur de Rusia, acostumbraba celebrar esas muertes con gran pompa. Las criptas y los mausoleos eran el método de enterramiento habitual.

—La pregunta es —dijo Karna—: ¿Dónde fueron enterrados exactamente?

—Todavía estoy haciendo averiguaciones sobre Deniv, pero según documentos de la Iglesia, el último destino de Besim Mala fue Vlorë, en Albania.

Como tenían que matar el tiempo hasta que Selma les facilitara una zona de búsqueda

más concreta, Sam y Remi se pasaron una hora recorriendo Vlorë, maravillándose de su arquitectura bellamente combinada que parecía al mismo tiempo griega, italiana y medieval. Poco antes del mediodía, entraron en el aparcamiento del hotel Bologna, que daba a las azules aguas del puerto, y se sentaron en un café al aire libre bordeado de palmeras.

El teléfono por satélite de Sam sonó. Era Selma. Sam conectó el manos libres.

—Jack está también en línea —dijo Selma—. Tenemos...

—Si nos vas a dar a escoger entre buenas y malas noticias, Selma, dánoslas todas —contestó Remi—. Estamos demasiado cansados para elegir.

—En realidad solo tenemos buenas noticias... o buenas en potencia, claro.

—Dispara —dijo Sam.

—Creo que el disco del centinela es auténtico —informó Jack Karna—. No podré estar completamente seguro hasta que lo coteje con los mapas de los que les hablé, pero soy optimista.

—En cuanto a la última morada de Besim Mala —dijo Selma—, puedo reducir la zona de búsqueda a un kilómetro cuadrado, más o menos.

—¿Está bajo el agua? —preguntó Sam con escepticismo.

—No.

—¿En un pantano plagado de caimanes? —terció Remi.

—No.

—A ver si lo adivino —dijo Sam—. Una cueva. Está en una cueva.

—Tercer fallo —respondió Karna—. En base a nuestra investigación, creemos que el obispo Mala fue enterrado en el cementerio del monasterio de Santa María de la isla de Zverec.

—¿Dónde está eso? —preguntó Remi.

—Nueve kilómetros al norte costa arriba. Busquen un lugar con conexión *Wi-Fi*, y le descargaré los detalles en su iPad, señora Fargo.

Sam y Remi hicieron una breve pausa para relajarse en el café del hotel. Pidieron una sabrosa comida albana compuesta de albóndigas de cordero aromatizadas con menta y canela, masa horneada con espinacas sazonadas, y zumo de uva mezclado con azúcar y mostaza. Dio la casualidad de que el café tenía conexión *Wi-Fi* gratuita, de modo que entre bocado y bocado de la deliciosa comida examinaron con detenimiento su paquete de viaje, como Selma lo llamaba. Como era de esperar, la información era exhaustiva, con indicaciones para desplazarse en coche, datos de historia local y un mapa de los jardines del monasterio. El único detalle que su investigadora jefe no pudo encontrar era la situación exacta de la tumba del obispo Mala.

Después de pagar la cuenta, Sam y Remi se dirigieron al norte con el Fiat. A los

dieciséis kilómetros, entraron en el pueblo de Zvernec y siguieron un solitario indicador hasta la laguna de Narta. Se trataba de una laguna grande, con unos treinta kilómetros cuadrados de extensión.

Tras meterse en el camino de tierra que rodeaba la laguna, Sam se dirigió al norte hasta que llegaron a un aparcamiento de grava en una parcela de tierra que sobresalía de la laguna. El aparcamiento estaba vacío.

Sam y Remi salieron del Fiat y estiraron las piernas. Hacía calor para esa época del año, veintiún grados, y el sol brillaba en el cielo, con solo unas cuantas nubes ondulantes que avanzaban hacia el interior.

—Supongo que eso es nuestro destino —dijo Remi, señalando con el dedo.

En la orilla, un estrecho puente peatonal llevaba a la isla de Zvernec, situada a ochocientos metros, donde se encontraba el monasterio de Santa María, un conjunto de edificios religiosos de estilo medieval que ocupaban un triángulo de hierba de casi una hectárea en la línea de la costa.

Se dirigieron andando a la cabeza del puente, donde Remi se detuvo y se lo quedó mirando con nerviosismo. Era evidente que las destartadas pasarelas con las que se habían encontrado primero en el cañón de Chobar y luego camino del yacimiento secreto de King en el valle de Langtang le habían causado más impacto de lo que creía.

Sam regresó a donde ella estaba y le rodeó los hombros con el brazo.

—Es sólido. Soy ingeniero, Remi. Ese monasterio es una atracción turística. Decenas de miles de personas cruzan este puente cada año.

Ella lo miró de soslayo con los ojos entornados.

—No me estarás dando coba, ¿verdad, Sam Fargo?

—Yo no haría eso.

—Podrías.

—No esta vez. Vamos —dijo él con una sonrisa alentadora—. Lo cruzaremos juntos. Será como pasear por una acera.

Remi asintió con la cabeza firmemente.

—Volvemos a las andadas.

Sam le cogió la mano y empezaron a cruzar el puente. A mitad de camino, ella se detuvo súbitamente. Sonrió.

—Creo que estoy mucho mejor.

—¿Curada?

—Yo no diría tanto, pero estoy bien. Sigamos adelante.

Al cabo de un par de minutos habían llegado a la isla. De lejos, los edificios religiosos parecían casi immaculados: muros de roca blanqueados por el sol y tejados de tejas rojas. Una vez que estuvieron delante de las construcciones, a Sam y a Remi les quedó claro que los edificios habían visto días mejores. A los tejados les faltaban

tejas, y varios muros estaban combados o parcialmente desmoronados. A un campanario le faltaba todo el tejado, y su campana colgaba de lado de la viga de sujeción.

Un pulcro camino de tierra serpenteaba a través de los jardines. Aquí y allá había palomas apiñadas en los aleros, arrullando y mirando imperturbables a los dos nuevos visitantes de la isla.

—Yo no veo a nadie —dijo Sam—. ¿Y tú?

Remi negó con la cabeza.

—En el informe de Selma dice que hay un vigilante pero que no hay oficina de turismo.

—Entonces exploremos —dijo Sam—. ¿Cuánto mide la isla?

—Cuatro hectáreas.

—No debería llevarnos mucho tiempo encontrar el cementerio.

Después de dar un rápido paseo por cada uno de los edificios, siguieron el sendero hasta el bosque de pinos situado más allá del claro. Una vez que estuvieron dentro de la línea de vegetación, el sol se atenuó y los troncos parecieron cerrarse en torno a ellos. Era un antiguo bosque virgen, con marañas de matorrales que les llegaban hasta las rodillas y tantos troncos y tocones podridos que dificultaban el paso. Después de varios cientos de metros, el sendero se bifurcó.

—Evidentemente no hay ningún letrero —dijo Remi.

—Lanza una moneda imaginaria.

—Izquierda.

Tomaron el desvío de la izquierda y siguieron el sinuoso sendero antes de llegar a un destartalado muelle medio podrido que daba a un pantano.

—Mala elección —dijo Remi.

Dieron marcha atrás hasta la bifurcación y enfilaron el sendero de la derecha. El camino los llevó al nordeste, cada vez más dentro del bosque, hacia la parte más extensa de la isla.

Sam se adelantó a paso ligero en misión de reconocimiento. Se volvió y gritó a Remi:

—¡He visto un claro!

Momentos más tarde apareció a la vuelta de un recodo del sendero y se detuvo delante de ella. Estaba sonriendo. De oreja a oreja.

—Por lo general no te entusiasmas tanto con los claros —dijo Remi.

—Sí cuando el claro tiene lápidas.

—Adelante, *bwana*.

Recorrieron juntos el sendero hasta la zona donde el bosque de pinos se abría. Con una forma ovalada y una anchura aproximada de treinta metros, el claro era en

realidad un cementerio, pero Sam y Remi se dieron cuenta prácticamente en el acto de que allí había algo raro. En el lado opuesto vieron una pila desordenada de troncos de pino, y junto a la pila, varios fardos de ramas marchitas. La tierra del claro estaba llena de hoyos, como si hubiera sufrido un bombardeo de artillería, y prácticamente la mitad de las tumbas parecían haber sido removidas recientemente.

Hacia el este había un segundo claro entre los árboles que formaba una especie de estrecho pasillo, al final del cual podían ver las aguas de la laguna.

De las docenas de lápidas visibles, solo unas pocas se veían intactas; todas las demás estaban o agrietadas o parcialmente arrancadas del suelo. Sam y Remi contaron catorce mausoleos. Todos mostraban señales de daños; o estaban ladeados en sus cimientos o tenían los muros o los tejados hundidos.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Remi.

—Una tempestad, supongo —dijo Sam—, que vino del mar y pasó por la isla como una sierra mecánica. Es una lástima.

Remi asintió con la cabeza solemnemente.

—Mirando el lado positivo, puede que nos facilite el trabajo. Técnicamente, no estaremos profanando el mausoleo de Mala.

—Tienes razón, pero hay otro obstáculo —dijo Sam a Remi.

—¿Qué?

—Miremos primero. No quiero gafarnos.

Se separaron; Sam siguió el lado este y avanzó hacia el norte, mientras que Remi siguió el lado oeste y avanzó también hacia el norte. Saltando las lápidas, cada uno de ellos se dirigió al siguiente mausoleo en su camino, parándose lo justo para leer el nombre grabado en la fachada de piedra.

Finalmente, Remi llegó a la esquina nordeste del cementerio, cerca del montón de troncos de pino. A medida que se acercaba al último mausoleo, vio que parecía el menos deteriorado de todos, con tan solo unas cuantas grietas en los muros. También estaba decorado de forma singular, advirtió, y le dio un vuelco el corazón.

—Sam, creo que tenemos un ganador —dijo.

Él se acercó.

—¿Por qué lo crees?

—Es el más grande que hemos visto. ¿Qué dices?

—Sí.

El muro más cercano a ellos tenía una cruz de la Iglesia ortodoxa oriental, con sus tres travesaños: dos horizontales juntos en la parte de arriba y uno ladeado en la parte de abajo.

—He visto muchas cruces como esa, pero ninguna tan grande. Tengo curiosidad: ¿por qué está inclinada la barra inferior? Supongo que simboliza algo.

—Ah, misterios de la religión —dijo Sam.



Recorrieron los últimos metros hasta el mausoleo y se separaron; cada uno lo rodeó por un lado hasta la parte delantera, que encontraron cercada por una valla de hierro forjado que les llegaba a las pantorrillas. Un lado estaba aplastado contra el suelo. Al pie de unos tres escalones de piedra, la puerta del mausoleo estaba abierta... o, para ser más exactos, no estaba. Más allá, el interior se encontraba a oscuras.

Grabadas en el frontón bajo el tejado inclinado del mausoleo había cuatro letras: M A L A.

—Me alegro de encontrarlo por fin, eminencia —murmuró Sam.

Pasó por encima de la valla, seguido de Remi, y bajó los escalones. Se detuvieron ante la abertura; un hedor a moho inundó sus fosas nasales. Sam metió la mano en un bolsillo y sacó su minilinterna de LED. Tras cruzar el umbral, la encendió.

—Está vacío —murmuró Remi.

Sam recorrió el interior con el haz de luz con la esperanza de que hubiera una antecámara inferior, pero no vio nada.

—¿Ves alguna marca? —preguntó.

—No. Ese olor no es normal, Sam. Parece de...

—Agua estancada.

Apagó la linterna. Dieron media vuelta y subieron los escalones.

—Alguien se lo ha llevado a alguna parte —dijo Sam—. Todos los mausoleos en los que he mirado también estaban vacíos.

—Los míos también. Alguien ha desenterrado a esas personas, Sam.

De vuelta en los jardines del monasterio, vieron a un hombre en lo alto de una escalera de mano apoyada contra un campanario deteriorado. Era de mediana edad, corpulento, y llevaba una gorra negra de ciclista. Se acercaron a él.

—Disculpe —dijo Remi en albanés.

El hombre se volvió y los miró.

—A flisni anglisht? —preguntó; es decir: «¿Habla inglés?».

El hombre negó con la cabeza.

—Jo.

—Maldita sea —murmuró Remi, y sacó su iPad.

—¿Earta? —gritó el hombre.

Una chica rubia y menuda rodeó a toda prisa el borde del edificio y se detuvo bruscamente delante de Sam y Remi. Les sonrió y acto seguido sonrió al hombre.

—Po?

Él se dirigió a ella en albanés durante unos segundos, y a continuación ella asintió con la cabeza.

—Buenas tardes —les dijo a Sam y a Remi—. Me llamo Earta. Sé hablar su idioma.

—Y además muy bien —contestó Sam, quien se presentó y luego le presentó a Remi.

—Encantada de conocerles. ¿Quieren preguntarle algo a mi padre?

—Sí —respondió Remi—. ¿Es el vigilante?

Earta frunció el entrecejo.

—¿Vigi... lante? ¿Vigilante? Ah, sí, es el vigilante.

—Teníamos curiosidad por el cementerio. Venimos de allí y...

—Es una lástima lo que ha pasado, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué ha pasado?

Earta trasladó la pregunta a su padre, escuchó su respuesta y a continuación dijo:

—Hace dos meses llegó una tormenta de la bahía. Soplaron unos vientos muy fuertes. Hubo muchos daños. Al día siguiente, el mar subió e inundó la laguna y parte de esta isla. El cementerio quedó sumergido. Allí también hubo muchos daños.

—¿Qué les pasó a los... ocupantes?

Earta preguntó a su padre y luego a ellos:

—¿Por qué lo quieren saber?

—Es posible que tenga parientes lejanos aquí —contestó Remi—. Mi tía me dijo que uno estaba enterrado en este cementerio.

—Ah —dijo Earta con consternación—. Lo siento. —Se dirigió de nuevo a su padre, quien contestó algo extenso. Earta le dijo a Remi—: Casi la mitad de las tumbas quedaron intactas. Las otras... Cuando el agua bajó, la gente ya no estaba bajo tierra. Mi padre, mis hermanas y yo estuvimos buscándolas varios días después. —Los ojos de Earta se pusieron brillantes, y sonrió—. ¡Incluso había una calavera en un árbol! Allí encima. Tenía gracia.

Remi se quedó mirando a la sonriente chica un instante.

—De acuerdo.

—La gente del gobierno vino y decidió que había que llevarse los cadáveres hasta que el cementerio se pueda... em... arreglar. ¿Es la palabra correcta?

Sam sonrió.

—Sí.

—Vuelvan el año que viene. Estará mucho más bonito entonces. Olerá mejor.

—¿Dónde están los restos ahora? —preguntó Remi.

Earta le preguntó a su padre. Asintió con la cabeza al oír su explicación y acto seguido les dijo a Sam y a Remi:

—En la isla de Sazan. —Señaló la bahía de Vlorë—. Hay un viejo monasterio allí, más antiguo incluso que éste. La gente del gobierno se los llevó todos allí.

## Capítulo 22

### *Vlorë, Albania*

—Vaya, qué mala suerte —dijo Selma unos minutos más tarde cuando Sam y Remi le contaron la noticia. Estaban sentados en el capó de su Fiat en el aparcamiento—. No cuelguen, a ver qué puedo encontrar sobre la isla de Sazan.

La oyeron teclear durante treinta segundos, y luego volvió a ponerse al teléfono.

—Vamos allá —exclamó—. La isla de Sazan es la más grande de Albania, con una superficie de cinco kilómetros cuadrados, y está situada estratégicamente entre el estrecho de Otranto y la bahía de Vlorë. Está deshabitada, que yo sepa. Las aguas que rodean la isla forman parte de un parque marítimo nacional. Ha cambiado de manos varias veces a lo largo de los siglos: ha pertenecido a Grecia, al Imperio romano, al Imperio otomano, a Italia, a Alemania y otra vez a Albania. Parece que Italia levantó fortificaciones en ella durante la Segunda Guerra Mundial y... Sí, aquí está: convirtieron el antiguo monasterio de la época bizantina en una especie de fortaleza. —Selma hizo una pausa—. Oh, esto podría suponer un problema. Parece que me he equivocado.

—Cuevas —anticipó Sam.

—Pantanos, caimanes... Dios mío —terció Remi.

—No, respecto a lo de que estaba deshabitada. Hay un complejo para los guardas del parque. Alberga de tres a cuatro lanchas patrulleras y unas tres docenas de guardas.

—Por lo tanto, el acceso está prohibido a los civiles —añadió Remi.

—Me imagino que sí, señora Fargo —convino Selma.

Sam y Remi se quedaron callados unos instantes. Ninguno de los dos necesitó consultar con el otro qué iban a hacer. Sam simplemente preguntó a Selma:

—¿Cómo podemos llegar allí sin que nos trinquen los guardas del parque?

Después de pasar por alto el primer y predecible consejo de Selma, quien les dijo: «No se dejen coger», empezaron a contemplar sus opciones. Primero, por supuesto, necesitarían un medio de transporte; un encargo bastante sencillo, les aseguró Selma.

Sam y Remi dejaron que Selma se ocupara de su tarea y se dirigieron al sur con el Fiat, de regreso a Vlorë, donde se reorganizaron en su cuartel general de facto: el café al aire libre del hotel Bologna. Desde sus asientos podían ver a lo lejos la isla de

Sazan, un retazo de tierra que despuntaba de las azules aguas del Adriático.

Selma los llamó una hora más tarde.

—¿Qué les parecen los kayaks?

—Mientras se porten bien con nosotros... —dijo Sam bromeando.

Remi le dio un manotazo en el brazo.

—Continúa, Selma.

—En el extremo norte de la península hay una zona de recreo: playas, escalada, cuevas marinas, grutas para nadar, esa clase de cosas. Desde el extremo de la península hasta la isla de Sazan solo hay tres kilómetros. El problema es que no se permite navegar en embarcaciones motorizadas en la zona, y la cierran en cuanto se pone el sol. Me imagino que prefieren infiltrarse de noche.

—Nos conoces perfectamente —contestó Sam—. Supongo que has encontrado una tienda de kayaks de confianza.

—Sí. Me he tomado la libertad de alquilarles un par de ellos.

—¿Y el tiempo y las mareas? —preguntó Remi.

—Parcialmente nuboso y en calma esta noche, y sin luna llena, pero se prevé una tormenta para mañana por la mañana. Según las cartas náuticas que he podido encontrar en internet, la corriente dentro de la bahía es bastante suave, pero si te alejas demasiado al este de la isla de Sazan y la península, acabas en el Adriático. Por lo que he leído, la corriente allí es implacable.

—En otras palabras —dijo Sam—, un viaje de ida al Mediterráneo.

—Si consiguen llegar tan lejos sin que los...

—Lo entendemos, Selma —la interrumpió Remi—. El este es malo.

Sam y Remi se miraron y asintieron con la cabeza.

—Selma, ¿cuánto falta para que anochezca? —preguntó Sam.

Al final, la caída de la noche fue la menor de sus preocupaciones. Aunque la tienda —situada en Orikum, un municipio turístico a dieciséis kilómetros al sur de Vlorë, en el recodo de la bahía— tenía una amplia selección de kayaks de plástico moldeados por inyección, los únicos colores disponibles eran el rojo, el amarillo y el naranja chillones, o una combinación de los tres digna de Jackson Pollock. Como no tenían tiempo para buscar colores más discretos, compraron el mejor par de kayaks del lote, junto con unos remos dobles y unos chalecos salvavidas.

Después de hacer una parada rápida en una ferretería, regresaron a Vlorë. Ya que habían tenido buena suerte con las tiendas de excedentes militares desde su estancia en Katmandú, buscaron una y compraron un uniforme negro para cada uno de ellos: botas y calcetines, ropa interior larga, pantalones de lana, gorro de punto y un jersey de cuello alto y manga larga muy grande para tapar el chaleco salvavidas naranja fluorescente. Un bolso con artículos variados por si las moscas y un par de mochilas

oscuras completaban el equipo. A continuación partieron.

Sam condujo por la zona de recreo durante varios minutos, pero no vio a nadie. Los aparcamientos y las playas estaban vacíos. Otearon las aguas desde un mirador en un acantilado, y tampoco divisaron a nadie.

—Probablemente sea demasiado pronto —dijo Sam—. En estas fechas las clases todavía no han acabado.

—Debemos dar por sentado que habrá patrullas —dijo Remi—. Guardas del parque o policías locales.

Sam asintió con la cabeza.

—Tienes razón.

Si encontraban el Fiat, les pondrían una multa o se lo llevaría la grúa. En cualquier caso, era una complicación prescindible. Y lo que era aún peor, las autoridades locales podían dar la alarma y creer que tenían a un par de turistas perdidos en el mar, lo que sin duda atraería la atención de la marina o del servicio de guardacostas: precisamente lo que Sam y Remi trataban de evitar.

Después de pasear veinte minutos por los caminos de tierra de la zona de recreo, Sam encontró una zanja de drenaje atascada por la maleza en la que metió el Fiat dando marcha atrás. Bajo la mirada atenta a los detalles de Remi, cambiaron los restos de maleza de sitio hasta que el vehículo resultó invisible desde el camino.

Retrocedieron juntos para admirar su trabajo.

—En Inglaterra habrías sido muy útil antes del día D —comentó Sam.

—Es un don —convino Remi.

Cargados con las mochilas a las espaldas, arrastraron sus kayaks colina abajo hasta una cueva apartada que habían visto con anterioridad. La ensenada que daba al mar tenía una playa poco profunda de arena blanca, medía menos de doce metros de ancho y doscientos de largo, y poseía forma curva, lo que los protegía de las miradas indiscretas.

Les quedaban cuarenta y cinco minutos de luz, y se pusieron a camuflar los kayaks. Empleando botes de pintura naval en spray de color negro y gris, pintaron los lados, la parte superior y el fondo de las embarcaciones en irregulares franjas superpuestas hasta que no se vio ni un resquicio de plástico fluorescente. La pintura de Sam, pese a su carácter funcional, carecía del estilo artístico de la de Remi. Su kayak guardaba un sorprendente parecido con el dibujo de camuflaje presente en los buques de guerra de la Primera Guerra Mundial.

Sam retrocedió unos pasos, observó los kayaks y dijo:

—¿Seguro que no eres un agente de la OSS reencarnado?

—No del todo. —Remi señaló con la cabeza su kayak—. ¿Te importa?

—Todo tuyo.

Un par de minutos y medio bote de pintura en spray más tarde, el kayak de Sam parecía casi idéntico al de ella. Remi se volvió hacia él:

—¿Qué te parece?

—Me siento... intimidado.

Remi se acercó y le dio un beso. Sonrió.

—Si te sirve de consuelo, creo que tu kayak es más grande que el mío.

—Muy graciosa. Vamos a cambiarnos.

Después de ponerse la ropa de camuflaje, metieron su ropa de calle en las mochilas, que a su vez introdujeron en el compartimiento de proa de cada kayak.

Sin nada más que hacer, se quedaron sentados uno al lado de la otra en la playa y observaron cómo el sol descendía, las sombras se alargaban sobre la arena y la oscuridad lo engullía todo poco a poco.

Cuando hubo anochecido totalmente, arrastraron los kayaks hasta el agua y luego los empujaron por la superficie. Finalmente, se subieron a ellos dándose impulso con la punta de sendos remos. Pronto estaban navegando a través de la ensenada. Les llevó diez minutos de práctica gobernar los kayaks, familiarizarse con los remos y mantener el equilibrio, hasta que supieron que estaban listos.

Remaron por la ensenada; Sam iba primero y Remi detrás y a la derecha. Los remos emitían un susurro apenas perceptible al hendir el agua. Pronto apareció la boca de la ensenada; más allá, un enorme manto azul oscuro. Tal como Selma había vaticinado, el cielo estaba parcialmente encapotado, y en el agua solo se reflejaba una debílsima luz de luna. Tres kilómetros más adelante, casi al norte, podían ver la negra silueta de la isla de Sazan.

De repente Sam dejó de remar. Levantó el puño cerrado: «Alto». Remi sacó su remo del agua, lo colocó sobre su regazo y esperó. Empleando unos movimientos exagerados y lentos, Sam señaló su oreja y a continuación la parte superior del acantilado de la derecha.

Pasaron diez segundos.

Entonces Remi lo oyó: un motor, seguido del tenue chirrido de unos frenos.

Sam se volvió para mirar a Remi, señaló con el dedo la pared de roca, volvió a meter su remo en el agua y se encaminó en esa dirección. Remi lo siguió. Sam situó su kayak en paralelo al acantilado y acto seguido se volvió en su asiento, colocó la mano sobre la proa de Remi y la atrajo hacia sí.

—¿Un guarda? —susurró Remi.

—Esperemos.

Permanecieron inmóviles mirando hacia arriba.

En el borde del acantilado, una cerilla se encendió y se apagó, y fue sustituida por la punta reluciente de un cigarrillo. A la tenue luz, Sam vislumbró la visera de una

gorra de estilo militar. Se quedaron quietos durante cinco minutos, observando cómo el hombre terminaba su cigarrillo. Al final dio media vuelta y se marchó por donde había llegado. La puerta de un coche se abrió y se cerró de golpe. El motor arrancó y el vehículo empezó a alejarse, con los neumáticos crujiendo sobre los guijarros.

Sam y Remi esperaron otros cinco minutos por si el hombre volvía sobre sus pasos y luego zarparon de nuevo.

A cuatrocientos metros de la bahía, empezó a hacerse patente que la predicción de Selma con respecto a la marea era igual de acertada. A Sam y a Remi no les sorprendió, pero sabían que el mar era inconstante; hasta una corriente relativamente suave de un nudo al este les habría hecho la travesía el doble de difícil, obligándolos a realizar continuos ajustes de rumbo para compensar el oleaje. Si no lo hacían, podían acabar perfectamente en el Adriático en dirección a Grecia.

Pronto encontraron su ritmo, remando al mismo tiempo y recortando con rapidez la distancia que los separaba de Sazan. A mitad de trayecto se detuvieron para descansar. Remi situó su kayak junto al de Sam, y permanecieron en silencio varios minutos, disfrutando del suave balanceo de las olas.

—Una patrulla —dijo Remi de repente.

Al nordeste, una gran lancha motora procedente de la base rodeó el cabo de la isla. Siguió virando, y la proa se desvió hasta apuntar directamente hacia ellos. Sam y Remi se quedaron paralizados, observando y esperando. Pese a estar bien camuflados, sus kayaks resultaría visibles a cuatrocientos metros de distancia si los enfocaban con una luz potente.

En la proa de la lancha se encendió un foco que recorrió la línea de costa sur y luego se apagó de nuevo. La lancha patrullera siguió avanzando hacia ellos.

—Vamos —murmuró Sam—. A ver si tenemos permiso para ir a tierra.

La lancha viró hacia el este.

—Buena chica —dijo Remi—. No pares.

La embarcación no se detuvo. Observaron durante varios minutos cómo las luces de navegación de la lancha se distanciaban y finalmente se fundían con el montón de puntos luminosos de Vlorë a lo lejos.

Sam miró a su esposa.

—¿Lista?

—Lista.

Recorrieron el resto de la distancia en unos veinte minutos. Después de haber hecho un reconocimiento virtual de la isla con Google Earth, Sam había elegido su punto de desembarco.

Con una superficie aproximada de cinco kilómetros de norte a sur y un kilómetro y medio en su zona más ancha, Sazan parecía a ojos de Sam un pececillo de acuario deformado. La base del parque estaba en el lomo del pez, una cueva en la costa nordeste, mientras que su lugar de desembarco se encontraba en la cola del pez, en el extremo sur más alejado, cerca de unas fortificaciones de la época de la Segunda Guerra Mundial ya en desuso.

Desprovisto en su mayoría de vegetación exceptuando algunos matorrales y unas cuantas parcelas de pinos enanos, el terreno rocoso estaba dominado por dos altas colinas situadas cerca del centro de la isla. En una de esas colinas era donde esperaban encontrar el antiguo monasterio y, si la información de Earta era exacta, a los ocupantes del cementerio de la isla de Zvernec, incluido el difunto obispo Besim Mala.

Como era normal en Sam y Remi, estaban viajando lejos y corriendo muchos riesgos en base a una suposición. Durante sus años de investigación habían aprendido que así era la vida de los buscadores de tesoros profesionales.

A medida que se acercaban a la costa, el mar se agitó; las olas chocaban sobre las rocas que sobresalían y sumergían a medias las marismas de coquinas. Los kayaks de plástico respondían admirablemente, rebotando en las rocas y deslizándose sobre los bancos de arena, hasta que Sam y Remi pudieron acceder medio remando, medio empujando a los bajíos, donde desembarcaron y llegaron a tierra a pie.

Se agacharon para recobrar el aliento e inspeccionar el entorno.

La playa, sembrada de rocas, tenía una hondura apenas mayor que la longitud de sus kayaks y estaba apuntalada por un muro rocoso de un metro veinte de alto; más allá de éste se hallaba una escarpada colina salpicada de maleza verde. En mitad de la misma, en la ladera, vieron una estructura del tamaño de un garaje.

—Un fortín —susurró Sam.

Más arriba en la colina había algo parecido a una choza pero hecha de piedra —una atalaya, tal vez—, y más arriba todavía, a cien metros de la cumbre, un edificio de ladrillo como un cuartel de tres pisos. Unos agujeros de ventanas negros y sin cristales contemplaban el mar.

Después de mirar y escuchar durante cinco minutos, Sam susurró:

—No hay nadie en casa. ¿Ves algo?

—No.

—No veo ningún grafiti —comentó Sam.

—¿Significa algo?

—Si yo fuera un chaval que viviera en Vlorë, dudo que pudiera resistir la tentación de venir a escondidas aquí. Aunque de adolescente no era lo mío, conocía a muchos chicos que habrían embadurnado con spray ese fortín solo para demostrar que habían estado aquí.



Remi asintió con la cabeza.

—Así que o la juventud albana es especialmente respetuosa con la ley o...

—O nadie de los que vienen aquí sigue libre suficiente tiempo para hacer travesuras —concluyó Sam.

## Capítulo 23

### *Isla de Sazan, Albania*

Empezaron a subir trabajosamente por el camino de la colina bajo la luz de la media luna. Aunque la cumbre estaba a solo un kilómetro y medio en línea recta y a pocos cientos de metros por encima del cuartel, el sinuoso trazado duplicaba la distancia real.

Por fin llegaron al último recodo del camino. Una vez que giraron, vieron la cumbre de la colina. Sam indicó a Remi con la mano que esperara y acto seguido se abrió paso cuidadosamente entre la maleza hasta que pudo ver la cumbre. Hizo una señal con la mano a su mujer para indicarle que no había moros en la costa, y ella se reunió con él.

—La tierra prometida —dijo Remi.

—Una tierra prometida que ha visto días mucho mejores —contestó Sam.

Aunque antes de salir de la península habían estudiado la construcción en Google Earth, en la imagen cenital la iglesia simplemente parecía un edificio corriente con planta de cruz. En ese momento, de cerca, podían ver un campanario cónico, altas ventanas entabladas y un tejado antaño rojo que tras siglos de exposición a la luz del sol se había vuelto rosa.

Encontraron la puerta de dos hojas cerrada, de modo que rodearon la iglesia. En el lado norte descubrieron dos elementos de interés: un agujero irregular en el muro de ladrillo a la altura de la cintura y una vista perfecta de la parte norte de Sazan, incluida la base de los guardas del parque situada ochocientos metros más abajo sobre la cueva de un rompeolas artificial iluminada con luces fijadas en postes. Sam y Remi contaron tres lanchas y tres edificios.

—Busquemos al obispo Mala y larguémonos de aquí.

## Capítulo 24

### *Isla de Sazan, Albania*

Nada más meterse por el agujero del muro se dieron cuenta de que su tarea iba a ser mucho más difícil de lo que habían previsto. En lugar de salir a un espacio abierto, se encontraron en un laberinto.

A cada lado y delante de ellos, había ataúdes de madera deteriorados en montones de ocho con cuatro de fondo, formando un pasillo apenas más ancho que sus hombros. Iluminando el camino con las linternas de sus cabezas, se dirigieron al final del pasillo. Se encontraron en una encrucijada con dos ramales. Tanto a la izquierda como a la derecha había más ataúdes.

—¿Estás llevando la cuenta? —susurró Sam.

—Ciento noventa y dos de momento.

—El cementerio de Zvernec no era tan grande.

—Sí lo era si los metían unos al lado de otros y los apilaban. Sabemos que Mala murió en mil cuatrocientos treinta y seis. Aunque el suyo fuera el primer entierro, estaríamos hablando de más de cinco siglos.

—Un escalofrío me acaba de recorrer la espalda. ¿Izquierda o derecha?

Remi eligió la izquierda. Anduvieron unos cuantos pasos. Al frente, la linterna de Sam enfocó un muro de ladrillo exterior.

—Un punto muerto —dijo.

—¿Es un juego de palabras?

—Un *lapsus linguae*.

Dieron la vuelta y, con Remi a la cabeza, dejaron atrás la encrucijada en forma de T y enfilaron el pasillo contiguo. Al final de él, un giro a la derecha, seguido de otros sesenta y cuatro ataúdes, seguidos a su vez de un giro a la izquierda y más ataúdes. La pauta se mantuvo a lo largo de otros cinco giros hasta que el recuento de cadáveres pasó de seiscientos.

Al final salieron a un espacio abierto. Allí los ataúdes también estaban apilados en montones de ocho hasta las vigas transversales del techo. Sam y Remi dieron una vuelta sobre sí mismos, recorriendo con las linternas de sus cabezas las paredes de pino blanco.

—Allí —dijo Sam de repente.

En la pared oeste, detrás de una montaña de ataúdes podridos, había una hilera de sarcófagos de piedra.

—Catorce —dijo Remi—. El mismo número de sarcófagos que en el cementerio.

—Eso sí que es suerte —contestó Sam. Contó la pared de ataúdes que había detrás de los sarcófagos—. Increíble —murmuró—. Remi, hay más de mil cadáveres en este edificio.

—Earta debía de estar equivocada. Después de la tormenta y la inundación, seguramente se llevaron todos los cadáveres. Zvernec no es tanto un cementerio como una fosa común.

—No huele a nada.

—Según Selma, el último entierro fue en mil novecientos doce. Incluso con el embalsamamiento, probablemente quede poca carne.

Sam sonrió y cantó en voz baja:

—Esos huesos... esos huesos... esos huesos secos.

—Venga, a lo nuestro: busquemos marcas. El mausoleo de Mala tenía una gran cruz patriarcal; tal vez hicieron lo mismo en el sarcófago.

Después de una rápida inspección al extremo de cada sarcófago, no vieron ninguna cruz. Sam y Remi recorrieron la hilera, empleando sus linternas para enfocar en lo alto de cada uno. De los catorce sarcófagos, tres tenían grabado el símbolo de la Iglesia ortodoxa oriental.

Se quedaron sentados en el suelo uno al lado de la otra mirándola.

—¿Cuánto crees que pesa cada uno? —preguntó Remi.

—Unos doscientos kilos. —Un momento después, Sam añadió—: Pero la tapa... es otra cosa. Una palanca.

—¿Cómo? —preguntó Remi sonriendo.

Estaba acostumbrada a las incongruencias de su marido; eran su manera de resolver los problemas.

—Nos hemos olvidado de traer una palanca. La tapa pesa cincuenta kilos como mucho, pero para abrir la junta haciendo palanca mientras el sarcófago está encajado ahí dentro... Maldita sea, sabía que tenía la sensación de que nos olvidábamos algo importante.

—Menos mal que tienes un plan.

Sam asintió con la cabeza.

—Menos mal que tengo un plan.

Sam y Remi habían aprendido hacía mucho tiempo el valor universal de tres artículos —cuerda, alambre y cinta aislante—, y casi nunca salían de casa sin los mismos aunque la misión o el viaje en cuestión no requirieran de forma evidente ninguno de ellos. Esa vez, con las prisas por llegar antes de que anocheciera, habían olvidado otro elemento del trío aparte de la palanca: alambre. Sam esperaba que bastara con el rollo de cuerda de escalada de quince metros y con la cinta aislante.

Solo tuvieron que rebuscar unos minutos sobre las vigas transversales de la

iglesia para encontrar lo que necesitaban: una escuadra suelta. Después de retorcerla hasta desprenderla, Sam usó el peso de su cuerpo para cerrarla sobre el punto central de la cuerda. A continuación, se arrastró sobre el sarcófago e introdujo la escuadra en la junta trasera de la tapa. Luego, aferrando la cuerda como si fueran unas riendas, tiró hasta que la escuadra quedó firmemente colocada. Por último, él y Remi tiraron de las puntas de la cuerda sobre una viga y emplearon su peso combinado para tensar poco a poco la cuerda hasta que el otro extremo de la tapa empezó a levantarse.

—La tengo —dijo Remi con los dientes apretados mientras cogía la punta de la cuerda de Sam—. Adelante.

Sam avanzó a toda prisa, se inclinó sobre la tapa y metió los dedos bajo el lado que le quedaba más cerca. Se inclinó hacia atrás y estiró las piernas. La tapa se levantó de golpe y se deslizó entre sus extremidades inferiores. La escuadra se desprendió emitiendo un sonido metálico.

Rodearon la tapa juntos y se inclinaron hacia delante, recorriendo con las linternas de sus cabezas el contenido del sarcófago.

—Huesos, huesos y más huesos —dijo Remi.

—Y ni rastro de oro —contestó Sam—. Uno menos, faltan dos.

Aunque ninguno de ambos expresó su preocupación, Sam y Remi tenían el presentimiento de que escogieran el sarcófago que escogiesen a continuación, sería otra elección incorrecta. Del mismo modo, ninguno de los dos se atrevía a dar credibilidad a lo que la persistente voz de la duda susurraba en lo más recóndito de sus mentes: que el padre/obispo Besim Mala había incumplido la petición del rey de Mustang y que el segundo disco del Theurang había sido descartado o abandonado hacía mucho tiempo, junto con el Hombre Dorado y, si Jack Karna estaba en lo cierto, la situación de Shangri-La.

Treinta minutos y otra tapa de sarcófago más tarde, se encontraron ante un segundo conjunto de huesos y un segundo intento fallido.

Noventa minutos después de entrar en la iglesia, retiraron la losa superior del tercer y último sarcófago. Agotados, Sam y Remi se quedaron sentados delante de él y se tomaron un instante para recobrar el aliento.

—¿Lista? —dijo Sam.

—La verdad es que no, pero acabemos de una vez —contestó Remi.

Avanzaron a gatas a cada lado de la losa de piedra y, después de respirar hondo, se asomaron por encima del borde del sarcófago.

En la negrura del interior, una pieza de oro centelleó.

## Capítulo 25

### *Sofía, Bulgaria*

Poco después del alba, agotados pero triunfantes, estaban de vuelta en la península camino del hotel de Vlorë.

Tras haber expresado a Selma su preocupación por el envío del disco del Theurang a San Diego por los medios habituales, Sam y Remi descubrieron que, como era de esperar, su investigadora jefe había hecho planes alternativos. Rube Haywood, su viejo amigo de la CIA, le había dado el nombre y la dirección de un servicio de mensajería de confianza en Sofía. Rube rehusó decirles si dicho servicio estaba relacionado de alguna forma con su antigua agencia, pero el letrero que había sobre la puerta del edificio, que rezaba

SERVICIOS ARCHIVÍSTICOS  
ACADÉMICOS DE SOFÍA, S. A.

reveló a Sam todo lo que necesitaba saber.

—Estará allí como muy tarde mañana al mediodía hora local —dijo Sam a Remi

—. ¿Tienes las señas?

Remi sonrió y levantó su iPad.

—Conectado y listo.

Sam metió una marcha y arrancó el Fiat.

Cuando faltaban ochocientos metros para llegar a su destino, el iPad de Remi se volvió innecesario. Unos indicadores en alfabeto cirílico y en lengua inglesa los guiaron por la calle Vasil Levski y por delante del edificio del Parlamento y la Academia de Ciencias, hasta la plaza que rodeaba el corazón religioso de Sofía, la catedral de Alejandro Nevski.

La basílica dominaba la plaza. Su cúpula central dorada, coronada por una cruz, se elevaba cuarenta y cinco metros por encima de la calle, y su campanario, siete metros encima de ella.

—Doce campanas con un peso total de veinticuatro toneladas —leyó Remi de la guía turística que se había descargado—, cuyo peso oscila entre los nueve y los diez

mil kilos.

—Impresionante —contestó Sam, siguiendo la circulación de vehículos alrededor de la catedral—. Y ensordecedor, me imagino.

Rodearon la plaza bordeada de árboles dos veces antes de que Sam se metiera en una calle lateral y encontrara aparcamiento.

Los dos sabían que su visita a la catedral de Alejandro Nevski simplemente sería un punto de partida. Aunque tanto Selma como Karna coincidían en que el obispo Arnost Deniv había fallecido en Sofía en 1442, ninguno de los dos había podido encontrar dato alguno sobre su última morada. Esperaban que el bibliotecario jefe de la catedral de Alejandro Nevski pudiera orientarlos en la dirección correcta.

Tras aparcar el coche se adentraron en la plaza, siguiendo el torrente de lugareños y de turistas hasta el lado oeste de la catedral, donde subieron los escalones que daban a las enormes puertas de madera. A medida que se acercaban, una mujer rubia con el cabello a lo garçon les sonrió y dijo algo en búlgaro: una pregunta, a juzgar por la inflexión de su voz. Entendieron la palabra «inglés», dedujeron lo esencial de la frase y repitieron:

—Inglés.

—Bienvenidos a la catedral de Alejandro Nevski. ¿En qué puedo ayudarles?

—Nos gustaría hablar con el encargado de la biblioteca —contestó Remi.

—¿Biblioteca? —repitió la mujer—. Ah, ¿se refiere al archivero?

—Sí.

—Lo siento, pero no tenemos archivero.

Sam y Remi intercambiaron miradas de desconcierto. Remi sacó su iPad y le enseñó a la mujer el archivo PDF que les había enviado Selma, un documento sobre la Iglesia ortodoxa oriental de Bulgaria. Remi señaló un pasaje, y la mujer lo leyó, moviendo los labios en silencio.

—Ah —dijo sagazmente—. Es información antigua, ¿saben? Esa persona trabaja ahora en el palacio del Sínodo.

La mujer señaló al sudeste un edificio rodeado de un bosquecillo.

—Está allí. Vayan y les ayudarán.

—¿Qué es el Sínodo? —preguntó Sam.

La mujer adoptó su lenguaje de guía turística:

—El Sínodo es la sede de un grupo de metropolitanos, u obispos, que a su vez eligen a los patriarcas y a otros representantes igual de importantes de la Iglesia ortodoxa búlgara. La tradición del Sínodo se remonta a la época de los apóstoles, en Jerusalén.

A continuación, la mujer sonrió y ladeó la cabeza como diciendo: «¿Desean saber algo más?».

Sam y Remi le dieron las gracias y se dirigieron al palacio. Una vez dentro,

delante del mostrador de información del vestíbulo, explicaron el motivo de su visita —recopilar información para un libro sobre la historia de la Iglesia ortodoxa oriental—, y les dijeron que se sentaran. Una hora después, un sacerdote vestido de negro con una larga barba canosa apareció y los acompañó a su despacho, donde de inmediato quedó claro que hablaba poco inglés, y Sam y Remi todavía menos búlgaro. Se llamó a un intérprete. Los Fargo repitieron su historia y ofrecieron la carta de presentación del editor que Wendy les había hecho utilizando Photoshop. El sacerdote escuchó atentamente mientras el intérprete leía la carta, y se recostó y se acarició la barba un minuto entero antes de contestar.

—Me temo que no podemos ayudarles —dijo el intérprete en su lugar—. Los documentos que buscan no se conservan en el palacio. La persona con la que hablaron en la catedral está equivocada.

—¿Sabe dónde podríamos buscar? —preguntó Sam.

El intérprete trasladó la pregunta al sacerdote, quien frunció los labios y se acarició la barba de nuevo. Acto seguido cogió el teléfono y habló con alguien al otro lado de la línea. Después de un intercambio de palabras, colgó.

—El historial personal de ese período se encuentra en la iglesia de Sveta Sofia... Perdón, la iglesia de Hagia Sofia.

—¿Dónde está? —preguntó Remi.

—Justo al este de aquí —contestó el traductor—. A cien metros, al otro lado de la plaza.

Sam y Remi llegaron diez minutos más tarde y tuvieron que esperar de nuevo, esa vez solo cuarenta minutos, antes de que les hicieran pasar al despacho de otro sacerdote. Éste hablaba muy bien su idioma, de modo que obtuvieron respuesta enseguida: no solo se había equivocado la guía de la catedral de Alejandro Nevski, sino también el sacerdote del palacio del Sínodo.

—Los documentos anteriores al primer exarca búlgaro, Antimo I, que desempeñó su dignidad hasta el estallido de la guerra ruso-turca en mil ochocientos setenta y siete, se conservan en el Metodio.

Sam y Remi se miraron, inspiraron y preguntaron:

—¿Qué es exactamente el Metodio?

—Oh, es la Biblioteca Nacional de Bulgaria.

—¿Y dónde está?

—Justo al este de aquí, enfrente de la Galería Nacional de Arte Extranjero.

Dos horas después de haberse apeado del coche, Sam y Remi se encontraron otra vez junto al vehículo, al otro lado de la calle enfrente de la Biblioteca Nacional Búlgara.



Sin saberlo, habían aparcado a diez pasos de su destino final.

O eso creían.

Esa vez, tras solo veinte minutos en compañía de una bibliotecaria, se enteraron de que en el Metodio no constaba ningún metropolitano llamado Arnost Deniv que hubiera muerto a principios del siglo XV.

Después de disculparse, la bibliotecaria los dejó sentados tras una mesa de lectura.

—El problema con los ataúdes en Sazan está empezando a parecer un juego de niños —dijo Sam.

—Esto no puede ser el fin —contestó Remi—. Sabemos que Arnost Deniv existió. ¿Cómo puede no haber constancia de él?

En la mesa de al lado, una suave voz de bajo dijo:

—La respuesta, querida, es que hay varios Arnost Deniv en la historia de la Iglesia ortodoxa búlgara y que la mayoría de ellos vivieron antes de la guerra ruso-turca.

Sam y Remi se volvieron y se encontraron mirando a un hombre de cabello plateado con unos brillantes ojos verdes. Les dedicó una sonrisa abierta y dijo:

—Discúlpenme por escuchar su conversación.

—No se preocupe —respondió Remi.

—El problema de la biblioteca es que están en pleno proceso de digitalización de los archivos —dijo el hombre—. Todavía no han contrastado totalmente el catálogo. Por lo tanto, si una petición no es muy concreta, no se consigue ningún resultado.

—Aceptamos cualquier consejo —dijo Sam.

El hombre les indicó con la mano que se acercaran a su mesa. Una vez que estuvieron sentados, y él hubo apilado de nuevo los libros amontonados a su alrededor, dijo:

—Da la casualidad de que estoy trabajando en un pequeño libro de historia.

—¿De la Iglesia ortodoxa oriental? —preguntó Remi.

El hombre sonrió con complicidad.

—Entre otras cosas. Mis intereses son... eclécticos, se podría decir.

—Es interesante que nuestros caminos se encuentren aquí —dijo Sam, observando la cara del hombre.

—Yo creo que la realidad supera la ficción. Esta mañana, mientras estaba investigando el dominio otomano de Bulgaria, me he topado con el nombre de Arnost Deniv: un metropolitano del siglo quince.

—Pero la bibliotecaria nos ha dicho que no... —alegó Remi.

—Les ha dicho que no tenían constancia de la existencia de un metropolitano con ese nombre durante ese período. El libro en el que lo he encontrado todavía no ha sido digitalizado. Verán, cuando el Imperio otomano (que era fervorosamente

musulmán) conquistó Bulgaria, miles de clérigos fueron asesinados. A menudo, los que sobrevivían eran degradados o exiliados, o las dos cosas. Ése fue el caso de Arnost Deniv. Era un hombre muy influyente, y eso preocupaba a los otomanos.

»En mil cuatrocientos veintidós, después de volver de unas obras de misionero en Oriente, ascendió a la categoría de metropolitano, pero cuatro años más tarde fue degradado y exiliado. Los otomanos le ordenaron bajo pena de muerte que limitara sus ministerios al pueblo en el que murió dos años más tarde.

—Y, a ver si lo adivino —dijo Sam—, los otomanos hicieron todo lo posible por destruir gran parte de la historia de la Iglesia ortodoxa oriental durante ese período de tiempo.

—Correcto —dijo el hombre—. Por lo que respecta a muchos textos históricos de esa época, Arnost Deniv no fue más que un humilde sacerdote en una pequeña aldea.

—Entonces ¿puede usted decirnos dónde está enterrado? —preguntó Remi.

—No solo puedo decírselo sino que puedo mostrarles dónde están expuestas públicamente todas sus posesiones materiales.

## Capítulo 26

### *Sofía, Bulgaria*

Las instrucciones de su benefactor fueron sencillas: recorrer dieciséis kilómetros al norte hasta la ciudad de Kutina, en las estribaciones de los montes Balcanes. Buscar el Museo de Historia Cultural de Kutina y pedir que les dejaran ver los objetos expuestos de Deniv.

Llegaron a Kutina poco después de la una de la tarde y pararon a comer en un café. Usando frases chapurreadas, los Fargo consiguieron las señas del museo.

—Remi —dijo Sam mientras abría la puerta del conductor del Fiat—, ¿te has quedado con el nombre de ese tipo? Ya no me acuerdo.

Remi se detuvo con la puerta de su lado entreabierta. Frunció el ceño.

—Tiene gracia... Yo tampoco. Empezaba por ce, creo.

Sam asintió con la cabeza.

—Sí, pero ¿era el nombre o el apellido? ¿O los dos?

Después de haber visto más que suficientes templos de la Iglesia ortodoxa oriental, Sam y Remi respiraron aliviados al descubrir que el museo estaba ubicado en una vieja casa de labranza de color amarillo mantequilla a orillas del río Iskar. A cada lado de la estructura había ricos prados verdes para caballos.

Aparcaron en la entrada de grava del museo, bajaron del coche y subieron los escalones del porche. En la ventana con parteluz de la puerta principal había un letrero universal con un reloj que indicaba la hora de vuelta al trabajo pero escrito en cirílico. Las manecillas apuntaban a las dos y media.

—Veinte minutos —dijo Sam.

Se sentaron en el columpio del porche y se mecieron, charlando para matar el tiempo. Empezó a caer una llovizna que tamborileaba en el tejado.

—¿Por qué no tenemos uno de estos columpios? —preguntó Remi—. Es relajante.

—Lo tenemos —contestó Sam—. Te lo compré hace cuatro años para el día del Árbol. —A Sam le gustaba sorprender a su mujer con regalos en las festividades poco conocidas—. Todavía no he tenido tiempo de montarlo. Lo apuntaré en el primer puesto de mi lista de cosas pendientes.

Remi le apretó el brazo.

—Ah, es verdad. ¿El día del Árbol? ¿Seguro que no fue el día de la Marmota?

—No, el día de la Marmota estuvimos en Ankara.

—¿Estás seguro? Juraría que estuvimos en Ankara en marzo...

A las 2.28 de la tarde un viejo Bulgaralpine verde se deslizó en punto muerto y se detuvo en el césped. Una mujer desgarbada con gafas de montura redonda y una boina bajó del vehículo, los vio en el porche y los saludó con la mano.

—Sdrawei! —gritó.

—Sdrawei! —contestaron al unísono Sam y Remi.

«¡Hola!» y «¿Habla nuestro idioma?» eran dos frases que intentaban aprender de memoria cada vez que visitaban un nuevo país.

Sam empleó la segunda frase mientras la mujer subía los escalones del porche.

—Sí, hablo su idioma —respondió ella—. Mi hermana vive en Estados Unidos: Dearborn, Michigan, Estados Unidos. Me enseña por los internetes. Soy Sovka.

Sam y Remi se presentaron.

—¿Han venido a ver los museos? —preguntó Sovka.

—Sí —contestó Remi.

—Bien. Síganme, por favor.

Sovka abrió la puerta con llave y entró. Sam y Remi la siguieron. El interior del edificio olía a madera vieja y a col, y las paredes estaban pintadas de un tono parecido al del exterior: amarillo mantequilla desvaído. Después de colgar su abrigo en el armario del recibidor, la mujer los condujo a un pequeño despacho en la sala de estar reformada.

—¿Qué les trae a estos museos? —preguntó la mujer.

Sam y Remi habían discutido el modo de enfocar la situación en el camino a Kutina y habían decidido ser francos.

—Estamos interesados en el padre Arnost Deniv. Una persona en la Biblioteca Nacional Búlgara de Sofía nos ha comentado que ustedes podían tener objetos relacionados con él.

Los ojos de Sovka se abrieron de par en par.

—¿El Metodio? ¿En el Metodio saben de nuestros museos? ¿En Sofía?

Remi asintió con la cabeza.

—Ya lo creo.

—Oh, lo pondré en nuestro pronto boletín. Qué momento más glorioso para nosotros. Respondiendo pregunta, no, se equivoca. No tenemos algunos asuntos personales del padre Deniv. Tenemos todos sus asuntos personales. ¿Puedo preguntar por qué están ustedes interesados con él?

Sam y Remi le explicaron su proyecto de libro, y Sovka asintió solemnemente con la cabeza.

—Una época siniestra para la Iglesia. Me alegro de que escriban sobre ello. Vengan.

Salieron del despacho detrás de ella, recorrieron el pasillo y subieron una sinuosa escalera hasta el segundo piso. Allí habían derribado las paredes y habían convertido lo que parecían noventa metros cuadrados de habitaciones en un espacio abierto. Sovka los llevó a la parte sudeste de la casa, donde un grupo de vitrinas de cristal y tapices colgantes habían sido dispuestos formando un rincón. Unas luces empotradas en el techo iluminaban las vitrinas.

Remi lo vio primero, y Sam un instante después.

—¿Ves...?

—Sí —contestó él.

—¿Perdones? —preguntó Sovka por encima del hombro.

—Nada —respondió Remi.

Incluso a tres metros de distancia, el borde curvado de la pieza de oro parecía saltar a la vista en la vitrina situada al lado de la pared. Sam y Remi entraron en el rincón con el corazón acelerado. Allí, en el estante superior, posado sobre una sotana negro azabache doblada con un reborde naranja oscuro, se hallaba el disco del Theurang.

Sovka extendió los brazos con un ademán ostentoso.

—Bienvenidos a las colecciones Deniv —dijo—. Todo lo que tenía en sus posesiones en el momento de su muerte está aquí.

Sam y Remi apartaron la vista del disco y miraron a su alrededor. En total, debía de haber unas veinte piezas, en su mayoría prendas de ropa, objetos de aseo, artículos de escritura y unos cuantos fragmentos de cartas enmarcados.

—¿Qué es este objeto? —dijo Remi lo más despreocupadamente posible.

Sovka miró el disco del Theurang.

—No somos seguros. Creemos que es una especie de recuerdo, tal vez de sus aventuras como misionero en tierras salvajes.

—Es fascinante —comentó Sam, inclinándose—. Echaremos un vistazo, si no le importa.

—Por supuesto. Estaré por aquí, si me necesitan.

Sovka se alejó pero no se perdió de vista.

—Esto complica las cosas —susurró Remi a Sam.

Quitar el disco del Theurang a Besim Mala había sido una decisión fácil. Sin embargo, allí el disco de Arnost Deniv formaba parte de la historia reconocida. Sabían que entrar a robar en el museo fuera del horario de visita sería sencillo, pero ni a Sam ni a Remi les parecía bien esa opción.

—Consultemos con nuestros expertos —propuso Remi.

Le dijeron a Sovka que volverían enseguida y salieron al porche. Llamaron por teléfono a Selma, le pidieron que incluyera en la conferencia a Jack Karna y esperaron durante dos minutos de silencios y ruiditos mientras hacía las conexiones pertinentes. Cuando Karna estuvo al teléfono, Sam explicó la situación.

—Jack, ¿qué necesita exactamente de los discos para que sean compatibles con el mapa? —preguntó Remi—. ¿El propio disco o las marcas?

—Las dos cosas, me temo. ¿Hay alguna posibilidad de que esa mujer se lo preste?

—Lo dudo —contestó Sam—. Es su orgullo. Y me preocupa que si se lo pedimos desconfíe. Se está mostrando amable y colaboradora. No queremos que cambie de actitud.

—Jack, ¿son muy parecidos los discos en tamaño y forma? —preguntó Selma.

—Por lo que he podido averiguar, yo diría que casi idénticos. Lo sabrá con seguridad cuando compare el que Sam y Remi le acaban de enviar con el que sacó del cofre.

—Selma, ¿qué estás pensando?

—Es demasiado pronto para decirlo, señora Fargo, pero si todos esperan un poco... —La línea se interrumpió y permaneció en silencio. Fiel a su palabra, Selma volvió al cabo de tres minutos—. Puedo fabricar uno —dijo sin más preámbulos—. Bueno, yo no, sino un amigo de un amigo que puede replicarlo con la precisión que permiten el diseño y la fabricación asistidos por ordenador. Si le proporcionamos las suficientes fotos adecuadas, puede modelar el disco que falta.

—Me imagino que tienes una lista de requisitos —dijo Sam.

—Ahora mismo se la estoy enviando.

Después de conseguir que Sovka accediera a dejarles fotografiar la colección Deniv a cambio de una pequeña donación al «nuevo fondo para el tejado», Sam y Remi regresaron en coche a Sofía y, siguiendo las indicaciones de Selma y su lista de la compra, reunieron lo que necesitaban: dos reglas de cálculo triangulares de calidad profesional, dos placas giratorias, un expositor negro de dos centímetros y medio de altura en el que pudiera apoyarse el disco, y luces y un trípode para la cámara de Remi.

A las cuatro estaban de vuelta en Kutina, y treinta minutos más tarde, haciendo fotos. Con cuidado de prestar la atención adecuada a cada objeto para que Sovka no se interesara demasiado, los fotografiaron de uno en uno, dejando el disco del Theurang para el final. Aburrída de la operación, Sovka había desaparecido en su despacho de la planta de abajo.

—Esto sería mucho más fácil si no tuviéramos escrúpulos —observó Sam.

—Piensa en ello como una cuestión de buen karma. Además, ¿quién sabe cuál es la pena por robo de objetos históricos en Bulgaria?

—Dos argumentos de peso.

Construida la caja luminosa y colocado el telón de fondo de lino blanco, Sam dispuso las luces según las instrucciones de Selma. Una vez hecho eso, Remi colocó el expositor en la placa giratoria y luego el disco apoyado en el expositor. Por último, las reglas de cálculo fueron colocadas formando una L alrededor del disco.

Después de tomar una serie de instantáneas de prueba y de hacer unos ajustes en la cámara, Remi empezó a disparar: cinco fotografías por cada rotación de ocho grados de la placa giratoria, para un total de cuarenta y cinco giros o doscientas veinticinco fotografías. Repitieron la operación con el lado contrario del disco y luego hicieron otra serie con él de pie sobre el expositor. A continuación, por último, realizaron una serie de primeros planos de las caras idénticas del disco, centrándose en los símbolos.

—Ochocientas fotos —dijo Remi, enderezándose tras su trípode.

—¿Cuánto ocupan los archivos?

Remi miró la pantalla de LCD.

—Caramba. Ocho *gigabytes*. Demasiado para un correo electrónico normal.

—Creo que sé cómo podemos solucionarlo —respondió Sam—. Recojamos y pongámonos en marcha.

Después de una llamada rápida a Selma, quien a su vez llamó a Rube, quien a su vez llamó a sus amigos en los Servicios Archivísticos Académicos de Sofía S. A., Sam y Remi encontraron la oficina abierta cuando llegaron a Sofía a las seis y media. Como en su primera visita, a Sam le pidieron que se identificara y dijera una frase en clave —distinta de la primera— antes de ser conducido a una oficina contigua y una terminal informática. Gracias a la conexión a internet de alta velocidad de la oficina, envió rápidamente los archivos de las fotos y las subió al sitio de almacenamiento de Selma en menos de tres minutos. Sam esperó el mensaje de confirmación y regresó al Fiat junto a Remi.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó.

Sam vaciló. Frunció el ceño. Habían estado tan ajetreados desde que habían llegado a Katmandú que no habían tenido ocasión de plantearse esa pregunta.

—Voto por que volvamos a casa y nos reorganicemos.

—Estoy de acuerdo.

## Capítulo 27

### *Goldfish Point, La Jolla, California*

—Genial... Gracias. Lo buscaremos.

Selma colgó el teléfono y regresó junto al grupo reunido en torno a la mesa de trabajo de arce: Sam, Remi, Pete y Wendy.

—Era George —dijo Selma—. La maqueta del disco del Theurang está lista. Nos la va a mandar por un mensajero en bicicleta.

—Estoy deseando ver qué aspecto tienen ochocientas fotos en tres dimensiones —dijo Remi.

Al llegar a casa después de su vuelo de Sofía a San Diego con escalas en Frankfurt y San Francisco, Sam y Remi habían saludado a los presentes y rápidamente se habían acostado para dormir diez maravillosas horas. Renovados, y con el cuerpo casi readaptado a la hora de California, se habían reunido con su equipo en la sala de trabajo para ponerse al día.

—Por muy buena que sea la maqueta —dijo Pete—, no se puede comparar con el auténtico disco.

Posados en las bandejas forradas de gomaespuma negra, los genuinos dos discos del Theurang brillaban bajo el duro resplandor de los halógenos colgantes.

—En aspecto, sí —contestó Sam—. Pero en utilidad... Mientras nos ayude a encaminarnos a donde tenemos que ir, para mí es como si fuera de oro.

—¿Se creen algo de la historia? —preguntó Selma.

—¿Qué parte?

—La profecía, la teoría de Jack sobre el Theurang como un eslabón perdido evolutivo, Shangri-La... Todo.

—Bueno, el propio Jack lo reconoció —contestó Remi—: Solo tenemos dibujos del Theurang, y es imposible saber hasta qué punto están basados en el mito y hasta qué punto en la observación directa. Yo creo que su argumento es tan convincente que deberíamos investigarlo hasta el final.

Sam asintió con la cabeza.

—En cuanto a Shangri-La... Muchas leyendas están basadas en un ápice de verdad. En la cultura popular moderna, Shangri-La es sinónimo de paraíso. Para la gente de Mustang, puede que solo haya sido el lugar donde fue originalmente encontrado el Theurang... y donde debería ser enterrado por derecho. Los nombres de los sitios son intrascendentes. Lo importante es el significado que les damos.



—Sam, eso es casi poético —dijo Remi.

Él sonrió.

—Tengo mis momentos.

El interfono sonó. Selma contestó y salió de la sala. Volvió un minuto más tarde con una caja de cartón. La abrió, examinó su contenido y acto seguido lo extrajo. Colocó el disco del Theurang modelado sobre la bandeja con gomaespuma.

El disco era casi imposible de distinguir de sus dos compañeros.

—Estoy impresionado —dijo Sam—. Buena idea, Selma.

—Gracias, señor Fargo. ¿Llamamos a Jack?

—Dentro de poco. Primero creo que es el momento de que nos pongamos en contacto con el rey Charlie. Me gustaría cabrearlo para que hablara.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Wendy.

—Dependiendo de lo fiables que sean sus fuentes en Mustang, puede que crea que su plan de ahogarnos en el Kali Gandaki dio resultado. Vamos a ver si logramos hacerle la Pascua. Selma, ¿puedes conseguirme una línea segura por el manos libres?

—Sí, señor Fargo. Un momento.

Pronto la línea se abrió y el teléfono sonó. Charlie King contestó con un áspero «King al aparato».

—Buenos días, señor King —dijo Sam—. Sam y Remi Fargo al aparato.

Indecisión. Acto seguido, una reacción bulliciosa:

—¡Buenos días! Hacía tiempo que no sabía de ustedes. Estaba empezando a temer que no hubieran cumplido nuestro trato.

—¿Qué trato es ese?

—He liberado a su amigo. Ahora ustedes van a entregarme lo que han encontrado.

—No tiene usted muy buena memoria, Charlie. El trato era que nos reuniríamos con Russell y Marjorie y que llegaríamos a un entendimiento con ellos.

—Maldita sea, ¿y qué creían que significaba eso? Yo les doy a Alton, y ustedes me dan lo que quiero.

—Consideramos que usted ha incumplido su contrato, Charlie.

—¿De qué está hablando?

—Estamos hablando del falso guía turístico que contrató para matarnos en Mustang.

—Yo no hice tal...

—Para el caso... —lo interrumpió Sam—. Usted mandó a sus hijos o a su mujer que lo hicieran.

—Conque creen eso, ¿eh? Adelante, demuéstrenlo.

—Creo que podemos hacer algo mejor —respondió Sam.

A su lado, Remi esbozó con los labios: «¿Qué?». Sam se encogió de hombros y

esbozó a su vez las palabras «Estoy improvisando».

—Fargo, me han amenazado hombres más duros y más ricos que usted —dijo King—. Prácticamente todos los días me limpio su sangre de las botas. ¿Qué tal si me da lo que quiero y quedamos como amigos?

—Es demasiado tarde para eso: la parte de los amigos, quiero decir. En cuanto al premio detrás del que anda (el premio que su padre se pasó la mayor parte de su vida adulta buscando), lo tenemos. Está justo delante de nosotros.

—Gilipolleces.

—Vigile esos modales, y a lo mejor nosotros le mandamos una foto. Pero, primero, ¿por qué no nos explica a qué se debe su interés?

—¿Y si ustedes me cuentan qué han encontrado?

—Un cofre de madera con forma de cubo en manos de un soldado que llevaba muerto medio milenio más o menos.

King tardó en contestar, pero le oyeron respirar por el teléfono. Al final, en voz queda, dijo:

—¿De verdad lo tienen?

—Sí. Y a menos que empiece a contarnos la verdad, vamos a abrirlo y ver lo que hay dentro.

—No, no lo toquen. No lo hagan.

—Díganos qué hay dentro.

—Podría ser un par de cosas: un objeto con forma de moneda grande o un montón de huesos. En cualquier caso, no significarán mucho para ustedes.

—Entonces ¿por qué significan tanto para usted?

—No es asunto suyo.

Al otro lado de la mesa, Selma, de pie tras su portátil, levantó el dedo índice.

—Señor King, ¿puede esperar un momento? —dijo Sam.

Sin aguardar a que él contestara, Pete alargó la mano hacia el teléfono y pulsó el botón de silencio.

—Me había olvidado de contárselo —dijo Selma—: He estado haciendo más averiguaciones sobre los años de adolescencia de King. He encontrado un blog escrito por una antigua reportera del New York Times. La mujer afirma que durante una entrevista con King hace tres años, le hizo una pregunta que no le gustó. Después de fulminarla con la mirada, puso fin a la entrevista. Dos días más tarde, ella fue despedida. Desde entonces no ha podido encontrar un trabajo aceptable de periodista. King la ha puesto en la lista negra.

—¿Qué le preguntó? —inquirió Remi.

—Le preguntó por qué en el anuario del instituto de secundaria de King todo el mundo se refería a él por su apodo: Adolf.

—¿Ya está? —dijo Sam—. ¿Eso es todo?

—Ya está.

—Sabemos que Lewis King era nazi solo de nombre —dijo Wendy—, y que Charlie no tuvo nada que ver con eso, de modo que ¿por qué iba...?

—Los críos pueden ser muy crueles —contestó Remi—. Piénsalo: Lewis King estuvo en gran parte ausente en la vida de Charlie desde una tierna edad. Además, allí adonde Charlie iba debían de burlarse sin piedad de sus orígenes nazis. Desde nuestro punto de vista no parece gran cosa, pero para un chico, para un adolescente... Sam, podría ser un asunto delicado para King. En aquel entonces era un niño petulante sin poder. Ahora es un multimillonario petulante con más poder que muchos jefes de Estado.

Sam consideró aquello. Hizo un gesto con la cabeza a Pete, quien volvió a apretar el botón de silencio.

—Disculpe, Charlie. ¿Por dónde íbamos? Ah, claro: la caja. Ha dicho que contiene una moneda o unos huesos, ¿correcto?

—Así es.

—¿Y para qué los quería su padre? ¿Un oscuro ritual de ocultismo nazi? ¿Algo que Himmler ideó con Adolf?

—¡Cállese, Fargo!

—Su padre se pasó la vida buscándolo. ¿Cómo puede estar seguro de que no tuvo ningún vínculo con una organización nazi secreta después de la guerra?

—Se lo advierto... ¡Cállese!

—¿Por eso quiere el Hombre Dorado, Charlie? ¿Está intentando culminar lo que el fascista de su padre no pudo acabar?

Por el altavoz oyeron que algo pesado caía con estrépito sobre madera seguido de unas confusas interferencias. La voz de King volvió al otro lado de la línea:

—¡No soy un nazi!

—De tal palo tal astilla, Charlie. Le diré lo que creo que pasó. Su padre se enteró de la existencia del Theurang durante la expedición de mil novecientos treinta y ocho, luego su familia se mudó a Estados Unidos después de la guerra, donde el señor King siguió con el adoctrinamiento nazi de su hijo. Para sus retorcidas mentes, el Theurang es una especie de Santo Grial. Lewis desapareció intentando encontrarlo, pero a usted le enseñó bien. Usted no va a...

—¡El muy cabrón! ¡El muy idiota! ¡Se marchó tan pancho dejando a mi madre en Alemania y luego hizo lo mismo cuando ella llegó aquí!

»Cuando mi madre se tragó un frasco de pastillas, no se molestó en volver para el funeral. ¡Él la mató y ni siquiera tuvo la decencia de presentarse!

»¡El bueno y excéntrico de Lewis! Le importaba un bledo lo que dijeran de él y no entendía por qué a mí me molestaba. Todos los días, todos los puñeteros días, tenía que escucharles murmurando a mis espaldas, soltando el maldito ¡Heil Hitler!

Pero pude con ellos. ¡Pude con todos! Ahora podría comprarlos y venderlos a todos y cada uno de ellos.

»¿Cree que busco el Hombre Dorado porque era tan importante para mi padre? ¿Cree que considero que tengo un deber hacia él? Menudo chiste. ¡Cuando le eche el guante a esa cosa, voy a hacerla polvo! ¡Y si hay Dios en el cielo, mi padre estará mirando! —King se detuvo y soltó una risita forzada—. Además, ustedes dos han sido un incordio para mí desde el primer día. No pienso dejar que cojan lo que es mío por derecho ni en sueños.

Sam tardó en contestar. Lanzó una mirada a Remi y supo que era de la misma opinión que él: sentían una compasión absoluta por el niño Charlie King. Pero King ya no era un niño, y su demencial misión para vengarse de su padre había costado vidas humanas.

—¿De eso se trata? —dijo Sam—. ¿De una simple pataleta? King, ha asesinado, ha raptado y ha esclavizado a gente. Es usted un sociópata.

—Fargo, no sabe lo que está...

—Sé lo que usted ha hecho. Y sé de lo que es capaz antes de que todo esto acabe. Voy a hacerle una promesa, King: no solo vamos a asegurarnos de que no consigue el Hombre Dorado, sino también de que vaya a la cárcel por lo que ha hecho.

—¡Escúcheme, Fargo! ¡Mataré...!

Sam alargó la mano y pulsó el botón de colgar.

La línea se cortó.

Se hizo el silencio alrededor de la mesa de trabajo.

Entonces, en voz baja, Selma dijo:

—Vaya, parece un pelín fastidiado.

Su comentario rompió la tensión. Todos se echaron a reír. Cuando las risas se fueron apagando, Remi dijo:

—Me preguntó qué pasará si cumplimos nuestra promesa. ¿Acabará King en la cárcel o en un manicomio?

### ***Thisuli, Nepal***

El coronel Zhou había aceptado asistir a la reunión a altas horas de la noche en parte por curiosidad y en parte por necesidad. Su trato con los extraños zázhong — mestizos— estadounidenses había sido lucrativo hasta la fecha, pero ahora que conocía sus verdaderas identidades, y la de su padre, Zhou estaba deseando cambiar las condiciones de su acuerdo. Al coronel le daba igual lo que Charles King estuviera haciendo en Nepal. Lo que le molestaba era lo poco que les había cobrado en... gastos de tramitación, como dirían los estadounidenses. Llevar los fósiles a Lhasa y

pasarlos por la aduana era bastante fácil, pero conseguir distribuidores de confianza para una mercancía tan prohibida era mucho más complicado... y, esa noche, mucho más caro.

Pocos minutos antes de la medianoche, Zhou oyó el rugido del motor de un todoterreno en el exterior. Los dos soldados situados detrás del coronel se levantaron de sus sillas y alzaron sus fusiles de asalto apuntando hacia abajo.

—Esta vez he ordenado que los cacheen —les dijo a sus hombres—. Aun así, no bajéis la guardia.

Uno de los centinelas apostados en el exterior cruzó el umbral, hizo una señal con la cabeza a Zhou y desapareció. Un momento más tarde Marjorie y Russell King salieron de la oscuridad y penetraron en la luz parpadeante de la lámpara de queroseno. No estaban solos. Una tercera figura, una esbelta mujer china de rostro adusto, entró en la estancia. El lenguaje corporal de los hijos de King indicó a Zhou que la nueva mujer hablaría en nombre de los tres.

Y entonces lo vio, el parecido en los ojos, la nariz y los pómulos. La madre y sus hijos, pensó Zhou. Interesante. Decidió jugar sus cartas. Se levantó de su asiento tras la mesa de caballete y saludó respetuosamente con la cabeza a la mujer.

—¿La llamo señora King?

—No. Hsu. Zhilan Hsu.

—Siéntese, por favor.

Zhilan se sentó en el banco, con las manos cuidadosamente cruzadas sobre la mesa de delante. Los hijos de King permanecieron de pie, imitando la postura firme de los soldados de Zhou. El coronel se sentó.

—¿A qué debo este placer? —preguntó.

—Mi marido quiere algo de usted.

—¿De verdad?

—Sí. Primero, quiere que entienda lo siguiente: sabemos que no se llama Zhou, y que no es coronel del Ejército Popular de Liberación. Su nombre real es Feng, y es usted general.

El general Feng notó que se le encogía el estómago. Tuvo que hacer un ejercicio de voluntad para que el pánico no se reflejara en su rostro.

—¿Ah, sí?

—Sí. Lo sabemos todo de usted, incluidas sus demás actividades ilícitas: tráfico de armas ligeras de bajo calibre, contrabando de heroína, etcétera. También sabemos quiénes son sus aliados y quiénes son sus enemigos en su cadena de mando. De hecho, mi marido tiene muy buenas relaciones con un general llamado Gou. ¿Le suena el nombre?

Feng tragó saliva. Sentía que el mundo se desmoronaba a su alrededor.

—Sí —logró decir de forma apenas perceptible.

—El general Gou no le tiene mucho aprecio, ¿verdad?

—No.

—¿Me he explicado bien? —preguntó Zhilan Hsu.

—Sí.

—Hablemos de nuestra asociación. En realidad, mi marido está contento con los servicios que usted le ha prestado y le gustaría ofrecerle un quince por ciento de los ingresos de todas las transacciones.

—Es muy generoso por su parte.

—Mi marido es consciente de ello. También le pide un favor.

Feng se maldijo en el mismo instante en que las palabras brotaron de su boca.

—Un favor no exige compensación.

Los duros ojos de obsidiana miraron fijamente a Feng unos instantes antes de contestar.

—Me he equivocado de palabra. Tal vez «encargo» es más adecuada. Por supuesto, le compensará gustosamente por valor de doscientos mil dólares estadounidenses. Pero solo si tiene éxito.

Feng hizo un esfuerzo por mantener la sonrisa en su rostro.

—Por supuesto. Es lo mínimo. ¿De qué encargo se trata?

—Hay unas personas (dos, para ser exactos) que están amenazando nuestros intereses comerciales en la zona. Creemos que viajarán a lo largo de la frontera durante las próximas semanas; tal vez incluso crucen a la RAT —dijo Zhilan, en referencia a la Región Autónoma del Tíbet—. Queremos que los intercepte.

—Tendrá que ser más concreta.

—Que los capture y los retenga o que los mate. Le daré la orden cuando llegue el momento.

—¿A qué distancia de la frontera viajarán?

—En algunos lugares, a menos de unos kilómetros.

—La frontera tiene muchos kilómetros de largo. ¿Cómo voy a encontrar a dos individuos en toda esa extensión?

—No sea obtuso —dijo Zhilan, y su voz adoptó un tono más duro—. Tiene bajo su mando catorce helicópteros Harbin Z-9 equipados con radares infrarrojos, cámaras de visión nocturna y misiles antiaéreos y antitanques.

Feng suspiró.

—Está usted muy bien informada.

—Su mando también posee setenta y nueve puestos de observación. ¿Es correcto?

—Sí.

—Sospechamos que esas personas tendrán que usar un helicóptero para desplazarse por las zonas más apartadas. En Nepal existe un número limitado de empresas de fletamento que ofrezcan esos servicios. Para facilitarle la labor, nosotros

vigilaremos esas empresas.

—Entonces ¿por qué no interceptamos a esas personas antes de que suban a bordo del helicóptero?

—Les permitiremos... completar su misión antes de que usted tome medidas contra ellos.

—¿Cuál es su misión?

—Están buscando algo. Queremos que lo encuentren.

—¿Qué están buscando?

—Usted no tiene por qué saberlo. General, le he explicado lo que precisamos de usted; le he dado toda la información que necesita para tomar una decisión. Así que tómela, por favor.

—Acepto. Me hará falta tener información sobre los objetivos.

Zhilan metió la mano en el bolsillo delantero de su anorak y sacó una tarjeta SD. La deslizó a través de la mesa hacia Feng y se levantó.

—Asegúrese de estar listo cuando le llame.

## Capítulo 28

### *Jomsom, Nepal*

Perfectamente conscientes de que en el caso de Charles King habían enfurecido a un león que hasta entonces solo había estado enfadado, Sam y Remi habían dado instrucciones a Selma de que preparara una ruta alternativa a Mustang.

Todos los implicados sabían que el Theurang estaba en algún lugar del Himalaya, y King sabía ahora que los Fargo, que contaban con una importante ventaja, tendrían que regresar a Nepal. A Sam y a Remi no les cabía duda de que Russell y Marjorie King, junto con su madre, Zhilan Hsu, estarían al acecho por si aparecían. Solo el tiempo diría qué otros recursos emplearía King, pero tenían intención de andar con mucho cuidado hasta que la odisea terminara.

Después de una serie de maratónicos vuelos llegaron a Nueva Delhi, en la India, donde recorrieron en coche cuatrocientos kilómetros en dirección sudeste hasta la ciudad de Lucknow, donde subieron a bordo de un avión chárter monomotor y viajaron otros trescientos veinte kilómetros al nordeste, hasta Jomsom. Se habían marchado de aquel centro de senderismo solo una semana antes, y cuando las ruedas del avión chirriaron en el asfalto de la pista de aterrizaje, Sam y Remi experimentaron una sensación de *déjà vu*. Esa sensación no hizo más que intensificarse cuando se dirigieron a la terminal entre multitudes de senderistas y representantes de servicios de guías disputándose el negocio.

Tal como Jack Karna había prometido, pasaron por la aduana sin que los molestaran ni los interrogaran. En la acera del exterior de la terminal les esperaba otro eco del pasado: un hombre nepalés al lado de un Toyota Land Cruiser blanco que sujetaba un letrero con su nombre escrito.

—Creo que nos busca a nosotros —dijo Sam, alargando la mano.

El hombre se la estrechó a ambos.

—Soy Ajay. El señor Karna me ha pedido que les diga: «El nuevo pez de Selma se llama *Apistogramma iniridae*». ¿Lo he pronunciado correctamente?

—Sí —contestó Remi—. ¿Y qué nombre le ha puesto?

—Frodo.

En sus largas conversaciones, Selma y Jack Karna habían descubierto que los dos eran fervientes admiradores de la trilogía de El señor de los anillos.

—¿Sí? ¿Está bien? —preguntó Ajay sonriendo.

—Está bien —respondió Sam—. Vamos.



Como era de esperar, Ajay no solo era mejor guía turístico que el anterior sino que también era mejor conductor, franqueando los innumerables recodos, curvas y peligros del Kali Gandaki con pericia. Solo ocho horas después de partir de Jomsom se encontraban ante la puerta de Jack Karna en Lo Monthang.

Los recibió a cada uno con un afectuoso abrazo. En la zona para sentarse les esperaban bollos y té caliente. Una vez que estuvieron instalados y hubieron entrado en calor, Sam y Remi sacaron los discos del Theurang y los colocaron sobre la mesita para el café delante de Karna.

Durante un minuto entero, el hombre simplemente los contempló con una mirada anhelante y una media sonrisa en el rostro. Al final, cogió los discos uno por uno y los examinó detenidamente. La maqueta solo pareció impresionarlo un poco menos.

—Aparte de los símbolos, es casi igual que el auténtico, ¿verdad? Tengo que decir que Selma... es toda una mujer.

Remi lanzó una mirada de soslayo a Sam y sonrió. Su intuición femenina le había revelado que había chispa entre Selma y Jack. Sam había rechazado la idea. En ese momento asintió con la cabeza en señal de reconocimiento.

—Es única —afirmó Sam—. Bueno, ¿crees que funcionarán?

—No me cabe ninguna duda. Con ese fin, Ajay nos llevará a las cuevas mañana por la mañana. Con suerte, al final del día habremos encontrado una coincidencia. Luego simplemente será cuestión de seguir el mapa hasta Shangri-La.

—Las cosas nunca resultan tan sencillas —dijo Remi—. Créenos.

Karna se encogió de hombros.

—Lo que vosotros digáis. —Les sirvió más té y les pasó el plato de bollos—. Bueno, contadme más cosas de la afición de Selma a las infusiones y a los peces tropicales.

A la mañana siguiente se levantaron antes del amanecer y tomaron un desayuno inglés completo servido por el chico que ayudaba a Karna: beicon, huevos, pudín negro, tomates y champiñones a la parrilla, pan frito, salchichas y tazas de té aparentemente interminables. Cuando no pudieron más, Sam y Remi apartaron sus platos.

—¿Desayunas esto todas las mañanas? —preguntó Remi a Karna.

—Por supuesto.

—¿Cómo te mantienes delgado? —dijo Sam.

—Hago mucho senderismo. Por no hablar del frío y la altitud. Aquí se queman montones de calorías. Si no consumo como mínimo cinco mil al día, empiezo a adelgazar.

—Deberías abrir un gimnasio —propuso Remi.

—Es una idea —dijo Karna, al tiempo que se levantaba. Dio una palmada y se frotó las manos—. ¡Muy bien! Partimos dentro de diez minutos. ¡Ajay se reunirá con nosotros en la verja!

Fiel a su palabra, Karna estaba saliendo con ellos por la puerta pocos minutos más tarde, y pronto se encontraron en el Land Cruiser en dirección al sudeste, hacia las estribaciones. A tres kilómetros de la ciudad, al llegar a una cumbre, el paisaje empezó a cambiar drásticamente. Las ondulantes colinas se volvieron más empinadas, y su contorno se hizo más irregular. Poco a poco, la tierra pasó de un color grisáceo a uno marrón aceitunado, y la poca maleza que salpicaba el terreno se hizo más dispersa. El Land Cruiser empezó a dar sacudidas de un lado a otro mientras Ajay conducía por la extensión ahora llena de cantos rodados. Pronto a Sam y a Remi se les taponaron los oídos.

—En el maletero hay dos cajas de agua embotellada —dijo Karna desde el asiento delantero—. Aseguraos de manteneros hidratados. Cuanto más alto subamos, más líquido necesitaréis.

Sam cogió dos pares de botellas, le dio una a Remi y dos a Karna, y a continuación le preguntó:

—¿A qué distancia estamos de la frontera del Tíbet?

—A once kilómetros más o menos. No lo olvidéis: aunque nosotros la consideremos la frontera del Tíbet, como la mayoría del mundo, los chinos no opinan lo mismo. Es una distinción que imponen celosamente. Puede que el nombre oficial sea Región Autónoma del Tíbet, pero por lo que a Pekín respecta, es todo de China. De hecho, si estáis atentos, empezareis a ver puestos avanzados en las cumbres. Es posible que nos encontremos una patrulla o dos.

—¿Una patrulla? —repitió Sam—. ¿Del ejército chino?

—Sí. Unidades terrestres y aéreas pasan por Mustang rutinariamente, y no por casualidad. Saben que lo único que Nepal puede hacer es presentar una queja formal, que para los chinos no significa nada.

—¿Y qué pasa si alguien se equivoca de camino y cruza la frontera? Un senderista perdido, por ejemplo.

—Depende del sitio. Entre esta zona y el extremo norte de Myanmar hay casi tres mil doscientos kilómetros de frontera, gran parte en terrenos apartados y accidentados. En cuanto a esta zona, los chinos rara vez ahuyentan a las personas descarriadas para que vuelvan a cruzar la frontera de buenas maneras y normalmente detienen a los intrusos. Sé de tres senderistas que fueron pillados el año pasado.

En el asiento del conductor, Ajay levantó cuatro dedos en silencio.

—Retiro lo dicho: cuatro senderistas. Al final todos fueron liberados menos uno.

¿Estoy en lo cierto, Ajay?

—Sí.

—Define «al final» —dijo Remi.

—Un año más o menos. El único al que retuvieron lleva seis años desaparecido. A los chinos les gusta dar ejemplo, ¿sabéis? Soltar a un invasor demasiado pronto estaría mal visto. Cuando quisieras darte cuenta tendrías montones de agentes occidentales disfrazados de senderistas cruzando la frontera.

—¿Es así como realmente lo ven? —preguntó Sam.

—Algunos de los que están en el gobierno sí, pero me temo que casi todo es para impresionar. A lo largo de la frontera sur china hay franjas que son imposibles de recorrer por tierra, de modo que China es estricta en las zonas que puede controlar. Sé de buena tinta... —Karna sacudió la cabeza cómicamente en dirección a Ajay—. Sé que en el norte de India los senderistas cruzan a menudo la frontera; de hecho, hay agencias turísticas especializadas en ello. ¿No es así, Ajay?

—Sí, señor Karna.

—No os preocupéis, matrimonio Fargo. Ajay y yo llevamos años haciendo esto juntos. Nuestro GPS está perfectamente ajustado, y conocemos esta zona como la palma de nuestra mano. Os puedo asegurar que no caeremos en las garras del ejército chino.

Después de otra hora de trayecto en coche llegaron a un cañón rodeado de precipicios tan erosionados que semejaban hileras escalonadas de enormes hormigueros. Más adelante había una estructura como un castillo que parecía parcialmente incrustada en el precipicio. Las paredes exteriores del primer piso estaban pintadas del mismo color rojo oscuro que habían visto en Lo Monthang, mientras que las dos plantas superiores, dispuestas una sobre otra encima de vigas horizontales que sobresalían, eran cada vez más pequeñas y parecían labradas en la propia roca. Banderas de oración desvaídas colgadas entre dos de los tejados cónicos ondeaban en la brisa.

—La gompa de Tarl —anunció Karna.

—Hemos oído ese nombre varias veces —dijo Remi—, pero la definición parece... indefinible.

—Una forma acertada de expresarlo. En cierto sentido, las gompas son una especie de fortificaciones: bases para la educación y el crecimiento espiritual. En otro sentido, son monasterios; y en otro más, puestos militares. Depende en gran medida del período histórico en cuestión y de la gente que ocupa la gompa.

—¿Cuántas hay allí?

—Solo en Nepal, más de cien que yo sepa. Probablemente el triple de esa cantidad siguen sin descubrir. Si amplías la zona al Tíbet y Bhutan, hay miles.

—¿Por qué paramos en ésta? —preguntó Sam.

—Sobre todo por respeto. Donde hay cuevas sagradas, se forma un consejo de ancianos para velar por ellas. Las cuevas que hay aquí todavía no son muy conocidas, y los ancianos son muy protectores con ellas. Si no les mostramos el debido respeto, acabaremos encañonados por una docena de fusiles.

Bajaron del coche. Karna gritó algo en nepalés en dirección a la gompa, y momentos más tarde un anciano con pantalones de color caqui y un anorak de un tono azul muy vivo salió a través de la puerta oscurecida. Tenía la cara muy bronceada y arrugada. Escrutó a sus invitados desde detrás de sus pobladas cejas durante varios segundos antes de sonreír ampliamente.

—¡Namaste, Jack! —gritó el hombre.

—¡Namaste, Pushpa! Tapaai laai kasto chha?

Karna avanzó, y los dos hombres se abrazaron y empezaron a hablar en voz baja. Karna señaló a Sam y a Remi, y ellos se adelantaron instintivamente.

Ajay los detuvo.

—Es mejor que esperen aquí. Pushpa es un sgonyer: un portero. El señor Karna es muy conocido entre esta gente, pero desconfían de los forasteros.

Karna y Pushpa siguieron hablando varios minutos antes de que el viejo asintiera con la cabeza y diera una palmada a Karna en los dos brazos. Karna regresó al Land Cruiser.

—Pushpa nos ha dado permiso para continuar. Informará a un guía local para que se reúna con nosotros en las primeras cuevas.

—¿Cómo informará al guía? —preguntó Remi—. No veo ningún...

—A pie —contestó Karna.

Señaló uno de los rocosos dientes de tiburón situados en lo alto del precipicio de enfrente. Allí había una figura de pie. Mientras ellos observaban, Pushpa levantó el brazo y formó una secuencia de gestos con la mano. La figura le devolvió las señales y acto seguido desapareció detrás del precipicio.

—Cuando llegemos, toda la gente de la zona sabrá que vamos allí y que tenemos permiso —dijo Karna.

—En otras palabras, no habrá vecinos cabreados empuñando horcas.

—Fusiles —corrigió Sam a Remi.

Karna sonrió en actitud tranquilizadora.

—Ninguna de las dos cosas. ¿Vamos?

Dejaron atrás la gompa de Tarl en el espejo retrovisor y continuaron dirigiéndose al este, siguiendo el cañón a lo largo de tres kilómetros, antes de salir al lecho de un río seco. A cuatrocientos metros de allí, al otro lado de un puente, había un grupo de estructuras parecidas a gompas al pie de otro precipicio con hormigueros, en esta ocasión de bastantes metros de altura, que se extendía hacia el norte y el sur hasta

donde alcanzaba la vista.

Ajay condujo el Land Cruiser por el lecho del río hasta el puente y lo cruzó. Conforme se acercaban al pueblo, el terreno pasó de los pedregales y los cantos rodados a una fina arena marrón óxido. Ajay detuvo el todoterreno al lado de un muro de piedra bajo en el perímetro del pueblo. Todos descendieron del vehículo y se encontraron con un viento fresco. La arena acribillaba sus chaquetas.

—Hace un poco de viento, ¿verdad? —dijo Karna.

Sam y Remi, que estaban poniéndose las capuchas, asintieron con la cabeza.

Sam gritó por encima de la ráfaga:

—¿A partir de aquí vamos andando?

—Sí. Hasta allí. —Karna señaló los hormigueros—. Vámonos.

Karna los llevó a través de una brecha en el muro y enfiló un sendero bordeado de piedras. Al final del mismo encontraron un espeso seto vivo de maleza. Siguieron el seto hacia la izquierda y luego a través de una pérgola natural. Aparecieron en una pequeña plaza adoquinada circular en cuyo centro había una fuente burbujeante. En torno al perímetro vieron jardineras rebosantes de flores rojas y moradas.

—Desvían parte del río para el riego, las cañerías y las fuentes —explicó Karna—. Les encantan las fuentes.

—Es precioso —dijo Remi.

No hacía falta mucha imaginación para advertir que las leyendas de Shangri-La partían de allí, pensó. En medio de uno de los terrenos más inhóspitos con los que se habían tropezado ella y Sam, habían encontrado un pequeño oasis. El contraste suponía una agradable sorpresa.

Sentado junto a un banco de madera había un hombre de poca estatura y de mediana edad con una sudadera a cuadros y una gorra con el logotipo de los Chicago Bears.

Los saludó levantando la mano y se acercó. Karna y el hombre se abrazaron y hablaron un poco antes de que Karna se volviera para presentarle a Sam y a Remi.

—Namaste... namaste —dijo el hombre sonriendo.

—Éste es Pushpa —dijo Karna. Antes de que ellos pudieran preguntar, añadió—: Sí, es más o menos el mismo hombre de la gompa. A nosotros nos parece exactamente igual; para ellos, el matiz marca la diferencia. Pushpa nos llevará a las cuevas. Tomaremos té con él y luego nos pondremos manos a la obra.

## Capítulo 29

### *Jomsom, Nepal*

Volviéron sobre sus pasos con las mochilas a las espaldas hasta más allá del Land Cruiser y siguieron a Pushpa a lo largo del muro, primero al sur y luego al este, rodeando el pueblo hasta el pie de los precipicios repletos de hormigueros.

—De repente me siento muy pequeña —dijo Remi a Sam por encima del hombro.

»Muy pero que muy pequeña.

Al ver por primera vez los precipicios, tanto la distancia como la geología fantástica se habían aliado y les habían dado un aire irreal, como si fueran el escenario de una película de ciencia ficción. En ese momento, a la sombra de los hormigueros, a Sam y a Remi les parecían simplemente impresionantes.

Pushpa, que iba el primero de la fila, se había detenido y esperó pacientemente a que Sam y Remi terminaran de contemplar el paisaje y de hacer fotos antes de partir de nuevo. Después de otros diez minutos de caminata, llegaron a una fisura en la roca apenas más alta que Sam. Uno a uno, se introdujeron por la abertura hasta un sendero como un túnel. Por encima de sus cabezas, los lisos muros de color marrón óxido se curvaban hacia dentro, tocándose casi y dejando solo un retazo del lejano cielo azul en lo alto.

El sendero serpenteaba y giraba en espiral cada vez más hacia el este hasta que Sam y Remi perdieron la noción de la distancia que habían recorrido. Pushpa detuvo la marcha gritando una palabra. Detrás de ellos, al final de la fila, Ajay dijo:

—Ahora nos toca trepar.

—¿Cómo? —preguntó Remi—. No veo ningún asidero. Y no tenemos equipo.

—Pushpa y sus amigos han abierto un camino. La arenisca de aquí es muy frágil; los anclajes de escalada causan demasiados daños.

Delante de ellos, podían ver a Pushpa y a Karna hablando. Pushpa desapareció en un hueco situado en el lado izquierdo del precipicio, y Karna se abrió camino cuidadosamente por el sendero hasta donde estaban Sam y Remi.

—Pushpa va a subir primero —dijo—, seguido de Ajay. Luego irás tú, Remi, seguida de ti, Sam. Yo iré el último. Los peldaños parecen peligrosos, pero son muy sólidos, os lo aseguro. Avanzad despacio.

Sam y Remi asintieron con la cabeza, y acto seguido Karna y Ajay cambiaron de posición.

Ajay se situó el primero de la fila y estiró el cuello hacia atrás durante varios

minutos antes de meterse en el hueco y desaparecer. Sam y Remi avanzaron y miraron hacia arriba.

—Vaya —murmuró Remi.

—Sí —convino Sam.

Los peldaños que Karna había mencionado eran en realidad estacas de madera que habían sido clavadas en la piedra caliza a fin de formar una serie de puntos de apoyo escalonados para manos y pies. La escalera se elevaba treinta metros por un orificio parecido a una chimenea antes de girar y desaparecer detrás de un muro de roca saliente.

Observaron cómo Ajay trepaba con dificultad por los peldaños hasta que dejaron de verlo. Remi vaciló por un breve instante y acto seguido se volvió hacia Sam, sonrió, lo besó en la mejilla y le dijo alegremente:

—¡Nos vemos en lo alto!

A continuación, subió al primer peldaño y entonces empezó a trepar.

Cuando ella estaba en mitad de la ascensión, Karna dijo por encima del hombro de Sam:

—Es una fiera.

Sam sonrió.

—Me lo dices o me lo cuentas, Jack.

—Es como Selma, ¿verdad?

—Exacto. Selma es... única.

Cuando Remi hubo tomado la curva, Sam empezó a subir. Inmediatamente notó la solidez de los peldaños, y después de hacer unos movimientos de prueba para compensar el peso de la mochila, adquirió un ritmo constante. Pronto las paredes de la chimenea se cerraron en torno a él. La poca luz del sol que se había filtrado hasta el sendero se atenuó y se convirtió en penumbra. Sam llegó al saliente rocoso y se detuvo a echar un vistazo a la vuelta de la curva. A seis metros de distancia, arriba y a la izquierda, los peldaños acababan en una tabla de madera horizontal clavada a una serie de estacas. Al final de la tabla había otra, inclinada detrás de otro muro de roca saliente. Remi se encontraba en el cruce; lo saludó con la mano y le hizo un gesto de aprobación con el pulgar.

Cuando Sam llegó a la tabla, descubrió que no era ni mucho menos tan estrecha como parecía desde abajo. Subió a la plataforma tomando impulso, se afianzó y recorrió la tabla desplazando la puntera de un pie hacia el talón del otro, y luego tomó la curva. Después de pasar por cuatro tablas más, llegó a un saliente rocoso y a una cueva de forma ovalada. Dentro encontró a Pushpa, a Ajay y a Remi sentados alrededor de un hornillo que sostenía una tetera en miniatura.

El agua acababa de empezar a hervir cuando Karna entró en la cueva. Se sentó.

—¡Qué bien, té!

Sin decir nada, Pushpa sacó cuatro tazas de hierro esmaltado rojas de su mochila, las repartió y sirvió el té. Permanecieron acurrucados bebiendo la infusión y disfrutando del silencio. En el exterior, de vez en cuando silbaba una ráfaga de viento por delante de la entrada.

Cuando todo el mundo hubo acabado, Pushpa guardó con mano experta las tazas y partieron de nuevo, en esa ocasión con las linternas de sus cabezas encendidas. Una vez más, Pushpa iba el primero y Ajay cerraba la marcha.

El túnel formaba una curva a la izquierda, luego a la derecha y más tarde se detenía ante un muro vertical. Siguiendo en línea recta había un arco labrado en la piedra caliza que les llegaba a la altura del pecho. Pushpa se volvió y habló con Karna unos segundos, y acto seguido Karna les dijo a los Fargo:

—Pushpa entiende que no seáis budistas, y también entiende que nuestra labor aquí pueda ser un poco complicada, así que no nos pedirá que respetemos todas las costumbres budistas. Solo pide que cuando entréis en la cámara principal, rodeéis el perímetro una vez en el sentido de las agujas del reloj. Cuando lo hayáis hecho, podréis moveros a vuestro antojo. ¿Entendido?

Sam y Remi asintieron con la cabeza.

Pushpa cruzó el arco encorvándose y torció a la izquierda, seguido de Remi, Sam y Ajay. Se encontraron en un pasillo. En la pared situada delante de ellos había pintados símbolos rojos y amarillos desvaídos que Sam y Remi no conocían, así como cientos de líneas de texto en lo que supusieron era un dialecto lowa.

—Es una especie de bienvenida, básicamente una presentación histórica del sistema de cuevas —les dijo Karna, susurrando—. Nada concreto sobre el Theurang o acerca de Shangri-La.

—¿Todo esto es natural o artificial? —preguntó Remi, señalando las paredes y el techo.

—En realidad, un poco las dos cosas. Cuando estas cuevas fueron construidas (hará unos novecientos años), los lowa de esta zona creían que la naturaleza revelaba las cuevas sagradas en su estado embrionario y que una vez que las hallaban podían excavarlas de acuerdo con su voluntad espiritual.

El grupo siguió avanzando detrás de Pushpa por el pasillo, caminando encorvados hasta que llegaron a otra entrada en forma de arco, esta unos centímetros más alta que Sam.

—Ya hemos llegado —dijo Karna por encima del hombro, sonriendo.

A simple vista, la cámara principal parecía una cúpula perfecta de diez pasos de diámetro y dos metros y medio de altura, cuyo techo se estrechaba en una punta redondeada. La pared situada enfrente de la entrada estaba dominada por un mural que se extendía alrededor de la cámara desde el suelo hasta el techo abovedado. A



diferencia del mural del pasillo, los símbolos, el texto y los dibujos estaban pintados en vivos tonos rojos y amarillos. El contraste con las paredes de color moca era llamativo.

—Es majestuosa —dijo Sam.

Remi asintió con la cabeza mientras contemplaba el mural.

—Qué detalles... Jack, ¿por qué el color es tan distinto aquí?

—Pushpa y su gente han estado restaurándolo. El pigmento que emplean es un antiguo secreto. Ni siquiera quieren compartirlo conmigo, pero Pushpa me ha asegurado que es la misma receta que se usaba hace nueve siglos.

Situado en el centro de la cámara, Pushpa estaba haciéndoles señas.

—Hagamos el circuito —dijo Karna a Sam y a Remi—. Prohibido hablar. La cabeza gacha.

Karna los guió en el sentido de las agujas del reloj alrededor de la estancia y se detuvo de nuevo en el arco. Pushpa asintió con la cabeza y sonrió, y acto seguido se arrodilló junto a su mochila. Extrajo un par de lámparas de queroseno y las colgó en unos ganchos en cada pared lateral. Pronto la cámara se llenó de una luz ambarina.

—¿Qué podemos hacer para ayudar? —preguntó Remi.

—Necesitaré los discos y silencio. El resto debo hacerlo solo.

Sam sacó de su mochila el estuche de policarbonato que contenía los discos y se lo dio a Karna. Equipado con los discos, un rollo de cuerda, una cinta métrica, una regla paralela, un compás y una brújula, Karna se acercó al mural. Pushpa se adelantó a toda prisa con un taburete de madera toscamente tallado que colocó al lado de Karna.

Sam, Remi y Ajay se quitaron las mochilas y se sentaron con las espaldas apoyadas en la pared de la entrada.

Durante casi una hora, Karna trabajó sin pausa, midiendo en silencio los símbolos del mural y anotando en su cuaderno. De vez en cuando retrocedía, contemplaba la pared mientras murmuraba para sí y se paseaba de un lado a otro.

Finalmente le dijo algo a Pushpa, quien se había mantenido apartado con las manos cogidas por delante. Pushpa y Karna se arrodillaron, abrieron el estuche y estuvieron unos minutos examinando los discos del Theurang, encajándolos con el anillo exterior rebordeado en varias posiciones antes de encontrar una configuración aparentemente satisfactoria.

A continuación, Pushpa y Karna colocaron los discos encima de determinados símbolos, midieron las distancias con la cinta métrica y murmuraron entre ellos.

Por fin Karna retrocedió con los brazos en jarras y echó un último vistazo al mural. Se volvió hacia Sam y Remi.

—Selma me ha dicho que os gustan las situaciones en las que hay buenas y malas

noticias.

Sam y Remi se miraron sonriendo.

—Selma ha estado divirtiéndose a tu costa. A ella le gustan esas situaciones; a nosotros, no tanto.

—Dispara de todas formas, Jack —dijo Remi.

—La buena noticia es que no tenemos que ir más lejos. Mi corazonada era correcta: ésta es la cueva que necesitamos.

—Fantástico —dijo Sam—. ¿Y...?

—En realidad son dos buenas noticias y una mala. La segunda buena noticia es que ahora tenemos una descripción de Shangri-La... o al menos unos símbolos que nos dirán si estamos cerca.

—Y ahora, la mala noticia —lo apremió Remi.

—La mala noticia es que en el mapa solo figura el sendero que habría tomado el centinela Dhakal con el Theurang. Como me temía, conduce al este a través del Himalaya, pero en total hay veintisiete puntos que marcan el sendero.

—Traduce, por favor —dijo Sam.

—Shangri-La podría estar en cualquiera de esos veintisiete lugares que se extienden desde aquí hasta el este de Myanmar.

## Capítulo 30

### *Katmandú, Nepal*

—¿Estás seguro de que no cambiarás de opinión, Jack? —preguntó Remi.

Detrás de ella, en la pista de despegue de tierra, había un helicóptero Bell 206b LongRanger III de color azul sobre fondo blanco, con el motor silbando mientras los rotores giraban para el despegue.

—No, querida, lo siento. Disculpadme por abandonaros. Tengo una relación de odio con todos los aparatos voladores. La última vez que fui volando a Gran Bretaña, lo hice totalmente sedado.

Después de salir del complejo de cuevas el día anterior, el grupo había regresado a Lo Monthang para reorganizarse y planear el siguiente paso. Sabían que solo había uno posible: seguir el sendero del centinela Dhakal hacia el este a través de Nepal, descartando los lugares que Karna había obtenido gracias al mapa del mural.

La altitud y lo remoto de las zonas en cuestión solo les dejaba una opción en materia de transporte —un servicio de helicópteros chárter—, que los llevaría de vuelta a Katmandú y a la guarida del león, por así decirlo. Con suerte, Sam y Remi encontrarían lo que necesitaban en pocos días, antes de que King pudiera descubrir su ruta.

—¿Y si King sigue nuestro rastro? —preguntó Sam.

—Santo Dios, ¿no os lo he dicho ya? Ajay es un ex soldado indio... y un gurkha, de hecho. Todo un tipo duro. Él cuidará de mí.

De pie detrás del hombro de Karna, Ajay les dedicó una sonrisa de tiburón.

Karna les dio el mapa plastificado que se había pasado la noche anterior anotando.

—He conseguido eliminar dos puntos de la red de búsqueda de hoy porque son poco probables; son unas cumbres que habrían estado cubiertas de hielo y nieve en la época del viaje de Dhakal...

La investigación de Karna sobre la «auténtica» Shangri-La le había llevado a creer que se encontraba en un lugar relativamente templado y con estaciones normales. Por desgracia, en la cadena del Himalaya abundaban ese tipo de valles ocultos, pequeños paraísos casi tropicales abrigados entre inhóspitos picos y glaciares.

—Eso nos deja seis objetivos por registrar —concluyó Karna—. Ajay le ha dado al piloto las coordenadas. —En la pista de despegue, los rotores del Bell estaban

acelerando. Karna les estrecho las manos y gritó—: ¡Buena suerte! ¡Nos volveremos a encontrar aquí por la tarde!

Él y Ajay se marcharon con paso decidido hacia el Land Cruiser.

Sam y Remi se volvieron y se dirigieron al helicóptero.

El primer objetivo se hallaba a unos cincuenta kilómetros al nordeste de Katmandú, en el desfiladero de Hutabrang. Su piloto, un ex aviador de las Fuerzas Aéreas Paquistaníes llamado Hosni, los llevó directamente hacia el norte durante diez minutos, señalando picos y valles y dejando que Sam y Remi se hicieran a la configuración del terreno, antes de virar hacia el este en dirección a las coordenadas.

La voz de Hosni sonó por sus auriculares:

—Estamos entrando en la zona. La rodearé en el sentido de las agujas del reloj y trataré de volar lo más bajo posible. La cizalladura del viento puede ser peligrosa aquí.

En la cabina detrás de Hosni, Sam y Remi se inclinaron rápidamente a un lado para ver mejor por la ventanilla.

—Estate atento por si ves champiñones —ordenó Remi a Sam.

—Sí, capitana.

La traducción que Karna había hecho del mural de la cueva les había ofrecido una descripción vaga pero con suerte útil del rasgo más destacado de Shangri-La: una formación rocosa parecida a un champiñón. Como el mural era anterior al primer vuelo del hombre, era probable que la forma solo fuera reconocible desde el suelo. El mural no especificaba lo grande que era con exactitud la formación, ni si Shangri-La podía estar en ella o simplemente cerca. Sam y Remi suponían —y a la vez deseaban— que las personas que habían planificado la evacuación del Hombre Dorado hubieran elegido una formación lo bastante grande para que destacara de sus vecinas.

En previsión de numerosos aterrizajes y despegues, iban a pagar a Hosni casi el doble de su tarifa habitual, y lo habían contratado por cinco días, con un depósito no reembolsable por cinco más.

El Bell pasó por encima de una boscosa cumbre, y Hosni bajó el morro del helicóptero y descendió al valle. A unos noventa metros por encima de las copas de los árboles, niveló el helicóptero y redujo la velocidad aérea.

—¡Ya estamos en la zona! —gritó.

Sam y Remi empezaron a escudriñar el valle con los prismáticos levantados.

—Recuérdame qué nivel de precisión dijo Jack que tenían las coordenadas —pidió Remi por la radio.

—Un tercio de milla.

—Eso no me dice nada.

Pese a ser una experta en la materia, Remi no era muy aficionada a las

matemáticas; calcular distancias la sacaba especialmente de quicio.

—Medio kilómetro. Imagínate una pista de atletismo corriente.

—Ya lo pilló. Figúrate, Sam: ese centinela tenía que localizar las coordenadas con una exactitud casi absoluta.

—Era preciso que tuviera un sentido de la orientación extraordinario —convino Sam—. Pero Karna dijo que esos tipos eran el equivalente a los boinas verdes o los Navy SEAL actuales. Se preparaban para ello durante toda la vida.

Hosni siguió volando, acercándose a los árboles lo máximo que se atrevía. En el valle, que el Bell atravesó de punta a punta en menos de dos minutos, no había nada. Sam mandó a Hosni que pasara al siguiente grupo de coordenadas.

La mañana transcurrió mientras el Bell seguía cada vez más hacia el oeste. Avanzaban despacio. Aunque muchas coordenadas estaban a solo unos pocos kilómetros de distancia, las limitaciones de techo del Bell obligaban a Hosni a esquivar algunos de los picos más altos, volando a través de pasos y puertos de montaña situados por debajo de cuatrocientos ochenta mil metros.

Poco después de la una de la tarde, cuando volaban hacia el noroeste para evitar un pico de la cordillera de Ganesh Himal, Hosni gritó:

—¡Tenemos compañía. A las dos!

Remi se desplazó rápidamente al lado de Sam, y miraron el helicóptero por la ventanilla.

—¿Quién es? —preguntó Remi.

—Las Fuerzas Aéreas del Ejército Popular de Liberación. Un Z-9.

—¿Dónde está la frontera del Tíbet?

—A unos tres kilómetros al otro lado. No os preocupéis, siempre envían centinelas para que vigilen los helicópteros a las afueras de Katmandú. Solo lo hacen para impresionar.

—Si pasara en cualquier otro sitio, lo considerarían una invasión —observó Sam.

—Bienvenidos a Nepal.

Después de volar en paralelo al Bell durante unos cuantos minutos, el helicóptero chino se alejó y se dirigió al norte hacia la frontera. Pronto lo perdieron de vista entre las nubes.

Por la tarde, pidieron a Hosni dos veces que aterrizara cerca de una formación rocosa de aspecto prometedor, pero en ninguna de ambas ocasiones tuvieron suerte. Cuando se acercaban las cuatro de la tarde, Sam tachó con un lápiz graso rojo el último punto

en el mapa del día, y Hosni se dirigió a Katmandú.

La mañana del segundo día comenzó con un vuelo de cuarenta minutos al valle de Budhi Gandaki, al noroeste de Katmandú. Tres de las coordenadas de Karna para ese día se encontraban dentro de Budhi Gandaki, que seguía el borde occidental del macizo del Annapurna. Sam y Remi disfrutaron de tres horas de preciosos paisajes — densos bosques de pinos, exuberantes praderas en las que brotaban flores silvestres, crestas dentadas y cascadas en las que el agua corría con fuerza—, pero poco más, aparte de una formación que desde arriba se parecía lo bastante a un champiñón para justificar el aterrizaje pero que resultó ser simplemente un gran canto rodado sobrecargado en la parte superior.

A mediodía aterrizaron cerca de una parada de senderistas en un pueblo llamado Bagarchap, y Hosni entretuvo a los niños del lugar enseñándoles el helicóptero mientras Sam y Remi comían.

Pronto estaban otra vez en el aire rumbo al norte a través del glaciar de Bintang y en dirección al monte Manaslu.

—¡Veinticuatro mil pies de altura! —gritó Hosni, señalando la montaña.

—Unos ocho mil cien metros —tradujo Sam a Remi.

—Y cinco mil pies menos que el Everest —añadió Hosni.

—Una cosa es verlos en fotos o desde tierra —explicó Remi—, pero desde aquí arriba, entiendo por qué llaman a este sitio el techo del mundo.

Después de permanecer suspendidos en el aire para que Remi pudiera hacer fotos, Hosni giró al oeste y descendió en otro glaciar —el Pung Gyen, lo llamó—, que siguieron a lo largo de doce kilómetros antes de girar de nuevo al norte.

—Nuestros amigos han vuelto —dijo Hosni por los auriculares—. Por el lado derecho.

Sam y Remi miraron. Efectivamente, el Z-9 chino había vuelto y volaba de nuevo en paralelo a su trayectoria; sin embargo, esa vez el helicóptero había reducido la distancia a solo unos cientos de metros.

Sam y Remi podían ver unas siluetas mirándolos a través de las ventanillas de la cabina.

El Z-9 los siguió unos cuantos kilómetros más y a continuación cambió de rumbo y desapareció en un banco de nubes.

—Faltan tres minutos para la próxima zona de búsqueda —informó Hosni.

Sam y Remi se acercaron a las ventanillas.

Como ya era habitual, Hosni elevó el morro del Bell sobre una cresta y acto seguido se inclinó bruscamente sobre el valle, disminuyendo la altitud a medida que avanzaba. Redujo la velocidad del Bell hasta que el helicóptero se mantuvo planeando.

Sam fue el primero en fijarse en el surrealista paisaje del valle. Mientras que las pendientes superiores estaban llenas de pinos, la cuenca baja parecía haber sido cortada con un molde para galletas rectangular, dejando atrás escarpados acantilados que descendían hasta un lago. Una meseta cubierta de hielo sobresalía de la pendiente opuesta y rodeaba un extremo. Un arroyo de agua agitada partía el saliente y caía en cascada a las aguas de abajo.

—Hosni, ¿qué profundidad crees que tiene? —preguntó Sam—. Me refiero al valle.

—Desde la cresta hasta el lago, unos doscientos cincuenta metros.

—Los acantilados tienen la mitad, como mínimo —dijo Sam.

Hosni avanzó con cuidado, siguiendo la pendiente, mientras Sam y Remi escudriñaban el terreno a través de los prismáticos. Cuando se situaron a la altura de la meseta y Hosni se desvió, vieron que esta era engañosamente honda y se estrechaba a lo largo de varios cientos de metros antes de terminar en un elevado muro de hielo rodeado de precipicios verticales.

—Es un glaciar —dijo Sam—. Hosni, no he visto esta meseta en ningún mapa. ¿Te suena de algo?

—No, tienes razón. Es relativamente nuevo. ¿Ves el color del lago, el gris verdoso?

—Sí —contestó Remi.

—Se suele ver después del retroceso de un glaciar. Yo diría que esta zona del valle tiene menos de dos años.

—¿El cambio climático?

—Sin duda. El glaciar por el que hemos pasado antes, el Pung Gyen, perdió doce metros solo el año pasado.

Pegada a la ventanilla, Remi bajó súbitamente los prismáticos.

—¡Sam, mira eso!

Él se arrimó a su mujer y miró por la ventanilla. Justo debajo de ellos había algo parecido a una cabaña de madera medio enterrada en una plataforma de hielo de alrededor de un metro.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Sam—. ¿Hosni?

—No tengo ni idea.

—¿A qué distancia estamos de las coordenadas?

—A menos de un kilómetro.

—Sam, es una barquilla —dijo Remi.

—¿Qué?

—Una barquilla... de un globo de aire caliente.

—¿Estás segura?

—¡Hosni, baja!

## Capítulo 31

### *Norte de Nepal*

Hosni ladeó el Bell sobre la meseta hasta que encontró un lugar lo bastante sólido para soportar el helicóptero y aterrizó. Cuando los rotores disminuyeron de velocidad, Sam y Remi bajaron y se pusieron las chaquetas, los gorros y los guantes.

—¡Tened cuidado al pisar! —gritó Hosni—. En una zona así habrá muchas grietas.

Ellos hicieron un gesto de asentimiento con la mano y echaron a andar a través de la meseta hacia el objeto.

—¡Esperad...! —gritó Hosni.

Sam y Remi regresaron andando. El piloto bajó de la cabina y se encorvó junto al compartimiento de carga de la cola. Sacó algo parecido a un poste plegable de una tienda de campaña y se lo dio a Sam.

—Una sonda para avalanchas. También sirve para las grietas. Es mejor asegurarse.

—Gracias. —Sam dio una sacudida a la sonda, ésta se extendió hacia fuera, y la correa elástica del interior afianzó las distintas secciones—. Guay.

Partieron de nuevo; esa vez Sam iba sondeando el terreno a medida que avanzaban.

La capa de hielo que había cubierto parcialmente la meseta estaba ondulada como si se tratara de olas congeladas, un residuo, suponían, de la lenta retirada del glaciar por el valle.

El objeto en cuestión se encontraba cerca del otro borde de la meseta, en diagonal con respecto al resto de la misma.

Después de andar con cuidado durante cinco minutos, se situaron delante de él.

—Me alegro de no haber apostado contra ti —dijo Sam—. Es una barquilla de verdad.

—Volcada. Eso explica por qué parecía una cabaña. Ya no se fabrican así. ¿Qué demonios hace aquí?

—No tengo ni idea.

Remi dio un paso adelante; Sam la detuvo posándole la mano en el hombro. Sondeó el hielo que había delante de la barquilla, determinó que era sólido y acto seguido se puso a hurgar en lo que debían de ser sus lados.

—Hay más —dijo Sam.



Siguieron andando de lado hacia la izquierda, en paralelo a la barquilla, sondeando el terreno a medida que avanzaban, hasta que llegaron al final.

Sam frunció el ceño y dijo:

—Esto se pone cada vez más interesante.

—¿Cuánto mide de largo? —preguntó Remi.

—Aproximadamente diez metros.

—Es imposible. ¿No miden la mayoría de ellas un metro de largo por uno de ancho?

—Más o menos. —Sam deslizó la sonda sobre el fondo volcado de la barquilla hasta donde pudo alcanzar—. Casi dos metros y medio de ancho.

Le dio a Remi la sonda, se arrodilló y avanzó arrastrándose, deslizando las manos entre la nieve a lo largo del costado de la barquilla.

—Sam, ten cui...

A Sam se le hundió el brazo en la nieve hasta el codo. Se quedó paralizado.

—No estoy del todo seguro —dijo sonriendo—, pero creo que he encontrado algo.

Se tumbó en el suelo.

—Te tengo cogido —contestó Remi.

Agarró a su marido por las botas.

Sam empleó las dos manos para abrir a golpes un agujero del tamaño de un balón de baloncesto en el hielo y a continuación introdujo la cabeza. Se volvió para mirar a Remi.

—Una grieta. Muy honda. La barquilla está medio empotrada encima en diagonal.

Echó otro vistazo a través del agujero y acto seguido retrocedió serpenteando y se arrodilló.

—He descubierto cómo llegó aquí —dijo.

—¿Cómo?

—Volando. La barquilla todavía tiene los aparejos sujetos: puntales de madera, una especie de cuerda trenzada... Incluso he visto algo que parece una tela. Todo ese lío está colgando enredado en la grieta.

Remi se sentó al lado de él, y se quedaron mirando la barquilla un rato.

—¿Un misterio para otro momento? —dijo Remi.

Sam asintió con la cabeza.

—Desde luego. Marcaremos su posición y volveremos.

Se levantaron. Sam ladeó la cabeza.

—Escucha.

A lo lejos se oía débilmente el ruido de los rotores de un helicóptero. Se dieron la vuelta, tratando de localizar el sonido. De pie al lado del Bell, Hosni también lo había

oído. Estaba mirando al cielo.

De repente, a su izquierda, un helicóptero verde aceituna apareció sobre la línea de riscos y a continuación descendió al valle y giró en dirección a ellos. En la puerta del aparato había una estrella de cinco puntas roja perfilada en amarillo.

El helicóptero se niveló con la meseta y redujo la velocidad hasta planear a quince metros por encima de Sam y Remi, apuntándolos directamente con el morro y los lanzacohetes.

—No te muevas —dijo Sam.

—¿El ejército chino? —preguntó Remi.

—Sí. Como el Z-9 que vimos ayer.

—¿Qué quieren?

Antes de que Sam pudiera contestar, el helicóptero giró y dejó a la vista la puerta abierta de la cabina. En ella había un soldado agachado detrás de una ametralladora montada.

Sam percibió que el cuerpo de Remi se tensaba a su lado. Le agarró la mano despacio.

—No corras. Si nos quisieran muertos, ya lo estaríamos.

Sam vio movimiento con el rabillo del ojo. Miró hacia el helicóptero y vio que Hosni abría la puerta lateral. Un momento más tarde salió con una ametralladora compacta en las manos. La alzó hacia el Z-9.

—¡No, Hosni! —gritó Sam.

La ametralladora de Hosni dio una sacudida, y la boca del arma emitió un fognazo naranja. Las balas acribillaron el parabrisas del Z-9. El helicóptero viró bruscamente a la derecha y se alejó acelerando, volando a ras de la superficie del lago hacia la línea de riscos, donde volvió a girar hasta que su morro apuntó de nuevo al Bell.

—¡Hosni, huye! —gritó Sam. Acto seguido se dirigió a Remi—: ¡Detrás de la barquilla! ¡Vamos!

Remi echó a correr, seguida de cerca por Sam.

—¡Remi, la grieta! —gritó Sam—. ¡Gira a la izquierda!

Remi hizo lo que su marido le dijo, tomó impulso con las piernas y se lanzó de cabeza a la barquilla. Sam llegó un momento más tarde, y se arrodilló y ayudó a Remi a subir a la plataforma de hielo. Rodaron por la parte posterior y cayeron como bien pudieron.

Desde el otro lado de la meseta oyeron el traqueteo de la ametralladora de Hosni. Sam se levantó y se asomó por encima del hielo. Hosni se encontraba de pie en actitud desafiante en el borde de la meseta, disparando al Z-9 que se acercaba.

—¡Hosni, lárgate!

El Z-9 se detuvo y se quedó planeando a cien metros de distancia. Sam vio un

fogonazo en el lanzacohetes izquierdo. Hosni también lo vio. Se volvió y echó a correr hacia Sam y Remi.

—¡Más rápido! —gritó Sam.

Un par de proyectiles salieron del lanzacohetes del Z-9 con un brillante destello y una columna de humo. En un abrir y cerrar de ojos llegaron al Bell; uno alcanzó el suelo debajo de la cola, y el otro se estrelló contra el compartimiento del motor.

El Bell se sacudió, saltó hacia arriba y explotó.

Sam agachó la cabeza y se lanzó encima de Remi. Notaron la onda expansiva a través de la meseta y el hielo agrietándose debajo de ellos. La metralla acribilló la barquilla y la plataforma de hielo treinta centímetros por encima de sus cabezas.

Y luego silencio.

—Sígueme —dijo Sam, y se arrastró a lo largo de la plataforma de hielo hasta el final de la barquilla.

Tumbado boca abajo, avanzó serpenteando y se asomó a la esquina.

La meseta estaba cubierta de restos del Bell. Pedazos dentados del fuselaje, balanceándose todavía debido a la sacudida, reposaban en medio de una capa de combustible de aviación en llamas. Trozos astillados de paletas de rotor sobresalían de los ventisqueros.

El Z-9 había retrocedido a través del lago hasta la línea de riscos, donde se quedó planeando, apuntando amenazadoramente con los lanzacohetes a la meseta.

—¿Ves a Hosni? —preguntó Remi.

—Estoy mirando.

Sam lo vio tumbado junto a un trozo roto del parabrisas del Bell. Tenía el cuerpo carbonizado. Entonces Sam vio algo más. Justo enfrente de ellos, a unos seis metros, estaba la ametralladora de Hosni. Parecía intacta. Retrocedió y miró a Remi.

—Está muerto. No ha sufrido.

—Oh, no.

—He visto su ametralladora. Creo que puedo alcanzarla.

—No, Sam. Ni siquiera sabes cómo funciona. ¿Dónde está el Z-9?

—Planeando. Estará pidiendo instrucciones por radio a su base. Ya nos han visto; vendrán a mirarnos más de cerca.

—No podrás mantenerlos a raya mucho tiempo.

—Creo que nos quieren vivos. De lo contrario, estarían bombardeando la meseta con misiles.

—¿Por qué? ¿Qué buscan?

—Tengo un presentimiento.

—Yo también. Cambiaremos impresiones más tarde, si seguimos con vida. ¿Cuál es tu plan?

—No pueden aterrizar con todos estos restos, así que tendrán que planear sobre la

meseta y bajar con cuerdas a algunos soldados. Si consigo alcanzarlos en el momento adecuado, tal vez... —Sam dejó que sus palabras se fueran apagando—. Tal vez —añadió—. ¿Qué prefieres? ¿Luchar y quizá morir aquí o rendirte y acabar en un campo de prisioneros chino?

Remi sonrió animosamente.

—¿Hace falta que lo preguntes?

Medio deseando, medio esperando que el Z-9 hiciera una pasada de reconocimiento antes de que pusieran a los soldados en tierra, Sam envió a Remi de vuelta a la plataforma de hielo, donde se enterró en la nieve entre un par de ventisqueros. Sam se agachó junto a la barquilla y se preparó.

Durante lo que le parecieron varios minutos, pero probablemente fue menos de uno, Sam permaneció atento por si oía el sonido del Z-9 aproximándose. Cuando se acercó, esperó hasta que el zumbido resultó ensordecedor. Entonces se aventuró a asomarse a la esquina de la barquilla.

El Z-9 se había detenido y estaba planeando junto al borde de la meseta varios metros por encima de ella. El helicóptero se deslizaba de lado como una libélula esperando a que su presa apareciera. En la puerta lateral, Sam pudo ver al artillero inclinado sobre la ametralladora.

De repente el Z-9 se alejó y descendió hasta desaparecer por debajo de la meseta. Segundos más tarde, Sam lo vio atravesando de nuevo el lago a toda velocidad. Sam no se paró a pensar y actuó: salió de su escondite y echó a correr encorvado hasta la ametralladora de Hosni. La cogió y volvió corriendo a la barquilla.

—¡Lo he conseguido! —gritó a Remi, y acto seguido comenzó a examinar el arma.

La culata de madera estaba parcialmente astillada y el guardamanos chamuscado por las llamas, pero las partes funcionales parecían operativas y el cañón se veía intacto. Extrajo el cargador; quedaban trece balas.

—¿Qué están haciendo? —gritó Remi.

—O se están marchando o están esperando a que el combustible acabe de arder para poder bajar a unos soldados.

El Z-9 llegó a la orilla del lago y se precipitó hacia arriba a lo largo de la pendiente de la línea de riscos. Sam observó, cruzando mentalmente los dedos para que el helicóptero siguiera avanzando.

No fue así.

Siguiendo la pauta que había adquirido, el Z-9 se ladeó sobre los riscos, cambió de rumbo y volvió a atravesar el lago a toda velocidad.

—Regresan —anunció Sam.

—Buena suerte.

Sam repasó mentalmente su plan. Una gran parte dependería de si el Z-9 le ofrecía una vía cuando los soldados se prepararan para descender. Disparar al fuselaje del aparato era inútil; el ataque de Hosni lo había demostrado. Lo que Sam necesitaba era un punto débil.

El rugido del motor del Z-9 se acercó, y el zumbido rítmico de los rotores resonó en los oídos de Sam. Esperó tumbado boca abajo, mirando el hielo a pocos centímetros de la barquilla.

Esperó... Esperó...

La nieve empezó a azotar el hielo.

Sam se asomó a la esquina.

El Z-9 planeaba a nueve metros por encima de la meseta.

—Vamos, gira —murmuró Sam—. Solo un poquito.

El helicóptero viró ligeramente para que el artillero de la puerta pudiera cubrir a los soldados durante el descenso. Dos gruesas cuerdas negras se desenrollaron desde la abertura y cayeron al hielo. El primer par de soldados se acercó a la puerta. Sam distinguió el asiento del piloto en diagonal detrás de ellos.

Inspiró y apretó los dientes. Situó el selector de fuego en la posición de un solo disparo y salió agachándose. Colocado en cuclillas, se llevó la ametralladora al hombro y apuntó a la puerta abierta del Z-9. A continuación, movió el arma a la izquierda y situó la mira sobre el casco del artillero. Disparó. El artillero se desplomó. Sam desplazó el selector de fuego a la posición de tres disparos, apuntó de nuevo y disparó una ráfaga a la puerta. Uno de los soldados recibió un impacto y retrocedió dando traspiés; el otro se agachó y se tumbó boca abajo. Sam tenía a tiro el asiento del piloto... pero sabía que solo por un segundo o dos. Al volver a apuntar vio que los brazos del piloto se movían, ajustando los mandos, tratando de poner orden en medio del caos que reinaba a su alrededor.

Sam se centró en el respaldo del asiento. Inspiró, espiró y apretó el gatillo. Tres balas acribillaron el interior del helicóptero. Sam apretó el gatillo otra vez, y luego otra más. La ametralladora emitió un chasquido hueco; el cargador estaba vacío.

El Z-9 se ladeó, mientras el morro descendía en espiral hacia la meseta. El cuerpo sin vida del artillero salió por la puerta abierta de la cabina, seguido del de otro soldado. Dos soldados más se precipitaron a través de la puerta, agitando los brazos en busca de asidero. Uno de ellos consiguió agarrarse al patín del helicóptero, pero el otro cayó en picado a tierra. Totalmente fuera de control, el Z-9 sin piloto se estrelló contra la meseta y aplastó al soldado que colgaba debajo.

Sam apartó la vista, se coló bajo la barquilla y corrió a donde Remi estaba tumbada.

—¡Viene más metralla! —gritó, y se lanzó encima de ella.

Dos de los rotores del Z-9 chocaron primero contra el hielo, se partieron y

salieron despedidos un cuarto de segundo antes de que el fuselaje se estrellara. Pegados a la nieve, Sam y Remi esperaron a que se produjera una explosión, pero no hubo ninguna. Oyeron un agudo sonido chirriante seguido de un trío de ruidos sordos como el de una granada.

Sam se levantó impulsivamente y echó un vistazo por encima de la barquilla.

Su cerebro tardó dos segundos enteros en asimilar lo que estaba viendo: el Z-9 resbalaba y se precipitaba hacia él, y el fuselaje destrozado se deslizaba en parte y daba tumbos, mientras las palas de los rotores que quedaban se hacían astillas en el hielo y lo impulsaban hacia delante. Parecía un bicho lisiado agonizando.

Sam notó que una mano agarraba la suya. Con una sorprendente fuerza, Remi lo atrajo al suelo de un tirón.

—Sam, ¿qué crees que estás...?

El Z-9 se estrelló contra la barquilla y la empujó hacia atrás contra Sam y Remi, quienes empezaron a retroceder, moviendo frenéticamente los pies sobre el hielo.

La barquilla dejó de moverse. El ruido estridente del helicóptero al deslizarse continuó unos segundos y de repente cesó por completo salvo la tos intermitente de la turbina del motor.

Ese sonido también cesó, y Sam y Remi se encontraron en un silencio absoluto. Se levantaron y se asomaron por encima de la barquilla.

—Vaya, algo así no se ve todos los días —dijo Sam lacónicamente.

## Capítulo 32

### *Norte de Nepal*

Sam y Remi tardaron diez segundos en recomponer la escena que tenían delante.

Después de rebotar en la barquilla, el decrepito Z-9 había cambiado de dirección y había resbalado hacia el arroyo que atravesaba la meseta, donde, como una bola de pinball atrapada en un surco, se había deslizado hacia el borde de la meseta y luego se había volcado... o lo había hecho parcialmente. La cola del Z-9, pocos centímetros más estrecha que el arroyo, había quedado alojada en la depresión.

La cabina del helicóptero se hallaba suspendida sobre la orilla, y el agua caía en cascada sobre el fuselaje y a través de la puerta abierta.

—Deberíamos ir a ver si queda alguien vivo —propuso Remi.

Recelosos del motor todavía caliente, se acercaron con cuidado al Z-9. Sam se agachó junto al arroyo y se aproximó a gatas a la orilla. El fuselaje estaba aplastado y había quedado reducido a la mitad de su altura, y faltaba el parabrisas. No podía ver nada a través de la puerta, tan abundante era el agua que caía.

—¿Hay alguien ahí dentro? —gritó—. ¡Hola!

Sam y Remi escucharon pero no oyeron nada.

Sam gritó dos veces más, pero tampoco hubo respuesta.

Se levantó y se reunió con Remi.

—Somos los únicos supervivientes —dijo.

—Eso es maravilloso y terrible al mismo tiempo. Y ahora, ¿qué?

—Primero, no podemos salir de aquí trepando. Y aunque lo consiguiéramos sin resultar heridos, estamos a cincuenta kilómetros del pueblo más cercano. Entre las temperaturas bajo cero nocturnas y la falta de refugio, no tendríamos muchas posibilidades. Sin embargo, debemos empezar a pensar cómo sobrevivir esta noche.

—Qué alentador —dijo Remi—. Continúa.

—No tenemos ni idea de cuánto tardará Karna en informar de nuestro retraso y en que se organice un grupo de búsqueda. Y todavía más importante, hemos de contar con que el helicóptero estuviera en contacto con su base después de que Hosni abriera fuego. Al ver que no vuelven a contactar con ellos y que no regresan, enviarán otro helicóptero desde la base, probablemente dos.

—¿Cuánto calculas que tardarán?

—En el peor de los casos, unas horas.

—¿Y en el mejor?

—Mañana por la mañana. Si ocurre lo primero, puede que tengamos ventaja sobre ellos: está anocheciendo. Nos resultará más fácil escondernos. Tengo que meterme en ese cacharro.

—¿Dónde, en el Z-9? —dijo Remi—. Sam, está...

—Es una idea pésima, lo sé, pero tiene provisiones que necesitamos y, con suerte, puede que la radio todavía funcione.

Remi lo consideró por unos instantes y acto seguido asintió con la cabeza.

—Está bien. Pero primero veamos lo que podemos sacar de los restos del Bell.

Les llevó solo unos minutos. Quedaba poco de valor, y la mayoría eran cosas carbonizadas de sus mochilas, incluido un trozo de cuerda de escalar medio deshilachada, algunos artículos de un botiquín y unas cuantas herramientas de la caja del Bell. Sam y Remi recogieron todo lo que les pudiera ser útil, ya fuera reconocible o no.

—¿Qué aspecto tiene la cuerda? —preguntó Sam.

Arrodillada junto al montón de material, Remi la examinó.

—Necesitaré unos empalmes, pero creo que tenemos cinco o seis metros de cuerda utilizable. ¿Estás pensando en una amarra para el Z-9?

Sam sonrió y asintió con la cabeza.

—Puede que a veces sea un poco burro, pero no pienso meterme en esa trampa mortal sin una cuerda de seguridad. Vamos a necesitar algo parecido a un pitón.

—Puede que tenga lo que buscas.

Remi caminó a través de la meseta y fue comprobando el terreno a medida que avanzaba. No tardó en regresar. En una mano sostenía un fragmento de rotor del helicóptero y en la otra una roca del tamaño de un puño. Le dio las dos cosas a Sam y dijo:

—Yo me encargaré de la cuerda.

Sam usó la roca primero para alisar los bordes de la parte superior del fragmento de rotor y luego para estrechar y afilar la parte inferior. Una vez hecho eso, encontró una parcela de hielo especialmente gruesa a un par de pasos del borde de la meseta, justo a la derecha del Z-9. A continuación, comenzó el concienzudo proceso de clavar el pitón improvisado en el hielo. Cuando terminó, el fragmento de rotor estaba hundido cincuenta centímetros en el hielo e inclinado hacia atrás en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Remi se acercó, y utilizaron su peso conjunto para retorcer y tirar de la sujeción hasta que estuvieron seguros de que aguantaría. Remi desenrolló la cuerda empalmada —en la que había hecho nudos a intervalos de sesenta centímetros— y ató una punta al pitón con un nudo de bolina. Después de quitarse la chaqueta, los guantes y el gorro, Sam usó el cabo suelto para fabricar un arnés, con el nudo ceñido



contra su región lumbar.

—Si este trasto empieza a caer por el borde, apártate —dijo Sam.

—No te preocupes por mí, no me pasará nada. Concéntrate en ti.

—Vale.

—¿Me estás escuchando?

—Te escucho, sí —contestó él sonriendo.

La besó y se dirigió hacia la cola vuelta hacia arriba del Z-9. Después de dar unos cuantos empujones de prueba al lateral de aluminio, trepó y empezó a arrastrarse hacia la cabina.

—¡Te estás acercando! —gritó Remi—. ¡Un poco más!

—¡Entendido!

Cuando llegó al borde de la meseta, redujo la marcha, comprobando cada uno de sus movimientos antes de continuar adelante. Aparte de unos cuantos crujidos y chirridos que hicieron que le diera un vuelco el corazón, el Z-9 no se movió. Sam avanzó arrastrándose centímetro a centímetro hasta que estuvo encaramado en lo alto de la panza del helicóptero.

—¿Cómo está? —gritó Remi.

Colocado a gatas, Sam desplazó su peso de un lado a otro, primero despacio y luego más vigorosamente. El fuselaje dejó escapar un chirrido de aluminio rompiéndose y se movió a un lado.

—¡Creo que he encontrado el límite! —gritó Sam.

—¿Tú crees? —contestó Remi—. ¡No te pares!

—¡De acuerdo!

Sam se movió de costado hasta tener la cadera apoyada en el patín. Lo agarró con las dos manos y se inclinó por el lado como si estuviera buscando algo.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Remi.

—¡Estoy buscando el mástil que soporta el rotor. Lo veo. Estamos de suerte; está atascado en el arroyo. Tenemos un ancla!

—¡Hoy es nuestro día! —dijo Remi. Y con tono de apremio añadió—: ¡Venga, entra ahí y sal!

Sam le dedicó lo que esperaba que fuera una sonrisa tranquilizadora.

Después de ajustar la cuerda para que llegara recta hasta el pitón, Sam se aferró los patines con las dos manos y bajó las piernas por el fuselaje. Inmediatamente el agua le empapó la parte inferior del cuerpo. Sam gimió, apretó los dientes al notar el frío y sacudió las piernas, tratando de calcular su posición sobre la puerta.

—¡Voy a entrar! —gritó a Remi.

Sam dio una patada hacia delante, balanceó las piernas hacia atrás y repitió la operación hasta que adquirió un ritmo constante. En el momento preciso, se soltó. El impulso lo lanzó a través de la cascada hasta el interior de la cabina, donde chocó

contra la otra puerta y cayó desplomado en el suelo.

Permaneció inmóvil, escuchando cómo el Z-9 crujía a su alrededor. Una vibración recorrió el fuselaje. Todo se quedó en silencio. Sam miró a su alrededor para tratar de orientarse.

Estaba sumergido en agua helada hasta la cintura. Parte del flujo estaba escapando por la puerta abierta, mientras que la otra parte entraba a raudales en la cabina del piloto y salía a través del parabrisas roto. A poca distancia, vio el cuerpo sin vida de un soldado. Sam avanzó lentamente hasta que pudo ver entre los asientos de la cabina del piloto. El piloto y el copiloto estaban muertos; no sabía si a causa de las balas o del impacto, o de ambas cosas.

Ahora veía que la cabina del piloto había sufrido más daños de los que creía. Además de la mayor parte del parabrisas, una sección del morro y el tablero de control habían desaparecido, probablemente hundidos en alguna parte del fondo del lago.

El helicóptero se desplomó debajo de él.

A Sam le subió el estómago a la garganta.

El movimiento se interrumpió, pero el helicóptero se había quedado inclinado; a través de la cabina del piloto, podía ver las aguas del lago muy por debajo de él.

Se le estaba acabando el tiempo...

Se dio la vuelta y desplazó la vista rápidamente por la cabina. Algo... cualquier cosa. Encontró un petate de lona verde parcialmente lleno. No se molestó en examinar el contenido y empezó a recoger artículos sueltos del interior de la cabina, prestando poca atención a lo que eran. Si le parecían útiles y cabían en la bolsa, los cogía. Registró al soldado muerto, pero solo encontró un encendedor que fuera de utilidad; acto seguido, centró su atención en el piloto y el copiloto. Se llevó una pistola semiautomática y un portapapeles con muchos documentos. Con el rabillo del ojo vio una compuerta entreabierta en la parte de atrás de la cabina de los pasajeros. Trepó hasta ella y metió la mano. Sus dedos tocaron algo que era de lona. Sacó el objeto de un tirón: una riñonera. La metió en el petate.

—Hora de marcharse —murmuró, y gritó a través de la puerta—. ¿Me oyes, Remi?

La respuesta de ella sonó amortiguada pero inteligible.

—¡Estoy aquí!

—¿Sigue el pitón...?

El helicóptero dio otra sacudida; el morro se inclinó hacia abajo. Sam se encontraba subido al respaldo del piloto en ese momento.

—¿Sigue el pitón firme? —gritó de nuevo.

—¡Sí! ¡Deprisa, Sam, sal de ahí!

—¡Voy para allá!

Sam subió la cremallera del petate y se metió las asas por la cabeza de forma que la bolsa le quedó colgando del cuello. Cerró los ojos, pronunció un silencioso «Un... dos... tres...» y acto seguido se lanzó a través de la puerta abierta.

Sam nunca sabría si el motivo fue el impulso que tomó en el asiento del piloto, pero justo cuando estaba saliendo de la cortina de agua oyó y notó que el Z-9 se volcaba. Resistió el impulso de mirar por encima del hombro y se concentró en el muro de roca que se le echaba encima. Arqueó el cuerpo hacia atrás y se tapó la cara con las dos manos.

El impacto fue similar al del golpe de un simulador de placaje contra el pecho. Cayó en la cuenta de que el petate lo había amortiguado. Dio varias vueltas y chocó contra el muro varias veces antes de quedarse balanceando suavemente.

Encima de él, la cara de Remi apareció sobre el borde. Su expresión de pánico dio paso a una sonrisa de alivio.

—Una salida digna de una película de Hollywood.

—Una salida fruto de la desesperación y el miedo —la corrigió él.

Miró al lago. El fuselaje del Z-9 estaba hundiéndose bajo la superficie; la parte trasera había desaparecido. A la izquierda, la sección de cola todavía sobresalía del arroyo. En la parte donde el fuselaje se había desprendido solo quedaba aluminio mellado.

—¡Sube, Sam! —gritó Remi—. Morirás por congelación.

Él asintió fatigosamente con la cabeza.

—Dame un minuto... o dos... y enseguida estoy contigo.

## Capítulo 33

### *Norte de Nepal*

Agotado y temblando de la adrenalina, Sam subió trabajosamente por la cuerda hasta que Remi pudo alargar los brazos y ayudarlo a trepar el resto del tramo. Se puso boca arriba y se quedó mirando al cielo. Remi lo rodeó con los brazos y trató de ocultar las lágrimas.

—No se te ocurra volver a hacerlo. —Después de dejar escapar un profundo suspiro, preguntó—: ¿Qué hay en el petate?

—Un montón de cosas, no estoy seguro. He cogido todo lo que parecía útil.

—Una bolsa de sorpresas —dijo Remi sonriendo.

Levantó la bolsa con delicadeza por encima de la cabeza de Sam. Bajó la cremallera y empezó a hurgar en el interior.

—Un termo —dijo, y lo sacó—. Vacío.

Sam se incorporó y se puso la chaqueta, el gorro y los guantes.

—Bien. Tengo una misión para ti: ve a recoger en ese termo hasta la última gota de combustible de helicóptero que encuentres.

—Bien pensado.

Sam asintió con la cabeza y gruñó:

—Fuego bueno.

Remi se marchó despacio y comenzó a arrodillarse junto a las depresiones del hielo.

—¡He encontrado un poco! —gritó—. ¡Y aquí hay más!

Una vez que hubo acabado, se reunieron en la barquilla.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Sam, mientras se calentaba trotando sin moverse de sitio.

Los pantalones se le estaban empezando a poner tiesos a causa del hielo.

—Lo he llenado unos tres cuartos, pero el hielo derretido lo ha diluido un poco. Tenemos que hacer que entres en calor.

Sam se arrodilló junto al montón de restos que habían recogido del Bell y empezó a examinarlo cuidadosamente.

—Me pareció ver... Aquí está. —Sam levantó un trozo de alambre; en cada extremo había una anilla—. Una sierra mecánica de emergencia —le dijo a Remi.

—Es una definición muy optimista.

Sam examinó la barquilla recorriéndola a lo largo y luego en el otro sentido.

—Está medio encajada en la grieta, pero creo que he encontrado lo que necesitamos.

Se arrodilló junto a la esquina más cercana de la barquilla, donde se habían soltado una serie de puntales de mimbre. Como si estuviera enhebrando una aguja, Sam introdujo un extremo del alambre a través del mimbre y sacó el otro. Cogió las dos anillas y empezó a serrar. La primera sección le llevó cinco minutos, pero le brindó una abertura en la que trabajar. Siguió serrando pedazos del extremo de la barquilla hasta que tuvo un buen montón.

—Necesitamos rocas lisas —le dijo a Remi.

Las encontraron enseguida y las acomodaron formando un hogar. Encima pusieron los pedazos de mimbre amontonados en una pirámide. Mientras Remi hacía bolas de papel con los documentos del portapapeles del piloto para prender fuego, Sam sacó el mechero del petate. Pronto tuvieron una pequeña lumbre encendida.

Se arrodillaron ante las llamas cogidos del brazo. El calor los invadió. Prácticamente en el acto se sintieron mejor, más esperanzados.

—Son las cosas sencillas de la vida —comentó Remi.

—No podría estar más de acuerdo.

—Cuéntame tu teoría sobre los chinos.

—No creo que la aparición del Z-9 haya sido una casualidad. El primer día nos siguió uno y hoy otro. Luego uno aparece aquí minutos después de que hayamos aterrizado.

—Sabemos que King pasa objetos de contrabando por la frontera, de lo que se deduce que tiene contactos chinos. ¿Quién tendría tanta libertad de movimiento, tanta autoridad?

—El Ejército Popular de Liberación. Y si Jack está en lo cierto, probablemente King adivinó la zona general en la que íbamos a buscar. Con la influencia de King, lo único que tenía que hacer era llamar a su contacto chino y quedarse sentado esperando a que apareciéramos.

—La pregunta es: ¿qué tenían pensado hacer los soldados del Z-9? Si Hosni no hubiera abierto fuego, ¿qué habrían hecho?

—Solo son conjeturas, pero ésta es la vez que más nos hemos acercado a la frontera; está a unos tres kilómetros al norte. Quizá era una oportunidad demasiado buena para desperdiciarla. Nos hacían prisioneros, nos llevaban al otro lado de la frontera y no volvía a saberse nada de nosotros.

Remi apretó con más fuerza el brazo de Sam.

—No es una idea muy esperanzadora.

—Lamentablemente, no es la única: tenemos que contar con que volverán... y más pronto que tarde.

—He visto la pistola en el petate. No estarás pensando en intentar...

—No. Esta vez casi todo ha sido cuestión de suerte. La próxima, no tendríamos ninguna oportunidad. Cuando lleguen los refuerzos, tenemos que habernos ido.

—¿Cómo? Tú mismo has dicho que no podemos salir trepando.

—No me he expresado bien. Tiene que parecer que nos hemos ido.

—Cuéntame —dijo Remi.

Sam explicó a grandes rasgos su plan, y Remi asintió con la cabeza, sonriendo.

—Me gusta. La versión de los Fargo del caballo de Troya.

—La barquilla de Troya.

—Todavía mejor. Y con suerte, evitará que muramos congelados esta noche.

Empleando la cuerda y el pitón improvisado como garfio, sacaron la barquilla varios metros de la grieta, tarea que el hielo facilitó. El enmarañado aparejo que Sam había visto antes colgaba debajo de la barquilla por la grieta. Sam y Remi se asomaron al borde pero no veían nada más allá de tres metros.

—¿Eso es bambú? —preguntó Remi, señalando.

—Creo que sí. Hay otro, ese trozo curvado. Nos facilitaría mucho el trabajo si lo cortáramos todo, pero ahí abajo podría haber algo útil.

—¿Y el pitón? —propuso Remi—. Córtalo y átaló.

Sam se arrodilló y cogió parte del cordaje con una mano.

—Es una especie de tendón de animal. Se encuentra en un estado increíble.

—Las grietas son el frigorífico de la naturaleza —contestó Remi—. Y si todo esto estaba cubierto por ese glaciar, el efecto es todavía más espectacular.

Sam recogió parte del aparejo y tiró de la maraña.

—Es sorprendentemente ligero. Pero me llevaría horas desenredar todos estos tendones.

—Entonces la arrastraremos.

Usando la sonda para las avalanchas, Sam midió primero la anchura de la barquilla y luego la de la grieta.

—La grieta mide diez centímetros más de ancho —anunció—. Mi intuición me dice que se quedará encajada, pero si me equivoco, perderemos toda nuestra leña.

—Tu intuición nunca nos ha llevado por mal camino.

—¿Y aquella vez en Sudán? ¿Y en Australia? Aquella vez metí la pata hasta el fondo...

—Chist. Ayúdame.

Después de situarse cada uno en un extremo, se agacharon y cogieron el borde inferior de la barquilla. Cuando Sam dio la señal, lo levantaron, tratando de estirar las piernas. Fue inútil. Soltaron el borde y retrocedieron.

—Concentremos nuestra fuerza —dijo Sam.

Volvieron a intentarlo, manteniéndose separados en el punto central de la

barquilla. Esa vez levantaron la barquilla sesenta centímetros del suelo.

—Yo la aguantaré —dijo Sam apretando los dientes—. Prueba a empujar desde abajo con las piernas.

Remi se tumbó boca arriba, se retorció debajo de la barquilla y acto seguido empujó con los pies contra el borde.

—¡Lista!

—¡Levanta!

La barquilla se elevó y se volcó de lado.

—Otra vez —dijo Sam.

Repitieron la operación, y pronto la barquilla estuvo derecha. Remi miró dentro. Dejó escapar un grito ahogado y retrocedió.

—¿Qué pasa? —preguntó Sam.

—Polizones.

Se acercaron a la barquilla.

Tumbados en el otro extremo del fondo de mimbre entre un batiburrillo de aparejos y tubos de bambú, había un par de esqueletos parcialmente momificados. El resto de la barquilla, según podían apreciar entonces, estaba dividido en octavos por traviesas de mimbre lo bastante anchas para servir de bancos.

—¿Tú qué crees? —preguntó Remi—. ¿El capitán y el copiloto?

—Es posible, pero una barquilla de este tamaño podría llevar a quince personas como mínimo; también podría necesitarlas para manejar todo el aparejo y los globos.

—¿Globos... en plural?

—Sabremos más cuando vea el resto del aparejo, pero creo que era un dirigible.

—Y éstos fueron los únicos supervivientes.

—Puede que el resto...

Sam agitó la cabeza hacia la grieta.

—Mal camino.

—Ya haremos conjeturas más tarde. Sigamos.

Después de sujetar bien el aparejo para que colgara por el extremo de la barquilla y no quedara encajado contra la pared de la grieta, Sam y Remi se colocaron a cada lado de la barquilla y empujaron al mismo tiempo hasta que el fondo de mimbre empezó a deslizarse sobre el hielo. A medida que se acercaban a la grieta, ganaron velocidad y dieron un último empujón a la barquilla. Se deslizó los últimos centímetros, chocó contra el borde y desapareció. Sam y Remi echaron a correr hacia delante.

—Fíate siempre de tu instinto —dijo Remi sonriendo.

La barquilla se hallaba encajada entre las paredes de la grieta unos treinta centímetros por debajo del borde.

Sam se introdujo en la barquilla y, con cuidado de esquivar a las momias, la

recorrió a lo largo. La consideró sólida. Remi lo ayudó a subir de nuevo.

—Toda casa necesita un tejado —dijo ella.

Recorrieron juntos la meseta recogiendo trozos del exterior de aluminio lo bastante grandes para llenar la grieta y luego empezaron a cubrir la barquilla con ellos hasta que quedó una estrecha ranura.

—Tienes un don para esto —le dijo Sam.

—Lo sé. Un último toque: el camuflaje.

Empleando un pedazo del parabrisas del Bell del tamaño de un cuenco, recogieron unos veinte litros de agua del arroyo que vertieron sobre el aluminio de la barquilla, antes de esparcir varias capas de nieve.

Retrocedieron para admirar su obra.

—Cuando se congele, parecerá parte de la capa de hielo —dijo Sam.

—Una pregunta: ¿para qué es el agua?

—Para que la nieve se adhiera al aluminio. Si nuestra corazonada es correcta y esta noche nos visita otro Z-9, no nos interesa que el torbellino del rotor descubra nuestro tejado.

—Sam Fargo, eres un hombre brillante.

—Eso me gusta hacer creer a la gente.

Sam miró al cielo. El borde inferior del sol se estaba escondiendo detrás de una línea dentada de picos al oeste.

—Es hora de resguardarse y ver qué nos depara la noche.

Con sus provisiones guardadas en el petate o enterradas en la nieve, Sam y Remi se retiraron a su refugio. Hicieron inventario del contenido de la bolsa de lona a la menguante penumbra.

—¿Qué es esto? —Remi sacó la riñonera que Sam había cogido justo antes de saltar del Z-9.

—Es una... —Se interrumpió, frunció el ceño y sonrió—. Eso, cariño, es un paracaídas de emergencia. Pero para ti y para mí, son unos quince metros cuadrados de manta.

Extrajeron el paracaídas de la bolsa, y pronto estuvieron bien acurrucados dentro de un capullo de tela blanca. Relativamente abrigados y a salvo hasta el momento, charlaron en voz baja, observando cómo la luz se atenuaba hasta dar paso a una oscuridad absoluta.

Se quedaron dormidos poco a poco.

Un rato después los ojos de Sam se abrieron de golpe. La negrura que los rodeaba era total. Envuelta en los brazos de él, Remi susurró:



—¿Lo oyes?

—Sí.

El ruido sordo de unos rotores de helicóptero sonaba a lo lejos.

—¿Qué posibilidades hay de que sea un grupo de búsqueda? —preguntó Remi.

—Prácticamente ninguna.

—Gracias por seguirme la corriente.

El sonido de los rotores aumentó poco a poco hasta que Sam y Remi estuvieron seguros de que el helicóptero había descendido en el valle. Momentos más tarde, un brillante foco recorrió la grieta; unas cegadoras franjas de luz se filtraron a través de los huecos de la cubierta.

Luego la luz desapareció, atenuándose a medida que el foco se deslizaba sobre la meseta. Volvió y se marchó dos veces más.

Entonces, de repente, el ruido del motor cambió de tono.

—Se está acercando para planear —susurró Sam.

Cogió la pistola del lugar donde la tenía guardada debajo de la pierna y se la pasó a la mano derecha.

El torbellino llegó. Chorros de aire helado y nieve arremolinada llenaron la barquilla. A juzgar por las sombras proyectadas por el reflector, el helicóptero parecía estar moviéndose de lado sobre la meseta, girando en una dirección y luego en otra, buscándolos a ellos o a supervivientes entre sus compañeros desaparecidos.

Sam y Remi habían dejado la cola del Z-9 asomando del arroyo como pista del destino que había corrido el helicóptero. Cualquiera con la suerte de sobrevivir a una caída al lago sin duda se habría ahogado poco después. Era una conclusión a la que esperaban que llegara el grupo de búsqueda.

Obstinados, sus visitantes dieron tres pasadas más sobre la meseta. Luego, tan súbitamente como había aparecido, el foco se atenuó y los rotores se desvanecieron a lo lejos.

## Capítulo 34

### *Norte de Nepal*

A pesar del frío extremo, la cueva formada por la barquilla les resultó muy útil; el tejado cubierto de nieve no solo los protegía del viento sino que también retenía una preciosa parte de su calor corporal. Abrigados con la lona del paracaídas, los anoraks, los gorros y los guantes, durmieron profundamente, aunque de forma intermitente, hasta que el sol que se filtró a través de las improvisadas tejas de aluminio los despertó.

Aunque temían recibir otra visita de los chinos, Sam y Remi sabían que para sobrevivir tendrían que encontrar una forma de escapar del valle.

Salieron de la barquilla y se pusieron a preparar el desayuno. De entre los restos del Bell, también habían conseguido rescatar nueve bolsitas de té y una bolsa medio rota de *strogonoff* deshidratada. Sin darse cuenta, Sam había cogido del Z-9 un paquete de galletas de arroz y tres latas de lo que parecían judías con salsa de tomate. Se repartieron una y compartieron una taza de té, el agua para el cual hirvieron dentro de la lata vacía.

Los dos coincidieron en que era una de las mejores comidas que habían probado.

Sam bebió su último sorbo de té y dijo:

—Anoche estuve pensando...

—Y hablando en sueños —añadió Remi—. Quieres construir algo, ¿verdad?

—Nuestros amigos momificados de la barquilla llegaron aquí en un globo de aire caliente. ¿Por qué no nos marchamos de la misma forma? —Remi abrió la boca para hablar, pero Sam continuó—. No, no me refiero a resucitar su globo. Estoy pensando más bien en un... —Sam buscó la palabra adecuada—. Un Frankenglobo.

Remi asentía con la cabeza.

—Una parte de su aparejo, una parte del nuestro... —Sus ojos se iluminaron—. ¡El paracaídas!

—Me has leído el pensamiento. Si podemos darle forma y sellarlo, creo que tengo un modo de llenarlo. Solo necesitamos que nos saque de este valle y nos lleve a uno de los prados que vimos al sur: siete u ocho kilómetros a lo sumo. Desde allí deberíamos poder llegar andando a un pueblo.

—Aun así es arriesgado.

—El riesgo es nuestra especialidad, Remi. La realidad es que con estas temperaturas no sobreviviremos más de cinco días. Podría venir un grupo de rescate

antes, pero nunca he sido muy aficionado a los «podría».

—Y también hay que tener en cuenta a los chinos.

—También. No veo otra opción. O confiamos en que nos rescaten o buscamos la forma de salir de aquí... o morimos en el intento.

—No hay duda: lo intentamos. Construyamos un dirigible.

El primer asunto a tratar era el inventario. Mientras Remi hacía un meticuloso recuento de lo que habían recogido, Sam sacó con cuidado el viejo aparejo de la grieta. Solo encontró unos jirones de lo que antaño había sido el globo... o globos, en ese caso.

—Había como mínimo tres —aventuró Sam—. Probablemente cuatro. ¿Ves todas las piezas curvadas de mimbre? ¿Ves que acaban en punta?

—Sí.

—Creo que éstos pudieron ser los compartimientos de los globos.

—Esta tela es seda —añadió Remi—. Es muy gruesa.

—Figúrate, Remi: una barquilla de quince metros de largo colgada de cuatro globos de seda enjaulados... soportes de mimbre y bambú, cuerdas hechas con tendones... Me pregunto cómo lo mantenían en alto. ¿Cómo introducían el aire caliente en los globos? ¿Cómo...?

Remi se volvió hacia Sam, le sujetó la cara entre las manos y le dio un beso.

—Luego habrá tiempo para fantasear, ¿vale?

—Vale.

Empezaron a separar el enmarañado embrollo, apartando las cuerdas a un lado y los soportes de bambú y de mimbre al otro. Una vez que hubieron terminado, levantaron con cuidado las momias de la barquilla y comenzaron a desenredarlas de la última parte del aparejo.

—Me encantaría conocer su historia —dijo Remi.

—Es evidente que habían estado usando la barquilla volcada como refugio —dijo Sam—. Tal vez la grieta se abrió de repente, y solo estos dos consiguieron agarrarse.

—Entonces ¿por qué se quedaron así?

Sam se encogió de hombros.

—Quizá para entonces estaban demasiado débiles. Usaron el bambú y el aparejo para construir una pequeña plataforma.

Arrodillada junto a las momias, Remi dijo:

—Débiles y lisiados. Éste tiene un fémur roto, una fractura múltiple según parece, y éste... ¿Ves la hendidura de la cadera? Está o dislocada o fracturada. Es espantoso. Se quedaron ahí metidos esperando la muerte.

—Nosotros no correremos la misma suerte —respondió Sam—. Un accidente de globo en llamas, tal vez, pero esto no.

—Muy gracioso.

Remi se encorvó y recogió un tubo de bambú. Tenía el diámetro de un bate de béisbol y medía un metro y medio de largo.

—Sam, tiene algo escrito. Está rayado en la superficie.

—¿Estás segura? —Sam miró por encima del hombro de ella. Fue el primero en reconocer el idioma—. Es italiano.

—Tienes razón. —Remi pasó las puntas de los dedos sobre las palabras grabadas al tiempo que giraba el bambú con la otra mano—. Pero esto no.

Señaló una zona cerca de la punta.

Una cuadrícula de menos de un centímetro de altura enmarcaba cuatro símbolos asiáticos.

—No puede ser —murmuró Remi—. ¿No los reconoces?

—No, ¿debería?

—Sam, son los mismos cuatro caracteres grabados en la tapa del cofre del Theurang.

## Capítulo 35

### *Norte de Nepal*

Sam abrió la boca para hablar y acto seguido la cerró de golpe.

—Sé lo que estás pensando —dijo Remi—. Pero estoy segura, Sam. Recuerdo estar bebiendo té y mirando estos caracteres en la pantalla del ordenador portátil de Jack.

—Te creo. Es solo que no veo cómo... —Sam se detuvo y frunció el ceño—. A menos que... Cuando aterrizamos aquí, ¿a qué distancia estábamos de la última serie de coordenadas?

—Hosni dijo que a menos de un kilómetro.

—Tal vez a menos de un kilómetro del camino que habría seguido Dhakal en su viaje. ¿Y si murió cerca de aquí o tuvo problemas y perdió el cofre del Theurang?

Remi asintió con la cabeza.

—Y luego nuestros amigos del globo aparecieron siglos más tarde. Aterrizaron forzosamente aquí y encontraron la caja. ¿Cuándo fue el primer vuelo en globo tripulado?

—Aproximadamente... entre finales del siglo dieciséis y principios del diecisiete. Pero en mi vida he oído hablar de un dirigible de ese período tan avanzado como éste. Debía de estar muy adelantado a su época.

—Entonces, como muy pronto, se estrelló aquí casi trescientos años después de que Dhakal saliera de Mustang.

—Es plausible —reconoció Sam—, pero difícil de creer.

—Entonces explícame estas marcas.

—No puedo. Dices que son la maldición del Theurang, y te creo, pero a mi mente le cuesta asimilarlo.

—Bienvenido al club, Sam.

—¿Qué tal tu italiano?

—Un poco olvidado, pero puedo intentarlo luego. Ahora concentrémonos en salir de aquí.

Dedicaron la mañana a comprobar las cuerdas, desechando las que parecían demasiado desgastadas o deterioradas, que Sam cortó con su navaja suiza. Repitieron la operación con los soportes de mimbre y de bambú (en los que Remi buscó

grabados sin éxito), y luego centraron su atención en la seda. El trozo más grande que encontraron medía solo unos centímetros de ancho, de modo que decidieron trenzar la tela utilizable y usarla como cuerda en caso de necesidad. A la hora del almuerzo tenían un montón respetable de materiales de construcción.

Para mayor estabilidad, decidieron sujetar ocho de los soportes con forma de jaula de los globos al interior de la bóveda. Llevaron a cabo esa tarea como en una cadena de montaje: usando el punzón de su navaja, Sam hizo agujeros dobles en la lona donde debía ir cada soporte y después Remi introdujo trozos de tendón de treinta centímetros en los agujeros. Una vez hecho, tenían trescientos veinte agujeros y ciento sesenta correas.

A última hora de la tarde Sam empezó a atar las correas usando vueltas de cabo. Había amarrado casi un cuarto de las correas cuando decidieron retirarse para dormir.

Al día siguiente se levantaron con el sol y retomaron la construcción del dirigible.

Durante las cinco horas de luz vespertina utilizable se centraron en coser la boca del paracaídas/globo con tiras de seda anudada alrededor de un aro con forma de tonel que Sam había fabricado con trozos de mimbre curvados.

Después de saborear unas cuantas galletas cada uno, se retiraron a la cueva de la barquilla y se pusieron cómodos para pasar la que iba a ser una larga noche.

—¿Cuánto nos falta para estar listos? —preguntó Remi.

—Con suerte, tendremos la cesta a punto mañana a última hora de la mañana.

Mientras trabajaban, Sam había estado dando vueltas al problema de ingeniería. Habían ido desguazando poco a poco la barquilla para tener leña, que usaban no solo para cocinar sino también para calentarse de vez cuando a lo largo del día y antes de acostarse por la noche.

Tal como estaban las cosas, les quedaban tres metros de barquilla. Según los cálculos de Sam, el mimbre restante combinado con la mezcla química en la que estaba pensando bastarían para elevarlos. Mucho más incierto era si podrían ascender lo suficiente para sobrepasar la línea de riscos.

El único factor que no le preocupaba era el viento. Hasta entonces, el poco que había soplado procedía del norte.

Remi expresó otra inquietud, una que también había estado acosando a Sam:

—¿Y el aterrizaje?

—No te voy a mentir. Esa parte podría estar fuera de nuestras posibilidades. No hay forma de saber cómo controlaremos el descenso. Y prácticamente no tendremos capacidad de giro.

—Tienes un plan B, supongo.

—Sí. ¿Quieres oírlo?

Remi se quedó callada unos instantes.

—No. Sorpréndeme.

La estimación temporal de Sam fue exacta. Hasta el mediodía no tuvieron la cesta y los tirantes listos. Si bien «cesta» era una palabra demasiado optimista para su creación, estaban orgullosos de ella de todas formas: una plataforma de bambú de sesenta centímetros de ancho atada y sujeta a los tirantes con los últimos tendones.

Se quedaron sentados y almorzaron en silencio, admirando su creación. La embarcación estaba toscamente tallada, era deforme y fea... pero adoraban hasta su último centímetro.

—Necesita un nombre —dijo Remi.

Por supuesto, Sam propuso Remi, pero ella descartó la idea. Acto seguido volvió a intentarlo:

—De niño tuve una cometa que se llamaba Altos vuelos.

—Me gusta.

Dedicaron la tarde a poner en práctica el plan de Sam para conseguir leña. Salvo un trozo de noventa centímetros en el que se acurrucarían esa noche, Sam usó la sierra de alambre para dismantelar el resto de la barquilla, cortándola desde dentro y dándole los trozos a Remi. Solo perdieron tres trozos en las entrañas de la grieta.

Empleando una piedra, Remi empezó a machacar el mimbre y los tendones que quedaban hasta convertirlos en una pasta áspera, el primer puñado de la cual Sam echó sobre un trozo con forma de cuenco del revestimiento de aluminio del Bell. A la pasta le añadió los líquenes que había raspado de cada piedra y granito descubiertos que habían encontrado en la meseta. A continuación, le agregó unas gotitas de combustible de aviación seguidas de una pizca de pólvora que Sam había extraído de las balas de la pistola. Después de probar durante treinta minutos, Sam obsequió a Remi con una tosca briqueta envuelta en un trozo de tela.

—Haz los honores —dijo, y le dio a Remi el mechero.

—¿Estás seguro de que no explotará?

—No, no estoy nada seguro.

Remi le lanzó una mirada fulminante.

—Tendría que haber estado dentro de algo sólido.

Remi acercó la llama del mechero al ladrillo extendiendo el brazo; con un susurro apenas perceptible, se encendió.

Remi se levantó de un salto sonriendo de oreja a oreja y abrazó a Sam. Se quedaron agachados uno al lado de la otra alrededor del ladrillo observando cómo ardía. El calor era sorprendentemente intenso. Cuando por fin las llamas se apagaron chisporroteando, Sam consultó su reloj:

—Seis minutos. No está mal. Ahora necesitamos tantos como podamos preparar pero más grandes... pongamos, del tamaño de un *filet mignon*.

—¿Tenías que hacer esa comparación?

—Lo siento. En cuanto lleguemos a Katmandú iremos al primer asador que encontremos.

Animados por el éxito de la prueba de encendido, progresaron rápidamente. A la hora de acostarse tenían diecinueve ladrillos.

Cuando el sol empezaba a ponerse, Sam terminó el brasero encajando en su base tres patas cortas, que luego sujetó a un cuenco de aluminio extragrueso con unas toscas pestañas. Por último, hizo un agujero en el lado del cono.

—¿Para qué es eso? —preguntó Remi.

—La salida para la ventilación y el combustible. Cuando tengamos encendido el primer ladrillo, la corriente de aire y la forma del cono crearán una especie de vórtice. El calor subirá por la parte de arriba del cono y entrará en el globo.

—Muy ingenioso.

—Es un hornillo.

—¿Cómo?

—Es un hornillo de camping anticuado. Se usan desde hace un siglo. Por fin mi afición por los conocimientos raros sirve de algo.

—Ya lo creo. Retirémonos a nuestro búnker e intentemos descansar para el vuelo inaugural (y también último) del Altos vuelos.

Durmieron a duras penas un total de dos horas, incapaces de conciliar el sueño debido al agotamiento, la escasez de alimento y la excitación. En cuanto hubo suficiente luz para trabajar, salieron de la barquilla y terminaron la comida que les quedaba.

Sam desmembró el resto de la barquilla salvo la última esquina, que desprendieron haciendo palanca con el pitón y la cuerda anudada. Cuando acabaron de serrar, tenían un montón de combustible tan alto como Sam.

Después de haber elegido un lugar de la meseta en el que prácticamente no había hielo, arrastraron con cuidado el globo hasta la rampa de lanzamiento. En la plataforma habían amontonado rocas a modo de lastre. En el centro habían colocado el brasero y lo habían sujetado a la plataforma con correas de tendones.

—Vamos a cocinar —dijo Remi.

Utilizaron fajos de papel y líquen como madera, encima de los cuales colocaron un trípode de pedazos de mimbre. Una vez que tuvieron un lecho compacto de brasas, siguieron echando mimbre al brasero y poco a poco las llamas empezaron a subir.

Remi posó la mano sobre el escalfador y la apartó bruscamente.



—¡Está caliente!

—Perfecto. Ahora nos toca esperar. Tardará un rato.

Una hora se convirtió en dos. El globo se llenaba poco a poco, extendiéndose alrededor de ellos como la carpa de un circo en miniatura, mientras su reserva de combustible menguaba. Bajo el manto del globo, la luz del sol parecía etérea, brumosa. Sam se dio cuenta de que competían contra el tiempo y la física térmica, mientras el aire se enfriaba y se filtraba por el revestimiento del globo.

Poco antes de la tercera hora, el globo, todavía perpendicular al suelo, se elevó y empezó a flotar. No estaban seguros de si era algo real o solo una impresión, pero parecía un momento decisivo. Cuarenta minutos más tarde el globo estaba derecho, y su exterior se volvía más firme cada minuto que pasaba.

—Está funcionando —murmuró Remi—. Está funcionando de verdad.

Sam se limitó a asentir con la cabeza, con los ojos clavados en el globo.

—Todos a bordo —dijo por fin.

Remi corrió a su montón de provisiones, cogió el trozo de bambú grabado, se lo metió en la parte de detrás de la chaqueta y regresó a paso ligero. Quitó las rocas de una en una hasta que tuvo espacio para arrodillarse y luego se sentó. El otro lado de la plataforma planeaba ya a pocos centímetros del suelo.

Después de haber metido algunos artículos esenciales en la bolsa del paracaídas de emergencia, y los ladrillos y el último montón de mimbre en el petate, Sam cogió los dos sacos y se arrodilló junto a la plataforma.

—¿Estás lista? —preguntó.

Remi ni pestañeó.

—Vamos a volar.

## Capítulo 36

### *Norte de Nepal*

Las llamas subieron por el interior del brasero y desaparecieron a través de la boca del globo hasta que Sam y Remi estuvieron flotando a un metro escaso sobre la meseta.

—Cuando te avise, empuja con todas tus fuerzas —dijo Sam.

Metió los dos últimos trozos de mimbre en el brasero, observó y esperó, desplazando rápidamente la vista del brasero al globo y al suelo.

—¡Ahora!

Flexionaron las piernas al mismo tiempo y empujaron con fuerza.

Ascendieron repentinamente tres metros, pero descendieron con la misma rapidez.

—¡Prepárate para volver a empujar! —gritó Sam.

Los pies de los dos tocaron el hielo.

—¡Empuja!

Una vez más salieron disparados hacia arriba y volvieron a tierra, si bien más despacio.

—Nos estamos acercando —dijo Sam.

—Necesitamos más ritmo —contestó Remi—. Piensa en una pelota botando.

De modo que empezaron a dar saltos sobre la meseta, que les permitieron ganar cada vez más un poco de altitud. A su izquierda, apareció el borde del precipicio.

—Sam... —advirtió Remi.

—Lo sé. No mires, sigue saltando. ¡Volar o nadar!

—¡Maravilloso!

Tomaron impulso una vez más. Una ráfaga de viento alcanzó el globo y los empujó por la meseta, y saltaron con los pies sobre el hielo. A Remi le resbaló la pierna en el borde del precipicio, pero no perdió la calma y dio un último empujón con la otra pierna.

Y entonces, repentinamente, todo se quedó en silencio salvo el viento que silbaba entre las cuerdas.

Estaban volando y ascendían.

Y avanzaban rumbo al sudeste hacia la pendiente.

Sam metió la mano en el petate y sacó un par de ladrillos, que echó al brasero. Oyeron el tenue susurro del ladrillo al encenderse y vieron saltar algunas llamas. Empezaron a ascender.

—Otro —dijo Remi.

Sam metió un tercer ladrillo en el brasero.

¡Zas! El globo se elevó.

Los pinos estaban a pocos cientos de metros de distancia y parecían acercarse a toda velocidad. Una ráfaga de viento alcanzó el globo y lo hizo girar. Sam y Remi se agarraron a las cuerdas y estiraron las piernas en la plataforma. Después de tres rotaciones, la plataforma se estabilizó y se quedó otra vez quieta.

Sam miró por encima del hombro de Remi, calculando la distancia hasta la pendiente.

—¿A cuántos metros está? —preguntó Remi.

—A unos doscientos. Noventa segundos, más o menos. —La miró a los ojos—. Vamos a pasar muy justos. ¿Nos la jugamos?

—Por supuesto.

Sam metió un cuarto ladrillo en el brasero. ¡Zas!

Los dos miraron por encima del lado de la plataforma. Las copas de los pinos parecían estar increíblemente cerca. Remi notó que algo le tiraba del pie y se ladeó. Sam se inclinó hacia delante y la agarró del brazo.

Echó otro ladrillo. ¡Zas!

Otro. ¡Zas!

—¡Cien metros! —gritó Sam.

Otro ladrillo. ¡Zas!

—¡Cincuenta metros! —Sacó un ladrillo del petate, lo sacudió entre sus manos ahuecadas como si fuera un dado y se lo tendió a Remi—. Para que nos dé suerte.

Ella le sopló.

Sam metió el ladrillo en el brasero.

¡Zas!

—¡Levanta los pies! —chilló Sam.

Notaron y oyeron que la punta de un pino arañaba la parte inferior de la plataforma. Se vieron sacudidos de lado.

—¡Estamos enganchados! —gritó Sam—. ¡Ladéate!

Inclinaron al mismo tiempo el torso en la dirección contraria, colgando por encima del borde a la vez que se agarraban a una cuerda. Sam dio una patada para ver si se soltaban de lo que había debajo.

La rama se partió con un brusco crujido. La plataforma se enderezó. Sam y Remi se pusieron derechos, mirando abajo, a su alrededor y arriba.

—¡Hemos pasado! —gritó Remi—. ¡Lo hemos conseguido!  
Sam expulsó el aire que había estado conteniendo.  
—No lo he dudado ni por un segundo.  
Remi le lanzó una mirada.  
—Vale —dijo él—. A lo mejor un segundo o dos.

Después de dejar atrás el risco, el viento amainó ligeramente y se encontraron volando rumbo al sur a una velocidad de dieciséis kilómetros por hora, según los cálculos de Sam. Solo habían recorrido unos pocos cientos de metros cuando la altitud empezó a disminuir.

Sam sacó otro ladrillo del petate. Lo introdujo a través del agujero y se encendió. Empezaron a ascender.

—¿Cuántos nos quedan? —preguntó Remi.

Sam lo comprobó.

—Diez.

—Ahora es una buena ocasión para que me cuentes tu plan B para aterrizar.

—En el hipotético caso de que el aterrizaje no sea perfecto y suave como la seda, la mejor opción que tenemos son los pinos: buscar un grupo abundante e intentar volar directos hacia él.

—Lo que acabas de describir es un aterrizaje forzoso sin tierra.

—Básicamente.

—Exactamente.

—Vale, exactamente. Nos agarramos con fuerza y confiamos en que las ramas hagan de red de frenado.

—Como en los portaaviones.

—Sí.

Remi lo consideró. Frunció los labios y se sopló un mechón de cabello castaño rojizo de la frente.

—Me gusta.

—Pensé que te gustaría.

Sam metió otro ladrillo en el brasero. ¡Zas!

Con el sol de media tarde a sus espaldas, se deslizaban cada vez más hacia el sur, echando de vez en cuando ladrillos al brasero mientras permanecían atentos por si veían un lugar donde aterrizar. Habían recorrido aproximadamente seis kilómetros y hasta el momento solo habían visto valles con pedregales, glaciares y bosquecillos de pinos.

—Estamos perdiendo altitud —dijo Remi.

Sam alimentó el brasero. Siguieron descendiendo.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—La disipación, creo. Estamos perdiendo el sol, y con él está bajando la temperatura. El globo está consumiendo calor más rápido de lo que podemos reponerlo.

Sam introdujo otro ladrillo por el agujero. El descenso se hizo ligeramente más lento, pero era innegable: se precipitaban de forma irreversible. Empezaron a ganar velocidad.

—Tenemos que tomar una decisión —dijo Sam—. No vamos a conseguir que aparezca un prado, pero tenemos un plan B a la vista.

Señaló por encima del hombro de Remi. Delante de ellos había una hilera de pinos. Detrás se encontraba otro valle cubierto de cantos rodados.

—O metemos el resto de los ladrillos en el brasero y confiamos en encontrar un sitio mejor.

—Ya hemos tentado demasiado a la suerte. Estoy lista para tocar tierra firme. ¿Cómo quieres que lo hagamos?

Sam examinó la línea forestal cada vez más cercana, tratando de estimar la velocidad, la distancia y el grado de aproximación. Tenían tres minutos, calculó. Volaban a unos veinticinco kilómetros por hora. Aunque dentro de un coche era posible sobrevivir a un accidente a esa velocidad, en aquella plataforma tenían un cincuenta por ciento de posibilidades de éxito.

—Si tuviéramos un airbag —murmuró Sam.

—¿Qué tal un escudo? —preguntó Remi, y señaló la plataforma de bambú.

Sam entendió enseguida a lo que ella se refería.

—Es arriesgado.

—Mucho menos arriesgado que lo que tú estabas pensando. Te conozco, Sam, y conozco tus expresiones. ¿Qué posibilidades tenemos?

—Un cincuenta por ciento.

—Puede que esto nos dé más puntos.

Sam desplazó rápidamente la vista a la línea forestal y luego otra vez a los ojos de Remi. Ella le sonrió. Él le devolvió la sonrisa.

—Eres una mujer increíble.

—Lo sé.

—Ya no necesitamos esto —dijo Sam.

Cortó las correas que sujetaban el brasero y lo tiró de la plataforma de un empujón. El brasero cayó al suelo en medio de una columna de chispas, rodó por el valle y chocó contra una roca.

Sam atravesó la plataforma hasta apretarse contra Remi, que estaba sujetando las cuerdas con las dos manos. Sam agarró una con la mano izquierda y acto seguido se

inclinó hacia atrás, acercó la hoja de su navaja suiza a uno de los tirantes y empezó a cortarlo. El tirante se partió emitiendo un sonido agudo. La plataforma descendió ligeramente.

Sam se dirigió al segundo tirante.

—¿Cuánto falta para que llegemos al suelo? —preguntó.

—No lo sé...

—¡Más o menos!

—¡Unos segundos!

Sam siguió cortando. Mellada y ligeramente doblada debido al exceso de uso y los intentos de Sam por afilarla en las rocas, la hoja de la navaja estaba roma. Sam apretó los dientes y serró con más fuerza.

La segunda cuerda se partió. Sam se dirigió a la tercera.

—¡Se nos acaba el tiempo! —gritó Remi.

¡Clang!

El otro lado de la plataforma pendía de un solo tirante, que se agitaba como una cometa al viento. Remi prácticamente estaba colgando, aferrando las cuerdas con las dos manos y con solo un pie apoyado en el borde de la plataforma. La mano izquierda de Sam apresaba la cuerda situada al lado de la de ella como si fuera una garra.

—¡Una más! —gritó, y empezó a serrar—. Vamos... vamos...

¡Clang!

El extremo de la plataforma se soltó balanceándose y quedó colgando en vertical por debajo de ellos. Sam se disponía a soltar la navaja pero cambió de opinión. Cerró la hoja de la misma contra su mejilla. Aferró una cuerda con la mano derecha.

Remi ya estaba bajando por los tirantes para situar el cuerpo detrás de la plataforma. Sam descendió hacia ella. Se asomó al borde de la plataforma y vio un muro verde que parecía abalanzarse hacia él.

Todo empezó a desmoronarse. Las ramas recibieron una buena parte del impacto, pero enseguida hicieron girar la plataforma. Se vieron lanzados a través de unas ramas que los azotaron. Agacharon la cabeza y cerraron los ojos. Sam aflojó la presión que ejercía con la mano derecha en el tirante y trató de cubrir la cara de Remi con el antebrazo.

—¡Suéltate! —gritó ella instintivamente.

Entonces cayeron a través del árbol, y las ramas amortiguaron su caída.

Se detuvieron de una sacudida.

Sam abrió la boca para hablar pero lo único que brotó de ella fue un gruñido. Lo intentó de nuevo.

—¡Remi!

—Aquí —respondió ella débilmente—. Debajo de ti.

Tumbado boca arriba y en diagonal sobre un par de ramas, Sam se dio la vuelta

con cuidado. Tres metros más abajo, Remi se hallaba tumbada en el suelo en medio de un montón de agujas de pino. Tenía la cara llena de arañazos como si alguien la hubiera atacado con un cepillo de alambre. Sus ojos estaban rebosantes de lágrimas.

—¿Qué tal estás? —preguntó él.

Ella forzó una sonrisa y le hizo un débil gesto de aprobación con el pulgar.

—¿Y tú, intrépido piloto?

—Deja que me quede aquí tumbado un rato y luego te lo digo.

Al cabo de unos minutos, Sam empezó a descender.

—No te muevas —le dijo a Remi—. Quédate quieta.

—Si insistes...

Sam se sentía como si una panda de gamberros armados con bates le hubieran dado una paliza, pero todas sus articulaciones y sus músculos principales parecían funcionar bien, aunque con cierta lentitud.

Usando la mano derecha, bajó de la última rama y cayó desplomado junto a Remi. Ella le rodeó la cara con una mano y dijo:

—Contigo una no se aburre nunca.

—No.

—Sam, tu cuello.

Él alargó la mano y se tocó la zona que le había indicado Remi. Cuando se la miró tenía los dedos manchados de sangre. Después de palparse un poco, encontró un tajo vertical de unos siete centímetros debajo de una oreja.

—Se coagulará —le dijo—. Vamos a echarle un vistazo.

No tardaron en darse cuenta de que su ropa los había salvado. El grueso relleno y los cuellos altos de sus anoraks les habían protegido el torso y la garganta, y los gorros de punto les habían brindado una almohada crucial para el cráneo.

—Regular, pensándolo bien.

—Tu idea del escudo nos ha salvado el pellejo.

Ella hizo un gesto de rechazo con la mano.

—¿Dónde está Altos vuelos?

—Enredado en el árbol.

—¿Todavía tengo el bambú?

Sam vio el extremo que sobresalía de su cuello.

—Sí.

—¿Mi cara tiene tan mal aspecto como la tuya? —preguntó Remi.

—Nunca has estado más guapa.

—Mentiroso... Pero gracias. El sol se está poniendo. Y ahora, ¿qué?

—Ahora nos rescatarán. Te prepararé una lumbre e iré a buscar a unos amables lugareños que nos ofrezcan camas confortables y comida caliente.

—¿Así de simple?

—Así de simple.

Sam se levantó y estiró las extremidades. Le dolía todo el cuerpo; un punzante dolor que parecía estar presente en todas partes.

—Vuelvo enseguida.

Solo tardó unos minutos en encontrar la bolsa del paracaídas de emergencia, que se le había desprendido de la espalda durante el accidente. Sin embargo, tardó más en dar con el petate; se había caído cuando el último tirante de la plataforma había cedido. De los aproximadamente siete ladrillos que habían quedado, encontró tres.

Regresó junto a Remi y descubrió que había conseguido sentarse erguida con la espalda apoyada contra el árbol. Pronto tuvo un ladrillo encendido en un pequeño círculo de tierra junto a ella. Colocó los dos ladrillos que quedaban al lado de Remi.

—Vuelvo en un periquete —dijo.

—Aquí estaré.

Le dio un beso y se marchó.

—¿Sam?

Se volvió.

—Sí.

—Cuidado con los yetis.



## Capítulo 37

### *Goldfish Point, La Jolla, California*

—Tengo una traducción para ustedes —dijo Selma, entrando en el solárium.

Se dirigió a las tumbonas donde estaban reclinados Sam y Remi y les dio la copia impresa.

—Fantástico. —Remi sonrió lánguidamente.

—¿La has leído? —preguntó Sam a Selma.

—Sí.

—¿Te importa darnos una versión resumida? Los medicamentos de Remi la han dejado un poco... alegre.

Al final, a Sam no le había costado encontrar rescatadores en el alto Himalaya. Visto en retrospectiva, teniendo en cuenta lo que habían pasado para llegar hasta allí, Sam lo consideraba un caso de justicia poética. Sin saberlo, habían caído a menos de un kilómetro de un pueblo llamado Samagaun, el asentamiento humano situado más al norte en aquella región de Nepal.

A la penumbra cada vez más tenue, Sam había avanzado valle abajo arrastrando los pies hasta que fue visto por una pareja australiana que estaba de vacaciones practicando senderismo. Lo llevaron a Samagaun, y rápidamente se organizó un grupo de búsqueda. Dos vecinos del pueblo, la pareja australiana y Sam fueron en una vieja camioneta Datsun lo más arriba posible del valle, luego se bajaron del vehículo y recorrieron a pie el resto del camino. Encontraron a Remi donde Sam la había dejado, a la cálida luz del fuego.

Para mayor seguridad, la colocaron sobre un trozo de madera contrachapada que habían llevado para ese fin y acto seguido se dirigieron de vuelta a Samagaun, donde descubrieron que el pueblo se había movilizado por ellos. Se dispuso una habitación con camas gemelas y una estufa, y les dieron de comer *aloo tareko* (patatas fritas) y *kukhura ko ledo* (pollo con salsa) hasta que no pudieron más. El médico del pueblo fue a visitarlos, los examinó a los dos y no halló heridas de gravedad.

A la mañana siguiente se despertaron y descubrieron que un anciano del pueblo había avisado de su rescate a través del valle mediante un equipo de radioaficionado. Poco después de que Sam diera al anciano los datos de contacto de Jack Karna, un todoterreno más robusto llegó para llevárselos al sur. En Gorkha encontraron a Jack y a Ajay esperando para acompañarlos hasta Katmandú.

En realidad, Jack había informado de la desaparición de los Fargo y estaba

tratando de organizar un grupo de búsqueda para sortear la burocracia del gobierno nepalés cuando recibió la noticia de su rescate.

Sam y Remi pasaron una noche en el hospital bajo la atenta mirada de Ajay. Las radiografías de Remi revelaron que tenía contusiones en dos costillas y un esguince en un tobillo. Les recetaron analgésicos para los chichones y los cardenales. A pesar de que parecían peligrosos, los arañazos de sus caras eran superficiales y con el tiempo se borrarían.

Cinco días después del aterrizaje forzoso en globo, estaban en un avión rumbo a casa.

En ese momento Selma se disponía a ofrecerles la versión abreviada.

—Bueno, antes de nada, Jack ha confirmado su sospecha, señora Fargo. Los símbolos grabados en el bambú son idénticos a los de la tapa del cofre del Theurang. Se ha quedado tan perplejo como ustedes. Cuando estén listos para hablar, llámenlo.

»En cuanto al resto de las marcas, también tenían razón: es italiano. Según el autor, un hombre llamado... —Selma echó un vistazo a la copia impresa y dijo—: Francesco Lana de Terzi.

—Conozco ese nombre —dijo Sam.

Desde que había vuelto a casa, se había sumergido en la historia de los dirigibles.

—Cuéntanos —dijo Remi.

—Mucha gente considera a De Terzi el padre de la aeronáutica. Fue jesuita y profesor de física y de matemáticas en Brescia, en el norte de Italia. En mil seiscientos setenta publicó un libro titulado Prodomo. Fue una obra revolucionaria para su época, el primer análisis sólido de las matemáticas aplicadas a los viajes aéreos. Sentó las bases para todos los que le siguieron, empezando por los hermanos Montgolfier en mil setecientos ochenta y tres.

—Ah, ellos —contestó Remi.

—El primer viaje en globo con éxito —explicó Sam—. De Terzi fue un genio absoluto. Allanó el camino para inventos como la máquina de coser, un sistema de lectura para ciegos, la forma primitiva del braille...

—Pero ningún dirigible —dijo Selma.

—El principal concepto que desarrolló fue algo que llamó la aeronave de vacío: básicamente, el mismo aparato que el globo dirigible múltiple que encontramos, solo que en lugar de esferas de tela tenía unas de cobre que habían sido vaciadas de aire. A mediados del siglo diecisiete, el inventor Robert Boyle creó una bomba (un «motor neumático», como él lo llamó) que podía vaciar totalmente el aire de un recipiente. Gracias a esa bomba, demostró que el aire pesaba. De Terzi propuso una teoría según la cual una vez que las esferas de cobre fueran vaciadas, la aeronave sería más ligera que el aire que la rodeaba y se elevaría. No os aburriré con datos físicos, pero el concepto tiene demasiadas trabas para ser realizable.

—De modo que la aeronave de vacío nunca se construyó —dijo Selma.

—No que nosotros sepamos. A finales del siglo diecinueve, un hombre llamado Arthur de Bausset intentó conseguir financiación para lo que llamó la aeronave de tubo de vacío, pero la iniciativa no prosperó. En cuanto a De Terzi, según los libros de historia, siguió desarrollando su teoría hasta su muerte en mil seiscientos ochenta y seis.

—¿Dónde?

Sam sonrió.

—En Brescia.

—Después de pasearse por el Himalaya —añadió Remi—. Continúa, Selma.

—Según el bambú, De Terzi y su equipo chino (no dice de cuántos miembros estaba compuesto) realizaron un aterrizaje forzoso durante el viaje de prueba de una aeronave que estaba diseñando para el emperador Kangxi. El emperador había bautizado la aeronave Gran Dragón. Solo De Terzi y otras dos personas sobrevivieron al accidente. Él fue el único que salió ileso.

—Las dos momias que encontramos —dijo Remi.

—He consultado las fechas en relación con el emperador Kangxi —informó Selma—. Gobernó de mil seiscientos sesenta y uno a mil setecientos veintidós.

—La cronología coincide —dijo Sam.

—Ahora viene lo mejor: De Terzi afirma que mientras estaba buscando comida encontró un... —Selma leyó la copia impresa—: «Un misterioso recipiente con un diseño que no había visto jamás, grabado con símbolos parecidos y distintos de los usados por mi benefactor».

Sam y Remi intercambiaron una mirada.

Selma continuó:

—En la última parte del grabado, De Terzi escribió que había decidido dejar a sus tripulantes y dirigirse al norte, hacia la base de lanzamiento de la aeronave, a la que se refería como gompa de Shekar.

—¿Has comprobado...? —preguntó Sam.

—Sí. La gompa de Shekar se encuentra actualmente en ruinas, pero está situada a unos sesenta kilómetros al noreste de donde ustedes encontraron el dirigible, en el Tíbet.

—Continúa.

—Si De Terzi llegó a la gompa de Shekar, debió de relatar allí su viaje. Si no lo consiguió, su cuerpo no debió de ser encontrado. El bambú sería su testamento.

—¿Y el misterioso recipiente? —preguntó Sam.

—He dejado lo mejor para el final —contestó Selma—. De Terzi declaró que iba a llevarse el recipiente y, cito textualmente, «pedir un rescate para liberar a mi hermano Giuseppe, tomado como rehén por el emperador Kangxi para asegurarse de

mi regreso con el Gran Dragón».

—Se lo llevó —murmuró Sam—. Se llevó el Theurang al Tíbet.

—Tengo tantas preguntas que no sé por dónde empezar —dijo Remi—. En primer lugar, ¿cuántos datos históricos tenemos sobre De Terzi?

—Hay muy poca información disponible. Al menos que yo haya podido encontrar —respondió Selma—. Según todas las fuentes, De Terzi se pasó la vida en Italia. Murió allí y está enterrado allí. Como ha dicho Sam, pasó los últimos años de su vida trabajando en su aeronave de vacío.

—Las dos versiones de su vida no pueden ser ciertas —dijo Sam—. O nunca salió de Brescia y el bambú es un bulo o pasó un tiempo en China trabajando para el emperador Kangxi.

—Y tal vez murió allí —añadió Remi.

Sam vio la sonrisa pícara que se dibujó en el rostro de Selma.

—Está bien, suéltalo ya —dijo.

—En internet no hay nada sobre De Terzi, pero en la Universidad de Brescia hay una profesora que imparte un curso sobre inventores italianos del Renacimiento tardío. Según el plan de la universidad, De Terzi tiene un papel destacado en el programa.

—Disfrutas haciéndolo, ¿verdad? —dijo Remi.

—En absoluto —contestó Selma solemnemente—. Solo tienen que decírmelo, y mañana por la tarde estarán en Italia.

—Dejémoslo en una cita por internet para mañana.

### ***Goldfish Point, La Jolla, California***

Al día siguiente, a media tarde según la hora italiana, Sam y Remi se presentaron a través de iChat y explicaron ambiguamente cuál era su interés por Francesco Lana de Terzi a la profesora del curso, Carlotta Moretti. Moretti, una morena de treinta y tantos años con gafas de búho, les sonreía desde la pantalla de ordenador.

—Encantada de conocerles —dijo en un inglés con ligero acento—. Soy una gran admiradora suya, ¿saben?

—¿Admiradora? —contestó Remi.

—Sí, sí. Leí acerca de ustedes en la revista *Smithsonian*. La bodega perdida de Napoleón y la cueva de los montes... esto...

—Gran San Bernardo —la ayudó Sam.

—Sí, eso. Disculpen la intromisión, pero debo preguntárselo: ¿se encuentran

bien? ¿Qué les ha pasado en la cara?

—Un contratiempo haciendo senderismo —respondió Sam—. Nos estamos recuperando.

—Ah, bien. El caso es que me quedé fascinada, y luego cuando me llamaron, encantada por supuesto. También sorprendida. Cuéntenme qué les interesa de Francesco de Terzi e intentaré serles de ayuda.

—Su nombre ha surgido cuando estábamos trabajando en un proyecto —dijo Remi—. Nos ha parecido sorprendente la poca información publicada sobre él. Nos han dicho que usted es toda una experta en la materia.

—Experta, no sé. Doy clases sobre De Terzi, y siento curiosidad por él desde que era niña.

—Sobre todo nos interesa la última parte de su vida; digamos, los últimos diez años. En primer lugar, ¿puede confirmar que tenía un hermano?

—Sí. Giuseppe Lana de Terzi.

—¿Y es cierto que Francesco nunca salió de Brescia?

—Oh, no, eso es falso. De Terzi viajaba con frecuencia a Milán, a Génova y a otros lugares.

—¿Y fuera de Italia? ¿A ultramar, tal vez?

—Es posible, pero no sabría adónde exactamente. Según algunas versiones, la mayoría de ellas relatos de segunda mano de las historias que se decía que había contado De Terzi, viajó lejos de casa entre mil seiscientos setenta y cinco y mil seiscientos setenta y nueve. Sin embargo, ningún historiador de los que conozco lo confirma.

—¿Dicen esas historias dónde pudo haber estado?

—En algún lugar del Lejano Oriente —contestó Moretti—. Asia es una de las hipótesis.

—¿Por qué habría ido allí?

La profesora vaciló.

—Deben entender que todo puede ser una fantasía. Existe muy poca documentación que lo respalde.

—Lo entendemos —respondió Sam.

—Se dice que De Terzi no encontraba inversores para su proyecto de dirigible.

—La aeronave de vacío.

—Sí, ésa. No encontraba a nadie que le diera dinero: ni el gobierno, ni los ricos italianos. Viajó al este con la esperanza de hallar patrocinio para poder terminar su obra.

—¿Y lo encontró?

—No, que yo sepa.

—¿Qué pasó cuando regresó en mil seiscientos setenta y nueve? —preguntó Sam.

—Se dice que cuando volvió a Italia era un hombre distinto. Algo le había ocurrido en sus viajes, y Giuseppe no volvió con él. Francesco nunca habló del tema. Poco después, se instaló de nuevo en Brescia, abandonó la orden de los jesuitas y se trasladó a Viena.

—¿También en busca de inversores?

—Tal vez, pero en Viena solo encontró mala suerte.

—¿Y eso? —preguntó Remi.

—Poco después de trasladarse a Viena se casó, y luego rápidamente fue padre. Dos años después estalló la gran batalla: el sitio y la batalla de Viena. ¿La conocen?

—Solo vagamente.

—El sitio duró dos meses. El Imperio otomano combatió contra la Liga Santa: el Sacro Imperio Romano Germánico, la Mancomunidad Polaco-Lituana y la República de Venecia. A principios de septiembre de mil seiscientos ochenta y tres, se libró la batalla final. Muchas decenas de miles de personas murieron, incluidos la mujer y el hijo de De Terzi.

—Es horrible —dijo Remi—. Qué lástima.

—Sí. Se dice que quedó terriblemente desconsolado. Primero su hermano y luego su nueva familia, todos muertos. Poco después, De Terzi volvió a desaparecer.

—¿Adónde fue?

Moretti se encogió de hombros.

—Una vez más, es un misterio. Volvió a Brescia en octubre de mil seiscientos ochenta y cinco, y murió pocos meses más tarde.

—Déjeme hacerle una pregunta que puede parecer un poco extraña —dijo Remi.

—Por favor.

—¿Tiene usted, u otra persona, la absoluta certeza de que De Terzi regresó a Brescia en mil seiscientos ochenta y cinco?

—Es una pregunta extraña, sí. Supongo que la respuesta es que no. No dispongo de ningún dato que confirme que murió aquí... ni que regresó, para el caso. Esa parte de la historia está basada, como el resto, en información de segunda mano. A falta de una...

—Exhumación.

—Sí, una exhumación. Solo eso y una muestra de ADN de sus descendientes servirían de prueba. ¿Por qué lo preguntan? ¿Tienen motivos para creer...?

—No, la verdad es que no. Estamos barajando ideas.

—En cuanto a esas historias, ¿cree usted alguna de ellas?

—Una parte de mí quiere creer. Es una aventura emocionante, ¿verdad? Pero, como ya he dicho, en las historias oficiales de la vida de De Terzi no figura ninguno de esos episodios.

—Hace unos minutos ha dicho que existe muy poca documentación. ¿Significa

eso que existe alguna documentación? —preguntó Remi.

—Hay unas cuantas cartas, pero escritas por amigos. Ninguna del puño y letra de De Terzi. Es lo que su sistema judicial llama testimonio de oídas, ¿verdad? Aparte de las cartas, solo hay otra fuente que pueda estar relacionada con esas historias. Me resisto a mencionarla.

—¿Por qué?

—Es una obra de ficción, un relato breve escrito por la hermana de De Terzi pocos años después de su muerte. Aunque aparece con otro nombre, el protagonista es claramente un trasunto de Francesco. La mayoría de la gente pensó que la hermana estaba intentando ganar dinero a costa de la fama de él explotando los rumores.

—¿Puede resumirnos el relato?

—En realidad es un cuento bastante rocambolesco. —Moretti ordenó sus pensamientos—. El héroe de la historia abandona su hogar en Italia. Después de enfrentarse a muchos peligros, es capturado por un tirano en un país extranjero. Le obligan a construir una nave de guerra voladora. La nave se estrella en un lugar desolado, y solo el héroe y dos de sus compañeros sobreviven, aunque al final estos mueren debido a sus heridas. El héroe encuentra entonces un misterioso tesoro, que según le cuentan los nativos está maldito, pero él no hace caso de la advertencia y emprende el arduo viaje de vuelta al castillo del tirano. Una vez allí, descubre que su compañero de viaje, a quien el tirano había tomado como rehén, ha sido ejecutado.

»Cuando el héroe regresa a Italia con el tesoro, encuentra más desgracias: su familia ha muerto a causa de la peste. El héroe se convence entonces de que la maldición es real, de modo que parte con la intención de devolver el tesoro al lugar donde lo encontró y no se vuelve a saber nada de él.

Sam y Remi se esforzaron por mantener el rostro inexpresivo.

—No tendrá por casualidad una copia de ese relato, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Creo que lo tengo en el italiano original y también en una traducción en inglés muy buena. En cuanto hayamos terminado de hablar, se lo mandaré en versión electrónica.

## Capítulo 38

### *Goldfish Point, La Jolla, California*

Provistos de una copia de El Gran Dragón en cada uno de sus iPad, Sam y Remi dieron las gracias a la profesora Moretti por su ayuda. Leyeron el relato y enviaron copias por correo electrónico a Selma, a Wendy y a Pete. Mientras Remi enviaba una a Jack, Selma se puso en contacto con él a través de iChat.

—Parecéis muy afectados —dijo Karna—. No me tengáis en vilo. ¿Qué habéis encontrado?

—Cuéntaselo tú —dijo Sam a Remi.

Remi describió su conversación con Moretti y acto seguido resumió a todos los presentes El Gran Dragón.

—Increíble —dijo Selma—. ¿Los dos han leído el relato?

—Sí —contestó Sam—. Deberías tenerlo en tu dirección de correo electrónico. Tú también, Jack.

—Sí, ya lo veo.

—¿Cuántas coincidencias hay entre el relato y los grabados del bambú? —preguntó Wendy.

—Si sustituyes las partes de la historia claramente ficticias por el supuesto testamento de De Terzi, tienes un texto escrito como una narración objetiva: el accidente, el número de supervivientes, el descubrimiento de un misterioso tesoro, el viaje de vuelta a casa... Está todo ahí.

—Y la cronología coincide —dijo Remi—. Entre las versiones de segunda mano de las idas y venidas de De Terzi, pudo haber ido y vuelto de China perfectamente.

—Estoy atónito —dijo Karna.

Pete, que había estado hojeando el relato en el iPad de Sam, dijo:

—¿Qué es el mapa de la portada?

—Es el viaje del héroe para devolver el tesoro —contestó Remi—. ¿Lo tienes, Jack?

—Estoy mirándolo ahora mismo. Parece que De Terzi llega del este y se detiene primero en lo que aquí figura como un castillo. Podemos suponer que se trata de la gompa de Shekar.

—La base de lanzamiento de la aeronave —dijo Sam.

—Y posiblemente el lugar de sepultura de Giuseppe —añadió Remi.

Karna prosiguió:



—De la gompa de Shekar, De Terzi viaja al oeste hasta la Gran Ciudad. Basándonos en la posición de Shekar, la ciudad podría ser Lhasa.

—¿Por qué iría allí? —preguntó Wendy—. El lugar del accidente está a sesenta kilómetros al sur de la gompa de Shekar. ¿No trataba de devolver el tesoro?

—Sí —respondió Sam—, pero en el relato, cuando llega al castillo, un sabio de la zona le dice que debe devolver el tesoro a «su legítimo hogar». Le dice que busque a otro sabio en la Gran Ciudad que hay al oeste.

Karna retomó la línea de pensamiento de Sam.

—Desde la Gran Ciudad, De Terzi sigue hacia el este y al final llega a... No lo sé. Solo aparece una X.

—Shangri-La —propuso Remi.

Karna guardó silencio unos instantes y acto seguido dijo:

—Vais a tener que excusarme. Disculpad. Volveré a llamaros.

La pantalla de iChat se oscureció.

Karna volvió treinta minutos más tarde.

—En este mapa hay algunas líneas de cuadrícula aproximadas y otros puntos de referencia que tendré que cotejar, pero tomando la distancia de la gompa de Shekar a Lhasa como referente, el último tramo del viaje de De Terzi terminó en una zona que actualmente se conoce como cañón del Tsangpo.

—Tu candidato a lugar de ubicación de Shangri-La —dijo Sam.

—Ya lo creo. Sam, Remi, puede que acabéis de solucionar un enigma que ha permanecido seiscientos años irresoluto.

—No nos adelantemos a los acontecimientos —indicó Sam—. ¿Cuánto tardarás en concretar los lugares del mapa?

—Empezaré ahora mismo. Dame un día.

## Capítulo 39

### *Región de Arunachal Pradesh, al norte de India*

—¡Jack! —gritó Remi—. No creía que fueras a aparecer.

El todoterreno de Karna se detuvo y Jack se apeó del vehículo. Remi le dio un abrazo, y Sam le estrechó la mano.

—Me alegro de que estés a bordo, Jack.

—Yo también.

De pie detrás de Karna, Ajay los saludó con la cabeza y les sonrió.

—Tenéis mejor aspecto que la última vez que os vi las caras —dijo Karna—. ¿Qué tal el pie, Remi? ¿Y las costillas?

—Lo bastante curadas para poderme mover sin tener que apretar los dientes. Tengo vendas elásticas, unas buenas botas de senderismo y un frasco de ibuprofeno.

—Excelente.

—Nos dejará a todos atrás —dijo Sam.

—¿Habéis tenido algún problema para llegar aquí? ¿Os ha seguido alguien? ¿Alguna persona sospechosa?

—Nada de eso —contestó Remi.

Desde su última conversación con Charles King, ni lo habían visto ni habían tenido noticias de él, de sus hijos o de Zhilan Hsu. Era un cambio que les resultaba al mismo tiempo agradable e inquietante.

—Jack, ¿cómo has vencido el miedo a volar? —preguntó Sam.

—La verdad es que no lo he vencido —respondió Karna—. Estuve aterrado desde que despegamos en Katmandú hasta el momento en que me bajé del avión en Bangladesh. La emoción por la expedición dominó temporalmente el miedo y, *voilà*, aquí estoy.

«Aquí» era el final de un viaje por tierra de ochocientos kilómetros que Sam y Remi acababan de terminar pocas horas antes. Situada a orillas del río Siang, la tranquila ciudad de Yingkiong, de novecientos habitantes, era la última avanzada con una población considerable en el norte de India. La siguiente ciudad desde allí, Nyingchi, en el Tíbet, se encontraba a ciento sesenta kilómetros al nordeste a través de algunas de las junglas más inhóspitas del mundo.

Habían pasado diez días desde su conversación por iChat. Habían tardado todo ese tiempo en hacer los preparativos necesarios. Fiel a su palabra, Karna se había puesto en contacto con ellos al día siguiente, después de haber trabajado

ininterrumpidamente con la esperanza de descifrar el mapa de El Gran Dragón.

Las dotes de navegación terrestre de De Terzi debían de haber rivalizado con las de los centinelas, había explicado Karna. Tanto la posición como las distancias del mapa de De Terzi eran extraordinariamente precisas, y diferían de las medidas reales en menos de un kilómetro y medio y un grado de brújula. Una vez que terminó sus cálculos, Karna tuvo la certeza de que había triangulado la situación de Shangri-La hasta un diámetro de tres kilómetros. Como sospechaba desde el principio, las coordenadas se encontraban en el centro del cañón del río Tsangpo.

Sam y Remi habían estudiado la zona en Google Earth, pero no habían visto más que elevados picos, rugientes ríos y densos bosques. Nada que pareciera un champiñón.

—¿Qué os parece si vamos a un bar a tomar una copa y charlamos un poco? Es mejor que seáis conscientes del desagradable panorama que nos espera antes de partir por la mañana.

La taberna era un edificio de dos plantas con un tejadillo de hojalata ondulada y paredes de tablones. En el interior, la planta baja estaba dedicada a una zona de recepción y un restaurante que parecía sacado de un western de Hollywood de los años cincuenta: suelos de madera, una larga barra en forma de jota y postes verticales que soportaban las vigas descubiertas del techo. Sus habitaciones para esa noche, les dijo Karna, estaban en el segundo piso.

La taberna estaba sorprendentemente abarrotada. Encontraron una mesa de caballete contra la pared bajo un parpadeante letrero de neón de Schlitz y pidieron cuatro cervezas. Estaban heladas.

—La mayor parte de lo que voy a contaros lo sé por Ajay, pero como él no es muy locuaz, tendréis que fiaros de mi memoria. Como os dije, éste es el antiguo territorio de Ajay, así que estamos en buenas manos. Por cierto, Ajay, ¿en qué situación está nuestro transporte?

—Todo arreglado, señor Karna.

—Fantástico. Corrígeme si me desvío del tema mientras hablo, Ajay.

—Sí, señor Karna.

Karna suspiró.

—No consigo que me llame Jack. Llevo años intentándolo.

—Él y Selma siguen el mismo manual —contestó Sam.

—Está bien. He aquí el inconveniente de Arunachal Pradesh: dependiendo de a quién le preguntéis, ahora mismo estamos en China.

—¡Vaya! Repite eso —dijo Sam.

—China reclama oficialmente la mayoría de esta región como parte del sur del Tíbet. Por supuesto, para la gente y el gobierno de aquí, Arunachal Pradesh es un

estado indio. La frontera sur entre Arunachal Pradesh y China se llama línea McMahon, trazada como parte de un tratado entre el Tíbet y el Reino Unido. Los chinos nunca lo aceptaron, e India no hizo respetar la frontera hasta mil novecientos cincuenta. En resumidas cuentas, China e India la reclaman pero ninguna de las dos hace gran cosa al respecto.

—¿Qué significa eso en términos de presencia militar? —preguntó Sam.

—Nada. Hay algunas tropas indias en la región, pero los chinos se mantienen al norte de la línea McMahon. En realidad, todo es bastante amistoso.

—Eso es bueno para nosotros —dijo Remi.

—Sí, bueno... Lo que no es tan maravilloso es la FLAN: la Fuerza de Liberación Arunachal Naga. Son el último y el más importante grupo terrorista de la zona. Recientemente han estado secuestrando a gente. Dicho eso, Ajay afirma que es probable que no tengamos ningún problema con ellos; el ejército ha estado tomando duras medidas.

—Según los mapas, nuestro destino está a cuarenta kilómetros de China —dijo Sam—. A juzgar por el paisaje, supongo que no habrá ningún control en la frontera.

—Estás en lo cierto. Como dije en Mustang, la frontera se encuentra bastante desprotegida. Varios cientos de senderistas la cruzan cada año. En realidad, no parece que al gobierno chino le moleste. No hay nada de importancia estratégica en la zona.

—Más buenas noticias —dijo Remi—. Ahora cuéntenos lo malo.

—¿Quieres decir aparte de que el terreno es tan accidentado que raya en lo ridículo?

—Sí.

—Lo malo es que prácticamente estaremos invadiendo China. Si tenemos la mala suerte de que nos pillen, es probable que acabemos en la cárcel.

—Ya nos hemos enfrentado a esa posibilidad una vez —contestó Sam—. Hagamos todo lo posible por evitarlo, ¿vale?

—De acuerdo. Está bien, pasemos a las serpientes y los insectos venenosos...

Después de una cena rápida compuesta de pollo *tandoori*, Sam y Remi se retiraron a descansar. Sus habitaciones estaban a tono con el motivo general de la posada: el glamour de los westerns de Hollywood sin su glamour. Aunque la temperatura exterior era de unos agradables quince grados, la humedad era agobiante. El chirriante ventilador del techo de la habitación agitaba lentamente el aire, pero después de la puesta de sol la temperatura empezó a descender, y pronto en la habitación hubo un ambiente confortable.

A las ocho estaban dormidos.

A la mañana siguiente se despertaron cuando Ajay llamó suavemente a su puerta y susurró sus nombres. Sam salió de la cama a oscuras con cara de sueño y se dispuso a abrir arrastrando los pies.

—Café, señor Fargo —dijo Ajay.

—¿Hoy no hay té? Qué agradable sorpresa. Me llamo Sam, por cierto.

—Oh, no, señor.

—¿Qué hora es?

—Las cinco de la madrugada.

—Ajá —murmuró Sam, y echó un vistazo a la figura durmiente de Remi. La señora Fargo no era precisamente una persona madrugadora—. Ajay, ¿te importaría traernos otras dos tazas de café?

—Por supuesto. De hecho, les traeré la jarra.

El grupo se reunió en la taberna treinta minutos más tarde para desayunar. Una vez que hubieron terminado, Karna dijo:

—Será mejor que recojamos las cosas. Nuestra trampa mortal llegará en cualquier momento.

—¿Has dicho «trampa mortal»? —preguntó Remi.

—A lo mejor te suena más su nombre común: helicóptero.

Sam soltó una risita.

—Después de todo lo que hemos pasado, casi preferimos tu descripción. ¿Seguro que lo llevarás bien?

Karna levantó una bola de espuma del tamaño de una pelota de *softball*. Estaba llena de agujeros hechos con los dedos.

—Un juguete antiestrés. Sobreviviré. El trayecto será corto.

Después de reunir el equipo y recogerlo, no tardaron en reagruparse a las afueras del norte de Yingkiong cerca de un claro de tierra.

—Por ahí viene —dijo Ajay, señalando al sur, donde un helicóptero verde aceituna volaba a ras de la superficie del Siang.

—Parece antiquísimo —comentó Karna.

A medida que se acercaba al claro y reducía la velocidad hasta quedarse planeando, Sam divisó el emblema descolorido de las Fuerzas Aéreas Indias en la puerta lateral. Alguien había intentado pintar sin éxito encima de la insignia naranja, blanca y verde. El grupo se apartó del torbellino que levantaba el rotor y esperó hasta que el polvo se asentó.

—¿Qué cacharro es ése, Ajay? —preguntó Karna.

—Un helicóptero ligero Chetak, señor. Muy seguro. Cuando estaba en el ejército, volé muchas veces en aparatos como éste.

—¿De qué año es?

—De mil novecientos sesenta y ocho.

—Joder.

—Si se lo hubiera dicho, no habría venido, señor Karna.

—Ya lo creo. Está bien, está bien, vamos.

Mientras Jack apretaba furiosamente su pelota de goma, el grupo cargó su equipo y se sentó. Ajay comprobó sus arneses de seguridad con cinco puntos de fijación, cerró la puerta y asintió con la cabeza al piloto.

Despegaron, el morro se inclinó hacia delante y avanzaron rápidamente.

En parte por la facilidad de navegación y en parte para aumentar sus posibilidades de rescate en caso de que el Chetak se estrellara, el piloto siguió el serpenteante curso del río Siang. Los pocos núcleos habitados que había al norte de Yingkiong estaban situados en las orillas, explicó Ajay. Con suerte, alguien vería al Chetak caer e informaría del accidente.

—¡Oh, fantástico! —gritó Karna por encima del estruendo del motor.

—Aprieta la pelota, Jack —contestó Remi—. Ajay, ¿conoces al piloto?

—Sí, señora Fargo, muy bien. Servimos juntos en el ejército. Gupta dirige ahora una empresa de transporte: lleva suministros a los lugares apartados de Arunachal Pradesh.

El Chetak siguió avanzando hacia el norte, deslizándose a cierta altura por encima de las aguas marrones del Siang, y pronto se encontraron volando entre afilados riscos y hondos valles, todos cubiertos de una jungla tan tupida que Sam y Remi solo podían ver un compacto manto verde. En muchas zonas, el Siang era ancho y lento, pero en ocasiones, cuando el Chetak pasaba por un cañón, las aguas formaban un torbellino de espuma y olas batientes.

—¡Esas aguas son de clase VI! —gritó Sam, mirando por la ventanilla.

—Eso no es nada —contestó Karna.

»El lugar al que vamos, el cañón del río Tsangpo, es conocido como el Everest de los ríos. Hay tramos del Tsangpo que escapan a toda clasificación.

—¿Alguien ha intentado atravesarlos? —preguntó Remi.

—Oh, sí, en varias ocasiones. La mayoría de las veces aficionados al kayak extremo, ¿verdad, Ajay?

Ajay asintió con la cabeza.

—Se han perdido muchas vidas. Los cadáveres nunca aparecen.

—¿No son arrastrados río abajo? —preguntó Sam.

—Normalmente los cadáveres se quedan atrapados para siempre en la hidráulica, acaban hechos trizas en el fondo o hechos papilla al descender los cañones. Después de eso, no queda gran cosa de ellos.

Después de haber volado durante cuarenta minutos, Gupta se volvió en su asiento y gritó:

—¡Estamos llegando al pueblo de Tuting. Prepárense para aterrizar!

A Sam y Remi les sorprendió descubrir que Tuting tenía una pista de aterrizaje de tierra parcialmente cubierta de espesura. En cuanto aterrizaron, todo el mundo bajó del helicóptero. Hacia el este, por encima del valle, vislumbraron unos cuantos tejados que asomaban por encima de las copas de los árboles. El pueblo de Tuting, supusieron Sam y Remi.

—A partir de aquí, iremos a pie —anunció Karna.

Él, Sam y Remi empezaron a descargar sus cosas.

—Un momento, por favor —dijo Ajay. Se encontraba a tres metros de distancia con el piloto—. Gupta desea proponerles algo. Me ha preguntado hasta dónde vamos a entrar en China, y se lo he dicho. A cambio de una cantidad, está dispuesto a llevarnos muy cerca de nuestro destino.

—¿No le preocupan los chinos? —preguntó Sam.

—Muy poco. Dice que en la zona no tienen radar, y todos los valles que hay de aquí a nuestro destino son cada vez más profundos, y que prácticamente está deshabitada. Cree que podemos volar sin ser vistos.

—Bueno, es una perspectiva mucho mejor que una caminata de seis días de ida y vuelta —observó Karna—. ¿Cuánto pide?

Ajay habló con Gupta en hindi y acto seguido dijo:

—Doscientas mil rupias... o aproximadamente unos cuatro mil dólares estadounidenses.

—No llevamos tanto dinero en efectivo encima —dijo Sam.

—Gupta contaba con eso. Dice que aceptará con mucho gusto tarjetas de crédito.

Aceptaron las condiciones de Gupta, y enseguida el piloto estuvo transmitiendo la información de la tarjeta Visa de Sam por la radio del helicóptero a su base de operaciones en Itanagar.

—Esto es surrealista —dijo Sam—. Aquí estamos, al otro lado del mundo, mientras un piloto indio maneja nuestra tarjeta.

—Como dije en Nepal, contigo una no se aburre nunca —contestó Remi—. Mi

tobillo agradecerá el cambio de itinerario.

—Gupta ha dado el visto bueno —gritó Ajay—. Podemos despegar cuando estén listos.

Volaron de nuevo hacia el norte a lo largo del río Siang y pronto pasaron por encima del último poblado indio antes de la frontera. Gengren desapareció detrás de ellos en un abrir y cerrar de ojos, y entonces Gupta anunció:

—Estamos cruzando la línea McMahon.

—Ya está —dijo Sam—. Hemos invadido China.

El cruce había sido sin duda decepcionante, pero pronto el paisaje empezó a cambiar. Tal como Gupta había vaticinado, los picos y los riscos alteraron su aspecto redondeado por unas rocas descubiertas y dentadas; las laderas de las montañas se hicieron más empinadas y los bosques más tupidos. La diferencia más llamativa afectaba al Siang. Allí, en el extremo sur de la región del cañón del Tsangpo, la superficie del río se agitaba y las olas rompían contra los cantos rodados y los muros de roca colgantes, lanzando columnas de bruma por los aires. Gupta mantenía el helicóptero lo más cerca posible del río y por debajo de la línea de riscos. Sam y Remi se sentían como si estuvieran en la atracción acuática más emocionante del mundo.

—Quince minutos —anunció Gupta.

Sam y Remi intercambiaron una sonrisa de ilusión. Habían viajado tan lejos, habían pasado tantas cosas, y por fin su destino estaba a solo unos minutos de distancia... o eso esperaban.

La reacción de Karna fue intensa. Miraba fijamente por la ventanilla con la frente pegada al cristal mientras apretaba la mandíbula y clavaba los dedos en la pelota de espuma.

—¿Estás bien, Jack? —preguntó Sam.

—En mi vida he estado mejor, colega. ¡Ya casi estamos!

—Nos acercamos al margen exterior de las coordenadas —anunció Gupta.

Ajay le había dado al piloto una cota de referencia con un diámetro de tres kilómetros. La zona en la que estaban entrando se hallaba dominada por un grupo de picos como obeliscos con la parte superior plana que variaban de altura, de menos de cien metros a trescientos y mil metros. En los cañones de abajo, el río Tsangpo serpenteaba alrededor de los obeliscos, una cinta blanca arremolinada cercada de acantilados escarpados.

—No he visto a nadie en kayak —observó Sam—. En realidad, no he visto a nadie.

Karna alzó la vista del mapa que estaba examinando y contestó:

—Me sorprendería que hubieras visto a alguien. Con un terreno así... Solo los



más decididos (o locos) se aventuran hasta aquí.

—No sé si eso es un insulto o un cumplido —susurró Remi a Sam.

—Si volvemos vivos y triunfantes, es un cumplido.

—¡Pregunta a Gupta si puede ofrecernos una vista mejor de los picos! —gritó Karna a Ajay—. Si mis cálculos son correctos, estamos justo encima de la cota de referencia.

Ajay transmitió la petición. Gupta redujo la velocidad del Chetak a treinta nudos y empezó a sobrevolar los picos uno por uno, ajustando la altitud de forma que los pasajeros pudieran examinarlos más detenidamente. Junto a su ventanilla, Remi tenía el obturador de su cámara en el modo de ráfaga de disparos.

—¡Allí! —gritó Jack, señalando con el dedo.

Cien metros más allá de la ventanilla se encontraba uno de los obeliscos de tamaño medio, con aproximadamente trescientos metros de altura y cuatrocientos cincuenta metros de anchura. Las pendientes de granito verticales estaban cubiertas de enredaderas, follaje y grandes franjas de musgo.

—¿Lo veis? —dijo Karna, recorriendo el cristal con el dedo índice—. ¿La forma? Empezad por la parte de abajo e id subiendo... ¿Veis donde empieza a ensancharse y luego, allí, unos treinta metros por debajo de la meseta, se extiende de repente? ¡Decidme que lo veis!

Sam y Remi tardaron varios segundos en recomponer la imagen, pero poco a poco se dibujaron en sus rostros sendas sonrisas.

—Un champiñón gigantesco —dijo Remi.

## Capítulo 40

### *Cañón del río Tsangpo, China*

Después de hacer varias pasadas abortadas a causa de la cizalladura del viento, Gupta consiguió ladear muy lentamente el Chetak sobre el obelisco hasta que Karna vio un pequeño claro en la jungla cerca del borde de la meseta. Gupta redujo la velocidad hasta hacer planear el helicóptero y aterrizó. Una vez que los rotores hubieron dejado de dar vueltas, el grupo se bajó y recogió sus cosas.

—¿Te recuerda esto algo? —preguntó Sam a Remi.

—Desde luego.

La meseta guardaba un sorprendente parecido con los paradisíacos valles que habían visto explorando el norte de Nepal en helicóptero.

Bajo sus pies había un manto de musgo cuyo color oscilaba entre el verde oscuro y el amarillo verdoso. Aquí y allá, el paisaje estaba salpicado de cantos rodados moteados de líquenes. Justo enfrente de ellos había un muro de tupida espesura, ininterrumpido salvo por unos cuantos senderos como túneles que desaparecían en la vegetación, toscos óvalos que contemplaban a Sam y a Remi como unos imperturbables ojos negros. El parloteo de los insectos parecía zumbiar en el aire y, ocultos en el follaje, los pájaros chillaban. En un árbol cercano había un mono colgado boca abajo que los miró fijamente unos segundos antes de marcharse dando saltos.

Jack y Ajay se acercaron a donde estaban Sam y Remi.

—Afortunadamente, nuestra zona de búsqueda es limitada —dijo Karna—. Si nos separamos en dos grupos, podremos abarcar mucho terreno.

—Estoy de acuerdo —dijo Sam.

—Una última cosa —señaló Karna.

Se arrodilló junto a su mochila, se puso a hurgar en el interior y sacó un par de revólveres de cañón corto del calibre treinta y ocho. Le dio uno a Sam y otro a Remi.

—Yo tengo otro, por supuesto. Y en cuanto a Ajay...

Ajay sacó una Beretta semiautomática de una pistolera que llevaba en la parte de atrás de la cintura y volvió a enfundarla rápidamente.

—¿Esperamos problemas? —preguntó Remi.

—Estamos en China, querida. Puede pasar cualquier cosa: bandidos, grupos terroristas fronterizos, el Ejército Popular de Liberación...

—Si el ejército chino aparece, estas pistolas de juguete solo conseguirán

cabrearlos.

—Es un problema al que nos enfrentaremos si es necesario. Además, cabe esperar que encontremos lo que estamos buscando y que estemos de vuelta al otro lado de la frontera antes de que anochezca.

—Remi y yo iremos al este —dijo Sam—; Jack, tú y Ajay id al oeste. Nos reuniremos aquí dentro de dos horas. ¿Alguna objeción?

No hubo ninguna.

Después de comprobar la recepción de sus radios, el grupo se separó. Con las linternas en la cabeza y los machetes en ristre, Sam y Remi eligieron uno de los senderos y lo enfilaron.

Cuando se habían adentrado tres metros en la jungla, la luz se atenuó hasta un cuarto de su intensidad. Sam despejó a machetazos algunas de las enredaderas que atravesaban el sendero, y a continuación se detuvieron a mirar a su alrededor, enfocando con las linternas de sus cabezas arriba, abajo y a los lados.

—Las precipitaciones anuales deben de ser alucinantes —dijo Sam.

—Unos dos mil ochocientos milímetros —contestó Remi—. Ya sabes que me encantan los datos curiosos. Lo he investigado.

—Estoy orgulloso de ti.

A pocos centímetros sobre sus cabezas, y a ambos lados, había una maraña de enredaderas tan densa que no podían ver la jungla propiamente dicha.

—Esto es muy raro —dijo Remi.

—Sí, lo es.

Sam clavó la punta de su machete a través del manto de vegetación. Su brazo se detuvo bruscamente con un sonido metálico.

—Es piedra —murmuró.

Remi blandió su machete a la izquierda y también hizo un ruido metálico. Lo mismo a la derecha.

—Estamos en un túnel artificial.

Sam desenganchó la radio de su cinturón y pulsó el botón para hablar.

—Jack, ¿estás ahí?

Interferencias.

—Jack, contesta.

—Estoy aquí, Sam. ¿Qué pasa?

—¿Estáis en un sendero?

—Acabamos de empezar.

—Mueve el machete fuera del sendero.

—Está bien... —¡Clanc! Jack volvió al aparato—: Paredes de piedra. Fascinante.

—¿Recuerdas que dijiste que sospechabas que Shangri-La era un templo o un

monasterio? Pues creo que lo has encontrado.

—Me parece que tienes razón. Es increíble lo que puede hacer la jungla al crecer sin control durante un milenio, ¿verdad? Bueno, no creo que esto altere nuestro plan, ¿no? Registremos el complejo y reunámonos dentro de dos horas.

—De acuerdo. Hasta entonces.

Conscientes de que estaban dentro de una estructura artificial, Sam y Remi empezaron a examinar el entorno en busca de pistas arquitectónicas. Enredaderas y raíces se habían infiltrado en cada metro cuadrado del complejo. Sam, que iba el primero, trataba de describir arcos cortos con el machete pero no podía evitar golpear la piedra de vez en cuando.

Llegaron a un hueco y se detuvieron.

—Apaga la linterna —dijo Sam, desactivando la suya.

Remi hizo lo que su marido le pedía. Cuando sus ojos se hubieron adaptado a la oscuridad, empezaron a ver atisbos de la tenue luz del sol a través de las paredes y el techo cubiertos de follaje.

—Ventanas y tragaluces —dijo Remi—. Esto debió de ser un espectáculo increíble en su día.

Sam y Remi empezaron a subir una escalera, y no tardaron en llegar a un rellano en el que los escalones volvían sobre sí mismos y ascendían a un segundo piso. Allí, a través de un arco, encontraron un gran espacio abierto. Un entramado de raíces y enredaderas se arqueaba sobre sus cabezas formando un techo abovedado. Sobre la gran sala, como la llamaron, se extendía algo que parecían seis troncos medio podridos. Vigas de apoyo, concluyeron, descompuestas hacía mucho tiempo, cuyos restos se sostenían gracias a una envoltura de enredaderas. Justo enfrente de la rampa/escalera por la que habían subido, había otro tramo de escalones que ascendía hasta la oscuridad.

Enfocando con las linternas de sus cabezas, Sam y Remi se separaron para explorar la estancia. A lo largo de la pared opuesta Sam encontró una hilera de bancos de piedra que sobresalían y, enfrente de ellos, seis ranuras rectangulares en el suelo de piedra.

—Son pilas —dijo Remi.

—Parecen tumbas.

Ella se arrodilló al lado de una y dio unos golpecitos en las paredes exteriores con el machete. Sonó el familiar ruido metálico del acero contra la piedra.

—Aquí hay más —dijo Sam, dirigiéndose al otro lado.

Encontraron un semicírculo de bancos de piedra que rodeaba una gran pila redonda cuya anchura era superior a la estatura de Sam. Remi repitió la operación pero no tocó el fondo. Encontró un fragmento de piedra que se había caído de un

banco y lo soltó en el interior de la pila.

Oyeron un ruido amortiguado.

—Unos tres metros de hondo —dijo Sam.

Se agachó y enfocó el pozo con la luz, pero no vio nada a través de la red de enredaderas y raíces.

—¡Hola! —gritó.

No había eco.

—Demasiada vegetación —aventuró Remi.

Sam encontró otra piedra y se preparó para soltarla.

—¿Qué haces?

—Saciar mi curiosidad. No hemos visto ningún rastro de este pozo en la planta de abajo, lo que significa que estaba detrás de una pared. Tiene que haber algún motivo.

—Adelante.

Sam se inclinó por encima del pozo, inclinó el brazo y lanzó la piedra. La roca chocó contra el fondo sin que ellos la vieran, volvió a chocar y acto seguido hizo un ruido contra una superficie dura.

—Bien pensado —dijo Remi—. Tiene que llevar a alguna parte. ¿Quieres...?

La radio de Sam se encendió crepitando. Entre estallidos de interferencias, unas voces entrecortadas sonaron por el altavoz. Los fragmentos tenían un tono apresurado y se solapaban.

—Creo que son Gupta y Ajay —dijo Remi.

Sam pulsó el botón para hablar.

—Ajay, ¿me oyes? ¡Ajay, contesta!

Se oían interferencias. Entonces sonó la voz de Jack:

—Sam... Gupta... ha visto un... está despegando.

—Se está marchando —dijo Remi.

Se volvieron y bajaron corriendo por la escalera; Remi iba detrás cojeando ligeramente. Cruzaron la guarida y enfilaron el túnel.

—¿Qué crees que ha visto? —gritó Remi.

—Solo se me ocurre una cosa que pueda asustarlo —contestó Sam por encima del hombro—. Un helicóptero.

—Me lo temía.

Delante de ellos apareció un óvalo de luz. Sam y Remi patinaron y pararon antes de llegar a él y recorrieron los últimos pasos andando encorvados. En el claro, los rotores del Chetak giraban con rapidez; a través de la ventanilla lateral vieron a Gupta pulsando botones furiosamente y consultando los indicadores. Cogió el aparato de radio y empezó a hablar.

Su voz sonó por el transmisor de Sam.

—Lo siento, intentaré volver. Traten de esconderse. Puede que se marchen.

A continuación Gupta levantó el colectivo, y el Chetak se elevó en posición recta. A unos diez metros de altura, se inclinó con el morro hacia abajo y desapareció zumbando.

Sam y Remi vieron con el rabillo del ojo que Karna y Ajay salían de la entrada de un túnel. Sam les hizo un gesto con la mano, llamó su atención y les indicó que se retiraran. Los dos hombres volvieron a desaparecer.

Precedido tan solo por unos pocos segundos de ruido de rotores, un helicóptero verde aceituna se hizo visible en el otro extremo de la meseta. Sam y Remi reconocieron inmediatamente el morro y los lanzacohetes: un Harbin Z-9 chino del Ejército Popular de Liberación.

—Hola, viejo enemigo —murmuró Remi.

Ella y Sam retrocedieron un trecho.

El Z-9 siguió elevándose y, al girar, desveló otro entrañable recuerdo: una portezuela abierta y un soldado encorvado sobre una ametralladora montada. El Z-9 se deslizó de lado por encima del claro y aterrizó.

—Vámonos, Sam —dijo Remi—. Tenemos que escondernos.

—Espera.

Una figura apareció en la puerta.

—Oh, no —murmuró Remi.

Los dos reconocieron la silueta ágil y esbelta.

Zhilan Hsu.

La mujer bajó del Z-9. De su mano derecha colgaba una ametralladora compacta. Un instante más tarde, otras dos figuras descendieron por la puerta y se unieron a ella. Russell y Marjorie King, también armados con ametralladoras compactas.

—Mira, los Gemelos Maravilla —dijo Sam.

Zhilan se volvió, les dijo algo y acto seguido se dirigió a la portezuela lateral del Z-9, que al abrirse dejó a la vista a un hombre chino de cuarenta y tantos años. Sam sacó unos prismáticos de su mochila y enfocó a la pareja con el zoom.

—Creo que he encontrado al contacto chino de King —dijo Sam—. Decididamente es del Ejército Popular de Liberación. De muy alto rango, o un coronel o un general.

—¿Ves dentro algún soldado más?

—No, solo al artillero de la puerta. Con él, Zhilan y los gemelos, no necesitan a nadie más. Pero no sé por qué no han apagado todavía el motor.

—¿Cómo demonios nos han encontrado?

—Ni idea. Es demasiado tarde para preocuparse por eso.

El oficial del Ejército Popular de Liberación y Zhilan se estrecharon la mano y a continuación él cerró la puerta. El motor del Z-9 aumentó su grado de inclinación, y acto seguido el helicóptero despegó. Giró hasta que la cola se orientó hacia la meseta

y partió.

—Nuestras probabilidades acaban de mejorar —dijo Sam.

—¿Qué está haciendo Zhilan?

Sam enfocó a Zhilan con los prismáticos y vio que sacaba un teléfono móvil de un bolsillo de su chaqueta. Pulsó una serie de números en el teclado, y luego ella y los gemelos se volvieron y observaron cómo el helicóptero desaparecía a lo lejos.

El Z-9 estalló en un hongo naranja y rojo. Restos en llamas del helicóptero cayeron a plomo hacia el suelo y desaparecieron.

Sam y Remi se quedaron sin habla durante varios segundos. Al final Remi dijo:

—Qué despiadada...

—King está atando los cabos sueltos —dijo Sam—. Probablemente ya habrá cerrado la operación de tráfico de fósiles: el yacimiento, el sistema de transporte... y ahora su contacto en el gobierno.

—Nosotros somos los últimos cabos sueltos —contestó Remi—. ¿Podemos dispararles desde aquí?

—Qué va. Los cañones cortos de nuestras pistolas no valen un pimiento a partir de seis metros.

En el claro, Zhilan había cambiado el móvil por una radio portátil. La acercó a sus labios.

Entonces oyeron por la radio de Sam:

—¿Lo tienes?

—Lo tengo.

Era la voz de Ajay.

—Sácalo.

Sam y Remi miraron a la derecha. Jack Karna salió de la entrada del túnel seguido de Ajay. El cañón de su pistola estaba pegado a la base del cráneo de Karna. Con la otra mano lo agarraba por el cuello de la chaqueta.

La pareja se dirigió a la mitad del claro y se detuvo. Estaban a unos doce metros a la derecha de Sam y Remi.

—¿Por qué, Ajay? —preguntó Karna.

—Lo siento, señor Karna. De verdad.

—Pero ¿por qué? —repitió Karna—. Somos amigos. Nos conocemos desde hace...

—Acudieron a mí en Katmandú. Me han ofrecido más dinero del que ganaría en diez vidas. Mandaré a mis hijos a la universidad, y mi mujer y yo podremos comprarnos una casa nueva. Lo siento. Ella me dio su palabra de que ninguno de ustedes resultaría herido.

—Te mintió —contestó Karna. Y se dirigió a Zhilan hablando más alto—: Conocí a sus hijos hace unos meses en Lo Monthang, pero creo que a usted y a mí no nos han

presentado como es debido.

—Soy... —dijo Zhilan.

—Lady Dragón, lo sé. Comprenderá que llega tarde. Éste no es el lugar. El Theurang no está aquí.

—Está mintiendo. ¿Tú qué dices, Ajay?

—Solo hemos empezado a buscar, señora. El señor Karna y los Fargo parecen estar seguros de que ésta es la situación de Shangri-La.

—Hablando de los Fargo... —dijo Zhilan—. ¡Ustedes dos, salgan! ¡Su helicóptero ya no está! Salgan, ayúdenme a encontrar el Hombre Dorado y les conseguiré un transporte. Los haré aterrizar sanos y salvos en Yingkiang. Se lo prometo.

—Olvida que Sam y Remi la conocen, lady Dragón —dijo Karna—. Su promesa no vale nada.

—Puede que tenga razón —respondió Zhilan—. ¡Señor y señora Fargo! ¡Salgan ahora mismo o mataré a su amigo!

—Sam, tenemos que ayudarle —susurró Remi.

—Eso es lo que ella quiere —contestó él.

—No podemos dejar que ella...

—Lo sé, Remi.

—¡No la oyen, lady Dragón! —gritó Karna—. Lo que tengo detrás es un templo: un complejo tan grande que harán falta meses para registrarlo. Ahora mismo, probablemente ni siquiera sepan que usted está aquí.

—Me habrán oído por la radio.

—No desde dentro. La recepción es nula.

Zhilan consideró aquella información.

—¿Es eso cierto, Ajay?

—Lo de las radios, en la mayoría de los casos es cierto. En cuanto al templo, es enorme. Puede que no se hayan enterado de su llegada.

—Entonces tendremos que encontrarlos —dijo Zhilan.

—Además —añadió Karna—, si estuvieran mirando, sabrían lo que yo quiero. Me he pasado la vida entera buscando el Theurang. Prefiero estar muerto y que ellos lo destruyan a entregárselo a usted.

Zhilan se volvió hacia Russell, que estaba detrás del hombro derecho de ella, y dijo algo. Russell se llevó la ametralladora al hombro con un movimiento fluido.

Obedeciendo a un impulso del que enseguida se arrepintió, Sam gritó:

—¡Agáchate, Jack!

El arma de Russell dio una sacudida. Un estallido de sangre brotó del lado izquierdo del cuello de Karna, y se desplomó al suelo. Russell volvió a disparar, una ráfaga de tres proyectiles que impactó en el pecho de Ajay. El hombre retrocedió



dando traspiés y cayó muerto.

—¡Están allí! —gritó Zhilan—. ¡En ese túnel! ¡Id a por ellos!

Russell y Marjorie echaron a correr con las ametralladoras en ristre. Detrás de ellos, Zhilan se acercó andando al cuerpo de Karna.

Sam se volvió y agarró a Remi por los hombros.

—¡Vete! ¡Escóndete!

—¿Y tú?

—Te seguiré de cerca.

Remi se dio la vuelta y echó a correr cojeando por el túnel. Sam levantó su revólver y pegó un tiro hacia Russell y Marjorie. No esperaba acertarles, pero el disparo logró su objetivo. Russell y Marjorie se separaron, escondiéndose cada uno detrás de un canto rodado cercano.

Sam se volvió y corrió detrás de Remi.

Estaba a mitad del túnel cuando oyó pisadas en la entrada detrás de él.

—Los muy cabrones son rápidos —murmuró Sam, y siguió avanzando.

Remi había llegado al final del túnel. Giró a la izquierda y entró en la guarida.

Unas balas rebotaron en la pared a la izquierda de Sam. Saltó a la derecha, botó contra la pared, dio media vuelta, vio un par de haces de linternas moviéndose por el túnel y les disparó. Se volvió de nuevo y siguió corriendo. Llegó a la guarida con cinco zancadas. Remi estaba agachada junto a la pared más cercana.

—Vamos...

Oyeron un disparo procedente del claro y, tras una pausa, un segundo disparo.

Sam la cogió de la mano y subieron la escalera dando saltos. Las balas impactaban con un ruido sordo en los escalones detrás de ellos. Llegaron al rellano y empezaron a subir el siguiente tramo. A Remi le resbaló un pie y al caer al suelo se golpeó el pecho.

—¿Las costillas? —preguntó Sam.

—Sí... Ayúdame a levantarme.

Sam la levantó, y subieron el resto de los escalones y se detuvieron ante el arco que daba a la gran sala.

—¿Los cazamos por sorpresa? —preguntó Remi apretando los dientes.

—Nos superan en armas, y no van a subir corriendo la escalera. Quédate aquí un momento recobrando el aliento. Voy a echar un vistazo a la siguiente escalera.

Su pie izquierdo acababa de tocar el primer escalón cuando Remi gritó:

—¡Sam!

Se volvió y vio a Remi encorvada corriendo a través del arco y entrando en la gran sala. A la derecha, un par de figuras aparecieron en el rellano de debajo y empezaron a subir corriendo la escalera.

—Te has equivocado, Sam —murmuró.

Disparó dos veces, pero el revólver de cañón corto era inútil. Ninguna de las dos balas dio en el blanco, e hicieron saltar chispas de la piedra que había detrás de Russell y Marjorie. Los hermanos se agacharon y retrocedieron hasta desaparecer.

La voz de Remi sonó a través del arco:

—¡Corre, Sam! No me pasará nada.

—¡No!

—¡Hazlo!

Sam escudriñó tanto la distancia como el ángulo del arco de la gran sala e instintivamente supo que no lo conseguiría. Russell y Marjorie lo matarían antes de que llegara a la mitad de camino.

—Maldita sea —dijo Sam con voz áspera.

Russell y Marjorie aparecieron en la escalera. Las bocas de sus ametralladoras emitieron unos fogonazos de color naranja.

Sam se volvió y subió la escalera a toda velocidad.

Agachada en una de las pilas con la linterna de la cabeza apagada, Remi estaba empezando a ser consciente de que su posición era indefendible cuando los disparos resonaron.

Silencio.

Entonces la voz de Russell susurró:

—La mujer está ahí dentro. Tú cógela a ella y yo lo cogeré a él.

—¿Viva o muerta? —contestó Marjorie en voz queda.

—Muerta. Madre dice que es el sitio correcto. El Theurang está aquí. Cuando los Fargo estén muertos, tendremos todo el tiempo del mundo. ¡Vete!

Remi no pensó y actuó. Salió de la pila y se dirigió al pozo arrastrándose. Inspiró, espiró y acto seguido saltó.

Un piso por encima de Remi, Sam había acabado en un laberinto de pequeñas salas y pasillos interconectados. Allí las raíces y las enredaderas eran mucho más tupidas y cruzaban de un lado a otro los espacios como monstruosas telarañas. Por las rendijas se filtraban atisbos de luz del sol que bañaban el laberinto de una penumbra verdosa.

Al haberse dejado el machete en la entrada del túnel, no había nada que Sam pudiera hacer salvo agacharse, avanzar zigzagueando y adentrarse en el laberinto.

En algún lugar detrás de él oyó un crujido de pisadas.

Se quedó paralizado.

Tres pasos más. Esa vez más cerca. Sam volvió la cabeza y trató de determinar la dirección de la que procedían.

—¡Fargo! —gritó Russell—. ¡Lo único que mi padre quiere es el Theurang. Ha

decidido no destruirlo! ¿Me oye, Fargo?

Sam permaneció en silencio. Se dirigió a la izquierda, pasó por debajo de una raíz del tamaño de un muslo y cruzó un arco.

—¿Quiere lo mismo que usted! —gritó Russell—. ¡Quiere ver el Hombre Dorado en un museo, donde debe estar. Usted y su mujer serían los codescubridores! ¡Imagínese el prestigio que conseguirían!

—No estamos en esto por el prestigio —murmuró Sam—. Idiota.

A su derecha, al final del pasillo, una enredadera se partió y acto seguido se oyó un «¡maldita sea!» apenas perceptible.

Sam se agachó, se pasó el revólver a la mano izquierda y se asomó a la esquina. A unos seis metros de distancia, una figura se dirigía a él a toda velocidad. Sam disparó. Russell tropezó y estuvo a punto de caer, pero recobró el equilibrio, se escabulló a la derecha y cruzó un arco.

Sam atravesó el pasillo y entró en la siguiente habitación pasando de lado por encima de una raíz. Se detuvo y abrió el tambor del revólver.

Le quedaba una bala.

Remi cayó con fuerza al fondo del pozo y trató de rodar apoyando los hombros para amortiguar el impacto, pero chocó contra algo sólido. Notó que la caja torácica le ardía. Contuvo un grito y se obligó a permanecer callada. Estaba en una oscuridad absoluta. Supuso que se encontraba bajo tierra.

La voz de Marjorie sonó desde lo alto del pozo.

—¿Remi? Salga. Sé que está herida. Salga, y la ayudaré.

Puedes esperar sentada, colega, pensó Remi.

Ahucó las manos en torno a la linterna de su cabeza, la encendió y echó un rápido vistazo. Detrás de ella había una pared; justo enfrente, un túnel ancho que descendía en pendiente. A cada lado del túnel había arcos. Remi apagó la linterna.

Avanzó arrastrándose a gatas. Cuando hubo interpuesto la distancia que consideró suficiente entre ella y Marjorie, volvió a encender la linterna. Se levantó presionándose las costillas con una mano. Eligió un arco al azar y lo cruzó. A su izquierda había otro arco.

Oyó un golpetazo procedente del túnel, seguido de un gruñido. Se asomó a la esquina a tiempo para ver una linterna que giraba hacia ella. Remi levantó la pistola, apuntó y pegó tres tiros rápidos. De la boca del arma de Marjorie salió una nube naranja con forma de hongo.

Remi retrocedió, dio media vuelta y cruzó como una flecha el siguiente arco.

Sam sabía que Russell estaba detrás de él al otro lado del pasillo.

Una bala, pensó. Russell tenía más, y probablemente también cargadores de sobra. Sam necesitaba atraerlo a unos tres metros o menos, lo bastante cerca para no fallar.

Con cuidado de visualizar mentalmente el pasillo, Sam se internó sin hacer ruido en la estancia y acto seguido se dirigió a la izquierda atravesando un arco. Giró a la derecha, se acercó al siguiente arco y se aventuró a echar un vistazo al pasillo.

Oyó un chasquido a través del arco situado enfrente de él. Russell.

Con la pistola levantada a la altura de la cintura, Sam se apartó de la puerta caminando hacia atrás. Cuando llegó al siguiente arco, se volvió para cruzarlo.

Russell estaba en el pasillo. Sam levantó la pistola y apuntó. Russell dio un paso y desapareció. Sam dio dos grandes zancadas hacia delante y salió de lado al pasillo empuñando el arma.

Se encontró cara a cara con Russell.

Sam sabía que Russell era más joven y más fuerte que él, y el hijo de King también era rápido como un rayo. Antes de que Sam pudiera apretar el gatillo, Russell blandió la culata de su ametralladora hacia arriba y describió un arco hacia la barbilla de Sam. Sam retrocedió de una sacudida. La culata le dio de refilón. Se le tiñó la vista de rojo. Instintivamente, embistió contra Russell dándole un abrazo de oso que le inmovilizó los brazos a los costados. Tropezaron hacia atrás. Russell apoyó el pie situado más atrás, giró el cuerpo y arrastró consigo a Sam. Éste recobró el equilibrio, flexionó la rodilla y propinó a Russell una patada en la entrepierna. El chico gruñó. Sam le dio otra patada con la rodilla, y luego otra. A Russell le flaqueaban las piernas, pero consiguió mantenerse erguido.

Agarrándose el uno al otro, entraron dando traspiés en la siguiente estancia, rebotaron contra una pared y penetraron tambaleándose en otra habitación. Russell echó la cabeza hacia atrás y movió la barbilla hacia delante. Sam advirtió que se disponía a darle un cabezazo y trató de apartarse, pero era demasiado tarde. La parte superior de la frente de Russell impactó contra la ceja de Sam. La vista se le volvió a teñir de rojo, y acto seguido la oscuridad empezó a abrirse paso por los lados. Sam espiró fuerte, inspiró hondo, apretó la mandíbula y aguantó. La vista se le despejó ligeramente. Echó la cabeza atrás como había hecho el hijo de King, pero la diferencia de altura le impedía golpearle en la cara. Sam eligió en su lugar la clavícula de Russell. Esa vez el chico lanzó un grito de dolor. Sam le dio otro cabezazo, y otro. La ametralladora de Russell cayó al suelo.

Giraron de nuevo, mientras Russell intentaba aprovechar su fuerza superior para soltarse de Sam o estamparlo contra la pared.

De repente, Sam notó un cambio en el equilibrio de Russell; estaba retrocediendo más rápido de lo que le permitían sus pies. El entrenamiento de judo que había recibido Sam entró en acción. Aprovecharía la pérdida de equilibrio de Russell.

Centró todas sus fuerzas en las piernas y embistió. Moviendo los pies sobre las enredaderas y las raíces, empujó a Russell hacia atrás, cobrando velocidad. Rebotaron a través de un arco y acabaron de nuevo en el pasillo. Sam siguió empujando.

Y de repente empezaron a dar traspiés; a Russell le había fallado el equilibrio. Se vieron envueltos por una cortina de follaje. Sam oyó y notó que las enredaderas se partían a su alrededor. Por encima del hombro de Russell, vio la luz del día. Soltó a Russell, echó bruscamente la cabeza hacia delante y le dio en el esternón. Russell desapareció entre la cortina de vegetación. Sam trató de detener el impulso que lo arrastraba, pero cayó al vacío a través de la abertura.

La vista de Sam se vio inundada por el cielo, unos muros de granito, un río revuelto que corría mucho más abajo...

Se detuvo de golpe. El impacto lo dejó sin aliento. Aspiró un par de bocanadas de aire. Lo único que veía era un cilindro de acero negro.

La pistola, pensó aturdido. Todavía empuñaba la pistola.

Estaba tumbado boca abajo en la horcadura de un árbol cubierto de musgo. Miró a su alrededor y reconstruyó lo que estaba viendo. Habían caído por una ventana del templo. El árbol, que había crecido medio incrustado en el muro exterior del templo, había echado raíces en una diminuta parcela de tierra en el borde de la meseta. Por encima del borde había una caída de trescientos metros hasta el cañón del Tsangpo.

Sam oyó un gemido debajo de él. Estiró el cuello hacia abajo y vio a Russell tumbado boca arriba al lado del árbol. Tenía los ojos abiertos y miraba fijamente a Sam a los suyos.

Russell se incorporó con la cara crispada de dolor. Deslizó la mano derecha por la pernera del pantalón y la levantó hasta la pantorrilla. Sujeta con una correa a su bota había una pistolera. Cogió la culata del revólver.

—No lo hagas, Russell —dijo Sam.

—Váyase a la mierda.

Sam estiró el brazo y situó la mira de su revólver del treinta y ocho sobre el pecho de Russell.

—No lo hagas —le advirtió otra vez.

Russell desabrochó la pistolera y desfundó el revólver.

—Es tu última oportunidad —dijo Sam.

La mano de Russell empezó a levantarse.

Sam le disparó al pecho. Russell dejó escapar un grito ahogado y cayó hacia atrás, mirando fijamente al cielo con los ojos sin vida.

Guiada por el haz de luz de su linterna, que se movía violentamente en su cabeza, Remi cruzó a toda velocidad el arco. Unas balas impactaron en la piedra a su alrededor con un ruido sordo. Se volvió, disparó a ciegas dos veces en la dirección

por la que había llegado y, acto seguido, dio media vuelta otra vez y siguió corriendo.

Salió al pasillo dando traspiés. El foso se encontraba en lo alto de la cuesta situada a su izquierda. Remi torció a la derecha y continuó adelante medio cojeando, medio corriendo. Su linterna enfocó súbitamente un círculo oscuro en el suelo. Era otro pozo. Dolorida y entorpecida por el tobillo lesionado, trató de esquivarlo pero resbaló y se desplomó por el agujero.

Por fortuna la caída fue breve; el foso era aproximadamente la mitad de hondo que el primer pozo. Remi se dio un buen golpe de nalgas. Esa vez el dolor fue demasiado intenso para contenerlo. Gritó. Se dio la vuelta buscando su pistola. Había desaparecido. Necesitaba algo... cualquier cosa. Marjorie se acercaba.

La luz de la linterna de Remi se posó en un objeto de madera. Antes incluso de que la parte consciente de su mente hubiera reconocido el objeto, sus sentidos ya lo estaban analizando: madera oscura, abundante laca negra, ausencia de juntas visibles...

Alargó la mano, apresó el borde de la caja con la punta de los dedos y la arrastró hacia ella. Bajo el brillante cono de luz de la linterna de su cabeza, Remi vio cuatro símbolos, cuatro caracteres lowa, en un dibujo de una rejilla.

—¡Ya te tengo!

Marjorie cayó por el agujero y aterrizó como un gato a los pies de Remi. Se había echado la ametralladora a la espalda antes del salto, y alargó la mano hacia atrás y agarró la culata. Le dio la vuelta en dirección a Remi.

—¡Hoy no! —gritó Remi.

Cogió la caja del Theurang con las dos manos, la levantó por encima de la cabeza y acto seguido se irguió y golpeó con ella a Marjorie en la frente.

Enfocada por el haz de la linterna de Remi, la cara de Marjorie se quedó flácida. Puso los ojos en blanco mientras le chorreaba sangre por la frente. Cayó hacia atrás y se quedó inmóvil.

Atónita, Remi retrocedió hasta pegarse a la piedra sólida. Cerró los ojos.

Tiempo después, un sonido penetró en su mente semiconsciente.

—¿Remi? ¿Remi?

Sam.

—¡Estoy aquí! —gritó—. ¡Aquí abajo!

Treinta segundos más tarde, la cara de su marido apareció en lo alto del pozo.

—¿Estás bien?

—Puede que necesite un chequeo, pero estoy viva.

—¿Es eso lo que creo que es?

Remi tocó la caja del Theurang que tenía al lado.

—Lo he encontrado de pura chiripa.

—¿Está Marjorie muerta?

—Creo que no, pero le he dado un buen golpe. Puede que no vuelva a ser la misma.

—Entonces es para bien. ¿Estás lista para subir?

Armado con la ametralladora de Russell, Sam había regresado al túnel principal. Como ignoraba la situación de Zhilan, simplemente cogió su mochila y localizó el camino donde estaban el segundo foso y Remi.

Treinta minutos más tarde los dos estaban de vuelta en la gran sala. Subieron juntos con una cuerda el cuerpo sin fuerzas de Marjorie por el pozo. Sam le dio a Remi la ametralladora, y se echó a Marjorie al hombro.

—Ten cuidado por si aparece lady Dragón —le dijo a Remi—. Si la ves, dispara primero y olvídate de las preguntas.

A medida que se acercaban a la salida del túnel, Remi se detuvo.

—¿Oyes eso?

—Sí... Alguien está silbando. —Una sonrisa se dibujó en el rostro de Sam—. ¡Es «Rule, Britannia»!

Sam y Remi salieron con cuidado del túnel.

Sentado a seis metros de distancia, con la espalda contra un canto rodado, se encontraba Jack Karna. Los vio y dejó de silbar. Los saludó alegremente con la mano.

—Y sin embargo, el matrimonio Fargo. Un momento, eso rima. Qué ingenioso soy.

Mudos de asombro, Sam y Remi se encaminaron hacia él. A medida que se acercaban, vieron un montón de apósitos blancos que sobresalían bajo una bufanda atada alrededor del cuello de Karna. Jack sostenía la Beretta de Ajay en su regazo.

A escasa distancia, Zhilan Hsu yacía boca arriba, con la cabeza recostada sobre el anorak hecho un ovillo de Ajay. Alrededor de la mitad de cada uno de sus muslos había envueltos unos vendajes manchados de sangre. Zhilan estaba despierta. Les lanzó una mirada asesina pero no dijo nada.

—Jack, creo que procede una explicación —dijo Remi.

—Desde luego. Resulta que Russell tiene buena puntería pero no es un experto tirador. Creo que intentaba atravesarme y alcanzar también a Ajay. La puñetera bala me perforó el músculo... ¿Cómo se llama el que está entre el hombro y el cuello?

—¿El trapecio? —propuso Sam.

—Sí, ése. Si me llega a dar cinco centímetros más a la derecha, no lo cuento.

—¿Te duele? —preguntó Remi.

—Claro, una barbaridad. Vaya, ¿qué llevas ahí, querida Remi?

—Un regalito que hemos encontrado tirado.

Remi lo dejó al lado de Karna. Él sonrió y acarició la tapa.

—¿Y ella? —preguntó Sam.

—Ah, lady Dragón. Muy fácil, la verdad. Creyó que estaba muerto y bajó la guardia. Cuando se estaba acercando, cogí la pistola de Ajay y le disparé a la pierna derecha. Luego le disparé a la pierna izquierda por si acaso. Creo que le he bajado los humos, ¿verdad?

—Yo diría que sí.

Sam se volvió hacia Zhilan. Se agachó y dejó a Marjorie en el suelo junto a ella. Zhilan alargó la mano y tocó la cara de su hija. Sam y Remi observaron, atónitos, cómo los ojos de Zhilan se inundaban de lágrimas.

—Está viva —le dijo Sam.

—¿Y Russell?

—No.

—¿Lo ha matado? ¿Ha matado a mi hijo?

—No me dio otra opción —dijo Sam.

—Entonces yo lo mataré a usted, Sam Fargo.

—Puede intentarlo. Pero piense que podríamos haber dejado morir a Marjorie y no lo hemos hecho. Jack podría haberla matado a usted y tampoco lo ha hecho. Está aquí por su marido. Él los envió a usted y a sus hijos para que hicieran el trabajo sucio por él, y ahora Russell está muerto.

»Vamos a salir de esta montaña y nos la llevaremos con nosotros. En cuanto lleguemos a un sitio con teléfono, llamaremos al FBI y les contaremos todo lo que sabemos. Tiene que tomar una decisión: ¿quiere ser testigo o ser acusada con su marido? Haga lo que haga, irá a la cárcel, pero dependiendo de cómo juegue sus cartas, Marjorie podría tener una oportunidad.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Remi.

—Veintidós.

—Tiene una larga vida por delante. Depende en gran medida de usted cómo la pase: en libertad, y fuera del control de su padre, o en la cárcel.

La mirada de odio de Zhilan de repente se relajó. Su rostro se quedó flácido, como si hubiera soltado una pesada carga.

—¿Qué tendría que hacer? —dijo.

—Contar al FBI todo lo que sabe de las actividades ilegales de Charles King: todas las cosas feas que ha hecho o le ha mandado hacer.

—Apuesto a que una mujer lista como usted es partidaria de tener un seguro. ¿A que tiene un archivo muy gordo sobre King guardado en alguna parte?

—¿Qué contesta? —preguntó Sam.

Zhilan vaciló y acto seguido asintió con la cabeza.

—Buena elección. Jack, parece que hemos perdido las radios.

—Yo tengo la mía aquí.



—Intenta contactar con Gupta. Ya es hora de marcharnos.

## Epílogo

### *Katmandú, Nepal, semanas más tarde*

El rescate de Sam y Remi de la montaña del templo de Shangri-La se había desarrollado sin contratiempos. Tal como había prometido, Gupta se había quedado sobrevolando la zona, escuchando y esperando su llamada. Volvió y los recogió. Cuatro horas después de haber abandonado el espacio aéreo chino, Gupta hizo aterrizar el Chetak en el aeropuerto de Itanagar.

Como eran los únicos testigos de lo que había ocurrido en la montaña, aparte de los tripulantes fallecidos del Z-9, nadie en el gobierno chino se enteró de la incursión. A los ojos de todo el mundo, Gupta y sus pasajeros simplemente habían estado haciendo un recorrido turístico.

Después de un breve chequeo en un hospital de Itanagar, a Sam y a Remi les dieron el alta. A Marjorie le hicieron pasar la noche en observación. Al igual que su padre, tenía la cabeza dura y solo había sufrido una leve contusión con el golpe de Remi.

Karna se negó a recibir atención médica hasta que estuvo al otro lado de la frontera, en Nepal, pero mandó a Gupta que le limpiara y le vendara los orificios de entrada y de salida de la bala.

Tras extensas conversaciones con Rube Haywood, Sam lo arregló para que Zhilan Hsu y Marjorie fueran trasladadas con discreción y seguridad a Washington, donde unos agentes especiales del FBI las estaban esperando. Durante el interrogatorio, Zhilan Hsu no ocultó ningún dato sobre Charles King. Según Rube, el FBI y el Departamento de Justicia habían formado un grupo de trabajo dedicado a desentrañar las múltiples operaciones ilícitas de King. Se preveía que pasara el resto de su vida entre rejas.

El gobierno y la comunidad científica nepalesa mantuvieron el cofre bajo estrictas medidas de seguridad mientras su antropólogo jefe, Ramos Shadar, y sus colegas estudiaban su contenido. Se decidió que el descubrimiento del Hombre Dorado y la situación del templo de Shangri-La debían permanecer en secreto hasta que estuvieran listos para divulgarlo al mundo.

Había llegado el momento.

—¡Salud! —dijo Remi, alzando su copa de champán.

El resto de los presentes —Sam, Jack Karna, Adala Kaalrami, Sushant Dharel y Ramos Shadar— repitieron el brindis y entrecocaron sus copas.

—Ha llegado el momento de desvelar el hallazgo —dijo Shadar, sonriendo—. Estoy seguro de que todos deseaban que llegara este momento.

—Por el Theurang —dijo Remi en voz baja.

Subieron la escalera del estrado de la sala de exposiciones revestida de mármol de la Universidad de Katmandú. La presentación oficial y la rueda de prensa no tendrían lugar hasta la tarde siguiente, pero a Sam, a Remi y a los demás les habían concedido una visita privada.

—¿Quién va a ser el primero de ustedes que levante la tapa y vea el Hombre Dorado? —preguntó Shadar, sabiendo perfectamente lo que había dentro e intrigado por la forma en que reaccionarían los demás—. ¿Quién quiere tener el privilegio de levantar la tapa?

—No hay duda —contestó Sam—. Jack merece ser el primero.

—Señor Karna —dijo Shadar, señalando el cofre—, si es tan amable...

Con los ojos anegados en lágrimas, Karma asintió con la cabeza en señal de agradecimiento y se dirigió a un objeto bajo cubierto de terciopelo. Poco a poco, con gran reverencia, cogió el cordón y tiró.

El cofre del Theurang se abrió, y la tapa se quedó al lado. Todos miraron asombrados, menos Shadar.

En el interior, acurrucado en posición fetal, había un esqueleto fosilizado casi completo y totalmente bañado en oro. Bajo las luces cenitales del estrado, la imagen resultaba impresionante. Todo el mundo permaneció en silencio varios segundos.

Finalmente, Jack Karna murmuró:

—¿Por qué es tan pequeño?

—Parece un niño —dijo Remi en voz queda—. De tres años como mucho.

—No debe de medir mucho más de noventa centímetros de altura —aventuró Sam.

Shadar sonrió.

—Noventa y siete centímetros, para ser exactos. Hemos calculado el peso en unos veintidós kilos. Su cerebro era del tamaño de una pelota de béisbol.

—Debe de ser falso —dijo Adala Kaalrami, que intervenía por primera vez.

Shadar negó con la cabeza.

—Aunque les cueste creerlo, están contemplando un ser humano de treinta años. Por el desgaste de sus dientes y su estructura ósea, podemos aproximarnos razonablemente a su edad.

—¿Un enano? —propuso Sam.

—No es un enano —contestó Shadar—, sino una especie distinta de humano que vivió entre hace ochenta y cinco mil y cincuenta mil años. Cuando mis antepasados lo encontraron en una cueva en una montaña, bañaron en oro los huesos y los consideraron sagrados.

—Y adoraron a este hombre durante mil años —añadió Sam.

Los ojos de Shadar brillaron con picardía.

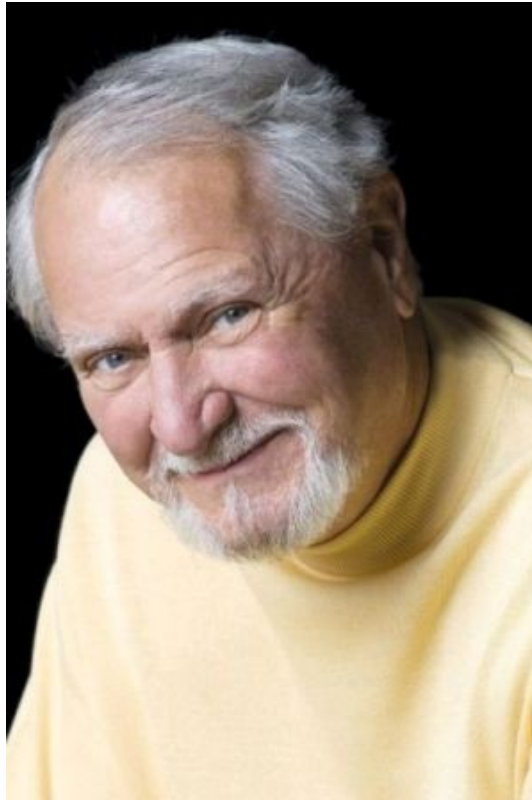
—No era un hombre —indicó lentamente—, sino una mujer.

Los presentes tardaron un largo instante en asimilar aquella información.

—¡Claro! —exclamó Remi—. La dadora de vida. La Madre de la Humanidad. El Theurang era una mujer. No me extraña que la glorificaran.

Sam movió la cabeza con gesto incrédulo, pero había cierto brillo en sus ojos.

—¿Por qué las mujeres siempre han de tener la última palabra? —preguntó.



CLIVE CUSSLER. Nació en Illinois en 1931, pero creció en Alhambra, California, donde era el típico chico que se perdía en clase para soñar que estaba navegando bajo bandera pirata, o junto al almirante Nelson. Dejó la Universidad cuando empezó la guerra de Corea para alistarse en las fuerzas aéreas, donde sirvió como mecánico de aviones e ingeniero de vuelo, en una base de Hawai, y aprovechó su tiempo libre para aprender a bucear junto a sus amigos, uno de los cuales fue la fuente del mejor amigo de su personaje estrella, el ítaloamericano Al Giordino. El propio autor recuerda que en esta época, principios de los años 50, no se sabía casi nada sobre el submarinismo, que no se respetaban los tiempos de descompresión, y que se jugó la vida más de una vez. Pero llegó a amar el mar con toda su alma, un amor que no le ha abandonado, y que fue clave en su vida.

Después de dejar el ejército, se dedicó a la publicidad, y llegó a ser director creativo de dos de las agencias más importantes de estados unidos. Durante este tiempo, también se dedicó a escribir y producir anuncios de radio y televisión, que le hicieron ganar varios premios, incluido uno del festival de Cannes.

Sin embargo, llegó un momento en el que se dio cuenta que lo que él realmente quería era escribir novelas de submarinismo. Apoyado por su mujer, Barbara, dejó su trabajo en la multinacional para sacarse el título de buceador profesional, y se puso a trabajar en una tienda de artículos de submarinismo, al tiempo que daba cursos a aficionados. Los tiempos libres los aprovechaba en la trastienda, escribiendo en una máquina de escribir portátil artículos submarinos para revistas. En 1973 publicó la que sería la primera novela de Dirk Pitt, *The Mediterranean Cap* (*Peligro en el*

*mediterráneo*). Fue con su tercera novela, *Raise the Titanic (Rescaten el Titanic)* con la que alcanzó la fama, y pudo dedicarse a su mayor afición: rescatar barcos hundidos.

Cussler invirtió los beneficios de su libro para empezar a buscar, siempre apoyado por su mujer Barbara, y sus tres hijos, Teri, Dirk y Dana, barcos sumergidos. El primero que buscó fue el barco de John Paul Jones, uno de los héroes de la historia marítima, pero a pesar de que no logró encontrarlo, la experiencia le permitió aprender mucho sobre la búsqueda de barcos hundidos. Hasta la fecha, Cussler ha encontrado más de 60 barcos, entre ellos: El *Hunley*, un submarino confederado conocido por ser el primero en hundir un barco, el *Housatonic*. El *U-20*, el submarino alemán que hundió el famoso *Lusitania*; el barco de la república de Texas *Zavala*, encontrado bajo un *parking* en Galveston; y los restos del *Carpathia*, el barco que rescató a los supervivientes del *Titanic*. Todos estos descubrimientos los ha logrado con su ONG, la *NUMA*, que se llama así porque es la organización para la que trabaja su personaje, Dirk Pitt. (Él se negó a que se llamase así, pero el resto de socios votaron por unanimidad).

Con su libro, «*The Sea Hunters*». («*Exploradores del mar*»), publicado en 1996, acerca de sus trabajos como arqueólogo marino, logró que se conocieran gran parte de sus actividades enrolado en su ONG, la *NUMA*. También logró un hecho histórico: la Facultad de Ciencias del mar de la Universidad Estatal de Nueva York aceptó su libro como una tesis doctoral, y le otorgó el título de Doctor. Fue la primera vez en los 123 años de historia de la universidad que se concedió tal privilegio.

Además, Cussler es miembro de «El club de exploradores de Nueva York», la «*Royal Geographic Society*» de Londres, y la «*American Society of Oceanographers*». También destaca por su pasión por los automóviles antiguos, y posee una colección de más de 85 vehículos fabricados antes de los años 50, y restaurados a la perfección.

Cussler también tiene la tradición, desde su décima novela, «*Dragon*», de aparecer en sus propias novelas, en ocasiones como simples cameos, y en otros casos como salvador de los protagonistas y fundamental para su desenlace. El autor confiesa que todo empezó con una broma, y que estaba seguro de que su editor lo retiraría antes de publicar el libro, pero no fue así, y ya se ha convertido en una tradición, a pesar de que los personajes nunca recuerdan a Cussler de un libro a otro.



GRANT BLACKWOOD, coautor de las novelas de la serie Fargo protagonizadas por los cazatesoros Sam y Remi Fargo, es un veterano de los marines que pasó tres años en una fragata lanzamisiles como especialista de operaciones y socorrista de pilotos.

Es también autor de otros tres libros en solitario, protagonizados por el agente secreto Briggs Tanner.

Vive en Colorado.